LA VIDA PRIVADA DE LOS INFLUENCERS

JOSE PERTIERRA

LA VIDA PRIVADA DE LOS INFLUENCERS

Jose Pertierra

PORQUE TRABAJAR CON INFLUENCERS, PUEDE SER MORTAL

Toma asiento. Deja de consultar compulsivamente tu smartphone para cotillear las stories de tus contactos en Instagram. Renuncia a calcular cuántos nuevos seguidores habrás conseguido con el reto viral que acabas de subir a tu perfil de TikTok. Dedica solo un par de horas a “La vida privada de los influencers”, una novela a caballo entre el whodunit policíaco y una crónica mordaz de las redes sociales.

Ana Portela, la socia fundadora de una agencia de marketing especializada en acciones con influencers, recibe amenazas de muerte que le envía un antiguo representado, un influencer resentido al ser rechazado para una campaña publicitaria de una gran marca. A partir de ese momento, la protagonista se verá envuelta en una serie de acontecimientos que la llevarán a ir destapando las miserias y rivalidades del mundo de las redes sociales.

"La vida privada de los influencers" analiza el nuevo y ultimísimo star system de los influencers, youtubers, y otros "creadores de contenido" desde un punto de vista divertido e informal. Descubre un retrato de la actual mercantilización de la imagen y la fama en nuestra insólita época moderna, un divertido juego en el que se describe un mundo en el que finalmente se han cumplido los peores vaticinios del capitalismo: triunfan los dioses del consumo y la banalidad.

Título original: La vida privada de los influencers
Primera edición: 2021 © Jose Pertierra
www.lavidaprivadadelosinfluencers.com
info@lavidaprivadadelosinfluencers.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a info@lavidaprivadadelosinfluencers.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Los personajes y hechos retratados en esta novela son completamente ficticios.

Cualquier parecido con personas verdaderas, vivas o muertas, o con hechos reales es pura coincidencia.

“El demonio del lujo le mordió el corazón, la fiebre del lucro, la sed de oro, le secaron la garganta.”

HONORÉ DE BALZAC, *“El tío Goriot”*

“En nuestros días, se ha distribuido a artistas por todos lados, por precaución, en vista de tanto aburrimiento.”

LOUIS FERDINAND CÉLINE, *“Viaje al fin de la noche”*

1. LA PRIMERA AMENAZA

"Ana, métete tus marcas por donde te quepan, te voy a dar tantos machetazos que voy a dejarte la cara hecha trocitos, y luego me haré una sopa con tu carne, hija de la gran puta". Una bonita postal de los jardines del Retiro en su anverso revelaba el mensaje escrito a mano con boli azul y sin firmar en la parte de atrás.

Lo sabía, lo presentía. Anoche me acosté nerviosa, no sé cómo, pero ya intuía que algo perturbador iba a ocurrirme. Llevaba toda la semana durmiendo mal, así que recurrí al Zolpidem. Es lo único que me hace efecto. Empecé hace meses con tonterías como la valeriana, continué con la melatonina, la dormidina y el noctamid pero luego lo fui probando todo: valium, lexatin, orfidal, deprax, lorazepam, trankimazin…

Me había despertado sobresaltada a eso de las cuatro de la mañana: soñé que me asomaba a la ventana y veía un avión comercial volando ridículamente bajo y aproximándose al centro de la ciudad, donde se estrellaba violentamente. Y es que desde que cumplí los cuarenta, apenas puedo dormir, tengo un miedo atroz a la muerte.

Cuando era estudiante recuerdo haber leído a Paul Bowles: "¿Cuántas veces más verás salir la luna llena? Quizás veinte, quizás treinta. Y sin embargo todo parece ilimitado". No he podido olvidar esas palabras, porque creemos tener tiempo para todo, pero ¿cómo saber si hoy no será el último día de tu vida? A veces, me deprimo tanto que pienso en suicidarme, pero me arrepiento inmediatamente por el qué dirán. ¿Alguien ha conocido a la fundadora de una agencia de publicidad que se haya suicidado? No, ¿verdad? Por eso pensé que debía comenzar a escribir mi primera novela. Nadie se extraña de que se quite la vida una escritora: Virgina Woolf se ató unas piedras a la cintura y se lanzó al río y Sylvia Plath metió la cabeza en el horno. Que alguien dedicado a la literatura acabe con su vida parece muy *cool* o como se dice en mi sector, resulta una propuesta de valor muy bien elaborada, destacando su valor diferencial. Así que después de un buen rato en duermevela, y comprobando que no podía volver a retomar el sueño, alcancé el Mac Book y seguí escribiendo el capítulo que había dejado pendiente por la noche, olvidando momentáneamente mi intuición de lo que me esperaba por la mañana.

Pero primero sonrío. Me asalta la curiosidad, ¿Quién habrá enviado el anónimo? Son casi 20 años desde que abrí la agencia de publicidad junto a Álex y a pesar de que aquí habrán trabajado, ¿100, 120, 150 personas?, nunca había ocurrido nada parecido. Y no en todas las

ocasiones hemos salido amigos para siempre con todo el mundo, pero algo así… Salgo de mi despacho y busco a la recepcionista, señalando con un gesto la postal que llevo en la mano.

—¿Sabes algo de esto, Eva? ¿Quién la ha enviado?

Nunca me ha gustado Eva, pero mi socio, después de haber mantenido a una señora muy rancia en el puesto durante casi diez años, decidió que a partir de entonces necesitaba a alguien que "le alegrara la vista", así que supervisó personalmente el proceso de selección hasta decidirse por esta chabacana con la ropa ajustada y dos capas de maquillaje, que se pasea por la agencia arriba y abajo mostrándose continuamente, consciente de las miradas de muchos de los programadores más necesitados.

—No sé, el portero me ha dado todas las cartas juntas y como es lunes y había muchas, estaría debajo y no he visto nada. ¿Bajo y le pregunto por si sabe algo? ¿Qué pasa?

Un poco nerviosa, rebusco entre el resto del correo, rebosante de facturas de bancos de imágenes, revistas del sector, algunos currículums y extractos bancarios, por si hay algo más que pueda darme alguna pista sobre el anónimo. Le enseño la postal y lee la amenaza. Un tanto paranoica ya, vigilo su reacción por si ella puede saber algo, pero justo en ese momento suena el teléfono y tiene que atenderlo.

—Influence & Hype, buenos días. Sí, enseguida, espere por favor. Ana —se dirige a mí para avisarme—, es la representante de Cayetana. ¿Te la paso?

El asunto de la postal tendrá que esperar.

—Sí, pásamela a mi despacho.

Me llamo Ana Portela y como acabáis de leer, soy socia y directora general de Influence & Hype, una agencia especializada en *influencer s* . Somos expertos en encontrar la solución perfecta para la campaña, comunicación o proyecto de grandes marcas, implementando estrategias adaptadas a vuestros objetivos de negocio.

Trabajamos con más de 100.000 *top influencer s* en todo el mundo, desde *microinfluencers* hasta los más importantes y famosos, y bla, bla, bla… Habré pronunciado estas mismas palabras de carrerilla y sin equivocarme más de quinientas veces en los últimos cinco años. Las odio. Y odio las redes sociales. Instagram, Facebook o Twitter contribuyen a la majadería que parece extenderse de forma irremediable en esta época miserable en la que vivimos, pero de algo hay que comer, no iba a vivir debajo de un puente o tocando la guitarrita en el metro. Mi hermano optó por estudiar una carrera de verdad y ahora es ingeniero, está casado y tiene dos hijos, pero mi

limitada inteligencia solo me permitió una carrera de pinta y colorea como es publicidad y *marketing* y sigo soltera. Y eso que desde pequeñita, mi padre nunca se dio por cansado y me aficionó al arte, a las ciencias, a la música y a la literatura. Pero una vale para lo que vale, que es para bien poco. Como diría Sinatra, *that's life* .

Tampoco tengo mucha simpatía por los *influencer s* . Esas personitas que desde que se levantan hasta que se acuestan hacen publicaciones de su vida a cada minuto en sus redes sociales y que se supone que tienen cierta relevancia e influencia sobre sus seguidores. Lo que describo como influencia es un eufemismo políticamente correcto; podría llamarlo manipulación, remedo, simulación o simplemente, mucho morro. Porque lo que empezó hace unos años como la recomendación profesional de una crema, una marca de ropa o un restaurante, ha acabado convirtiéndose en un sálvese quien pueda donde se menciona de refilón el evento al que se llega tarde, se promociona a precio de oro un producto fácilmente localizable en Ali Express o se intenta chantajear a un buen restaurante por colar un comentario positivo en redes a cambio de cenar de gorra con tu novio.

Por lo general, el parámetro determinante para definir a estos personajillos como *influencer s* , es el número de seguidores en sus redes sociales. Aquí en nuestro país, encontramos algunos que van desde los mil, los cinco mil o diez mil seguidores hasta los más importantes, con millones. Y, como todo en la vida, hay categorías: desde los *microinfluencers* y los *nanoinfluencers*, hasta los *macroinfluencers* y los *megainfluencers*. Hay *key influencers*, blogueros y video blogueros, twitcheros y *youtubers*. Embajadores de las marcas, *instagramers* , *casters*, *streamers* y *tik tokers*. Por favor, no me hagáis explicaros las diferencias, me agobio con solo enumerarlos. En todo caso, estos genios de la influencia, la han convertido en su medio de vida y en una fuente de ingresos extra a la que ninguno de nosotros le haría ascos.

Inicio sin excesiva convicción la conversación telefónica con la representante de la conocidísima modista Cayetana Bermejo Rivera. Inteligente, experimentada y un hueso duro de roer en cualquier negociación, Laura Liz es una experta en llevarte a su terreno. Es lunes y se me hace bola comenzar la semana con este Miura. Me siento hastiada por volver a las mismas miserias y servidumbres de siempre, como Sísifo que empuja perpetuamente una pesada piedra montaña arriba hasta la cima, para que durante la semana caiga rodando hasta el valle, desde donde recogerla el lunes siguiente y volver a empujarla hasta la cumbre de nuevo, y así indefinidamente.

—Laura, buenos días, precisamente le iba a escribir al cliente sobre

vuestra propuesta. ¿Alguna novedad? —monótona forma de comenzar, monocorde tono de voz.

—¡Buenos días, Ana! Siiiiii, este fin de semana, Cayetana no grababa y ya sabes que ella tiene tanta energía, porque ella es tan creativa…

Cayetana se considera una creadora a la altura de Vivienne Westwood o Donna Karan o que sé yo, Coco Chanel, pero realmente es una profesional del montón que se dedicaba a hacer el vestuario de series de televisión y obras de teatro, hasta que un golpe de suerte (y las amistades de su padre, conocidísimo *pope* de la psiquiatría en España durante el régimen franquista) la convirtió en jurado de un *reality show* de moda en *prime time* . El éxito fulgurante del programa la convirtió en una *prima donna* mediática y desde entonces, siempre se deja querer, obsesionada con monetizar cualquier actividad que le lleve más de quince minutos de su vida diaria.

—…bueno, pues como ella es así, es una genia que tiene mil ideas… Ha pensado una nueva propuesta que es perfecta, a la marca le va a encantar.

"A la marca le va a encantar." Sé leer entre líneas. A mí que me parta un rayo. No quieren conocer mi opinión profesional, solo soy una intermediaria invisible, un mal necesario para conseguir la pasta. Es muy probable que si consiguen el contacto del cliente, la próxima vez vayan por detrás para evitarme y quedarse directamente con la comisión. Como diría Rosalía, *fucking money man* .

—Cuéntame, claro. Aún estamos a tiempo de reformular la collab. —Hago todo lo posible por conservar la calma. Definitivamente hoy no estoy de humor.

—¿Has oído hablar de Boo, un perro pomeriano con una *fan base* de más de 600.000 usuarios en Insta?

—Sí, claro, ganaba más dinero al mes que tú y yo en un año —le contesto muy solemne.

—Anda, no seas llorica, Ana, gana más que yo, pero que tú con tu agencia… Eso habría que verlo. ¿Cómo que ganaba?

—Sí, creo que el perrito pasó a mejor vida hace unos meses, pero no me hagas mucho caso, voy a preguntar por aquí y te confirmo…

Sé que Boo falleció hace un par de meses pero no me apetece perder mi tiempo en describir la elegía. Siguiendo con el imparable avance de la idiotez, no quiero calentarme comentando el éxito del perro, qué culpa tenía el pobre. El protagonista de los libros *Boo: La vida del perro más bonito del mundo*, (2011); *Boo: un perro en la gran ciudad*, (2012) y *Boo ABC: de la A a la Z con el perro más bonito del mundo* , (2013), tenía más de 17 millones de seguidores en Facebook, Instagram y Twitter, y participaba en un montón de programas de la televisión. Mientras evoco su impresionante carrera, no puedo evitar

pensar en el stress que tendría el animal, habituado a engullir un par de pastillas de Zylkene en su pienso a la hora de comer para poder hacer frente a semejante agenda, aunque claro, ¿qué comería realmente este animalito? Seguro que se hartaba de pechuga de pollo y solomillo. Boo, ahora que has muerto eres libre, libre de tu apretada agenda de compromisos comerciales, libre de tus calculadores, implacables y peligrosos dueños, y por fin, libre para divertirte allá donde estés.

—Bueno, da un poco igual el momento vital del perrito, lo que realmente importa es como lo usaban estratégicamente en redes sociales. Como la película va sobre unas tortugas superhéroes, Cayetana ha pensado en que podríamos crear un perfil en Instagram o Facebook protagonizado por cuatro tortuguitas de las que se compran en la tienda de animales del Carrefour, de esas que luego abandonan en el acuario de la estación del AVE de Atocha. Pues igual que el perrito, contamos su vida en las redes mientras comen pizza, hacen gimnasia, luchan contra los villanos… Habrá que buscar temáticas que sean atractivas para la marca para que así nos den el visto bueno y podamos firmar cuanto antes, pero esa parte ya se la dejamos a vuestros creativos, que son los expertos.

La memez que ha pensado la hija de papá es un regalo envenenado. “Esa parte ya se la dejamos a vuestros creativos”. Ale, ahora para que esté *en briefing*, tenemos que darle un sentido nosotros y ser capaces de dotarla de interés (sic) para el usuario del perfil de la marca. Si no lo hacemos, al cliente no le encajará la idea en bruto de la genia y ni nosotros conseguiremos la comisión, ni Coco Chanel su collab con la marca.

—¡E s increíble! La verdad es que Cayetana tiene una capacidad… Podría ser creativa, ¿eh? —me da un ataque de tos, hago todo lo posible por conservar la calma y que la conversación acabe cuanto antes.

Claro, si siempre se lo comentamos, pero es que, entre el taller, la tele, todas las collabs… Y luego atender su casa, al marido, su niña… Yo siempre se lo digo. Eres una Leonardo Da Vinci del siglo XXI. Una mujer del Renacimiento.

No puedo reprimir una mueca de agotamiento. Otra con doble licenciatura que no tiene las narices de decirle a su jefa que si hubiese nacido mujer en el Renacimiento, no habría pasado de ser una desgraciada, obligada a la esclavitud y al sometimiento de los hombres. Otra que no quiere saber que hasta hace muy poquito, las mujeres no pintábamos nada en el planeta tierra. ¿Veis? Ya estoy cabreada otra vez y solo llevo tres cuartos de hora en mi despacho.

— Entonces, nos ponemos a toda velocidad con la propuesta. Lo comento con la directora creativa y la rehacemos cuanto antes. Espero

tener un *approach* esta misma tarde, ya vamos muy justos, la película se estrena en poco más de un mes.

"Nos ponemos a toda velocidad con la propuesta". Detesto las prisas. Para Montaigne, tomarse la vida con tranquilidad aseguraba el camino a la sabiduría y a un espíritu de sensatez que compensaba el exceso y la intransigencia que dominaban su época, ríete tú de nosotros hoy en día.

Presa de cierta ansiedad por la postal de esta mañana, estas prisas tampoco me ayudan mucho a sobrellevar la mañana de lunes de la mejor manera posible, así que entro en el cuarto de baño de mi despacho con el estómago levantado. Sin tiempo a quitarme la chaqueta de mi tuxedo negro de Hugo Boss, vomito los tres cafés que llevo a estas alturas. Me rocío la cara con agua helada y limpio el traje con una toallita humeda que saco de mi bolso de color flúor. Mientras me retoco el maquillaje para intentar estar impecable de nuevo, le doy vueltas a la cabeza. No me extraña que a los equipos de redes sociales no les guste trabajar con *influencers* : te contagian su mala leche.

Si el cliente no acepta la majadería del perfil de Instagram con las cuatro tortuguitas, tenemos otra idea fuera de tono en la reserva, pero que a mí me gusta mucho: habíamos previsto proponer un video de cuatro famosísimos influencers disfrazados de tortugas de cuello para abajo, parodiando a los Beastie Boys pegando brincos, apuntando a la cámara con sus pistolas y de fondo una música rap muy de los ochenta. La idea es que anduviesen funkeando por las calles de Serrano recitando poemas de Bukowski mientras se divierten dando patadas de kung-fu, volteretas y llaves de judo, un poco como el videoclip de *Bittersweet Symphony* de The Verve pero mucho más gamberro. Sería muy divertido rodar sin cortar la calle, como las pelis de Godard al principio de la Nouvelle Vague, y poder disfrutar de los caretos flipados de las Lulús y las Pilucas yendo de compras.

La recepcionista derrapa por el pasillo al verme salir del lavabo y me recuerda casi increpándome:

—Ana, hoy tienes comida a las 14.30 con Sole y su equipo.

—Grrrrr… Y a las 17.00 tengo cita con mi psicólogo y mañana tengo que ver un tema de selección de *influencers*. Pon las entrevistas en mi agenda, he entrado en mi tablet mientras hablaba con Laura y no estaban subidas. Llegaré tarde al restaurante, dile a Nacho que mientras llego, me pida una ensalada César y un agua mineral, ¿vale?

Entro en el despacho de Álex e, inesperadamente, me lo encuentro cuchicheando en voz baja con Raquel Zuluaga, la odiosa propietaria de Metrikx, una agencia de métrica, poseedora de un software de KPI's para medir los objetivos de las campañas que hacemos con

influencers. Jovencísima, atractiva y enormemente ansiosa por escalar. Rubia muy llamativa, de peluquería semanal, lleva las mechas *stone blonde* de moda y hoy viste una blusa cruzada de manga larga color mostaza con unos vaqueros pitillo y unos zapatos de tacón bajo en charol negro. En las últimas semanas, raro es el día que no tienen una reunión, se pasan juntos día sí y día no. Solo están hablando, pero por su actitud sospechosa al verme entrar, noto de inmediato que se sienten incómodos con mi aparición. Rápidamente cambian de tema y suben el tono de la charla, como disimulando, pero de forma poco natural.

—Eso es Raquel, seguro que Ana le conoce… ¡Buenos días, Ana! ¿Hablaste con Laura? Llamó esta mañana temprano antes de que llegaras…

Álex y yo nos conocemos desde que estudiamos juntos la carrera de publicidad en la universidad. Y como os he comentado, es mi socio en Influence & Hype. A pesar de tener mis mismos 43 años parece mucho más joven. A lo mejor es por con quien se relaciona; se mueve siempre rodeado de un séquito de becarias a su rebufo o quizás es por como viste; hoy lleva unos pantalones caqui con unas botas muy modernas, unas Lukas de Saint Laurent que no se las había visto puestas antes, y una camiseta de manga corta de Kenzo que deja a la vista los tatuajes de sus antebrazos machacados en el gimnasio. Inteligente, lúcido y con una enorme capacidad de emprender, empresarialmente está muy por encima de mí. Fue su capacidad visionaria la que decidió que debíamos apostar por Internet y por los *influencers*, que por aquel entonces eran sobre todo *bloggers*.

Y es que empezamos siendo una agencia de publicidad tradicional y, de un día para otro, nos hicimos muy conocidos por una campaña en Facebook de una célebre institución humanitaria. Conseguimos conmover a muchísimos famosos y populares de nuestro país y nos convertimos en la agencia de moda. Recibimos un montón de premios, innumerables medios se interesaron por nosotros y nos llovieron infinidad de propuestas de trabajo, a partir de entonces relacionadas con la gestión de *influencers*. Así que, Álex y yo decidimos cambiar el nombre de la agencia para que tuviese mucha más relación con nuestra nueva especialización. Nos mudamos a unas oficinas más llamativas y modernas (el anterior inquilino había sido Tuenti antes de ser comprada por Telefónica a bombo y platillo) y nos convertimos en lo que somos ahora: una engrasadísima máquina de hacer dinero.

—Raquel quiere conocer a Gotzon… Le decía que tú has trabajado con él, ¿verdad?

Se nota a la legua que no era ni de lejos el tema de conversación que les tenía tan concentrados. ¿Quizás ellos sepan algo de la postal? Ana, máximo nivel de alerta, defcon 1.

—¿Tienes su teléfono? Es que me encantaría conocerlo, es tan… tierno. ¿Sale con alguien?

Niego con la cabeza la posibilidad de presentárselo. Faltaría más. Me quedo mirándola fijamente mientras estudio su forma de dirigirse a mí. Me desafía, me reta, su juventud le hace sentirse poderosa. En el fondo, se nota que está celosa por mi larga relación de amistad con Álex. Pero la atención que él le dispensa también la empodera. Obviamente, esta chiquilla es malintencionada y venenosa.

—Ahhh, mierda… ¿Y River? Le vi hace muy poco en una campaña de… ¿Tommy? —Emplea un tono de voz casi infantil, suave, parece ingenua, una mosquita muerta.

—Era Calvin Klein… —la corrijo. Seca. Sin pestañear. Qué día llevo, por Dios.

—Es verdad, era Calvin Klein. *Oh My God*, cómo es el chavalín. Me lo llevaba a casa y le daba calor materno… —Aquí ya se olvida de camuflajes y se muestra como es: pragmática y sin concesiones. Y poco elegante.

—Raquel me estaba comentando que a lo mejor nos hace la competencia y crece por el lado de selección de *influencers* …

Álex lo deja caer delicadamente, con la voz de más a menos. Como le conozco desde hace tanto tiempo, sé por ese tono que no le apetece la discusión que sabe que tendremos luego.

—Ah ¿Sí? ¿Cómo es eso? ¿No se aleja un tanto de vuestro *core* como compañía? —pregunto con tono controlado.

—Bueno, siempre hay que crecer y el mercado de agencias de influencers que usan nuestra herramienta está ya muy maduro —contesta Raquel —. Además, se hace raro que hagamos todo el trabajo para que luego los aplausos y los premios os los llevéis los demás.

Ella sigue a lo suyo. Es tan retorcida que cualquier comentario que realiza responde a la envidia. Álex agacha la cabeza, la conversación se torna peligrosa.

—Bueno, pues entonces avísanos cuando comiences. Si ahora eres competencia, tendremos que cambiar nuestra relación de proveedor y el acuerdo contractual —le contesto muy borde—. ¿No, Álex? —replico dirigiéndome ahora a él.

—Ehhhh, sí claro, tendremos que verlo todo, naturalmente —afirma, dándome la razón de modo un tanto resignado.

Me dirijo hacia la puerta, retirándome con un globo de narices. Con todas las cosas que tengo, y la vida confortable que llevo, lógicamente, estoy obligada a ser feliz. ¿Pero por qué no lo soy?

—¿Y este? ¿Conoces a este? A este buenorro también me lo tiraría…

Mientras la hiena continúa fijando la vista en su iPhone buscando depredar nuevas posibles víctimas, lanzo una última indirecta, sin

calcular que a estos *millennials* no les da miedo responder a cualquier insinuación…

—Bueno, veo que andáis muy ocupados con vuestro nuevo acuerdo en ciernes. Álex, no le des muchas pistas de nuestros procesos ni le enseñes *emails*, no vaya a ser que la denuncie por espionaje industrial…

—Pero eso no es espionaje industrial, antigua. Cómo se os nota la edad. Depende de lo que hagas exactamente, será ciberespionaje, *web scraping* o *hacking* … Mucho premio de "Agencia digital de *influencers* ", mucho Internet, pero qué poquito sabéis del mundo digital…

Mientras salgo del despacho y me voy alejando sin ofrecer reacción alguna a la impertinencia de la niñata, escucho a lo lejos la voz de Álex casi implorando por una segunda oportunidad lejos de molestas contiendas malintencionadas.

—Luego hablamos y me cuentas qué querías, ¿vale, Ana?

Pues sí. Mucha "Agencia digital de *influencers* " y mucho Internet. Internet transformó nuestra compañía por completo. Me temo que forma parte de la condición humana que todo gran invento acabe siendo empleado para hacer el mal o para caer en la estupidez. Mea culpa, además de para algunas cosas buenas, yo soy una de las muchas personas que ha puesto su granito de arena para convertir Internet en un repositorio de memeces del ser humano del siglo XXI. Todos los días conocemos casos insólitos: desde una pareja que murió al caer por un precipicio en el Yosemite mientras se hacían un *selfie* hasta el de una niña de diez meses que murió tras resbalar de los brazos de su madre en una escalera mecánica de un centro comercial en India, cuando la mujer intentaba tomarse un *selfie* con su marido. No es broma. Hace muy poco leí que un estudio publicado en una revista científica encontró que habían sido reportadas 259 muertes en todo el mundo (denominadas "selficidas" en una parte del artículo) como resultado de esta sed insaciable por tener más *likes* que nadie en Instagram.

Pero hay más imbecilidades, otras de baja intensidad. ¿Recordáis los *flashmobs*, el *mannequin challenge* o el *ice bucket challenge* ? ¿No los hicisteis en vuestra empresa y los subisteis al perfil corporativo de Facebook? 20.000 personas en la Plaza de Gwanghwamun de Seúl para cantar y bailar el *Gangnam Style* y listos para entrar en el Libro Guinness de los Récords, otra colosal aportación a la tontería mundial. Los que trabajamos alrededor de estas arquitecturas de la estupidez contribuimos a empeorar el futuro del ser humano, contaminando la vida de la gente. Pero como os decía antes, de algo hay que comer. *That's life*, otra vez. Otra vez Sinatra.

2. SALSEO & HOLLYWOOD

Como predije, llego tarde a la cita a comer con el equipo de Sole. Dejo el Mini en un parking a veinte metros del restaurante, uno muy *cool* en Claudio Coello, cerca del Retiro. El restaurante es muy luminoso y acogedor. La decoración es de estilo victoriano, y abundan la madera, porcelanas, antigüedades, decenas de elegantes perros de peluche y radios antiguas. La clientela es la esperable por estos lares: empresarios engominados, abogados cuarentones de despachos cercanos y muchas fanáticas de Michael Kors y Carolina Herrera. En mi sitio, ya está servida la ensalada César y el agua mineral. Todos andan por el segundo plato. No hay piedad con mi falta de puntualidad.

—Hay que ver la cara que traes, Ana. No me enfado contigo porque de veras que tienes toda la pinta de colapsar y aún estamos a principios de semana.

—Sí, que hoy no se le ocurra a nadie compartir en nuestras redes sociales el post de "¡Feliz lunes!", te juro que lo despido.

Sole Cañizares es la directora de *marketing* de una importantísima distribuidora de películas en España, una *major* de esas cuyo logo aparece tras un fondo estrellado que inmediatamente te remite a un Hollywood soñado, aunque luego lo único que experimentas es el sopor de la mayoría de sus películas. Morena de ojos azules, adicta a la moda, hoy lleva un precioso traje de chaqueta y pantalón de color gris de Narciso Rodríguez, una camisa de seda blanca, y a pesar de que no puedo verlo porque me tapa la mesa, seguro que llevará como siempre unos altísimos zapatos de tacón de Jimmy Choo o de Bottega.

—Estábamos de salseo, despellejando a tus queridos *influencers* —me comenta, mientras saborea unas berenjenas rebozadas con parmesano. Siempre a régimen por su tendencia a engordar, tiene demasiado culo y eso le quita elegancia, pero hoy le ha debido dar el día libre su nutricionista y a fe que lo está celebrando.

—Actualizadme, *please* …—reclamo mientras me acomodo y me coloco la servilleta.

—El fin de semana, Marina Yers ha publicado un *storie* glorioso en rollo conspiranoico. Que dice que el agua deshidrata más de lo que hidrata. Que buscásemos esa información en Google y comprobaríamos que es cierto —me pone al tanto una de las ayudantes de Sole.

—Pero… ¿a quién se le ocurre meterse en semejante charco?

—Estaba promocionando un agua mineral y pactó con la marca

hacer hincapié en la hidratación. Quiso hacerse la interesante y saltarse el guion. Nadie la vigilaba, ella solita se lio y… 1,8 millones de seguidores en Instagram completamente descojonados la tarde del domingo, que no está nada mal para pasar unas horitas leyendo comentarios a cada cual más sangrante…—aclara Nacho, detallando el lío provocado en redes, cuyo *hashtag* #marinayerscallateya, acabó ayer siendo *trending topic*.

Sole y sus dos asistentes nos enseñan los diferentes conceptos de campaña que tienen previstos para una película que se estrena en navidades. Para variar, otra de superhéroes. Quieren que les demos nuestra opinión y cómo enfocaríamos acciones con *influencers*. Llegado el momento de la sobremesa, tomamos los cafés mientras conversamos sobre los bocetos de la campaña de exterior, con un *layout* insulso y con poco gancho. Sole hace un alto en nuestra charla profesional y me comenta algunos temas personales. Hoy está especialmente locuaz y confidente.

—¿Sabes lo de David?

—No, hace tiempo que no sé de él.

—Le han nombrado embajador del estudio en redes sociales. Está flotando, aún no se lo cree. Lo que no sabemos es qué le ha hecho más ilusión, si el extra que le van a adjuntar con la nómina o la oficialización del cargo para poder fardar en su Linkedin.

—¿Embajador de la marca? ¿Y cuánto le han subido? Ya te digo que no sé nada, llevo mucho tiempo que no hablo con él. La última vez que charlamos fue en la fiesta de los Fotogramas de Plata, en la Joy, pero eso fue en febrero…

—Bueno, la subida es anecdótica, solo son 500 euros más al mes. Por eso te decía que en el departamento todos creemos que lo que de verdad le pone, es poder presumir en su currículum de que es *influencer* de un gran estudio de Hollywood… La verdad es que te lo comento porque tengo confianza contigo, pero en el fondo estoy supercabreada, porque no deja de ser un reconocimiento. Mínimo, pero reconocimiento. Y ya sabes la manía que le tengo. Joder, que es un niñato que solo lleva un par de años en la empresa y yo, más de quince…

—¿Pero cómo ha sido? ¿Quién lo ha elegido?

—Es una idea que lleva desarrollándose hace ya casi dos años. En la central de Los Ángeles crearon su propio programa de empleados prescriptores, con unos quinientos trabajadores de todas las delegaciones del mundo. Te imaginas la selección: jefes de comunicación, personal de *marketing online* con conocimientos de *social media* … Pusieron en marcha un *software* especial para coordinar toda la actividad de estos empleados en sus canales de redes sociales y un FTP que les proporciona imágenes y temas sugeridos para publicar

con cierto orden y conocimiento de causa. A partir de ahí, a evangelizar sobre el estudio y sus maravillosas películas. Las recompensas iban por objetivos: entradas gratis, *merchandising* exclusivo, descuentos con *partners* … Pues eso, poca cosa, migajas. Yo, por supuesto, no hice mucho caso ni me preocupé porque hasta ahora no había habido aumentos salariales, ni titulitis de ningún tipo, pero parece que ha comenzado una segunda fase del programa y la cosa ya se está poniendo mucho más seria… Él lo ha estado tratando en secreto con el director general, que es un machista y que ha preferido darle este rol a un tío antes que pensar en cualquiera de nosotras. Joder, que somos ocho mujeres en el equipo, y se lo concede al único hombre que trabaja en el departamento.

—Ya. No te agobies, puede ser que haya algo de eso que dices, pero Sole, yo lo tengo claro, es el futuro, cada vez se va a desarrollar mucho más *marketing* digital *in house*. Las marcas no podéis mantener durante mucho más tiempo el derroche actual. Seamos realistas, un *influencer* de los que contratáis ya no se levanta de la cama por menos de unos cuantos miles de euros, así que se trata de encontrar a alguien de la compañía, que además será incondicional y estará más comprometido que alguien de fuera, que se sienta cómodo con la marca en la que trabaja y que esté dispuesto a crear contenido. Y si además ese contenido está chulo…—intento esclarecer el futuro de algún modo y tranquilizarla—. No sé, pero a mi no me parece ninguna locura. Ahora, ¿es *él* el indicado? Pues seguro que no. Cuando esto vaya a más, que ten por seguro que llegará, buscarán la experiencia y la capacidad de alguien mucho más preparado y con más *skills*.

—Pero es que además… ¡es injusto! Es que es premiarlo por algo que ya hacemos todas allí, ¿sabes? Si miras nuestras redes sociales, yo también comparto publicaciones sobre las películas que estreno. Ana, hoy en día todas lo hacemos. Nuestra amiga Marga también publica en Facebook sobre las obras que estrenan en el teatro en el que trabaja o Marina sube a su Twitter muchas de las columnas de opinión que publica en su periódico…

—Sí claro, si las redes sociales no tienen ningún secreto, por eso me parece que no debes preocuparte. Con la guerra que tenéis con las plataformas de *streaming,* me parece que deberías ir pensando en reciclarte y concentrarte más en tu futuro que en luchas internas que no te llevan a nada. ¿Le pediste a recursos humanos lo del máster?

—En ello estamos. Primero que me lo concedan y segundo, a ver por cuál me decido, porque lo estuve mirando con mi chico hace un par de fines de semana, y me agobié solo con ver las decenas de posibilidades…

—Ya sabes que yo te recomiendo el que hizo Álex, pero sí, es verdad, hay muchos… Es un burbujón, media humanidad está

reciclándose a digital…

—Aprovechando que el director general es un cagado y sabe que estoy enormemente mosqueada con todo este asunto del embajador del estudio, meteré toda la presión que pueda para que me lo concedan cuanto antes y empezar para enero, así que ya hablaremos, tengo todos los PDF con los programas de los másters en mi portátil para que los veamos juntas.

—¿Toda la presión? —interrumpo sorprendida.

—Sí, que no me toque los ovarios, porque cualquier día le envío un *WhatsApp* a su mujer insinuándole donde va muchos domingos cuando le cuenta que ha estado en el Bernabéu viendo al Madrid… Que le puedo arruinar la vida. Soy testigo de como se restregaba con la becaria de un soporte a la que conoció en un *catering*. El que dimos en la presentación de estrenos anual hace un par de años, en el Proyecciones.

Nos quedamos en silencio. Sole me mira con rabia aún en su rostro, consciente de haberse pasado dos pueblos. Yo dirijo la vista a mi tarta de tres chocolates. Y para disimular, apuro el café con leche. De pronto, nos miramos las dos y no podemos evitar reírnos al unísono, reduciendo la tensión del momento, pero en mi interior sigo sorprendida del arrebato de ira al que acabo de asistir. Y es que no hay nada que le duela más a una mujer que le hieran en su orgullo. Y por lo que parece, a Sole esto de que a un *millennial* le hayan dado un premio que considera que le correspondía a ella, le ha herido y mucho en el suyo.

—Soooleeeee —le digo arrastrando suavemente las sílabas para remarcar el carácter pacificador de mi comentario—. No te preocupes tanto, por favor. Puede que por la edad, se vea a los *millennials* muchas veces como *heavy users* por los jefes, lo veo también en otras marcas. Pero tú sabes que llevar las redes sociales es de una trivialidad exasperante por su simpleza: una foto enorme y un textito debajo. ¡Que algunos no ponen ya ni texto, solo *emojis* ! —argumento indignada—. Es cuestión de tener paciencia, dale tiempo al tiempo.

—En cuanto concluya el máster, te juro que negocio con un *headhunter* y con un ofertón en mi mano, le hago ponerse de rodillas a este tío hasta que me pida perdón. Ya me conoces, no hay nadie más rencorosa que yo en ningún departamento de *marketing*. —contesta airada sin vacilar. En este momento recuerdo lo que decía la gran Dorothy Parker: “La mujer y el elefante nunca olvidan”.

—Todo ha cambiado tanto… Para que me entiendas, recuerdo cuando no existía Internet y lo que privaba entre los famosos era la discreción y la reserva, y parece que me remonto al Medievo. Sabes quien es Salinger, ¿verdad? —le pregunto muy rápido para hacerle cambiar de tema y relajarnos.

—El que escribió *El guardián entre el centeno*, ¿no?

—Sí, ese.

—Ya sabes que no leo mucho, lo conozco porque cuando Brad Pitt vino a Madrid a promocionar la última película de Zemeckis…

—¿La que salía con Mario Cotillard?

—Sí, esa, ya no recuerdo el título… Bueno, pues el día de la *premiere* de esa película por la mañana, pidió ir a una librería de viejo a buscar una primera edición de ese libro en español. Por lo visto, desde hace muchísimos años, colecciona la novela en los idiomas de todos los países que visita. Parece obsesionado con ese título en concreto.

—No lo sabía, pero no me extraña. Se supone que es la novela de la generación X. A mi no me gusta especialmente, no entiendo ese aura de libro de culto. Pues si Salinger viviera ahora, no sé que sería de él. El tipo se hizo famoso por obligar a la editorial a no colocar en la solapa ni su foto ni ninguna otra información que no fuera únicamente su nombre y apellido. No concedía entrevistas, no hacía declaraciones, no tenía teléfono y vivía recluido en una casa que solo conocían su editor y un par de amigos. ¿Pero tú te lo imaginas haciéndose un *selfie* y subiéndolo a su perfil de Instagram? —pregunto mientras simulo la acción gesticulando y poniendo cara de tonta—. Si viviera hoy, no sé como podría aguantar la presión de Twitter, de los directos en Instagram, de las entrevistas con *youtubers,* de las ferias y las presentaciones de libros, de los clubs de lectura…

—Bueno y yo tirando a lo mío, al cine. ¿Tú te imaginas a Kubrick ahora publicando en su Twitter? Imagínatelo en su famosa mansión oculta de Londres, haciéndose un *storie* en su cocina… Rodeado de su mujer, sus hijas y sus perros…—se pone sus gafas y simula cara de sabionda.

—Y con Tom Cruise y Nicole Kidman saliendo detrás, recién aterrizados en su helipuerto… Jajajajajaja…

—Ese instante es muy *celebritie*. Ya me lo imagino compartido miles de veces. Hay muchos casos de misántropos que si tuvieran que lidiar con las obligaciones petardas de hoy en día… Por un agujerito me gustaría verlos—dice mientras suaviza el gesto y sonríe abiertamente.

—Si es que esto es muy poco serio. No soy capaz de imaginarme cómo van a ser las nuevas generaciones que están creciendo con estos valores egocéntricos y presuntuosos. No lo digo de forma reaccionaria, es una descripción fría y lo más neutral posible, lo digo ya completamente resignada.

Me escucho hablando de banalidades como una Hannah Arendt de mercadillo, y no puedo evitar reprenderme mentalmente por volver a caer en estos juicios de valor tan pedantes, pero últimamente

reacciono de forma exaltada ante cualquier valoración de estas frivolidades.

—Pues cuidado, no te creas que tú estás a salvo de estas nuevas generaciones, con sus egoísmos y vanidades. He esperado al final de la comida para decírtelo, pero ándate con mucho ojo con Raquel Zuluaga de Metrikx. Llamó la semana pasada al director general para tener una reunión y convencernos para contratar con ella toda la gestión de perfiles de *influencers*. Vamos, que quiere puentearos.

—Sí, somos conscientes, Álex me lo comentó hace semanas.

Miento para no parecer incompetente. Información es poder y a pesar de la confianza que tengo con Sole, delante de un cliente jamás debe parecer que eres la última en saber algo. Al contrario, aparentar sosiego y cabeza fría para gestionar una puñalada por la espalda, da la sensación de control y autoridad.

—Pues ya te iré contando, pero ya le conoces a este, si le rebajan una cantidad mínima al mes, probará con ella. Ya sabes que el *budget* con vosotros es el más elevado de los gastos de *marketing*.

—Bueno, que en ese *fee* van incluidos los honorarios de los *influencers* … Que son los que realmente ganan…

—Ana, sois la agencia a la que más pagamos, descontados los costes de los *influencers*. Por ahí solo puedes perder. Esta tía os va a reventar el negocio de una manera u otra.

—No os podrá dar el servicio que os damos nosotros. Somos una agencia con más de setenta personas y veinte años de experiencia. No solo tenemos creativos y consultores de estrategia, también hay *communities*, programadores, directores de arte, diseñadores, editores de vídeo…

—Ya, lo sé. Pero esta Raquel es una lianta. Y él quiere probar. Como siempre hace, cambia de proveedor, luego sale mal y habrá que llamaros como recurso de último minuto para salvar la acción.

—¿Pero qué tiene la niñata esta para llevar vuestra cuenta? Dímelo con toda confianza. Tan solo ha trabajado en una *startup* de mierda que quebró, en una agencia enana con marcas de medio pelo y de rebote y de casualidad, en este proyecto…

—… proyecto que por vueltas que da la vida se convierte en un caballo ganador con la financiación de un fondo de inversión israelí hasta convertirse en un negocio que crece a ritmo de dos dígitos al año. No lo olvides, Ana. Ya sabes lo que le gustan a este baboso las triunfadoras. Y si son jóvenes y monas, más todavía.

Jaque mate. Sole, de forma muy sutil y educada, me ha ido llevando hasta el auténtico argumento de peso de todo este embrollo. Para el director general, no es un problema de rivalidad entre dos compañías, es una elección personal entre la niñata y yo. Y en este duelo, no puedo elegir arma, porque aquí no cuentan los currículums,

cuentan otras virtudes más caprichosas y mundanas.

3. MI PSICOLÓGO

Estoy sentada en la consulta de mi psicólogo, un señor ya maduro pero muy atractivo. Hoy lleva un *look* de existencialista francés a lo Albert Camus, con un jersey de cuello vuelto gris que realza su cuello y unos vaqueros *Slim Fit* que le quedan como un guante. No es especialmente guapo, a pesar de que tiene entradas, posee un mentón irresistible y ahora usa unas gafas negras de pasta que le dan un aire de intelectual que me vuelve loca.

Le apodo "vienés" porque para darse importancia y venderse mejor, siempre alude a una supuesta amistad que el hermano de su abuelo, vienés de nacimiento, tuvo con Freud. A mi me lo contó a los pocos minutos de conocerlo, como si fuese un sello de garantía ISO 9001 de la psicología. Constantemente lo saca a colación, por lo que me huelo que es un truco publicitario para convencer a los más escépticos y asegurarse así que nadie le abandona por otro profesional. Una vez leí que en España más del 25% de los pacientes cambia de psicólogo antes de llevar un año. La tasa de abandono es de las más altas de Europa. En mi caso, es el tercero con el que trato.

El primero era muy joven y estrafalario, con un *look* muy bohemio y una barba enorme. Muchas veces me atendía con las gafas de sol puestas, fumando un pitillo, con voz de haber empalmado y de andar muy, muy pasado. Al principio me llevaba bien con él, su consulta tenía estanterías repletas de libros de Cormath McCarthy, Bunker y Vonnegut. Poco a poco, el *feeling* se fue apagando: en ocasiones le gritaba y él me gritaba a mí. Para llamar su atención, le contaba extrañas fantasías sexuales y entonces notaba como su interés aumentaba de modo apreciable. Muchas veces le mentía. Él me hablaba de su amante y de las reformas que estaba haciendo en su piso de verano de Almería. Hubo días que simplemente me levantaba y me iba, dejándole con la palabra en la boca. La semana siguiente volvía y él se comportaba como si no hubiera pasado nada.

Luego continué con una psicóloga que tenía más o menos mi edad. Esta sin embargo tenía una consulta sosísima, sin nada en las paredes, sin apenas libros, solo uno de láminas de Van Gogh y uno de los de la colección de *Los juegos del hambre*, en una feísima zona de pisos setenteros cerca del Bernabeu. Me pareció aburrida y desesperante desde el principio, pero le di tiempo porque entendía que estar acostumbrada a la intensidad del bohemio extravagante me penalizaba para juzgar a cualquier psicólogo con el que la comparase. El caso es que su metodología de terapia (ella lo definía como abordaje gestáltico en forma de terapia individual) a mi me producía

un sopor inenarrable y tuve que dejarla también. El “vienés” se define como *coach* especialista en inteligencia emocional. Empecé a venir a su consulta hace unos tres meses y medio aproximadamente y, por ahora, nos vamos conociendo.

Hoy entro con fuerza. Al poco de comenzar la sesión, me pongo a llorar con ganas y él deja que me desahogue. Tras enjugarme las lágrimas y recomponerme, me mira fijamente mientras se mesa el cabello y luego escribe algo en un bloc. Me pregunta por mi estado actual. Le digo que no sé lo que va mal exactamente, simplemente que sigo igual de perdida que los últimos meses y especialmente sensible.

—Por lo menos eres consciente de como te encuentras. Eso es bueno, ya eres consecuente con tus emociones, lo que indica que vas recuperándote. Las rupturas sentimentales en personas tan afectivas como tú son auténticos tsunamis vitales.

Se levanta y pasea por la habitación. Voy a contarle lo del anónimo amenazándome en la postal, pero justo en ese momento, cambia el objeto de la conversación y me cuenta que le han encargado colaborar en un guion para una serie de televisión. Hace una pausa y me pregunta si le quiero ayudar. Le digo que no me interesa. El tipo sigue hablando y al cabo de un par de frases se pasa la mano por la mandíbula y me mira.

—Ana, ya sabes que hemos hablado bastante de que deberías ser más activa y creo que sería una buena idea que me ayudaras. Por lo menos, con el borrador.

—Ya te he contado que estoy con mi novela. ¿No te parece que ya es un paso adelante?

—¿Cuánto llevas? ¿Escribiste algo esta semana?

—Un par de páginas.

—¿Un par de páginas? Eso no es escribir una novela. ¿Te imaginas que Proust hubiese escrito a tu ritmo? ¿Cuánto habría empleado para terminar *En busca del tiempo perdido* ? Una vida… Y media.

—Si me quiero desilusionar, hay casos más sangrantes. Stendhal escribió *La cartuja de Parma* en cincuenta y tres días… Y yo llevo cuarenta páginas en casi tres meses.

—¿Sigues sin tener título?

—Aún no. Dudo entre varios, *La vida sexual de los influencers*, *La escandalosa vida de los influencers* … Ya me vas conociendo, soy muy insegura. Al final, creo que elegiré *La vida privada de los influencers*. Como *La vida privada de Sherlock Holmes* de Billy Wilder. Es más convencional, pero no quisiera ser muy sensacionalista. Aunque mi problema real es con el estilo: creo que en conjunto no escribo mal, pero luego los detalles… La mayoría de las expresiones que uso son imprecisas, o repetitivas, o pobres, o directamente sobran. No consigo avanzar…

—Pues tienes que avanzar, la clave de tu recuperación es hacer cosas: escribir y publicar tu novela, ir al gimnasio, salir con tus amigas… Recupera la vida social que tenías. Tienes que evitar que tu cerebro entre en bucle y se obsesione recordándole. Ayúdame con mi guión y así añades más tareas a tu restablecimiento personal.

Murmuro algo y miro por la ventana. Sus vistas al Retiro son peores que las mías.

—¿Y qué pasa conmigo?

—¿Qué pasa contigo?

—¿Qué pasa conmigo?

—Ya te encontrarás mejor.

—No lo veo, cada vez tengo más pesadillas y tengo más ansiedad —le digo de forma casi infantil, enfurruñada.

—Hablemos de otra cosa. De algo que te distraiga la mente.

—Pero ¿qué va a ser de mí?

—Venga ya, Ana. Todo esto es temporal y alguien con tus herramientas mentales lo va a superar sin más. Sé paciente. A ver, necesito contarte de qué va el guion. Tiene que ver con tu mundo. Trata sobre la vida de un *influencer*.

—¿Tú también? ¿Cómo lo llamáis en psicología? ¿Transferencia?

—Bueno, lo mío es diferente. Tu acercamiento es más… Digamos, mordaz, irónico. El mío es más psicológico, incluso sociológico diría yo. Una productora me contrata para hacer un tratamiento que mejore el perfil psicológico del personaje principal, para asesorarles y enriquecer lo que ya está escrito. El guion cuenta la vida de un *influencer* italiano real, que además de trabajar para grandes marcas, está usando el apellido Romanov para promocionar mejor sus perfiles en las redes. Tiene ya cerca de 500.000 seguidores. A ti que eres una experta, ¿qué te parece?

—¿Qué qué me parece? ¿Cuál es el interés?

—¿Cómo que cuál es el interés? Desde el punto de vista psicológico es apasionante seguir a un individuo que inventa semejante historia y se la cree. He visto varias entrevistas suyas en YouTube y su comportamiento es excitante. Hay muchos estudios que cuestionan que existe una conexión entre la mentira y el parpadeo. Muchos investigadores defienden la teoría de que cuando las personas mienten, muestran lo que se llama “interrupción del parpadeo”. Puede tener que ver con el hecho de que los mentirosos se concentran tanto, tanto, tanto en la mentira que alteran los patrones naturales del parpadeo. Es curioso: ves su entrevista y se pasa gran parte del metraje con los ojos tan abiertos como un búho y casi congelados, pero al final el entrevistador le pregunta algo tan ingenuo como “¿Puedes contarnos algún secreto?”. El tipo se queda bloqueado, completamente callado, por primera vez una interpelación le

sorprende, no tiene una respuesta rápida. Entonces, empieza a parpadear rápido, muy rápido, luego va bajando el ritmo y, de repente, balbucea: "No tengo muchos secretos". Y aprieta mucho la boca. No dice nada más. Como si se silenciara a sí mismo. Ahí está. El gran simulador.

—¿Pero has hablado de una serie?

—Sí, sí, bueno, ahora lo llaman docuseries… De unos tres capítulos, me dicen.

—¿Da para tanto?

—Mmmmm. Yo diría que sí. Un heredero real de los Romanov le está plantando cara en los tribunales italianos, por suplantación de identidad. El niñato se presenta como legítimo heredero de Anastasia y utiliza el nombre de la familia imperial para firmar contratos con marcas, participar en programas de televisión… Se exhibe como miembro italiano de la dinastía. Y se está sacando una pasta con el timo. Lo más interesante es que se lo cree. Es como un Álex Gibaja físicamente, pero más guapo, rollo Helmut Berger en *Ludwig*.

—¿Y los de la productora, no tienen miedo a que les demande?

—Ni idea, pero a mi ellos me pagan muy bien por hacerles una consultoría psicológica del personaje. ¿Y tú? ¿No tendrás también problemas?

—Bueno, puede que parezca crítica, pero no pretendo humillarlos. Aunque soy consciente de que habrá muchos de ellos que me retirarán el saludo, no volverán a trabajar conmigo o directamente me demandarán. Pero es una novela de ficción, no hay nada basado estrictamente en la realidad.

Mi psicólogo asiente con la cabeza, sonriendo, y yo vuelvo a sentarme recta en la butaca. Se produce un largo silencio, pero luego proseguimos con la sesión.

Tras la consulta, decido irme a casa sin pasar por la agencia. La lluvia ha dejado casi de caer cuando comienzo a caminar hacia el metro. A medio camino de la parada, decido no cogerlo y atravesar el Retiro y fomentar así el pensamiento lateral, que dice el "vienés" que es la mejor forma de gestionar el estrés y dar con soluciones imaginativas a mis problemas. El parque en esta época del año se tiñe de tonos ocres, amarillos y rojizos, convirtiendo mi camino de vuelta a casa en el único momento apreciable del día. Disfruto caminando bajo sus ramas y hojas húmedas. Mientras empieza a atardecer, llego a casa.

El ascensor me transporta hasta el último piso y me deja en mi ático. Tras abrir la puerta, echo un vistazo al pasillo y aguzo el oído para comprobar si anda por ahí la gata y, como no da señales de vida, dejo el bolso y las llaves en el recibidor, justo al lado del mueble de la entrada. Decía Edith Wharton que "un hogar es el lugar donde uno es

esperado" y quizás precisamente por esa dolorosa falta de alguien que me eche de menos, siempre que entro por la puerta no puedo evitar sentir el ambiente desangelado, impersonal. El aire acondicionado está conectado y el salón huele a pino. Hay una nota en la mesa de la cocina que ha dejado mi empleada doméstica en la que dice que ha preparado para cenar una ensalada de proteína y que puedo encontrarla en la nevera. Por fin, desde donde estoy, distingo a la gata tumbada junto a la cristalera del mirador, respirando pesadamente, dormida.

Subo al piso de arriba y entro en el dormitorio; la televisión sigue encendida; las persianas también siguen subidas, tal y como las dejé esta mañana temprano. Hay una pila de revistas del sector del año pasado encima de la mesa con una nota que dice: "¿Las tiramos?"; también hay otra nota con un recado de que mi hermano me ha llamado y varias cartas de bancos y sobres con el membrete del ayuntamiento de Madrid, me imagino que son multas.

Me quito los zapatos, me tumbo en la cama y me toco la frente para ver si tengo fiebre. Creo que sí. Y con la mano en la frente miro el cuadro que está en la pared de encima de mi cama: *Los embajadores* de Brigitte Szenczi, un cuadro de gran formato que compré en una galería del barrio de las Letras, muy cerca de la agencia. Cojo el móvil y llamo a mi hermano, asombrada de recordar su número a la primera, pero nadie contesta. Me siento, y por entre las persianas distingo los árboles que se agitan furiosamente y se doblan debido a las fuertes rachas de viento. Luego vuelvo a mirar el cuadro, me doy la vuelta y decido desconectar tumbada en la cama revisitando *Historias de Filadelfia* de Cukor. "Piensas demasiado y sientes poco", le dice Cary Grant a Katherine Hepburn, pero realmente creo que me lo está diciendo a mí. Entrada la noche, me cuesta conciliar el sueño, así que pruebo esta vez con un Stilnox. Otro nuevo opiáceo para mi colección, soy la Williams Burroughs de la *publi*, pero sin su talento, claro.

4. SEGUNDA ADVERTENCIA

"Ana, no salgas hoy de casa a repartir más acciones entre tus *influencers* amiguitos y lameculos, porque si lo haces, te abriré la cabeza con un bate de béisbol, zorra de mierda." Releo el *email*. No puedo creérmelo. Acababa de despertarme y había conectado el Mac Book mientras me preparaba un café para desperezarme, porque el Stilnox me había hecho efecto pero me había dejado algo mareada. ¿Y ahora qué hago? Lo cierto es que me había olvidado por completo de la postal que recibí ayer, inmersa como estuve en una jornada interminable llena de citas ineludibles.

El *email* no llama la atención entre tantos correos de *spam*, por eso al verlo, el corazón me ha dado un vuelco. Ahora no solo sabe *dónde* trabajo, sino que también conoce mi *email*. La dirección de correo del remitente es shermanmccoy@hotmail.es. Al menos ya tengo alguna pista: no será un *millennial*. *La hoguera de las vanidades* es de los ochenta. O a lo mejor ha firmado así porque le gusta la película. En el libro de Tom Wolfe, McCoy es un hombre. ¿O será una mujer y está jugando a camuflarse? Mi cabeza avanza en mil direcciones mientras vuelvo a escuchar mentalmente la voz de mi *coach* aconsejándome hacer frente al problema con amor propio y autoestima. ¿Llamo a Álex? ¿Aviso a la policía?

Mi ansiedad a veces es tan patética que acaba siendo cómica. Recurro a Internet para comprobar qué famosos murieron a mi edad, como cuando evidencias un síntoma de cualquier enfermedad menor y lo cotejas en Google para comprobar que no es cáncer y asegurarte la inmortalidad. Emily Brontë, Simone Weil, Jane Austen, Alejandra Pizarnik… Confirmo que a mi edad se puede morir y mi angustia se multiplica de inmediato. Empiezo a entender a Emily Dickinson, quien amenazada por un pretendiente machista y violento, pasó más de quince años recluida en su habitación. O a Glenn Gould, que decía que el aislamiento es un componente necesario de la felicidad humana.

En un arrebato de valor, algo muy impropio de mi últimamente, y ante la cobardía de sentirme acosada por alguien desconocido, decido normalizar la situación y encarar el día como una jornada laboral más. Hago caso a mi psicólogo y hoy me arreglo especialmente, ya que según él, en este tipo de días es recomendable ponerme guapa por fuera para "sentirme más guapa por dentro". Me decanto por una camisa blanca entallada de Tommy Hilfiger, con un blazer azul marino de Ralph Lauren, unos pantalones a juego de Banana Republic, y unos Louboutin marrones. Todo muy *Suits*, que para eso es mi serie

favorita. Repaso en mi iPad la agenda y confirmo lo que me imaginaba: no tengo ni un hueco libre, todos los cuadrantes horarios están ya ocupados con varias reuniones y *calls*. Convengo que tal atasco de actividad me mantendrá la cabeza ocupada lo suficiente como para postergar el asunto de las amenazas a la última de mis prioridades, por lo que sin perder un minuto más, decido dirigirme con celeridad a la agencia.

No me gusta conducir por el centro a primera hora de la mañana. Siempre hay demasiados coches y termino absolutamente crispada. Antes me daba por fumar mucho y poner la radio a todo volumen, pero desde que dejé la nicotina, lo que hago es morderme las uñas, lo que hace que tenga ahora mismo una manicura más propia de una quinceañera neurótica que de la propietaria de una compañía que factura cinco millones de euros al año.

Intento evadirme escogiendo una emisora que emita música para tranquilizarme y atemperar mis nervios a flor de piel. Pongo Radio Clásica pero el *Billy Budd* de Britten no me parece la mejor opción, así que busco en el dial algo de Brian Eno o Michael Brook o Yoshimura, pero no tengo suerte. "Aférrate a tus esperanzas, y si se desvanecieran, simplemente finge que puedes volver a construirlas" cantan las Bangles, en un*cover* de una antigua canción de Simon & Garfunkel que escucho desde el principio hasta el final, disfrutando de ella ahora que estamos parados. Nadie se mueve aunque los semáforos están en verde. En estas ocasiones, suelo aislarme del mundo mirando a la gente de los coches contiguos al mío. Trato de establecer contacto visual con el conductor del coche que tengo más cerca, atrapado por el tráfico. En este momento, miro fijamente a un hombrecillo delgado y contrahecho de mediana edad que conduce un enorme Range Rover gris metalizado que tengo pegado a mi derecha. Tiene el pelo canoso y más bien escaso y llama la atención por su americana azul claro a cuadros que, incluso sentado con el cinturón de seguridad puesto, se ve que le viene grande y muy ancha. Giro la cabeza y echo un vistazo a mi salpicadero para cargar la batería del iPhone en el adaptador que se enchufa al mechero del Mini. Subo la mirada de nuevo y me encuentro observada fijamente por el hombrecillo, dirigiéndome una sonrisilla retorcida que equivale a decirme: "Te pillé. Ahora soy yo el que va a jugar contigo." Me vuelvo a poner las gafas de sol y avanzo lentamente. El Range Rover se coloca de nuevo a mi altura y el hombrecillo, completamente desenfrenado y *on fire*, simula un gesto obsceno con la lengua. Miro con asco y le devuelvo la impertinencia levantando de forma procaz el dedo corazón manteniendo la mano cerrada con el revés hacia fuera. Dadme un dedo y mosquearé al

mundo. El pobre chepudo grita enfurecido algo que no consigo entender por el estrépito del atasco mientras avanzo y giro a la derecha, acercándome al parking de los alrededores de la agencia y dejando definitivamente atrás el Range Rover.

Antes de subir a la agencia, me paro en el Starbucks de la esquina y pido un *Frappuccino* muy grande. La encargada me pregunta a nombre de quién apunta el café y queriendo ganármela le respondo que a nombre de Lorelei Lee, mi personaje favorito de Anita Loos. De inmediato, me avergüenzo de mi pedantería y mi estupidez. ¿Qué jovencita de hoy en día reconocería a una autora de dos novelitas de hace cien años? Completamente indiferente ante mi jueguecito absurdo de redicha, me comenta que en cinco minutos dispondré de mi pedido y me invita a elegir para sentarme entre varias mesas a la vista. Fuera el viento ha empezado a soplar con tanta fuerza que las ventanas vibran. Hay dos cuarentones en la mesa de al lado, los dos vestidos de traje y engominados hasta las patillas, típicos *brokers* que idolatran a Gordon Gecko desde que estudiaron el máster en Esade. Se están levantando ya y disponiéndose a pagar.

—¡Por el amor de Dios! ¿Es que no sabes lo que hemos pedido?

—Creo que está bien —dice la camarera un poco nerviosa.

—¿De verdad? —suelta el que se está poniendo un abrigo Chesterfield, que parece recién salido de Saville Row.

Tengo la sensación de que va a pasar algo desagradable, pero el otro dice:

—Déjalo, si es igual. —Y luego, sentencia—: Odio el puto Starbucks. —Y saca dos billetes de diez euros del bolsillo.

Su compañero ahora se anuda una bufanda Burberrys, se levanta, eructa, y murmura lo bastante alto para que ella le oiga:

—Jodidos sudacas, hace años las cafeterías solo tenían personal español, aquéllos sí que eran camareros profesionales…

Luego salen, dejan el ambiente con tufo a Dark Blue de Hugo Boss y se pierden en el viento de la mañana. Cuando la camarera se me acerca para traerme mi *Frappuccino*, no puede evitar mascullar entre dientes:

—Farloperos... He trabajado en otros Starbucks donde nunca he tenido ni el más mínimo problema. Cuanto más cerca del dinero, más estúpidos conozco —me dice.

Viendo que el tema de las amenazas comienza a ponerse realmente serio, decido compartir con alguien mi preocupación. Ya no parece solo una llamada de atención aislada de alguien realmente cabreado, sino que empieza a aparentar ser obra de alguien trastornado, así que le escribo un *WhatsApp* a Álex y le pido que busque un hueco esta

mañana para vernos. Me responde al minuto para confirmarme que cuente con él, que en breve viene para la agencia. Ha mirado su agenda y dispone de tres cuartos de hora justo antes de una reunión con el director de una productora de Barcelona que hoy vendrá para cerrar el contrato de rodaje de un *spot* para un festival de música para pijos en Cádiz, que realizaremos dentro de tres semanas.

Álex sigue siendo mi confidente, una de las pocas personas en mi vida con la que puedo hablar con total franqueza y confianza, me atiende a cualquier hora de la mañana o de la tarde, me protege de mí misma, de mis pensamientos ansiosos. Y a veces sin pedírselo, en muchas ocasiones me escribe sin motivo aparente y me pregunta por mi estado. Eso, a una persona con la autoestima por los suelos y con tan poco amor propio como yo, me da la vida.

Entro en mi despacho, que hoy me parece más frío e impersonal que nunca, porque apenas hay luz, ahora mismo se ha nublado y el cielo está gris. Acomodo los cojines de mi sofá LC2 Le Corbusier que compré en Pacific Compagnie, en el distrito VIII de París. Se que a muchas os parecerá una tontería, pero hay que saber colocarlos para activar la energía positiva, debo tener mucho ojo con el feng shui. De pronto, aparece Eva, la recepcionista, con el carrito del desayuno. Me pregunta qué tomará Álex, pero le respondo que no puedo ayudar mucho, ando perdida con lo que suele desayunar últimamente, así que esperamos que él lo decida cuando llegue. Yo escojo un café con leche y, como siempre, tres cucharadas de azúcar. Eva acomoda las sillas para invitados junto a mi escritorio, para recolocar el carrito junto a la mesa de cristal a los pies del sofá. Los periódicos del día, esparcidos sobre ella, destacan la última marcha de los chalecos amarillos en Francia, el nuevo escándalo sexual de Trump o las negociaciones del Brexit. Pero lo que más destacan absolutamente todos los diarios es la llegada el próximo viernes del Black Friday, cita ineludible de la nueva era del hiperconsumismo, lo que aprovechan para aconsejar a sus lectores un montón de *chollos*. No puedo evitar esbozar una sonrisa. Repaso algunos de las recomendaciones: desde recortadores de barba a cremas anti-fatiga, pasando por succionadores de clítoris.

Luego echo un vistazo al resumen semanal de redes sociales que elaboran en un conocido diario generalista, que hoy cuenta una historia especialmente divertida. Una *influencer* con más de dos millones de seguidores en Instagram se lamenta amargamente de que sus adeptos no la hayan apoyado. La *instagramer* de dieciocho años se había embarcado en un nuevo negocio personal, una colección de ropa firmada por ella misma. Con tantos seguidores, era natural pensar que la gente compraría a destajo, ¿no? Quizás no todas, pero sí muchas de las decenas de miles que daban *likes* a sus *post*. Pues ni siquiera treinta y seis de esos seguidores, que era el mínimo requerido

para encargar los pedidos, fueron capaces de *darle* al botón de compra, no le hicieron caso ni el 0.001% de su comunidad. Las cifras, a día de hoy, son ridículas, solo compraron diecinueve personas.

Sé que soy cruel, pero no puedo parar de reír con su publicación de autoindulgencia y falsa condescendencia: "Hola, me rompe el corazón tener que escribir este *post*. Como todos sabéis, he lanzado mi propia marca. He puesto todo mi corazón en esto. Para la sesión de fotos he tenido que traer de fuera a un fotógrafo y un maquillador, lo he tenido que planear con semanas de antelación y he tenido la suerte de contar con amigas que han posado para mí. He alquilado un estudio fotográfico enorme para ese día para que pudiera contar con el mayor número de fotos y vídeos promocionales. Y, sin embargo, nada ha funcionado. Suena rencoroso, pero yo he apoyado la música o todo lo que me han pedido de todo el mundo y ni siquiera me lo han podido devolver. Esto no es el final de mi marca, sólo es un bache." Este *post* de confesión en Instagram tiene 35.789 *likes*, aproximadamente 35.770 más *likes* que camisetas vendidas.

En ese momento, entra Álex en el despacho, y mientras me da los buenos días y deja su mochila, el móvil y las llaves del coche sobre la mesa, me prometo mentalmente regresar a este caso más adelante. Pobrecita *influencer*, como diría Djuna Barnes, "Nada es como uno desea. El mundo se rige por esta ley".

Mientras se prepara un *latte* frío descafeinado con aroma de vainilla y avellana, le pregunto cómo se encuentra y me comenta que hoy le ha tocado madrugón para llevar a sus hijos al colegio. Ahora mismo, Álex atraviesa un mal momento personal, atrapado en un divorcio tóxico en el que su ex no cesa de hacerle la vida imposible, chantajeándole con el sufrimiento de su pareja de mellizos si ella no es la ganadora en todos y cada uno de los conflictos de la relación.

Mientras se prepara un *bowl* de muesli, Alex atiende la cronología detallada de los anónimos amenazadores con la intención de ayudarme. Me escucha muy atentamente, sentado con las piernas cruzadas, con gesto preocupado y mirándome fijamente a los ojos. Ninguna de las parejas que he tenido hasta el momento me escuchaban tanto. Escuchaban más bien poco. De hecho, hoy en día poca gente escucha. Y él, me escucha con un aprecio sincero. Con el pelo cortado a la última, hoy va de fondo de armario, con una camisa a cuadros, unos pantalones vaqueros y unas zapatillas negras, un *look* básico pero no demasiado desaliñado. Da un sorbo al *latte* y me pregunta:

—¿No deberías hablar con alguien sobre esto? ¿Y si contratamos un detective privado? O dirigirte a la policía directamente y así quitarte un peso de encima…

—Supongo que sí, pero no quiero poner sobre aviso a nadie acerca

de algo que seguramente acabará en nada. Posiblemente solo sea un *influencer* resentido que quiere llamar la atención porque le dimos una campaña a otro.

A pesar de la confianza que tenemos, no puedo evitar fingir seguridad y despreocupación, para no parecer débil e impresionable. Cosas de la falta de autoestima.

—Sí, es un *influencer* despechado y muy retorcido. Pero ¿cuál? —pregunta mientras se encoge de hombros.

—Elige tú, conoces muchas de las propuestas que hemos barajado este año. Pero sinceramente, no creo que vaya a más. Eso sí, no es agradable desayunarse con estos mensajitos de odio, destrucción y muerte.

—¿Le comentamos entonces algo al equipo?

—No, por favor —digo acompañada de un gesto negativo con la cabeza—, no lo acabo de ver claro. Por ahora solo estate pendiente de cualquier señal que pueda ayudarme a averiguar quién puede estar detrás de todo esto para intentar solucionarlo.

Bajo la vista y remato mi café con leche. Luego dirijo mi mirada hacia la pantalla del televisor que hay colgada en mi despacho, donde desde hace varios minutos no se ve otra cosa que una bonita bruma de color oscuro con el logo de Mezzo. Muchas veces dejo este canal encendido y escucho la música de lo que estén emitiendo mientras trabajo. Ayer retransmitían *La novia del zar* de Rimsky-Korsakov desde el Bolshoi. Hoy creo que tocaba Noseda dirigiendo a Liszt, Kodaly y Dvorak.

—¿Irás a la fiesta de los premios eawards?

—Mmmmm…No —respondo con un gesto de incredulidad—. Visto lo visto,
creo que será mejor que me quede en casa. No pasa nada, tengo trabajo, puedo ir adelantando la propuesta de Cayetana Bermejo Rivera.

—Cualquier cosa con tal de no ir…

Álex me observa y espera que se lo explique mientras se limita a mirarme de forma inexpresiva, con cara de póker.

—Convendrás conmigo que esta vez tengo un argumento de peso. Mejor dejar correr las cosas un tiempo y esperar a que todo se calme —cuento hasta tres antes de preguntar nerviosa—. ¿No te parece? Además, aún quedan varios días, me lo pensaré.

En vez de contestarme, esta vez me fulmina con la mirada. Pausa. Decido explicarle mis razones para tranquilizarlo.

—Ya me conoces y sabes que detesto nuestro sector y que odio estas fiestas. Y especialmente estas celebraciones sin mucho sentido, con el único motivo de consumir alcohol…—me callo de repente, compruebo con aprensión la reacción de Álex y, sin solución de

continuidad, sentencio—…y otras sustancias.

—Que exagerada eres, Ana —relaja el tono de voz y noto como pretende rebajar la tensión y hacer las paces—. Este trabajo es muy estresante y a veces es bueno soltarse un poco, charlar un rato con gente que hace tiempo que no ves, divertirse… —guarda silencio unos segundos antes de preguntar— ¿Cuándo fue la última vez que te emborrachaste?

—Buena pregunta. Te juro que ni lo recuerdo. Es increíble, me parece que la última vez fue cuando íbamos juntos a la facultad, pero eso no tiene sentido, seguro que hace mucho menos…—me encojo de hombros con una naturalidad pasmosa—. Estoy hecha una doña perfecta cualquiera.

—Entonces iré yo con Nacho. Nos dan un premio especial por nuestro vigésimo aniversario y habrá que subir al escenario a recogerlo. No tengo preparado ningún *speech*. Aprovecharé el taxi de ida para escribir unas líneas —contraataca—. ¿Algo que te gustaría decir?

Reacciono después de un silencio ni corto ni largo.

—Haz como en los Oscar, que acaban dando las gracias a todos y cada uno de sus familiares…

—Ya no, Ana —dice con un suspiro y sin quitarme ojo—, Ahora solo duran cuarenta y cinco segundos…

—Ah, entonces lo tienes fácil.

—Jajaja. —se despereza—. No tienes ni idea sobre qué decir.

—Mmmm. No. Jajajaja.

Un breve silencio con la Séptima de Bruckner de fondo, proveniente de la televisión con Von Karajan dirigiendo a la Filarmónica de Berlín. Álex aprovecha para suspirar descorazonado.

—Parece mentira que hayamos llegado hasta aquí. Nunca pensé que podríamos mantener nuestra propia agencia durante veinte años.

—Pues si piensas eso tú —digo con un gesto de reconocimiento—, que eres quien posee la inteligencia de los dos…

—Jajaja. Otra vez, Ana—contesta ligeramente ofendido—. Qué exagerada eres. Lo que sí es cierto es que estamos agotados. Que llevamos mucho desgaste acumulado. Pero como siempre le digo a todo el mundo… Yo es que no sé hacer otra cosa, y con nuestra edad… —dice con voz intencionadamente grave—. ¿Me reciclo y me hago ingeniero de telecomunicaciones con cuarenta y tres años?

—Nuestro trabajo es tan poco ilusionante, Álex…—deslizo con un carraspeo—. Fíjate como nunca ves en las agencias a nadie que tenga más de cincuenta años trabajando —comento con un gesto de resignación—. El mayor cliente de esta agencia es la papelera del Mac. Al cabo de los años, y después de un número infinito de propuestas rechazadas, nos hartamos y acabamos desengañados totalmente, y

aunque finjamos que nos da lo mismo, nos carcome por dentro, tragándonos nuestra frustración casi diaria, atiborrando nuestros portátiles de proyectos inservibles.

—Puede ser, no te quito la razón —responde Álex, aunque algo le hace cambiar de opinión y dice—: pero, ¿cómo explicas las decenas de currículums que nos llegan todas las semanas a la oficina? Esta profesión aún mantiene el aura de creativa y diferente.

—Desconocimiento, mero postureo por presumir de trabajar con *influencers* o simplemente porque la gente es estúpida —digo con un gesto, mientras me arrepiento por no haber medido mis palabras—. Me puedes decir que peor es trabajar de reponedor en un supermercado. Pero por lo menos allí, el *millennial* sabe que su ridículo sueldo está en relación con el reconocimiento social de su puesto de trabajo, mientras que aquí asumimos cargos ostentosos sólo para vender humo y consentir condiciones laborales igual de despreciables.

—Ayyy. La vida nos ha tratado muy mal, ¿verdad? —me dice burlándose en tono lastimero—. No hemos empezado muy bien el día…

—Estoy de un humor de perros, Álex. Hoy sería capaz de mandarlo todo al carajo —amenazo con un gesto de la mano y una mirada asesina—. Necesito que alguien me ponga de buen humor. Alguien que impida que lo mande todo a la mierda.

—Ana, por el amor de Dios —y me hace señas de cambiar de tema —, que te lo decía en broma…

En ese momento, interrumpe el zumbido de la centralita. Eva anuncia que la visita de Álex acaba de llegar a recepción y este se incorpora a recoger sus cosas. Para tranquilizarme y quitarle hierro a todo el asunto, se acerca y, antes de abandonar el despacho, me da un beso en la frente.

Tras ello, y a pesar de que de alguna forma me asusta, hago acopio de valor y decido rebuscar entre las últimas propuestas desestimadas a *influencers* para comprobar si soy capaz de dar con el autor de los anónimos. Presa de mi paranoia y tras asegurarme de cerrar la puerta de mi despacho, inicio la búsqueda en el Mac a partir de la base de datos que tenemos compilada en el servidor central de la agencia, cuya API está completamente actualizada con las peticiones, llamadas telefónicas, reuniones y correos de los *influencers*.

Cualquier tema que tratamos con ellos, queda reflejado automáticamente aquí: fecha, hora y toda la información de lo que se comentó y se negoció. Entro en el listado y elijo un filtro de búsqueda que rastreé los últimos tres meses, porque entiendo que nadie expulsa su bilis de forma tan agresiva sino ha sido contrariado muy recientemente. Rebusco entre los rechazados: Álvaro, Carol, Diego,

Gala, Guille, Miranda Patty, Rocío, Sarinha… Mmmm. Sospecho inmediatamente de Diego, mi instinto hace saltar todas las alarmas. Pero también podrían ser Gala o Patty. Aunque por otro lado creo que el autor no es una mujer, esta violencia tan extrema para verbalizar el enfado es más propia de alguien que se cree un macho alfa…

Repaso el listado de llamadas y compruebo que el trato con ellas ha sido impecable. Vuelvo a verificar los términos de las últimas conversaciones con Diego. Recuerdo como, tras un par de negativas, la última proposición que le hicimos fue contestada de mala manera y con cajas destempladas. Reviso todos y cada uno de sus correos y releo el último de hace casi tres semanas. Es obvio que estaba realmente enfadado: "Muchas gracias por contar conmigo para este nuevo proyecto, pero por compromisos previamente adquiridos con otra marca más en boga en el mercado en estos momentos, y que personalmente puede aportarme muchísimo más que el cliente que me proponéis, hemos decidido con mi representante que no merece la pena que dediquemos esfuerzos y energía en seguir mareando."

Es él, seguro. Diego es un narcisista recalcitrante. Como recién salido de cualquier obra de John Osborne, este *angry young man* en versión *niño bien*, exige que todo tenga que girar en torno a él y ser el centro de atención de cualquier reunión. Es incapaz de asumir crítica alguna en su trabajo, celoso de cualquiera que le pueda quitar el más mínimo protagonismo. Su inseguridad viene de su incapacidad para crecer y mejorar su visibilidad en el mercado y pertenecer a lo que él llama "peña muy *on point* ". Absurdamente competitivo hasta límites patológicos, anda siempre pendiente de cualquier listado que refleje una clasificación de *influencers*. La última vez que trabajamos juntos estaba completamente desquiciado por haber descendido nueve puestos en el anual especial *de influencers* de la revista *Forbes* en España, con lo que llevaba ya tres años consecutivos cayendo en el *ranking*. Convertirse en un *wannabe* le suponía una enorme angustia que derivaba inevitablemente en graves ataques de ira y ansiedad. Nunca he sabido por qué, pero las personas apuradas y tan necesitadas de protección me provocan compasión, y quise ayudarle. Recuerdo haberle aconsejado pedir cita a mi psicólogo, que tan buenos resultados me había supuesto por entonces para superar la ansiedad que sufría desde hacía tiempo.

Y es que ser tan inestable emocionalmente como Diego es realmente un inconveniente para trabajar profesionalmente de *influencer*. Sometido constantemente a una enorme presión emocional, ya que cualquier cosa que dice o hace se analiza obsesivamente en forma de *likes* (lo que ellos llaman "la escala de *guayez* ") comentarios, seguidores, etc., tan pronto como aumenta su reputación, puede desinflarse de nuevo y tiene que ser capaz de

enfrentarse tanto a la crítica positiva como a la negativa. Además, cualquier *influencer* tiene muchos admiradores que le adoran y le animan, pero también muchos *haters* que no desaprovechan la ocasión para descargar sus celos, envidias y complejos sobre él. No todo el mundo es capaz de soportar tal presión. Y Diego, es obvio, no la soporta.

Cierro la aplicación de la base de datos de *influencers* de la agencia borrando el historial para que nadie pueda rastrear la búsqueda y hago *logout* de mi usuario. Como no viene el número personal de Diego, apunto el número del móvil de Nita, la representante, pero entonces recuerdo que sí que tengo su número de cuando coincidimos hace un año aproximadamente. Lo busco en mi iPhone, pero por más que escribo su nombre, su apellido, el nombre de la representante… No consigo dar con el maldito número. De pronto me viene a la mente que lo tengo en mi móvil antiguo, que debería estar en la guantera de mi coche, así que recojo mis cosas de la mesa, me echo el bolso al hombro y me dispongo a salir de la agencia camino del aparcamiento.

Ya en mi Mini Cooper, conecto la radio, suena una canción de C. Tangana que creo que ya he oído tres veces hoy mismo. "Tú me dejaste de querer cuando te necesitaba, cuando más falta hacía, tú me diste la espalda". Muchas veces, parece que programan las canciones de la radio conociendo el momento exacto de mi vida. Los semáforos de la calle de salida del párking están estropeados. La luz naranja se enciende en un cruce y luego la verde durante un par de segundos, seguida de la naranja, y luego la roja y la verde se encienden al mismo tiempo. Cuando entro por una rotonda cercana, curiosamente circulo junto a una lona que diseñamos en la agencia hace un par de semanas, para una campaña de turismo internacional que creamos este año. Sobre una puesta de sol en el mar, en la parte inferior, una frase de Ayn Rand: “Tu crisis puede ser una ventana abierta a una nueva oportunidad”. En la parte superior de la valla, el rostro de una reputada *influencer* se alza sobre el *claim* de la campaña: “Renazca aquí”. Aparto la vista y trato de quitarme la frase de la mente mientras marco el número de la representante de Diego, que me cita sin ningún inconveniente para verme con él esta misma tarde, aprovechando su asistencia a un evento promocional.

5. CONFESIONES DE UNA MANAGER

—Yo entonces estaba acabando mi doble licenciatura en ADE y *marketing*, y fantaseaba con dejar mi casa y olvidarme un tiempo de mis padres, sobre todo de mi madre, quien en los últimos años, viéndome cada vez más libre y segura de mí misma, se había vuelto sobreprotectora, espiándome todo el tiempo y entrometiéndose en mi vida y vigilando con quién entraba o con quién salía. Buscando en *webs* de alquiler de pisos y habitaciones, di con varias ofertas que me gustaron, así que fui visitando una a una de un listado de no más de diez. Fui desechándolas todas, hasta que llegué a la de esta *influencer*. Acordamos un precio un poco más bajo que el que estaba publicado en la *web* y nos pusimos de acuerdo casi de inmediato.

Estoy en la mesa redonda "Los *influencers*, ¿boom o burbuja?", invitada por una escuela de negocios junto a una jovencísima, pero muy conocida representante de *influencers* y *celebrities* y al responsable de*social media* de una marca muy importante. La charla ha sido absolutamente técnica para un auditorio de unas cien personas, la mayoría estudiantes del máster de *marketing* digital, antiguos alumnos y algunos profesores con curiosidad por conocer más sobre estos temas. Tras una hora hablando de *engagement*, retorno de la inversión y métricas, hemos llegado a las preguntas de los asistentes. La mayoría aluden a aspectos personales de los *influencers*.

—Tampoco hace falta que mencionemos su verdadero nombre, la mayoría de nuestro público sabe bien cuál es la persona de la que estamos hablando —le comenta la moderadora a la representante, que está explicando el inicio de su relación con una conocidísima *influencer*.

—Pues esta chica… me cayó bien desde el principio, me pareció una compañera de piso perfecta: educada y discreta. Cuando la conocí, no supe que era una famosa *influencer* de Instagram. Eso sí, recuerdo muy bien, porque se lo comenté a mi hermano, que me llamó la atención por ser muy guapa. Tenía una piel tan perfecta que me sorprendió, y unos ojos claros muy llamativos. Físicamente llamaba muchísimo la atención.

—¿Y cómo era su vida entonces? ¿Tú ya identificaste desde el principio sus cualidades para socializar y la capacidad de comunicación que luego la harían tan famosa en el mundo *influencer* ?

—La verdad es que no, todo lo contrario. Cuando empecé a convivir con ella todo me parecía muy irreal, porque sus padres seguían pagándole el alquiler de la habitación y no tenía un trabajo de

ocho horas al día. En aquel momento, ella tenía treinta y dos años, ya tenía casi cien mil seguidores y en su Instagram se definía como *influencer lifestyle*. Fui conociéndola poco a poco y así fui descubriendo como vivía y a qué se dedicaba. Y claro, fui conociendo la verdad. Más allá de toda la ropa, las cremas o las invitaciones a eventos que recibía de las marcas que contactaban con ella, me encontré con una realidad bastante diferente. Entendedme, es que aquello, entonces, no era un trabajo de verdad.

Nada que no sepamos ninguno de los que estamos sentados aquí delante. Empiezo a aburrirme. Miro al techo, al fondo del auditorio. Echo un vistazo al móvil. Consulto primero el *email* para ver como estamos gestionando las primeras horas de la tarde desde la agencia. Veo que ya hemos actualizado la propuesta de las tortugas superhéroes para Cayetana Bermejo Rivera con dos nuevas gamificaciones creativas y se la hemos enviado al cliente. Hay dos peticiones de presupuesto para nuevas marcas: buena noticia. Un montón de *spam* y varios correos de periodistas que me piden colaborar en artículos sobre el mundo *influencer*.

—¿Y cómo era su vida personal? La que no podemos imaginarnos más allá de los *posts* que subía o de las *stories* que publicaba. ¿Qué había detrás de todo eso?

—Pues una vida mucho más aburrida de lo que presumía. Yo siempre la veía sola, encerrada en su cuarto, apenas tenía amigas. En dos años, tampoco vi a nadie de su familia venir a verla. En la frase de su estado de *WhatsApp* presumía de que "vivía al máximo", pero en realidad casi nunca hablaba con nadie ni salía mucho, aparte de los ligues de una noche de Tinder. Francamente, era muy solitaria y arrogante, y esta experiencia me sirvió para cambiar la forma en la que veía a las personas según sus cuentas en redes sociales, que en su caso no tenía nada que ver con la realidad. En el día a día la cosa tampoco era para tirar cohetes. Tenía mensajes positivos e inspiradores por toda la casa escritos en *post-it* de colores. Me imagino que ya sabréis, frases vacías de autoayuda, que luego publicaba en sus *posts* para recibir los *likes* de sus seguidores. Todas las mañanas se levantaba con canciones de reggaetón, de Bad Bunny o de Kidd Keo a todo volumen, volviéndonos locos a mí y a los vecinos. Vivir con ella era una pesadilla. En aquellos días, publicaba imágenes en Instagram de ella en hoteles lujosos o subía historias en Instagram en las que salía cenando en Santorini, mientras estaba recalentando algo en la cocina, porque no sabía hacerse ni un huevo frito. No dudo de que estuvo en Grecia, porque los vídeos estaban grabados allí y ella era la protagonista, no hay trampa, seguro, pero sospecho que fue una semana de vacaciones en junio y grabó muchíiiiisimos minutos de material para luego administrarlos estratégicamente a lo largo de los

meses de verano en su perfil.

—¿Cuánto hay de verdad y cuánto de mentira en sus redes sociales? Perdona que haga esta pregunta, pero creo que es muy interesante conocer "las tripas" de esta profesión, ¿no?

La moderadora va a la yugular, ha olido sangre y no suelta su presa. Es curioso como una charla sobre aspectos técnicos del *marketing* de influencia deriva en una sobremesa de habladurías del mundo *influencer* en su peor versión. Se nota que la representante no se encuentra cómoda, pero se enreda y no acaba de concluir la anécdota.

—No sabría calcularlo, pero diría que probablemente un 90% de lo que publica en sus perfiles es mentira.

—¿Tantísimo? —responde sorprendida la moderadora de la mesa redonda.

—Sí, si le sigues en sus redes sociales, puedes pensar que es una chica adinerada que siempre está viajando por el mundo y que vive en una buena casa, pero eso es una versión exageradísima de la verdad. Sabe encuadrar perfectamente, maquillarse perfectamente. Es hábil en los *copies*, maneja los filtros y los programas de edición y retoque digital fenomenalmente bien… Se le ve muy diferente en cada una de las fotos porque las edita demasiado.

—Pero sin embargo se puede decir que esta chica es la causa de que hayas acabado teniendo una brillante carrera como representante de *influencers* … ¿no? A pesar de lo difícil de la situación…

—Sin duda, aquella fue la peor época de mi vida, pero me sirvió para luego manejarme mucho mejor en este mundo, porque lo pasé francamente mal. Recuerdo uno de los peores momentos, en el que se tiñó el pelo de azul, le encantaba Ter y le copiaba en todo lo que podía, pero teñirte tú misma requiere mucho cuidado y toda la casa estaba cubierta de unas manchas azules repugnantes. Yo tenía que limpiar las paredes todos los días, por miedo a que lo viese la casera y perdiéramos la fianza. Ella presumía de glamur en Instagram, pero sus seguidores no veían el estado deplorable en el que estaba su cuarto. ¿Sabes cuando algo se sale en el bolso del maquillaje y todo acaba cubierto de una capa de mugre? Pues así estaba su habitación.

Sigo aburrida. Compruebo el *WhatsApp*. El chat de Álex tiene un montón de notificaciones: "Espero que no haya habido ningún nuevo anónimo desde esta mañana. ¿Todo bien?". Le contesto que nada nuevo. Que ando liada en una charla. Él continúa. "Ya hemos cerrado la *reu* con Rocío de Starshine, pasado mañana a primera hora de la tarde. He estado con Pere, el de la productora de Barna, viendo la demo propuesta para ellos, creo que es suficiente y que pasaremos el corte con nota." Le contesto con un ok de confirmación meramente profesional y noto como reacciona de inmediato, un tanto preocupado.

“¿Sigues enfadada con lo de Raquel del otro día? ¿Todo bien? Te noto tensa”. Le respondo de forma brusca con un “Ya hablaremos. No puedo con ella, es superior a mis fuerzas”. Observo como Álex sigue en línea y lee el mensaje, pero esta vez no me contesta.

—Poco a poco empezó a darse cuenta de que con lo que le daban sus padres no llegaba. Solo le daba para el alquiler, los gastos de la casa y poco más. Como no tenía ningún ingreso estable, empezó a crear listas de deseos en Amazon para que sus seguidores le compraran cosas: una tabla de planchar o un cubo para fregar, cosas así, pero los seguidores pasaban de ella y le enviaban otras completamente inservibles. La casa estaba llena de cajas apiladas en los pasillos y me usaba para que le recogiera paquetes para ella todos los días, yo estaba harta, solía recibir unos diez o quince al día.

—¿Y no salía los fines de semana? ¿No tenía aficiones caras que tuviese que costearse?

—Sí, sí, luego, poco a poco, recurrió al *crowdfunding* para pagar sus caprichos. Empezó a mandar mensajes a sus seguidores pidiendo ayuda para poder seguir subiendo nuevos contenidos. Hoy en día, se le habrían echado encima y hubiera sido un escándalo en redes. Hablamos del 2015 y 2016 y el mundo de los *influencers* no estaba tan fiscalizado como ahora. Además, se le daban muy mal los temas financieros y no tenía ninguna cuenta bancaria asociada para recibir el dinero que le enviaban, así que tuve que usar mi propia cuenta de PayPal para las donaciones. Hasta en eso era un desastre. Bueno, en todo. Una vez incluso tuve que redactarle un currículum. Cuidar de ella era como mi segundo trabajo entonces.

—Como hablábamos antes, tendrás que darle las gracias, ¿no? Porque aquello fue como un máster…

— Bueno, la verdad es que puede decirse que sí, pero no se lo deseo a nadie. Como decía, poco a poco fui aprendiendo todo lo necesario para desenvolverme en este mundo, y ser capaz de tratar con personas muy capaces en algunas áreas, pero completamente dependientes en otras. Muchas de ellas son como niños pequeños, quieren ser siempre el centro de atención. Para que os hagáis una idea, si publicaba una foto… ya no hacía ninguna otra cosa. Se podía pasar horas y horas tumbada en el sofá del salón refrescando el *feed* de Instagram para saber el *engagement* de la publicación y contestar todos los comentarios. Lo que os decía, las redes sociales eran su vida, necesitaba atención constante, y me daba mucha pena...

Como llevo un rato sin el turno de palabra y ando un tanto distraída, aprovecho para echar un vistazo de nuevo al iPhone. “Ven al evento de inauguración de nuestro *e-commerce*, donde podrás conocer como se integra la experiencia de ir de compras, tendencias, tecnología y arte urbano en un *pop-up* sin prendas físicas pero con un

probador virtual del catálogo de nuestras colecciones de lo más adictivo." Así encabeza el *email* que me ha reenviado la representante de Diego Giménez con la convocatoria al evento de esta tarde-noche en el que me ha citado para charlar un rato con él. Seré muy comprensiva y empática, intentaré calmarlo y pedirle que cese de enviarme sus amenazas.

—…teníamos estructurado un calendario de publicaciones, y hacíamos *shootings* un par de veces por semana. Esos días, se levantaba, se maquillaba, se ponía en modo "modelo de Instagram" con extensiones para "trabajar". Era muy perfeccionista con las imágenes. Si hacíamos una foto y no era lo que ella esperaba, perdía la paciencia o se enfadaba directamente. Si publicaba un *post* a las cinco, no podíamos hacer nada durante el resto de la tarde, hasta ese punto era de absorbente manejar el día a día con sus redes sociales.

—Ana, precisamente tú antes comentabas que eras pesimista con el rumbo que estaban tomando las redes sociales y, en concreto, este tipo de *influencers* de *lifestyle* más preocupados por sí mismos que en generar contenidos de valor para sus audiencias…

—Sí, claro. Tengo muchísimas anécdotas personales que corroboran esta visión un pelín desengañada de la vida real de los *influencers* con cientos de miles de seguidores. Es cierto lo de que ostentan una vida de lujos y mucho dinero, aunque luego eso esté muy lejos de formar parte de su realidad. Os diría que lo normal es fingir riqueza aunque ello implique gastar bastante dinero no solo en moda de marcas de lujo, que ya sabemos que la mayoría de las veces compran muchísimo más barato en Vinted, Chicfy o Micolet, sino también en cajas y paquetes reales de las marcas más potentes, usándolas como "prueba de vida" ante sus seguidores…

—Ana, ¿qué nos estás contando, que compran cajas para enseñarlas en sus canales? Pero ¿vacías?

—Sí, sí, claro. Podéis entrar por ejemplo en eBay o en Mercado Libre y haceros con cajas vacías de Gucci, Ferragamo, Louis Vuitton… Entrad, entrad. Googlead "Caja vacía Gucci" y veréis que no miento. Estos *sites* listan la venta de cajas de las firmas mencionadas y de muchas marcas más: Hermes, Tiffany, Pandora... Y no solo de marcas de artículos de lujo, también se venden cajas de móviles o de *gadgets* y accesorios de grandes marcas tecnológicas. Apple, Samsung, Huawei, LG… Por eso soy tan pesimista con este modelo de *influencer* que lo que busca es despertar envidia mostrando como es alguien que convive día a día con el lujo y el poder adquisitivo suficiente como para consumir esas grandes marcas.

—A mí personalmente me preocupa que estos sean los modelos a imitar por los niños de ahora —interviene contrariado el responsable de *social media* de la gran marca invitado a la charla—. Cuando

éramos pequeños y nos preguntaban qué queríamos ser de mayores, solíamos contestar con profesiones mucho más motivadoras: "profesor", "astronauta", "médico"… Circula en Internet una encuesta a niños muy pequeños, de hasta ocho años que confiesan que entre sus cinco profesiones preferidas para cuando sean mayores, está la de *influencer* y la de *youtuber*. Estamos vendiendo como aspiracionales variables muy peligrosas: exceso de atención, manejo de grandes cantidades de dinero… Añádele a eso el acceso a viajes, regalos de marcas de lujo, excentricidades como aviones privados… Elegirlo como modelo de referencia social para futuras generaciones es una bomba de relojería, aquí hay mucho trabajo que hacer. Cuanto antes decidamos mejorar este modelo entre todos —marcas y anunciantes, agencias y representantes, y por supuesto, los propios *influencers* — antes conseguiremos una mayor credibilidad.

—Para que me entendáis todos… Mirad —sostengo en alto el iPhone, girando la pantalla hacia el auditorio—, no sé si se ve bien desde allí… Este es el Instagram de una modelo, Cindy Kimberly, que tiene, esperad que le doy la vuelta —volteo el móvil, y echo un vistazo a sus números—, tiene casi siete millones de seguidores en su cuenta. Pues mirad esta publicación que hizo el viernes pasado. Es un *selfie* y debajo de la imagen de su cara, en el que escribe: "*Imagine waking up everyday and looking like this, your life would actually be sorted* ". "Imagina despertar todos los días y verte así, ya tendrías tu vida arreglada". Pero ¿nos hemos vuelto locos? Una autoproclama sin rubor de su maravillosa belleza con el siguiente resultado: más de 90.000 *likes*.

6. CÓDIGO CHUECA

Aparco en pleno centro de Chueca y me dirijo a la calle donde la representante me ha citado con Diego. Hacía mucho tiempo que no caminaba por las calles de este barrio. En los años noventa, era un punto neurálgico de trapicheo y consumo de droga: heroína, LSD, cocaína, marihuana... Parecía una zona del extrarradio, pero en pleno centro de Madrid: un barrio pobre y marginal, reducto de camellos, yonquis, tirados y prostitutas. Atracos y puñaladas a cualquier hora del día y de la noche. Para que os hagáis una idea: ¿habéis visto *Átame* de Almodóvar, cuando Banderas bajaba a la calle a pillar jaco? Álex y yo, de estudiantes, veníamos a divertirnos con nuestra panda por sus bares sin importarnos el estado de degradación, marginalidad y de frecuente inseguridad en el que se encontraba la zona. Y treinta años más tarde, Chueca es uno de los barrios más exclusivos y caros de Madrid, decorado principal de las tiendas más *cool* de la ciudad, *gourmet shops* o de celebración de prestigiosos eventos y presentaciones de grandes marcas. Un ejemplo de la gentrificación del barrio es el evento promocional en el que me cita Diego: la inauguración de una tienda *pop up* de una marca de *ecommerce* de moda, que para dar más notoriedad a su expansión en nuestro país reúne en esta acción a todos los *influencers* posibles para arrasar durante un par de días Instagram con los posados en su *photocall* y las *stories* del *afterparty* en los garitos de moda.

Mientras llega Diego, una encargada de la marca en la puerta de la tienda me pregunta por mi nombre y mis apellidos y examina su lista de invitados detenidamente, para después negar con la cabeza, mientras le intento explicar que no he sido convocada y que solo espero a alguien. Me entretengo observando el previo del evento: al local van entrando grupos de jovencísimas *influencers* con llamativos *lookazos*, todas enfundadas en ajustados trajes de noche y subidas a altísimos tacones de más de diez centímetros. Ellos no se quedan atrás en sus *outfits* : desde los que eligen ir minimalistas hasta los que se deciden por la moda surfera o los recargados con estampados excéntricos. Todos muy cañón, eso sí. Se nota que la mitad de los asistentes asiste por obligación profesional y la otra mitad por hacer bulto y con la esperanza de poder fotografiarse con los primeros. El evento acaba convirtiéndose en la unidad de medida del ocio profesionalizado, una jaula de ratas obsesionadas con su ego. Mientras reviso mi iPhone con el rabillo del ojo, un macizo pasa a mi lado y me guiña un ojo y un veinteañero con un extrañísimo sombrero y unas gafas de pasta doradas me vuelve a preguntar por mi identificación, hasta que por fin veo aparecer a Diego a mi derecha.

Diego lleva hoy unas gafas de sol Guess, una gabardina negra muy llamativa de Roberto Verino, unos vaqueros grises y unos botines oscuros con doble hebilla. También lleva unos guantes de cuero marrones porque la semana pasada se cortó con un trozo de cristal. Me cuenta como tuvo que ir a urgencias con Nita, su representante, con la que hablé a la hora de comer. Mirando como le limpiaban la herida, le quitaban la sangre y empezaban a coserle, Nita comenzó a encontrarse mal y se desmayó. Se queja de que los guantes se le pegan a los puntos y le quedan estrechos, pero no se los quita porque no quiere que la gente vea los puntos del pulgar y los otros dedos. Cosas de *influencers*.

—Hola, guapos —nos saluda la relaciones públicas de la marca organizadora. Lleva una chaqueta de cuero negro y pantalones a juego. Abraza a Diego y luego me mira a mí.

—Bueno, ¿y esta quién es? —pregunta haciendo una mueca, con una actitud muy desafiante y borde.

—Se llama Ana. Ana, te presento a Ali.

Le tiendo la mano. Sonríe y me la estrecha con suavidad.

—Bueno, entrad. No os quedéis en la puerta.

Ya dentro del local, observo cómo las influencers no paran de hacerse fotos en una serie de probadores en los que, a través de un sistema de *mapping* corporal, ven asombradas las prendas proyectadas sobre sus cuerpos. En la fiesta hay mucha gente conocida a los que no he visto desde hace años. Todos beben y charlan. Hay dos cabinas de *Dj's,* con unos focos directos sobre ellos que se encienden y se apagan. Uno está muy colocado o eso me parece a mí, no lleva camisa, tiene unas pinzas en los pezones y lleva un sombrero de cuero de vaquero. Mientras pincha, baila sincopado al ritmo de la música que despide el sistema sonoro del local. Reconozco *John Cage Bubblegum* de Stereolab por los altavoces, pero el volumen es atronador y el resto de la música me es desconocida. Por fin, Diego para de reír y pide una cerveza. Yo pido mi habitual Absolut con naranja y rompemos el hielo hablando de banalidades.

—Pues no sé, cuéntame más. Pero suena fenomenal…

—La cura detox te sirve para depurar el organismo, eliminar toxinas y resetear el cuerpo. Justo lo que buscas. Toma —le digo dándole una tarjeta, mientras miro fijamente su tatuaje de una lágrima justo en el rabillo de su ojo derecho—. Es la del centro que tienen cerca de Núñez de Balboa. Hay otra en el Paseo de la Castellana. Vas unos días antes para unas analíticas de sangre y orina. Mis pruebas salieron bien, aunque me aconsejaron además de realizarme la cura, un par de hidroterapias de colon y unos tratamientos de ozono. Así, además de desintoxicar aprovechaba, y al hacer un tratamiento preventivo, el año que viene no llego tan

cargada y me gasto menos pasta. Y funciona.

—Estupendo.

Pausa.

—¿Qué has estado haciendo últimamente? —no consigo encarrilar la conversación y llevarla a mi terreno, así que pruebo a que sea él mismo quien se suelte.

—Deshaciendo el equipaje —me dice sin mucha convicción, escondiéndose—. ¿Y tú?

—Verás —sonrío y hago como si recordara un tema—. Como el año pasado trabajamos juntos con lo de la cerveza, te tengo que contar la última.

—¿Pero has contratado a otro y no me has llamado? —le cambia el gesto y noto que está especialmente suspicaz, mucho más receloso de lo que es habitualmente.

—No, Diego, lo han contratado directamente ellos. Han sacado a nuestra valedora dentro de la marca. Vamos, la han mandado de directora comercial de la marca para organizarlo bien la expansión internacional. Lástima, porque es que más sabe de digital... De director de *marketing* han puesto ahora a uno mucho más *marketiniano* y menos online que ha remodelado el departamento y el reparto de funciones. ¿Te acuerdas que te lo comenté?

—¿Y ahora llevan internamente la selección de *influencers* ?

—Sí. Así que, por otro lado, nosotros mucho mejor, porque nos olvidamos de un servicio que nos generaba muchos problemas y pocos beneficios. Ya sabes que al final acababa siendo muy complicado entenderse solo por *videocall* y perdíamos mucho tiempo…

—Pues necesitaré el número de ese nuevo director de *marketing*.

—Por supuesto, te voy a compartir por *WhatsApp* su contacto ahora mismo.

Mientras busco el número de móvil del contacto de la marca, revalúo mis posibilidades de sacar a colación el tema de las amenazas.

—Bueno, sigue con lo que ibas a contar, me has dejado el *hype* muy alto.

—Claro, claro, sigo, que no te lo vas a creer. ¿Sabes que han hecho un museo de la cerveza, como Guiness en Dublín? Pues resulta que contactan con Cote y con Samanta para ir al evento de presentación y promocionarlo y como es un jueves, se quedan allí el fin de semana. Una amiga les dice que tienen que ir al monte Neme, que lo ha visto en una campaña de Turgalicia, que es superespecial y que merece la pena hacerse un *storie* allí, que hay una piscina natural con un color agua marina único. Pues el viernes por la mañana, allí se van las dos con su representante para hacerse las fotos…

—Todo por los *likes*. ¿Dónde está eso?

—Está muy cerca de su hotel, a muy poquito de Coruña, en

Carballo. Bueno,continúo. Se acercan y se entusiasman con el lugar. Se hacen el par de *selfies* de rigor pero no acaban de quedar contentas, piensan que pueden sacarle más partido. Así que regresan a Coruña, y como aún es agosto y hace muy bueno, se compran unos bikinis en una tienda del centro y vuelven al monte. Se dan un chapuzón en la balsa y se hacen mil *stories*. A pocos minutos de publicar, flipan con los resultados, sus seguidores enloquecidos preguntando para que les cuenten pelos y señales del lugar… Ellas, imagínate, entusiasmadas con haber sido las primeras en haber dado con este filón. Algunos no las creen y piensan que el color del agua lo han retocado a propósito con algún filtro de Instagram…

—¿Cómo es? ¿Muy exagerado?

—Tiene un color turquesa alucinante*: likes* garantizados y *engagement* asegurado. Lo raro es que, además, no salieran de allí con tres ojos y seis dedos en los pies.

—Jajajajajajaja.

—Estuvieron con vómitos y ronchones en la piel casi dos semanas. Samanta me juraba que la balsa era muy bonita y que como no vieron ningún cartel que prohibiera el baño, se metieron. A lo loco, ni la representante preguntó a nadie, directamente se fueron para allá y listo. Por lo visto, el agua tiene ese color porque aquello en época de Franco era una mina de wolframio.

—¿Wolframio? ¿Cómo en Chernobyl?

—Si, algo así, pero versión ibérica.

—Las que son *typical spanish* son Cote y Samanta. Vaya dos…

Pincho en hueso de nuevo. Apenas consigo ninguna reacción en él, alguna sonrisa como mucho. No parece muy colaborador. Hemos acabado nuestras bebidas y aprovechando la barra libre del evento, Diego se acerca y vuelve con otra cerveza para él, y esta vez, ron con Coca Cola para mí. Muy cargado, toso cuando tomo el primer trago.

Desde donde estoy, puedo distinguir a Guido Ivars, el representante de uno de los *influencers* de moda. Guido es un antiguo productor de cine que, viendo como estaba su sector, apostó por mover entre las marcas a su novio, un joven actor al que conoció en un *casting* para una serie de Antena 3. El *influencer* está sentado justo detrás de él, en un rincón del local, y es muy joven, casi adolescente. Está muy moreno, es rubio y tiene los ojos azules, con unos dientes increíblemente blancos. Habla con tres chicos a los que no reconozco, pero por su *look* y el interés que ponen en la conversación, deduzco que serán *microinfluencers* poco conocidos al acecho de mejorar sus relaciones y poder así ser mucho más visibles.

Reconozco a Ornella Russo, una italiana que fue directora creativa de Influence & Hype, apoyada en la barra esperando a que le sirvan mientras se rasca continuamente la nariz con la mano en la que

sostiene el dinero. Esta noche lleva una camiseta negra de The Cult, unos Levis 501, una Puffer también negra y unas Dr Martens. Ornella está loca. En un primer momento, llegué a pensar que podía ser la autora de los anónimos, pero su redacción y estilo no concordaban. Al igual que Angelina Jolie, padece un trastorno límite de personalidad que le provoca relaciones inestables y desórdenes alimenticios. Desgraciadamente, en eso acababan sus similitudes. Ursula_Mordor, como se hace llamar en Internet, ha fracasado sucesivamente en su intento de reciclarse en creativa *freelance*, fotógrafa y ahora tatuadora. Al verla, suelto un suspiro de resignación. A su lado, descubro de nuevo a la relaciones públicas de la marca organizadora del evento, que está tomando un gimlet de vodka. Le tiemblan las manos cuando se lleva la copa a la boca. Tania, una amiga de Álex con la que trabajamos desde hace años, se cruza con nosotros, me reconoce y me abraza, y yo le presento a Diego.

—Te pareces a Alejandro Sanz. —Tania, que está evidentemente pasada de coca, le pregunta a Diego—: ¿Eres zurdo?

—No, me temo que no.

—A Tania le gustan los chicos zurdos —le explico a Diego.

—Y los que se parecen a Alejandro Sanz —me recuerda Tania.

—Y los que viven en resorts de lujo en Miami. Aunque tampoco le hace ascos a los que viven en La Finca—concluyo.

—Jajaja. Ana, eres muy cabrona —dice riendo.

Es lo que tiene conversar en un evento de este tipo. Nunca hay tiempo para discutir seriamente de nada. Las frivolidades de Tanía me han vuelto a cambiar el ritmo de la conversación otra vez y Diego sigue sin mostrar ni el más mínimo atisbo de arrepentimiento o culpa. De repente, los tres *microinfluencers* y la superestrella de dientes blancos se echan a reír al unísono escandalosamente.

—Creo que debería haber tarareado unos cuantos acordes de *Corazón partío* —dice Diego.

—Sí, deberías haberlo hecho. Con solo eso, creo que te la hubieras llevado a casa.

Otra pausa incómoda.

Viendo que seguimos dando vueltas en círculo evitando la conversación para la que hemos quedado, va pasando el tiempo y no hay forma de entrar en detalle en el tema de los anónimos. Así que decido arriesgarme y descubrir mis cartas.

—Diego, dime la verdad, ¿estás muy enfadado?

—No me jodas Ana.

—No te jodo, Diego. ¿Es por que piensas que no cuento contigo? Te dije que te llamaría, ¿recuerdas?

—Sí, pero de eso hace ya seis meses. Te has olvidado de mí.

—¿Estás muy, muy enfadado, ¿no?

—Es posible.

—¿Quieres hablar de ello?

—Ya era hora, Ana, ya era hora. La propuesta por la que me tendrías que haber llamado, por la que teníamos que haber quedado ya hace tiempo, ni la recuerdas. Te refresco la memoria: te conté que continuamente, cuando voy por la calle, algunas madres me comentan: "Mi hija quiere ser como tú". "¿Qué tiene que estudiar mi hijo para hacer lo que tú haces?" Así que, ¿por qué no crear mi propia academia de *influencers* ? ¿Lo recuerdas? Te propuse darme soporte técnico en tu agencia con tus programadores, ayudándome con la *web* y con el *marketing* digital… Podríamos haber montado un negocio muy próspero que nos dejase beneficios a ambos. Pero… jamás contactaste conmigo.

—Bueno, quizás he sido una gilipollas y lo siento. Imagino que por eso estás tan furioso. Lo siento, lo siento de veras. Por eso hemos quedado, ¿no? Estamos aquí, tranquilo. Me gustaría compensarte de alguna manera. No puedo prometerte que tu proyecto salga adelante porque sabes que no depende en exclusiva de mí, en la agencia también cuenta Álex. Pero moveré otras propuestas para garantizarte que podrás tener una *collab* de calidad con nosotros, sea la marca que sea. A cambio, te pido que pares con el tema de las postales y los *emails* amenazadores.

—Yo no he escrito ninguna postal ni ningún *email*, no sé a qué te refieres. Te estás equivocando. Me imagino que algún otro, descontento con tu continua forma de degradarnos y maltratarnos, ha tomado ya la iniciativa y para vengarse te está haciendo la vida imposible, ¿no? Si sigues así, muchos más no querrán trabajar ni contigo ni con tu agencia. ¿Y qué harás luego? ¿Eh? A mí me buscan las marcas, tengo doscientos mil seguidores y recibo casi cien propuestas al día… ¿Y tú? ¿Qué sabes hacer? Llevarte el dinero que producen tus empleados trabajando de sol a sol por salarios de esclavitud… No necesito las migajas de tus marcas de mierda.

—Está bien, no vamos a solucionar nada así. Pero por favor, deja de acosarme con tus mensajes…

—Que dejes de insistir con lo de los mensajes. Me voy. No puedo continuar esta conversación, no tiene ningún sentido. ¡Ah! Y no le digas a nadie que voy a ir a ese sitio.

—¿El qué? ¿A dónde?

—Que no le cuentes a nadie lo de ese sitio de la cura detox. ¿Entendido?

Diego me fulmina con la mirada y se levanta precipitadamente. Fuera de sí, le pongo la mano en el hombro y le doy una palmada para tranquilizarle, pero ya es demasiado tarde. Me da la espalda, se despide sin mediar palabra y sale a la calle a grandes zancadas.

Permanezco inmóvil, sin poder apartar la vista de su silueta que se aleja hasta que se gira de pronto y vuelve a reprenderme con la mirada, para luego perderse por una bocacalle paralela.

Contrariada, saliendo del local, acabo de recoger mi chaqueta y el bolso del guardarropa, y emprendo a paso ligero el mismo camino por el que se ha marchado, con la esperanza de intentar alcanzarle, mientras escucho a mi espalda el murmullo de la fiesta cada vez más lejano. A dos calles, me encuentro movimiento de focos y un rodaje en marcha, y los figurantes dan la impresión de estar descansando entre tomas sin ningún propósito. Me cruzo con Miguel Ángel Silvestre, Pepón Nieto y Víctor Clavijo. Sigo a buen paso y sorteo a varios extras que se agrupan en un corrillo formado en mitad de la acera, bebiendo y fumando un porro que se van pasando, mientras comentan algo en voz alta que no logro entender. Todos los bancos están cubiertos de sangre artificial, y hay un par de técnicos esparciendo hielo seco para simular niebla con un par de mangueras. Pero yo sigo andando lentamente y con la cabeza gacha, pisando bloques de hielo artificiales tan grandes que me preocupa estropear las suelas de mis botines Louboutin.

Por fin llego a grandes zancadas al párking de la plaza donde Diego me contó que había aparcado la moto, echo una mirada a izquierda y derecha y aguzo el oído para comprobar si aún se puede encontrar por aquí. Bajo la rampa de entrada sin encontrar ni rastro de él, mientras observo detenidamente toda la nave. El ascensor me transporta a la planta de superficie y continúo echando un vistazo sin resultado, hasta que, definitivamente, abandono el párking en dirección a Gran Vía, donde cojo el primer taxi que pasa a mi lado.

7. SAL DE MIS SUEÑOS

El sueño de hoy empieza muy suave. Estoy bañándome con ÉL en una cala de aguas turquesas. Nadamos, reímos y bailamos en el agua. El día está nublado, miro al cielo y se pone a llover. Salgo del agua y echo a correr sin mirar atrás, pero de pronto resbalo en la orilla y me caigo porque toda la playa está llena de barro. Empiezo a hundirme de forma muy, muy, muy lenta y se me llena la boca de arena y empiezo a tragarla y el barro me sube hasta la boca y por fin me llega a los ojos y estoy completamente hundida. Comienzo a sentir como si estuviera viviendo dentro de una pesadilla. Como si estuviera viviendo el horrible sueño de Yocasta en la obra de Cocteau. Intento deshacerme de ese pegajoso engrudo de barro y grito asustada, pero esa cosa, esa pasta, sigue sobre mí. Cuando pienso que ya estoy libre, ese engrudo vuelve a volar y me golpea la cara. Y ese engrudo es la vida. Solo consigo escuchar la voz de ÉL, al fondo, sin poder verlo: “No sé de qué me sorprendo, me decepcionas constantemente. Desconecta de mí. Que te jodan”. Estoy muerta y la horrible sensación de oscuridad y el completo silencio me despiertan.

8. SHOCK MUST GO ON

Después de un lento despertar producido por la somnolencia artificial de mis pastillas para dormir, acerco automáticamente la mano a la mesilla de noche para mirar el móvil, gesto que repito cada mañana, como todos los adictos al *WhatsApp* y las redes sociales. Tengo decenas de notificaciones en la pantalla del iPhone: varias llamadas perdidas de Álex y de otros números sin identificar, infinidad de mensajes en *WhatsApp* y un montón de correos electrónicos. Y no son más que las ocho de la mañana. El primer mensaje de Álex que abro al azar es una URL con un enlace a la *web* de *El País* : "Hallan sin vida el cuerpo del *influencer* Diego Giménez: las primeras hipótesis de la policía apuntan a un asesinato".

—Hola, Raquel, ponte cómoda. Como si fuera tu casa…

Aunque ya entro avisada por la recepcionista, acceder a mi despacho y encontrarme a Raquel Zuluaga, la directora de Metrikx, ocupando mi mesa, distraída, sentada con la silla girada, mirando por la ventana, me deja completamente alucinada. La interrumpo en mitad de la sala, como diciendo: "Está bien, por esta vez te dejo que invadas mi territorio, ya lo ves. Pero no me entretengas mucho", mientras dejo el abrigo y el bolso sobre el sofá. Aún sumida en una inmensa conmoción tras conocer la muerte de Diego, y bien medicada con un diazepam antes de salir de casa de camino a la agencia, y el escitalopram de mantenimiento en el bolso por si acaso, me irrita enormemente la actitud pendenciera de esta ególatra incapaz de darse cuenta de que el mundo no puede girar siempre alrededor de ella. Alzo la barbilla e intento dar una apariencia de dignidad. Pero internamente siento vértigo sólo de pensar en que sea lo que sea que vaya a escuchar, no me va a gustar. Presiento que la pelea será de órdago. Como decía Bette Davis, "Abróchense los cinturones, que vienen curvas".

—Ana, me han dicho que esta mañana habías avisado de que llegabas tarde, ¿todo bien?

Al principio me quedo, simplemente, mirándola de cerca. Para ser tan joven, me llama la atención la aparición de incipientes bolsas bajo sus ojos: no es todo oro lo que reluce. Mientras, aprovecho para sentarme en una de las sillas que hay junto al escritorio y le contesto.

—Eso creo. Gracias por preocuparte por mí. ¿Y yo, qué puedo hacer por ti? No me digas que has venido a proponerme algún trabajo nuevo...

—Eso es exactamente a lo que he venido. Y es muy bueno, se trata de una colaboración con Diego Giménez.

Mientras menciona el nombre de Diego, noto un pellizco de resentimiento en la mirada de concentradísima atención que brilla en su rostro.

—¿Diego Giménez? —Me hago la despistada, intento no modificar mi expresión.

—Sí, ya le conoces. El *influencer* que fue asesinado anoche en la zona de Chueca.

—¿Asesinado?

—Si. Chueca es un sitio tan bueno para ser asesinado como cualquier otro. ¿No te habías enterado aún? No me creo que una empresaria de éxito como tú no esté informada de algo así.

—No sé nada de Diego Giménez desde hace varios meses y no sabía que le han asesinado anoche.

—No me mientas, Ana.

—No te miento. ¿De qué va ese trabajo que vienes a ofrecerme, si puede saberse?

—¿Te cuento el *briefing* ? Es una ginkana a lo Agatha Christie. Dueña de agencia llama a representante de *influencer*, representante avisa a *influencer* para verse con la dueña de la agencia; la dueña de la agencia va a un evento, bebe y charla con el *influencer*, luego *el influencer* es asesinado. Dueña de la agencia con la soga al cuello. ¿Qué te parece?

Mientras desmonta mi precipitada respuesta, en su rostro no hay ni rastro de emoción. Siempre he creído que tiene la mente llena de cuchillas de afeitar. Para terminar de ponerme nerviosa, comienza a tamborilear con el índice y el corazón de la mano izquierda sobre el escritorio, como diciendo: "¿Y ahora qué?"

—Que no es un *briefing* y que no le veo la gracia.

—Pues la policía tampoco se la ve. A estas horas de la mañana, la policía judicial ya tiene un primer informe. Según ellos, viste a Diego Giménez en Chueca, estuvisteis en la fiesta de un *e-commerce*, bebisteis y charlasteis juntos una hora aproximadamente, todo el mundo os vio. Luego se marchó antes que tú y esa fue la última vez que alguien le vio vivo. Excepto tú, quizá. ¿Por qué lo niegas?

Perpleja, no tengo más remedio que desviar la mirada, desconcertada ante tal cantidad de información. Reacciono intentando no bajar la guardia y ser firme.

—¿Y tú cómo sabes todo eso? ¿Cómo puedes conocer el informe de la policía?

—Tengo mis recursos. Por un poli que me tiré el año pasado en una fiesta y que no hace más que acosarme por *WhatsApp* para que quede con él otra vez. Me ha escrito esta mañana con la excusa de que iban a investigar a la dueña de una agencia de *influencers*. Le he preguntado por su nombre y… ¡Bingo! ¡Pero, si es mi querida amiga Ana Portela!

Le he pedido el informe previo de la investigación y, en un principio, se ha negado a proporcionármelo, así que le he bloqueado. Come de mi mano, haría cualquier cosa que le pidiese, así que, en cuanto le he desbloqueado y le he vuelto a pedir el informe, no ha tardado ni veinte minutos en enviármelo.

—¿Y que creen?

—No te preocupes, no eres la principal sospechosa. Creen que fue asesinado por alguien que quiso robarle, le quitó el reloj y la cartera. Murió de una puñalada en el corazón. Aún así, entiendo que tendrán que interrogarte.

—Yo no le maté, pero es verdad que quedé con él. Sé que he dicho que no, pero sí que le vi.

Me quedo mirándola, abriendo mucho los ojos, y enarcando las cejas, como pidiendo perdón sin palabras. Es un intento desesperado por conseguir que, de alguna forma, acepte el diálogo y rebaje la tensión. Soy incapaz de atreverme a hacerle más preguntas. No veo más que callejones sin salida. Ahora mismo, a lo máximo a lo que aspiro es a intentar escapar de esta encerrona.

—¿Ves? ¿Y por qué me has mentido? ¿Qué escondes? No soy tu enemiga.

Sigue mirándome fría y fijamente. Ni siquiera parpadea, y es esa mirada implacable lo que hace que decida que no debo seguir mirándola a los ojos. Bajo la vista y observo sus dedos, que siguen haciendo ruidos sobre la mesa para ponerme más nerviosa.

—Verás, personalmente no paso por mi mejor momento. Hace poco terminé una relación y el día a día está siendo muy duro, la recuperación se me está haciendo cuesta arriba. Soy una persona afectivamente muy frágil y lo que menos necesito ahora es ser la principal sospechosa de un asesinato. Y menos de un asesinato que no he cometido.

En este momento, pierdo ligeramente la compostura. Cierro los ojos y cuando vuelvo a abrirlos, se me escapan unas lágrimas. Raquel se levanta y comienza a andar muy lentamente por la estancia, como si interiormente estuviera meditando cierta decisión de tremenda importancia. Ya de pie, sonríe y hace repetidamente gestos de asentimiento. Me limito a mirarla y no puedo evitar que se escape un puchero de mis labios. Estoy descompuesta, completamente aniquilada.

—Bueno, pues para eso estoy aquí. Para ayudarte. Ya sabes lo mucho que aprecio a Álex, y sé lo mucho que él te quiere a ti. ¿Cómo no iba ayudar a su socia de veinte años? Lo que tenemos que hacer es mantener esto en silencio y no hacerlo más grande. ¿Vale?

Vuelvo a mirarla y le hago un gesto de asentimiento. Me veo irrevocablemente forzada, como decía Stalin, a llegar a un pacto con

Satanás para expulsar al diablo.

—Claro.

—Pues, para empezar, deja de mentirme. Vamos a ser muy buenas amigas, ¿verdad? Cuéntame entonces, ¿por qué fuiste ayer a Chueca para verle?

—Tenía una idea para una campaña en la que encajaba y quería hablarlo con él. Nada más. Rutina de trabajo — contesto de inmediato, desechando mentalmente la posibilidad de contarle nada sobre las amenazas anónimas de los últimos días.

—¿Qué campaña? —Ella continúa de pie, junto al ventanal del despacho, echando una ojeada de un lado a otro de la sala. Durante un momento, me dirige una mirada maliciosa. — ¿Para qué marca? ¿Y su representante, sabe algo más que no quieras contarme?

No puedo evitarlo y cobro vida repentina y sonoramente. De pronto, mi voz suena clara.

—Por favor, Raquel, ¿a qué viene este interrogatorio?

Ella me devuelve una mirada implacable mientras sus labios se entreabren ligerísimamente, esbozando un gesto parecido a una sonrisa sádica. Me recuerda la expresión que los chicos suelen adoptar cuando está a punto de empezar una reyerta en un patio del colegio. Trato de conseguir que acabe bajando su mirada de doberman, pero fracaso en mi desafío. Se da cuenta, así que me dice, señalándome con el dedo índice, con un tono de voz seco y amenazador:

—Se llama tercer grado, y si no te gusta, espera que sea la policía la que te haga las preguntas y no yo.

Me siento desgarrada entre las fuerzas opuestas de dos instintos contradictorios. Por un lado, quiero rebelarme, mi instinto me dice que no puedo seguir cediendo a este chantaje, pero por otro, mi cerebro considera que no tengo otra opción que seguirle la corriente e intentar sobrevivir a este acoso que me ha pillado por sorpresa.

—Estás actuando como si fueras culpable. No lo eres, ¿verdad?

Niego con la cabeza y me quedo abstraída durante unos instantes, como si la sola idea de imaginarlo me dejase aturdida.

—Por última vez, no soy una asesina.

Me quedo observando el rostro sonriente de Raquel y comienzo a sentir miedo. No está enfadada conmigo. Está igual que antes, igual que cuando llegué al despacho. Imperturbable. Ni siquiera se ha mostrado especialmente sorprendida por mi reacción. No, el destino que yo pueda correr carece de importancia para ella. Seguro que si durante nuestra conversación se hubiera tomado las pulsaciones en su Apple Watch, no habrían subido de sesenta.

—Como te he dicho, quiero ayudarte. Pero necesito que seas tan sincera conmigo como yo lo voy a ser contigo. Como prueba para que confíes en mí, te aviso de que hoy a lo largo de la tarde o a más tardar

mañana, te visitarán un par de agentes de la policía judicial. Son de la UDED, de la policía nacional. Intenta no ponerte tan nerviosa como conmigo. Yo también creo que eres inocente, pero tu actitud no es muy tranquilizadora.

Ahora entiendo a Joyce Carol Oates cuando decía que la vida era idéntica a un combate de boxeo. Inmersa en pleno ataque, soy incapaz de descifrar el motivo de la fingida compasión que Raquel manifiesta por mí. Quizás su obcecación con Álex la impulse a presentarse como salvadora y a ayudarme indirectamente. Podría ser. Pero mi psicólogo siempre me advierte de que los psicópatas te dicen una cosa y hacen otra, por lo que, para desenmascararlos a tiempo, hay que estar atentos a sus acciones y no a sus palabras. Con ella, soy incapaz de hacer una lectura correcta de la situación. Noto que me encuentro hecha un manojo de nervios, agotada.

En medio del tenso silencio de la conversación, de pronto, suena la alarma de una notificación en mi iPhone. Lo reviso y compruebo que es un mensaje de *WhatsApp* desde un número que no tengo guardado en mis contactos. Abro la aplicación para leerlo de inmediato. “Te juro que te voy a reventar la cabeza. Te aseguro que te la abro aunque me cueste la cárcel. La cabeza te la reviento por hija de la gran puta. Te voy a matar por cobarde y por malnacida. Quédate con tus putos *influencers* de agencia de tercera regional, puta vieja".

—¿Malas noticias? —pregunta Raquel.

9. EL DIABLO ANDA SUELTO

"Ana, se están fijando en ti". El asunto del email de Linkedin me llama especialmente la atención. Según ha salido Raquel por la puerta del despacho, he conectado mi ordenador y me encuentro con esto. Con los nervios a flor de piel por las amenazas recibidas, cualquier señal activa inmediatamente mi paranoia, por lo que abro el correo de forma automática. "Mucha gente ve tu perfil, 148 visualizaciones". Debajo de este mensaje, un *Call to Action* en azul, indica: "Averigua quién te ha visto". Mi curiosidad me hace sentir especialmente vulnerable.

Mi intuición me dice que hay algo detrás de este número de visualizaciones inusualmente alto para mi perfil. Hago clic inmediatamente y como tengo contratada la versión Premium, la herramienta me permite acceder al panel de estadísticas completo y a todos los usuarios que me han visualizado. "Quién ha visto tu perfil… 148 visualizaciones esta semana, +120% desde la semana pasada". A través del elevado porcentaje, la propia plataforma confirma mi sospecha de que el número es demasiado alto.

Accedo a "Todas las visualizaciones de tu perfil" y el desplegable me muestra todos los usuarios, con nombres y apellidos, que han ojeado mi página. Voy repasando perfiles inocuos: *managers* de pequeñas compañías, un CEO de una empresa de recursos humanos, varios directores comerciales, ejecutivos de cuentas, consultores… Nada fuera de lo normal. Es cuando llego abajo del todo cuando mi sospecha se confirma. Un perfil que ha navegado con la privacidad activada ha observado mi perfil 98 veces esta semana. Sí, nada más y nada menos que en 98 ocasiones estaba navegando por Internet y ha decidido entrar en la página de mi perfil a mirar vete a saber qué. Y todo en solo siete días. Unas catorce veces al día. Una locura.

Debajo del dato, Linkedin me muestra un botón de más información, que pincho rápidamente. Salta un *popup* que explica como hay miembros de la plataforma que escogen no ser visibles y que la mayoría de las ocasiones son técnicos de selección que están buscando candidatos y otros profesionales que buscan clientes potenciales o socios para negocios. Me da que, en este caso, el miembro que se ha pasado toda la semana visitando mi perfil no tiene muchas ganas de darme un trabajo o proponerme un negocio. Se me acelera el ritmo cardíaco. Noto una sensación física de dolor que me oprime el pecho y me falta el aire. Experimento un nuevo ataque de ansiedad.

10. EL INTERROGATORIO

—No quería molestarte, Ana —aclara la recepcionista desde centralita—. El portero avisa que abajo hay dos policías que suben a hablar contigo.

—¿Qué?

—El portero, que dice…

—¿Pero suben ya?

—Sí. Dice que son de la policía judicial.

Sin darme cuenta, el día ha pasado a velocidad de vértigo, los tiempos de la *publi* son los que son y en este preciso momento caigo en que Raquel Zuluaga me había avisado de la visita de la policía a primera hora de la mañana, pero me había olvidado por completo de la advertencia. Me froto la cara. Respiro hondo. Intento no ponerme nerviosa y actuar con calma y naturalidad, al fin y al cabo, soy inocente.

—Pfff… Di que no estoy.

—Pero el portero les ha dejado subir.

—¿Qué quieren?

— No sé, no me ha dicho nada más. Estarán subiendo.

—¿Qué hora es? He llegado tarde de una grabación en estudio para un canal de You Tube, me he liado con el concurso de la nueva marca y me he despistado…

—Las seis y media. ¿Qué les digo ahora cuando entren, entonces?

—Diles que tendrán que esperar un poco, enseguida estoy con ellos.

Me levanto de la silla del escritorio y me encamino al cuarto de baño de mi despacho. Me siento grogui, agarrotada. Me duele la cabeza. Me zumban los oídos. Me miro en el espejo del baño: ahora mismo estoy descompuesta y me veo desarreglada… Me remojo la cara. Un par de gotas me quedan colgando de la nariz y las seco con una toalla de papel. Ojalá fuera capaz de pensar, pero estoy completamente bloqueada. El miedo me domina absolutamente. En la literatura policiaca, hacerse a la idea de hablar con un par de detectives parece mucho más fácil. Si me niego a verles lo lógico será que sospechen y todo será peor, claro. Pero si decido hablar con ellos, y me preguntan… ¿Qué me preguntarán? Intento imaginármelo… Pero soy incapaz de hacerlo. Pregunten lo que pregunten… no sé nada… Es arriesgado. Lo mejor será no recibirles. Pero ¿qué le he dicho a Eva hace un momento? Sí, que tendrían que esperar un poco… Lo cual equivale a decir que estoy dispuesta a recibirles, pero que tendrán que esperar a que decida que ya estoy a punto. Saco del bolso mi maquillaje de emergencia y hago una reconstrucción *express*, mientras

abotono la chaqueta de mi Max Mara azul. Regreso al despacho y vuelvo a sentarme en mi escritorio. Continúo muy nerviosa. Marco con recepción.

—¡Eva!

—Ya están esperando, Ana. Les he dicho de tu parte que tendrán que esperar.

Mierda. Ya no hay marcha atrás. ¡Demasiado tarde para arrepentirme! ¡Mi abogado!¡Eduardo! ¡Telefonear a Edu para saber qué debo contestar! Marco en mi móvil el número del teléfono personal de Eduardo. No contesta. Normal, a estas horas ya no coge llamadas de nadie, los buenos abogados no se pliegan a clientes cagaprisas de últimas horas de la tarde, a ver si aprendemos en publicidad. Llamó a la centralita principal de su despacho y pregunto por él. Tras una espera interminable, me confirman que ya se ha ido. Y si llamo a su mujer… ¿Cuál era su nombre? ¿Cómo se llamaba? Recuerdo que coincidimos en Menorca y quiero recordar que me incluyó en el grupo de *WhatsApp* de aquel fin de semana de vacaciones. El tiempo corre velozmente. Ya recuerdo el nombre. Adri. Encuentro su contacto en la agenda del móvil. Adriana Suárez. Marco el número de Adri. Pasan los segundos. Tres tonos. Tampoco contesta. Mierda. ¿Y ahora, qué? El tiempo corre, corre, corre. Estoy nerviosa y me quito la chaqueta, pero me la vuelvo a poner y me la abrocho. Alzo el mentón, enderezo los hombros. Entro otra vez al baño del despacho para asegurarme de mostrar buena presencia. Me cepillo el pelo. Vuelvo a alzar el mentón. Tengo que mostrarme segura de mí misma. El tiempo sigue corriendo. Con pasos forzadamente tranquilos, abro la puerta del despacho y me dirijo al pasillo, recordando la necesidad de mantenerme calmada. Observo la recepción a lo lejos. Los dos policías se encuentran sentados en el sofá de recepción, esperando, y Eva a dos metros de distancia, como si pastorease un pequeño rebaño. Mi corazón late con fuerza, pero me prometo a mí misma no mostrarme angustiada a sus ojos.

El que está sentado a la izquierda parece una masa de carne embutida en un traje. La americana, incapaz de contener aquel cuerpo de matón de gimnasio, parece un par de tallas más pequeña de lo que debería. Su barba de hipster y su moderno corte de pelo se amoldan a su cara gruesa, morena, mediterránea. Me mira fijamente mientras voy acercándome al sofá a recibirlos, pero el otro, con pinta de ser más bajo y mucho menos musculado, no me presta la menor atención. Este segundo policía es más mayor, lleva una americana deportiva y los clásicos pantalones marrones que se suelen elegir para salir del paso. Tiene la nariz grande, la barbilla hundida y la mandíbula estrecha y débil. Mantiene la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado, con la mirada perdida. Finalmente, también me dirige sus ojos

observadores y ambos se levantan del sofá dando por sentado que soy la persona a la que están esperando. Mantengo el mentón alto, y me fuerzo a dirigirles una sonrisa amable.

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarles?

Lo digo mirando al más alto de los dos, pero es el otro, el de los ojos observadores, el que me contesta.

—¿Ana Portela? Policía judicial. Pertenecemos a la UDEV, a la sección de homicidios. Soy el inspector Osorio, y este es el inspector Polo.

¿Debería estrecharles la mano? Qué más da. Les tiendo la mano, y primero el bajito, y luego el cachas, la estrechan, lo cual parece haberles puesto en una situación embarazosa porque ninguno de los dos me la aprietan casi.

—Pasen a mi despacho, por favor. Eva, no me pases llamadas, lo que sea tendrá que esperar hasta mañana, ¿ok?

Una vez en mi despacho, me siento en el escritorio y les indico a los policías dos sillas para invitados. El bajito, Osorio, lo va inspeccionando todo y, curiosamente, por su mirada, tomo conciencia por primera vez de la enorme cantidad de cosas evidentemente carísimas que se amontonan en mi despacho. Sus ojos se fijan en concreto en los cuadros de Pérez Villalta y Eduardo Arroyo. Luego se vuelve hacia mí con una mirada infantil, como diciendo: ¡Esto no está nada mal! Finalmente, acaba sentándose e inicia el interrogatorio, mientras el cachas, Polo, me mira de frente, hierático, mucho menos distraído.

—Estamos investigando el asesinato de Diego Giménez, una persona con la que tenemos constancia que tenía relación profesional y con la que estuvo ayer por la noche, ¿verdad?

—Sí, lamento no haber tomado la iniciativa y haberles llamado yo personalmente en cuanto supe de su muerte.

—¿Lo ha leído en la prensa o lo ha visto en el telediario?

Interiormente, suelto una carcajada que me hace rebajar la ansiedad de inmediato. Miro a los policías extrañada de la afirmación. Estos dos están en el Pleistoceno. ¿Quién demonios lee hoy en día los periódicos? Y cada vez menos gente ve la televisión. Perdón, deformación profesional, pero es que su primera pregunta les emparenta con un par de polis de las novelas de Chandler o de Hammett. Y ya han pasado casi ochenta años. Ha llovido, ¿no? Regreso a mi apariencia calmada pero firme y sin rastro de humor.

—Me enteré por amigos comunes, por contactos profesionales... Fue mi socio el que me comunicó en primer lugar lo ocurrido. —¿Debía decir que estaba sorprendida? ¿O, "sí, qué casualidad"? De repente entiendo, que, desde siempre, se me da fatal mentir y decido que solo voy a contar la verdad—. Era muy conocido y ha supuesto

una conmoción en el sector, estamos muy afectados.

—¿Y por qué no se puso en contacto con la policía nada más saberlo?

Bajo otra vez la vista, pero se la devuelvo rápidamente a Osorio.

—Comentándolo esta tarde con mi socio, él me ha hecho la misma pregunta y me gustaría tener una respuesta mejor, pero lo único que puedo decir es que no se me ocurrió…

—Bien, veamos. ¿De qué naturaleza fue el encuentro de anoche?

—Llevaba tiempo rondándome la cabeza hacer con él una campaña, pero por unas cosas u otras no habíamos tenido oportunidad de charlar y ver las posibilidades del acuerdo, así que desde hace unos días decidí que no podía dejarlo para más adelante y busqué la ocasión. Ayer hablé con su representante después de comer, me dijo que estaba invitado a un evento esa misma tarde-noche en el centro, muy cerca de aquí, y que le avisaría para que me esperase y charlar un rato juntos. Cuando hay promesas de trabajo reales, siempre es posible disponer de unos minutos para cerrar un contrato.

—Así que llegó al evento, le vio y…

—…tomamos una copa y charlamos.

—Pero se marchó antes que usted. ¿Por qué no se fueron juntos? —pregunta Osorio.

—Bueno, yo lo estaba pasando bien, no pensé en volver a casa de inmediato. Vivo al lado del Retiro, apenas quince minutos andando desde el lugar del evento.

—¿Entonces por qué no se quedó luego? Tenemos testigos que la vieron marcharse apenas cinco minutos después.

De pronto, mi mente comienza a dar vueltas como un torbellino. ¡Sospechan de mí! No, qué locura. ¿O sí? Por eso han venido a interrogarme, para ver mis reacciones a sus preguntas. Súbitamente, me quedo con la boca seca. Puedo notar como se me contraen los labios. ¿O todo son imaginaciones mías y solo están haciendo su trabajo?

—Cuando la gente empezó a irse a cenar, al ver que no quedaba nadie conocido, decidí volver a casa. Esta semana tengo pendiente un concurso muy importante para la agencia con una nueva marca y tenía que descansar. — Mientras argumento mi marcha, me parece como si tuviese los músculos de los labios sellados con silicona…

—¿Le conocía fuera del trabajo?

—No. Bueno, quizás pueda decirse que sí. Nos llevábamos bien y hablábamos de vez en cuando.

Mi boca ya se niega a articular las palabras con fluidez. Veo que los policías se miran entre sí. Osorio adopta una expresión decepcionada.

—¿Pero sí o no?

—Es que es difícil de explicar. Voy a ponerles un ejemplo para que

me entiendan, ¿vale? Este verano hicimos un *blogtrip*, una campaña en la que trabajamos para una marca de hamburguesas durante diez días en Estados Unidos viajando en una auto caravana por la Ruta 66. Íbamos estableciendo un itinerario de ciudades por las que parábamos y donde varios *influencers* contratados probaban las hamburguesas de muchos bares y restaurantes, subiendo *post* s, *stories* … Y claro, tú estás allí todo el tiempo, casi todo es trabajo, pero también hay espacio para lo personal. Acabas teniendo una amistad que trasciende el trabajo. ¿no?

Silencio. El ejemplo me ha quedado largo, farragoso y poco explicativo. Ya soy plenamente consciente de que mi nerviosismo se va haciendo otra vez más palpable, pero intento agarrarme a la verdad como si mi vida dependiese de ello. Ojalá pudiera controlar mejor mis músculos bucales.

—¿Hizo esa campaña con él?

—No, fue con otros *influencers*, no con él. Era… Era…un ejemplo.

—¿Entonces? Lo siento, pero no acabo de entenderle —dice Osorio.

—Era para que entendieran lo que quería decir sobre si nos conocíamos fuera del trabajo. Es que a veces sí y a veces no, y a veces ese tiempo de espera mientras realizas un trabajo puede decirse que es fuera… del… trabajo. No sé, es una forma de verlo.

Osorio se pone de pie y empieza a mirar de nuevo los cuadros. Sus ojos se centran en *El agua oculta*, una obra de Pérez Villalta que, paradójicamente, representa a un individuo desesperado por achicar agua de las estancias de una casa inundada hasta las rodillas del protagonista, que lucha desesperadamente por no morir ahogado. Luego, con la cabeza inclinada a un lado, me mira con una ligera sonrisa en sus labios.

—¿Ha estado en su casa alguna vez?

—No.

—¿Sabe algo de su vida privada? —esta vez me pregunta el cachas, Polo, quien hasta ahora no se había movido de su silla apenas, con cara de esfinge egipcia.

—No. Sé cosas, claro, pero no sé como voy a salir de este embrollo explicándolo de una forma razonable, así que prefiero no liarme.

—¿Conoce a alguien que pudiese desear su muerte? Sé que la pregunta suena muy dura, pero sabe de alguna persona con la que cree que tenía mala relación, alguna novia, alguien de su entorno…

—Como le decía, apenas conocía nada de su vida privada. Lo que leo en confidenciales del corazón en Internet.

—¿Y algún tipo extraño? ¿Algún trastornado? Conocemos casos con profesiones muy expuestas al público, como actores, modelos o deportistas en los que hay seguidores que se obsesionan tanto con estos chicos tan famosos que la cosa acaba… digamos, regular… Usted

ya me entiende, ¿verdad?

—Pues no tengo ni idea. A mí no me contó nada anoche.

Ahora sí que no me queda más remedio que mentir. ¿Tendría que contarle la cadena de anónimos que recibo desde hace días? Me temo que hacerlo me puede relacionar más con este asesinato y meterme en un lio aún mayor. Joder, que soy inocente. Mientras me dirijo al cachas, trato de imaginar de qué forma puedo contestar con mentiras a todas estas preguntas tan directas y salir del paso. Lo que empezó como una conversación en la que me prometí contar solo la verdad, se acaba convirtiendo en un sálvese quien pueda.

—¿Llegó a verle en el aparcamiento después de la fiesta del evento? —pregunta Osorio.

—No, como le decía, fui desde el lugar de la fiesta hacia mi domicilio andando.

—¿No le siguió cuando abandonó la fiesta?

—el que pregunta ahora es Polo.

—No, ya se lo he dicho, me quedé allí.

—Pero se fue a los cinco minutos, no se quedó.

—Me quedé terminando mi copa. Todo completamente normal. Se lo he dicho ya… dos veces.

—¿No se enfadaron? Nos han comentado que antes de irse Diego Giménez, por sus gestos, parecía que ustedes dos estuvieran discutiendo.

—Estábamos tratando temas de trabajo. Pudimos acalorarnos algo debido a que no nos poníamos de acuerdo con un *briefing*, pero fue una conversación profesional absolutamente normal, nada fuera de lo habitual cuando se negocia un contrato.

Me quedo mirando a aquella masa de músculos con barba. Este interrogatorio me está poniendo muy nerviosa. Ya es hora de ponerle fin. Quizás deba pedirles acabar cuanto antes. Pero ¿cuál será el tono más adecuado?

—¿Pueden decirme qué es lo que les preocupa?

—Nada en concreto. Solo estamos haciendo trabajo preliminar y rutinario. Si todo sucedió como nos ha contado, no tiene nada de lo que preocuparse.

—Imagino que tendrán muchas personas a las que preguntar…

—Sí, sí, muchas más personas—me dice Osorio con una sonrisa tranquilizadora—. Tratamos de ir uno por uno, pero usted es de las primeras porque es la más importante. Como le decíamos, tenemos constancia de que fue la última persona que lo vio con vida.

—¿Ya saben qué ha podido pasar?

—Bueno, parece que coincidió con alguien en el párking en el momento en el que se efectuaba un robo, intentó impedirlo y pelearon. A su agresor se le fue la mano, con tan mala suerte de que

falleció. Es la principal hipótesis según las pruebas disponibles, pero tenemos que asegurarnos, aún estamos al inicio de la investigación.

Finalmente, Osorio se levanta de la silla. Se encoge de hombros y mira a su compañero, que también se pone en pie.

—Vale, señora Portela, volveremos a hablar… Si recuerda algo que pueda sernos útil… ¿De acuerdo?

Abro la puerta del despacho y les hago una seña de cortesía para indicarles el camino a la entrada en recepción. Cuando llegamos al final del pasillo, Osorio le dice al otro:

—Juan Carlos, ¿llevas alguna tarjeta? Dale una a la señora Portela.

El cachas saca una tarjeta del bolsillo lateral de su americana y me la da. La tarjeta está bastante arrugada. En la era de Internet, ¿quién usa tarjetas?

—Recuerde, cualquier ayuda será bien recibida —dice Osorio—, llámenos.

—Sí, recuerde bien esa noche —dice el cachas—. Sea lo que sea, será muy útil que nos lo cuente lo antes posible. Cualquier cosa de la que se acuerde. Y cuanto antes, mejor.

Les acompaño hasta la puerta. A punto de cerrarla, en el último segundo antes de alcanzar el descansillo y esperar al ascensor, Osorio se da la vuelta y parece sincerarse conmigo:

—No lo dude, llámenos. Estos casos con figuras mediáticas son muy complicados porque acaban convirtiéndose en una pesadilla. Se hace muy difícil trabajar cuando muchos recurren al periodismo sensacionalista y ponen a la opinión pública en nuestra contra por cualquier cosa, así que no nos queda otra que asegurarnos de cerrar cualquier mínima posibilidad. Tenemos a un montón de gente trabajando en este asunto. Solo mi compañero y yo, tenemos que hablar entre lo que queda de hoy y mañana con veinte personas.

11. CASA. INTERIOR. NOCHE.

¿Existe algo más frustrante que el insomnio? Después de un día cargado de tensión con la irrupción en mi despacho de la hiena de Raquel y la tensión ocasionada después con la visita de la policía judicial a la agencia, me aseguré de atiborrarme de somníferos para poder dormir, sabiendo que, si no, sería literalmente imposible hacerlo con normalidad. Me acosté a medianoche, pero me he despertado una hora más tarde cubierta por una fría capa de sudor, y no he vuelto a pegar ojo. Por más que me prohíba pensar en ello, algo dentro de mí se pregunta de forma obsesiva si conseguiré dormirme, si solo va a ser un amago de otra mala noche o si en breve llegará el ansiado descanso. Pero no, hoy a las cuatro de la madrugada, torturada por todos los frentes abiertos y ante la angustia de no poder conciliar el sueño, me doy por vencida y me levanto.

En estas ocasiones en las que me desanimo y doy por perdida la noche, mi médico me recomienda no permanecer en la cama y hacer algo. Muchas veces no sé qué pensar de él, seguramente no ha pasado por una situación así en su vida. Recomendar eso es ignorar que, casi siempre, las personas insomnes no solemos llevar una sola noche sin dormir, y a estas alturas de la madrugada, ya estamos demasiado agotadas para abordar cualquier actividad que requiera la más mínima energía, teniendo en cuenta que la que tenemos, ya está bajo mínimos. Como escribió Simone de Beauvoir: "¿Para qué empezar si hay que detenerse?". Aún así, como codependiente emocional y mandadita que soy, decido hacerle caso y ponerme manos a la obra por si se da el milagro y consigo descansar, aunque solo sea durante un par de horas. ¿Leo un libro, sigo escribiendo mi novela, repaso los *briefings* pendientes en mi tablet? Exhausta, me da muchísima pereza hacer algo, apenas me quedan fuerzas para luchar contra mi peor pensamiento: la obsesión con los dichosos y condenados anónimos. Seguro que la persona trastornada que los ha enviado, ahora mismo descansa tranquilamente, apacible y sin remordimientos, mientras yo no hago más que dar vueltas y vueltas para conseguir descifrar quién los manda y qué pretende realmente.

Así que finalmente, entro en el cuarto de baño y por primera vez en mucho tiempo, me alegro de haberme decidido por colocar una enorme bañera exenta y poder disfrutar así de un largo baño de agua caliente, probando sus efectos relajantes. Si luego consigo dormir, genial, si no, por lo menos habré ayudado a dilatar los vasos sanguíneos y a mejorar la circulación, ¿verdad? Mientras abro el grifo del agua caliente y la dejo correr para llenar al máximo la bañera, me

animo a ambientar el momento.

Abro la aplicación de Spotify en mi iPhone y busco una lista de reproducción acorde. Me decido por *Im Abendrot*, de los cuatro últimos lieder de Richard Strauss. Con esta pieza pasa algo muy raro: los grandes directores de orquesta no se ponen de acuerdo en absoluto sobre el *tempo* adecuado. La versión más larga es la de Jessye Norman que dirige Kurt Masur, con una duración de nueve minutos y cuarenta y cinco segundos. En cambio, la de Lisa della Casa dirigida por Böhm es de cinco minutos y cincuenta y nueve segundos. ¡Casi cuatro minutos de diferencia! Todo es debido a que Strauss no dejó ninguna indicación metronómica para la obra. Al inicio de la partitura, señala *andante*, que con el metrónomo actual implica que, desde la entrada, la diferencia posible, sin ser infiel a la composición, da un margen de flexibilidad de aproximadamente un 20% más rápido o lento según decida el director. En esta lista de reproducción, tengo *Im Abendrot* por Renee Fleming, Kirsten Flagstad, Elisabeth Schwarzkopf, Karita Mattila, Barbara Hendricks, Gundula Janowitz y por Kiri Te Kanawa, aunque mi favorita sigue siendo la de Jessye Norman, que es la versión que más estira el *tempo* de la pieza, logrando una belleza atmosférica irrepetible, perfecta para escuchar mientras me sumerjo en un cálido baño de espuma. Probadla vosotras también y ya me contaréis.

Examino la hornacina de la pared, iluminada con un led de delicada luz dorada, para elegir entre varias sales de baño, geles especialmente relajantes o jabones perfumados. Luego, agito bien la mezcla del gel elegido con olor a flores de cerezo y rosas para que se formen burbujas, y consciente de que voy a estar un buen rato en la bañera, decido aprovechar el tiempo y aplicarme una máscara de arcilla en la cara y la mascarilla habitual en el pelo. "¿Podría quejarme? ¿Podría perder la fe en ti y en mí misma? No, ya llevo tu cielo aquí dentro de mi corazón", me dejo arrullar por Jessye Norman, que parece hablar de mi triste vida amorosa: aún así, un privilegio a las cinco de la madrugada. Pasados veinte minutos, comienzo a coger frío porque el calor del agua va desapareciendo, así que para seguir un poco más voy retirando agua poco a poco y vuelvo a abrir el grifo por la parte caliente.

Acabado el ritual, salgo con mucho cuidado de la bañera y ya con el albornoz y la toalla enrollada en la cabeza, me dirijo a la habitación que hace esquina, situada a la derecha del baño y a la izquierda del vestidor, enfrente de mi dormitorio y al lado de las escaleras que comunican con la planta baja del ático. En ella, unas amplias cristaleras dominan una panorámica del Retiro. Junto a un enorme sillón giratorio, un gran escritorio de trabajo, de diseño industrial hecho con hierro pintado negro y el tablero de madera, sosteniendo

un iMac de veintisiete pulgadas con pantalla retina 5K. A la izquierda y junto a la pared, un sofá Mah Jong tapizado con una tela diseñada por Kenzo Takada, y en el centro de la sala, seis butacas de diseño forradas en cuero junto a una gran mesa de nogal marrón con vetas negras, en la que a lo largo del año he ido dejando de forma caprichosa cualquier cosa que me llama la atención: tarjetones de consumiciones gratis de varios locales nocturnos, un Cohiba en su funda de celofán, *Aire,* el último CD de Judit Neddermann, precintado, el libro de arte de una película de Wong Kar-wai, o un anuncio arrancado de la revista *Scherzo* en el que Anne Sophie Mutter presta su imagen para una campaña publicitaria de la compañía aérea alemana Lufthansa. En la parte derecha de la mesa, ocupando un considerable espacio, se extiende inacabado un puzzle de cinco mil piezas que adquirí en Internet, tras ver una *publi* en Instagram. En él, el ilustrador Norman Maine recrea una de las escenas de los cuentos de terror más conocidos de H. P. Lovecraft, *En las montañas de la locura*, con el rostro del protagonista de la historia compartiendo los mismos rasgos del propio escritor. Me acerco para continuarlo un rato y observo su estado, todavía a falta de más de la mitad por lo menos. Ahora he cambiado la lista de reproducción y escucho las *Gymnopédies* de Satie, perfectas para continuar relajada y conseguir definitivamente un principio de somnolencia. Encajadas quince piezas más, suspiro con alivio porque empiezo a bostezar, signo visible de que al fin lograré conciliar el sueño durante al menos un par de horas, así que el puzzle tendrá que esperar para otro día. Ya en la cama, oigo que las ventanas tiemblan, y en algunos momentos me asusto pensando que las va a arrancar el viento. Miro hacia la ventana en la oscuridad de mi dormitorio y echo una ojeada al óleo que tengo enfrente de la cama. Un cuadro de Javier Ocaña de un primer plano de Martin La Salle en *Pickpocket* de Bresson, alumbrado parcialmente por el lejano y tenue resplandor de las farolas de la calle, con los ojos del retratado mirando más allá de la ventana, a la noche, y con su cara asustada ante lo que ve. Y pienso aún en la cara de Diego Giménez en la fiesta, antes de morir. Y así, poco a poco, al fin consigo dormirme. Más que los demás, los insomnes saboreamos la felicidad del sueño como un regalo indescriptible.

12. ENGLISH CLASS

Me despierto poco después de que amanezca, a las ocho de la mañana. Tengo la boca seca de verdad y duele despegar la lengua del paladar. Aprieto los ojos con fuerza tratando de volver a dormir un poco más, pero enseguida noto que no me será posible. Aún así, me quedo en la cama para analizar la trabajada sensación de descanso —incompleto, pero, al fin y al cabo, descanso— que fluye por mi sangre, porque en esta coyuntura, dos horas suponen un triunfo para mí.

Como de costumbre, no puedo pasar sin revisar el iPhone casi al instante de abrir los ojos y echar un vistazo a mi bandeja de correo, al *WhatsApp*, al Slack de la agencia y a mis redes sociales. Preocupada ante el miedo de encontrarme con más amenazas, voy abriendo las aplicaciones, asustada y con aprensión, pero decidida a encarar con determinación cualquier contratiempo, aunque compruebo aliviada que, a estas horas tempranas del día, no hay apenas ningún mensaje.

Mi psicólogo me habló de un escritor llamado Georges Perec, que estaba convencido de que todo el mundo significativo está hecho de sueños. Decía que algunos se recuerdan, otros se cuentan, pero que muy pocos son los que se transcriben. El "vienés" me recomendó que viendo el enorme peso que tenían en mi día a día los sueños que había tenido la noche anterior, aplicase al despertarme todas las mañanas una rutina consistente en abrir cualquier aplicación de texto de mi iPhone y describir, en no más de dos o tres líneas, los sueños experimentados esa misma noche para analizarlos luego juntos.

Como persona constante y tenaz, inauguro este nuevo hábito detallando el único sueño que recuerdo haber tenido esta noche. Abro el Textor, un editor de texto en el iOS, y comienzo a perderme en mi subconsciente, mientras pormenorizo cada fragmento sin ahorrar palabras, sin dejar que me domine ninguna otra emoción que la de narrar de la forma más veraz posible las sensaciones vividas la pasada madrugada. El sueño es impreciso y abstracto, un compendio de sensaciones producidas por mis preocupaciones actuales: el paso del tiempo, mi soledad, la muerte. Al cabo de un rato, repaso lo escrito y confirmo mentalmente como mi psicólogo tiene mucho trabajo conmigo. Recojo el escritorio y dejo en reposo el sistema operativo del Mac. Mi clase de ingl és de los martes me espera.

—Ana? *Is it you* ? —contesta Paul, mi profesor de inglés particular, casi al segundo de haber marcado su número de móvil— *What are you up to* ? *How did the week start* ? *Any surreal stories from your influencers* ?

—Te llamo por obligarme, porque esta noche no he dormido más

que un par de horas y hoy tengo la cabeza como si tuviera resaca— respondo a Paul sin mucho entusiasmo—. A ver qué sale.

—*In english*, Ana, *in english* …

A Paul me lo recomendó mi hermano para mejorar el inglés, ya que me he pasado veinte años balbuceando un inglés de academia de barrio bastante deficiente que me ha servido hasta ahora para defenderme. Pero los últimos dos o tres años hemos recibido cada vez más propuestas de trabajo del extranjero y no poder expresarme con suficiente libertad no solo me incomodaba, sino que no daba muy buena imagen de la compañía.

—*I was telling you that tonight I haven't slept more than two hours and my head is as if I had hangover.*

—*Better if you say "a couple of hours" than "two hours", ok?*

A pesar de que solo nos conocemos desde hace poco más de nueve meses, Paul y yo tenemos muchísima confianza y nos hemos hecho muy buenos amigos. Nos llamamos muchas veces sin motivo aparente, nos *wasapeamos*, nos preocupamos el uno por el otro o nos acordamos de pequeños detalles, lo que ha hecho que la amistad siga creciendo.

Después de describirle con todo lujo de detalles —en inglés, *of course* —

Como el insomnio me ha maltratado la pasada noche y me ha dejado en el ya mencionado estado resacoso, él no tarda en preguntarme por Diego Gímenez, preocupado por todo el ruido mediático que ha supuesto su asesinato. Se interesa por saber si le conocía y si habíamos coincidido trabajando juntos en la agencia. Con sinceridad, dedico más de diez minutos a ponerle en antecedentes y le cuento absolutamente todo lo ocurrido, procurando no olvidarme de nada; desde las continuas amenazas anónimas recibidas hasta la noche de la fiesta en Chueca con él, el interrogatorio de la policía judicial o todas mis sospechas, paranoias y pocas conclusiones. En definitiva, convierto a Paul en mi confidente, necesito su apoyo y su ayuda, me esfuerzo por hacerle entender la ansiedad y el inestable estado psicológico en el que me encuentro, en el que parezco no hacer pie e ir con la lengua fuera.

—Y *please*, sigamos en español, Paul. Estoy haciendo un sacrificio enorme, pero estoy muy cansada y me está costando mucho hablar en inglés. Estoy agotada, entiéndeme.

—*Ok, it's understandable, of course*.

—Después de todo lo que te he contado, ¿qué se te ocurre que pueda hacer? Lo hablé con Álex, pero él me recomendó contárselo a la policía y, claro, teniendo en cuenta que yo fui la última persona que vio a Diego con vida, creo que sospechan de mí y tengo miedo de meterme en un lío aún mayor. No me convence mucho su consejo.

—No, por ahora no parece la mejor idea acudir a la policía y

contarles todo lo ocurrido, parece mucha presión, aunque seas inocente —contesta firme, no dejando lugar a dudas—. Yo estaría igual que tú…

—Y las amenazas empezaron siendo algo anecdótico, pero después de lo de Diego, ahora sí que estoy asustada… ¿Qué hago?

—Para empezar, lo que tienes que hacer es contratar a alguien que rastree esos anónimos, esos emails, esos números de *WhatsApp* … Hay gente especializada en encontrar cualquier rastro que hayan podido dejar esos mensajes.

—¿Sí? ¿Y eso cómo se hace? ¿Pongo en Google "Rastreadores de anónimos amenazantes"?

—Pues casi —contesta Paul como si estuviera pensando en otra cosa—. ¿No conoces la Darknet?

—Ni idea. No he oído hablar en mi vida.

—La Darknet reúne lo mejor de cada casa: páginas *web* y *sites* de drogas, tráfico de armas, pornografía infantil, blanqueo de dinero, compra y venta de objetos robados o asesinos a sueldo. Ahí seguro que encontramos a alguien que cubra ese servicio y alguno más que pueda serte de utilidad. —De pronto, Paul responde en voz muy baja, casi susurrando, como si tuviera miedo de que alguien nos escuchara.

—Venga ya. Esto no es real, te estás quedando conmigo.

—¿Pero de verdad nunca has oído o has leído nada sobre la Darknet?

—No, te lo juro. Esto que es… ¿Rollo Lisbeth Salander?

—Jajajajajaja… *Ah, you see?* Pues en los libros de Stieg Larsson ya hablaban de todo esto. Ella se movía como *pez en el agua*, como decís vosotros, en la Darknet.

—Está bien. Tengo el portátil delante, Paul, y quiero entrar en eso de la Darknet —Pausa—. ¿Ahora como lo hago?

—No es tan fácil. Mejor dicho, no es tan rápido. Primero tienes que usar una herramienta que se llama TOR. Es una especie de *browser* que sirve para navegar de forma anónima. Entras en Torproject.org y te descargas el kit. Es como el Chrome, el Firefox o el Safari, *you know* ?

—Como esos, pero este es el navegador para el mal, ¿no?

—*Exactly*.

—Vale, ya estoy —contesto de inmediato sin poder reprimir mi estado de nervios ante este nuevo descubrimiento—. ¿Pero esto es de verdad? No me lo puedo creer. Voy a instalarme ese navegador entonces.

—El Internet que conocemos todos solo abarca el 5% de todos los contenidos que existen. Luego, el 95% restante, es lo que se denomina Deep Web y comprende todos los contenidos que no aparecen en los buscadores que usamos todos, los Google, Bing, Yahoo…Pues para que lo entiendas, dentro de esa Deep Web, estaría la Darknet, que es a su

vez el 1% más o menos.

—¿Y como nunca he oído hablar de esto?

—Bueno, no te veo contratando sicarios, cargamentos de armas o cerrando negocios de trata de blancas en tu trabajo diario…

—Estoy alucinada. Y yo presumiendo de saber todo de Internet en charlas y masters. Ya me he instalado el TOR y estoy navegando, eso sí, esto va muy lento…

—Ahora entra en la Hidden Wiki, vas a ir mucho más rápido. Es un directorio de páginas a las que no se puede entrar si no tienes un *proxy* instalado, pero entra primero en cualquier *web* de *proxy* anónimo y listo. Verás que muchas páginas no te cargan, pero ten paciencia, prueba una a una. En TOR es difícil navegar porque las webs no aparecen en buscadores y tienes que rastrear en foros o en directorios como este… Además, luego no te puedes confiar, hay estafadores de toda clase, trampas de la policía para perseguir delincuentes, extorsionadores… ¿Sigo contándote, *darling* ?

—Claro, te escucho. Mira, ya he entrado en la Hidden Wiki. Veo que es como la Wikipedia pero lleno de enlaces para temas ilegales con categorías de todo tipo: cuentas de PayPal robadas, tarjetas de crédito clonadas, explotación sexual y mercado negro…

—El morbo está asegurado. Te puedes tirar horas navegando y descubriendo *webs* de la peor especie.

—Ahora estoy accediendo a varias páginas interesantes, una que ofrece *hackers* de alquiler, y aquí tengo otra abierta que ofrece todo tipo de drogas que te las llevan directamente a tu casa...

—Y eso que acabas de entrar, pero ya verás. Como te decía, todo esto de Darknet es tan *heavy* que comprobarás que muchas páginas no te cargan, o han cerrado, o los administradores han apagado los servidores por una temporada… ¡Es que todo esto es ilegal!

—Alucinante… Alucinante —Pausa—. Aquí hay una *web* que por cincuenta euros *hackean* el teléfono de tu pareja y puedes leer sus *WhatsApps* y escuchar sus conversaciones a la vez que ella. ¿Pero todo esto es verdad? —pregunto pulsando a toda velocidad las teclas del portátil mientras voy descubriendo decenas de webs a cada cual más ilícita—. Venta de pasaportes, de carnés de conducir, viejos fusiles AK-47, asesinatos por encargo desde quince mil euros —con la posibilidad de dar simples sustos por mucho menos dinero—, billetes falsos por el 30% de su valor nominal, *snuff movies*, tutoriales para hacer bombas en casa… Es increíble.

—Todo lo relacionado con la Darknet es increíble. Hay una leyenda urbana, porque no conozco a nadie que lo haya comprobado, que cuenta que además hay una parte de la Darknet denominada Mariana's Web, donde accedes al nivel más profundo de la Deep Web —de ahí

su nombre, referido a la fosa de las Marianas—. Allí encuentras las webs menos accesibles, con los peores vídeos y los archivos más prohibidos…

—Pero en serio, Paul, ¿Cómo conoces esto de la Darknet?

—Daba clases particulares de inglés a la presidenta de un importantísimo banco y de buenas a primeras, como decís aquí, dejó de pagarme. Al principio no le di importancia porque hasta entonces no había tenido ningún problema, pero se fueron acumulando las semanas sin abonarme las clases y le reclamé lo adeudado. Sin darme explicaciones, a la semana siguiente me despidió y no volví a saber de ella. Un amigo me recomendó entrar en la Darknet y contratar a un asustador profesional. Alguien que la amedrantara lo suficiente como para que pagara, pero sin hacer algo muy violento o brusco.

Una pausa larga. De repente los dos nos quedamos en silencio durante cuatro o cinco segundos que parecen una eternidad.

—¿De verdad? No te reconozco, Paul —le confieso, helada—. ¿Y qué pasó?

—Jajajajajaja… Quería hacerme el interesante contigo, toda esta historia me la acabo de inventar ahora mismo.

—¡Joder, me la había creído! —Paul ha hecho un esfuerzo por bromear y yo le correspondo tratando de reír —. ¡Te juro que me lo había tragado!

—La verdad es mucho menos excitante. Lo vi todo en un episodio de *House of cards* y luego investigué por aquí y por allá por mi propia cuenta. Pero créeme, lo de Darknet es todo real. Bueno, entonces, ¿entramos en algún *site* de estos y contratamos a alguien para descubrir a tu acosador?

13. EL EFECTO STARSHINE

"Que no somos iguales, dice la gente, que tu vida y mi vida, se van a perder, que yo soy un canalla y que tú eres decente, que dos seres distintos no se pueden querer." Suena Chavela en la radio del taxi que nos lleva a la oficina de Starshine, el festival de música de verano de Sancti Petri. Después de tomar 10 mg de Tofranil para atajar la ansiedad, me pongo el mundo por montera y decido seguir con mi vida como si no pasara nada. Si estuviese unos días sin salir de casa por miedo a las amenazas recibidas, entonces no querría salir nunca más, así que me obligo a trabajar. Atravesamos más de cinco kilómetros de Cuatro Caminos, una zona muy bulliciosa a estas horas de la mañana por la que hace muchísimo tiempo que no circulaba, en la que se aglutinan buena parte de las cadenas y franquicias más conocidas. A pesar de que hace casi veintidós años trabajé de becaria en una agencia de publicidad *offline* de esta zona, todo ha cambiado tanto que apenas reconozco las calles si no es porque de pronto pasamos delante del Mercado Maravillas y consigo situarme.

Mientras repaso en mi móvil una y otra vez de forma obsesiva el último mensaje de *WhatsApp* del anónimo amenazándome, Álex charla amigablemente en el asiento trasero del taxi con Pere, el director de la productora con la que rodaremos el *spot* del festival para este próximo verano.

—¿Quién es ese? —Álex le señala con el dedo índice en la pantalla del móvil.

—Es Nico. Hace la tira que nos conocemos.

—Es que me suena muchísimo su cara—dice Álex, y se encoge de hombros.

—Claro, es uno de los videntes de *Barna* más conocidos ahora mismo —suspira y continúa—. Tiene un programa nocturno en la tele con unos índices de audiencia enormes. Es muy divertido, llama gente común, de la calle, pero a veces, de repente, llaman *celebrities* o gente de mucho nombre, no te creas.

—¡No jodas! Es que yo no veo la tele nunca… Bueno sí, para ver al Atleti, pero poco más. Y los fines de semana Clan TV, Boing o Disney Channel para los mellizos.

—Pues Nico adivina números de lotería, encuentra objetos perdidos, detecta enfermedades a distancia y hace volantes para el homeópata… Eso sí, no suele dar ni una, por no adivinar no adivina ni el nombre de las personas que llaman ni diciéndoselo. Hay un vídeo muy divertido en You Tube en el que le respondía a un espectador—de alguna forma, se burla de él, imitándolo —: "No soy perfecto, de

cien predicciones me puedo equivocar en dos". Va sobradísimo, es un personaje. Como él dice: "De vuestra envidia nace mi fama", jajajaja. Hace poco llamaron al programa Norma Duval y Cari Lapique y el tío fue *trending topic*. Muy amiguete, si le necesitáis para cualquier campaña, decírmelo y os consigo precio amigo.

—¿Norma Duval aún vive? La otra no sé quien es, ni me suena su nombre.

—Ya, me pasa mucho. Yo las conozco a todas porque trabajamos para *Hola.com* y hacemos la *pospro* de todos los vídeos de la revista, ya sabes: cortinillas, *bumpers*, *endcards* … Procuramos hacer sus contenidos mucho más *snackables*. Hacemos además las conversiones para *prerolls*, *display* y redes sociales. A fuerza de verlas a diario, acabas sabiendo quién es quién en este mundillo.

—De esas conozco a Carmen Lomana, porque trabajamos con ella en una campaña de una ONG. ¿Verdad, Ana?

Asiento sin haber escuchado nada de lo que Álex me ha dicho realmente, solo he oído "Verdad, Ana", completamente absorta en mis pensamientos, obsesionada en dar con el posible autor de las amenazas. O autora, que esto de la psicopatía no tiene género. Para disimular, replico mostrando interés en la conversación.

—Habéis mencionado a Cari Lapique, ¿verdad? Nos ha dejado como mínimo diez mensajes para trabajar en alguna campaña—digo mientras inspecciono las calles buscando el número del portal al que nos dirigimos, en mitad de la calle Ponzano—. Aún no la hemos llamado.

—No lo sabía. Ya os digo que no sé ni quién es. ¿Tú de qué la que conoces, Ana?

—¿No la recuerdas del evento de Chopard?

—No he estado en ese evento…—suspira Álex, mientras sacude el polvo de su abrigo.

—Claro que estuviste. Estuvimos los dos a principios de julio en el Florida Park. Qué memoria tienes —de nuevo, echo la cabeza atrás y considero la propuesta de Pere—. Pues no te creas, tenemos una peli de terror para promocionar en enero y dar más difusión a la campaña, puede ser interesante trabajar con tu amigo y hacer algo divertido en plan esotérico… ¿Nos pasas el contacto?

Espídica, hablo a mil por hora y no ceso de jugar con la cartera mientras busco la tarjeta de crédito para pagar la carrera. Como siempre que voy a una reunión con un cliente, da igual los años que pasen, no puedo evitar estar hecha un manojo de nervios. Y si a esto añades el pequeño detalle de que alguien está especialmente empecinado en sacarme fuera de circulación, acabo pagando todo este estrés con Álex, ejerciendo de madre.

—¿Y el parche de nicotina que ibas a llevar hoy? —pregunto preocupada—. Quítate las gafas, anda —replico desde el asiento delantero del taxi—. Estamos llegando, es un poco más adelante —le indico al taxista.

—¿Así mejor? —Se quita las gafas y las guarda en una funda—. El parche me lo he dejado en tu despacho en el desayuno. Luego a la vuelta recuérdame que no lo olvide en la oficina.

"Procuro olvidarte, procuro alejarme de aquellos lugares donde nos quisimos,me enredo en amores, sin ganas ni fuerzas por ver si te olvido, y llega la noche y de nuevo comprendo que te necesito." Sigue sonando Chavela, así que deduzco que el taxista lleva puesto Spotify o ha puesto un CD y la música no proviene de la radio. Yo sigo a lo mío y reanudo mi presión sobre Álex.

—No sé si estás mejor con o sin gafas. Tienes unas ojeras… ¿Tú tampoco duermes nada? Te voy a recomendar unas pastillas con las que vas a descansar fenomenal. —En estas, encuentro un paquete de Mentos en el bolso y le ofrezco uno—. Pere, ¿conoces a Rocío, la fundadora de Starshine?

Rocío San Román en persona nos abre la puerta de la oficina de su festival. Con el pelo rubio inmaculado recién salido de la peluquería y el maquillaje inmejorable, la noto muchísimo más delgada, aunque sobre todo me llama la atención su nuevo *look* de blazer blanca con vaqueros y *stilettos*, que la hacen más juvenil. Instintivamente, me busca con la mirada, y repasa en menos de un segundo mi conjunto de dos piezas en color burdeos de Adolfo Domínguez, con las solapas de la chaqueta en negro, a juego con mis Calvin Klein de tacón. En cuanto termina el escaneo, sonríe y se relaja, esperando a que le presente a Álex y Pere. Tras los saludos y presentaciones de rigor, nos invita a pasar a la sala de reuniones y nos avisa que va a llamar a Juan Luis, su marido, que también trabaja en la compañía. La oficina es amplia, moderna y muy luminosa. Dejamos atrás la entrada, rebosante de carteles de las galas de Starshine de los últimos años, para dirigirnos por el extenso pasillo hacia la sala de reuniones. Según entramos en ella, nos encontramos de frente con una docena de fotos de Rocío con estrellas del mundo del espectáculo: Robert de Niro, Alejandro Sanz, Roger Moore, Naomi Campbell, Claudia Schiffer, Sean Connery… Mientras Álex y yo vamos tomando asiento, Pere permanece de pie y se acerca a observar las imágenes con detenimiento, momento en el que entra la recepcionista con varias botellas de agua mineral, que distribuye a lo largo de la mesa.

Aunque no es la primera vez que vengo a esta oficina, recuerdo haber estado solo en el despacho de Rocío, por lo que echo una ojeada con detalle a toda la estancia. Me fijo en un corcho en la pared, justo enfrente de la mesa. Un corcho enorme, de unos tres metros; es

extraño que no me haya fijado hasta ahora; hay recortes de periódico del festival clavados con chinchetas y textos acompañados de la misma foto de Rocío en varios tamaños. Parece una foto de agencia, de esas que se publican en todos los periódicos para una nota de prensa.

—¿Y esta negra quien es? —Pere anda distraído reconociendo a los famosos de las fotos. Dudando, se acerca aún más a una de las imágenes.

Intento distinguir desde mi posición a la artista que señala, pero desde donde estoy no consigo verla bien por lo que me levanto y me acerco a la pared para observarla mucho mejor.

—Mmmmm… Es Shirley Bassey. Es una cantante de los años 60. Cantaba la canción de una de las primeras películas de James Bond.

—Pues en esta foto con ella, tu amiga sale oronda. ¿Qué habrá perdido, treinta kilos?

En ese instante, oímos el ruido de los tacones de Rocío sobre la tarima del pasillo hasta llegar a la sala con su marido, Juan Luis, mientras la recepcionista recoge las tazas de café y algunas botellas vacías que hay sobre la mesa de alguna reunión anterior.

—Chicos, os presento a Juan Luis, el director general de Starshine.

Juan Luis sí que sigue igual de hinchado, parece un sosias de Fatty Arbuckle que no baja de los ciento veinte kilos. Ataviado con una enorme túnica estampada a lo Demis Roussos, me fijo en que su espesa barba empieza a canear. Me reconoce de inmediato y se acerca a estrecharme la mano con una cordialidad fatigada. Le presento a Álex y a Pere, a los que sonríe de refilón con timidez y mirando hacía el suelo. Mientras limpia sus gafas con una gamuza, nos pregunta si además de agua mineral, alguno de nosotros quiere un refresco o un café, pero ninguno pedimos nada más, por lo que nos insta a comenzar cuanto antes la reunión de trabajo. Sin embargo, Rocío, de forma sibilina, marca territorio psicológicamente y decide no seguir las indicaciones de su marido y empezar a su manera.

—Bueno, un minuto Juan Luis —me guiña un ojo—, que le voy a preguntar a Ana *qué* tal va su novela, ¿verdad, querida?

—Ay, mi novela—digo acompañada de un bufido—. Pues imagínate.

Casi parada. He escrito cuatro páginas en las últimas dos semanas.

—¿El miedo al folio en blanco?

—No sé si es eso exactamente. Escribir es mucho más difícil de lo que una cree cuando no lo ha hecho nunca —doy un sorbo a mi botella de agua y prosigo—. Bueno, escribir una novela. Entiendo que redactar un *briefing* o un artículo es factible y razonable. Pero escribir algo con sentido y que ocupe una extensión significativa… —me quejo —. Eso ya…

—Ya, es más difícil…

—Se hace bola… Jajajaja.

—Pues ya me contarás cuando la tengas terminada. Me encantará leerla —me dice con educación—. Si necesitas ayuda con la publicación, yo tengo relación con varios editores que pueden apoyarte en cualquier cosa que necesites.

—Suena fenomenal —considero su propuesta—. Ya te contaré cuando termine, pero me temo que, hasta después del verano, será difícil que la acabe. Si me apuras, incluso puede que hasta finales del año que viene.

—A ver si vas a ser como la escritora esa neoyorkina…

—Ah, si. Jajajaja… ¿Fran Lebowitz?

—Si, esa. Scorsese hizo un documental sobre ella para HBO que me pareció divertidísimo. Es tan ingeniosa, tan sarcástica, pero leí que solo ha escrito… ¡dos libros! Y hace más de cuarenta años. Vamos, que ya es de todo menos escritora.

—Ojalá fuese como ella. Es fantástica, pero no, me temo que en lo único que nos parecemos es que no avanzamos en escribir nuestro libro —le cuento, un poco avergonzada con la comparación.

A continuación, se produce un largo silencio interrumpido sólo por el comentario de Juan Luis, acompañado de la tos nerviosa de Álex.

—¿Pues empezamos entonces? —Juan Luis mira a Rocío.

—Sí, ahora sí, Juan Luis —confirma Rocío asintiendo y sin perder la calma.

—Vale, pues hoy tenemos dos temas pendientes —mirada rápida a Álex, a Pere y a mí—. El *spot* de campaña que vamos a rodar contigo, Pere, y la gestión de *celebrities* para la gala de inauguración del festival. ¿Por donde empezamos?

—Por donde más rabia os dé —contesto con energía.

—Yo tengo bastante clara la parte del *spot*. Si os parece bien os presento la parte del *storytelling* que hemos trabajado con el director creativo de la agencia, para ver qué os parece, y luego Pere os envía por email el *reel* de su productora para que veáis referencias visuales y una breve *demo* que ha hecho a partir del *storyboard* que le presentamos hace un par de semanas. Os lo digo porque os va a gustar y os va a parecer muy interesante —anuncia Álex con entusiasmo.

—Me parece bien, vamos con ello —confirma Rocío dándonos sus bendiciones.

—Os vais a hacer una idea mejor de lo que podemos hacer —digo para tranquilizarla.

—Vamos a mostraros una propuesta con imágenes provisionales para publicitar el festival defendiendo su idiosincrasia genérica: el de ser un sitio tan especial elegido para descansar y disfrutar de las vacaciones por los famosos desde hace tantos años —señala Álex.

—El director creativo de la agencia ha preparado además un racional creativo y un posicionamiento muy chulos, os van a encantar. Los tenéis en este USB —les entrego un *pendrive* muy pintón con el logo de Influence & Hype—. Toma, Juan Luis.

—¿Dónde va?

—Página cuatro del *pptx*. A partir del *slide* cuatro —les confirmo.

—Ok. Ya lo tengo.

—Antes vamos a ver el *claim* —dice Álex asintiendo con un gesto de cabeza—. Va el logo de Starshine y, debajo, el eslogan que ha elegido el creativo: "El festival de estrellas de la música donde acuden los famosos". Os recuerdo el objetivo estratégico que fijamos por email: "En un mercado de festivales de música de verano cada vez más competitivo, Starshine aspira a ofrecer el mejor y más renovado cartel de grandes artistas con el publico más selecto y aspiracional".

Rocío y Juan Luis levantan la nariz de sus portátiles para dirigir la mirada al monitor Samsung de ochenta pulgadas que preside la sala y en el que se muestra la *slide* descrita por Álex.

—Como ya acordamos por *email*, la reflexión de nuestro departamento de planificación estratégica se ha basado en el beneficio conceptual de Starshine ya consolidado. —Álex guarda silencio unos segundos antes de continuar—. Sobre este sector de festivales tan concurrido, el análisis de la marca nos ha confirmado que, en efecto, nos convenía concentrar todos nuestros esfuerzos en el doble insight: música y artistas más público y famosos.

Baja la vista a sus notas y luego la vuelve de nuevo hacia la pantalla del televisor. Tras una breve pausa, Álex continúa argumentando:

—Hemos hallado un concepto que, en nuestra opinión, siendo fiel a la idea que el público ya tiene de Starshine, permite conferir un máximo de impacto a la promesa-producto, sobre todo a nivel audiovisual, que hasta hora estaba menos trabajado. ¿Verdad, Pere?

Pere se levanta como un resorte para explicar el proyecto de *spot* rodeado por un silencio expectante, mostrando el *storyboard* de ocho *slides* con fotografías de banco de imágenes.

—Bueno, pues aquí lo tenéis: se abre desde negro, sobrecogidos por una música épica y solemne, algo muy clásico, pero con un toque de distinción…

—Habíamos pensado en el *Así hablaba Zaratustra* de Strauss, pero al ser tan manido, barajamos *Los planetas* de Gustave Holt o algo así— interrumpe Álex.

— Sigo. Nos encontramos en el espacio y, de pronto, surge una estrella que avanza decidida, enérgica y valiente. A la cola, una lluvia de polvo estelar fulgurante va formando el logotipo de Starshine hasta que asistimos a un big bang…—Pere va deslizando el carrusel de *slides*

del *Power Point* a medida que va narrando el guion de la maqueta, adecuando su ritmo al de aparición de las imágenes en el monitor—. Sube la música y entra la locución: "Un evento único llega al planeta tierra este verano". En ese momento, un meteorito de pasión y arte se dirige a la playa de Sancti Petri, en el que un montón de gente guapa y rica, mientras disfruta del mar, se relaja en las tumbonas de la playa o toma un mojito, divisa su aparición en el horizonte —Pere efectúa aquí una pausa dramática—. En esta parte, primeros planos de estos chulazos musculados y de diosas en bikini, observando embobados el firmamento… Y esa masa de energía, ese conjunto de poderío artístico estalla e inunda la pantalla de millones de partículas —Pere coreografía la explosión de forma desmesurada con los brazos—, de millones de grandes artistas que nos visitarán… Ahí colocamos primeros planos de los integrantes del cartel saludando a cámara, haciéndonos un guiño cómplice. Y la gente guapa de la playa estalla en júbilo, se abraza, salta, se hace *selfies* con el cielo de fondo y las estrellas de Starshine detrás… Todo ha generado una corriente de alborozo y entusiasmo. Cerramos de nuevo con el logo del festival, el *claim* "Starshine: El festival de estrellas de la música donde acuden los famosos" y la fecha del evento. Como ya sabéis, nuestra estrategia en Internet es *mobile first*, por lo que para las versiones *preroll* de *display*, colocaríamos aquí debajo el *call to action* para aterrizar en la página *web* de Ticketmaster y que pudieran comprar las entradas. Todo muy directo, con la menor fricción posible.

El silencio se hace eterno. Rocío nos mira a los tres con una expresión entre desorientada y perpleja, y ladea la cabeza para ver la reacción de Juan Luis, que no levanta la mirada de su portátil, ocupado en tomar notas para no tener que dar su opinión sin antes conocer la de ella. Consciente de que hemos pinchado en hueso y sin excesiva convicción, Pere, con un tono de voz evidentemente más bajo que el utilizado en el *speech* de presentación del *spot,* intenta manejar la situación como buenamente puede.

—Tened en cuenta que, además, estarían las posibles versiones derivadas: un hermoso joven musculado que juega a las palas en la playa y que, emulando al mono de *2001*, tira su pala playera de tenis al cielo y mientras esta va cayendo, se va formando el cartel del festival, narrado como en la famosa secuencia de la película de Kubrick, o un grupo de *misses* que corren agrupadas a primera hora de la mañana por una solitaria playa, como el inicio de *Carros de fuego*, con la superposición de los artistas confirmados. Estos *mini spots* son mucho más cortos, no más de veinte o treinta segundos, y están pensados como virales para Internet. Además, estamos barajando otras opciones, para lanzar *teasers* en la fase de *awareness*.

—Ajá.

Silencio sepulcral. En ese momento, recuerdo ese chiste de un tipo que cae de un avión a diez mil metros y no para de repetirse: "por el momento todo va bien, por el momento todo va bien, por el momento todo va bien…"

—¿Tenéis más? —pregunta Rocío.

—Esto es lo que hemos trabajado estas semanas. —contesta Pere, con evidente sensación de no haber dado con la tecla.

—Pues no sé que deciros. Lo primero… ¿Dónde salgo yo?

—No entiendo —responde Pere con un nudo en la garganta.

—Pues… ¿Qué dónde salgo yo? —insiste Rocío con indudable irritación.

—Si es que si veis todas las piezas audiovisuales que hacemos, Rocío siempre sale en todas —aclara malhumorado Juan Luis—. A veces sale bailando en el patio de butacas disfrutando del concierto, en ocasiones aparece divirtiéndose con sus amigos famosos en eventos del festival… ¿Ni siquiera habéis visto el canal de You Tube del festival? Ahí tenéis mil ejemplos del tipo de audiovisual que nos gusta…

—Pues perdonadme, no lo sabía… Pero por supuesto que podemos adecuar esa necesidad y colocar a Rocío en los *spots,* no habría problema en incluirla, claro está —responde Pere para tranquilizarles.

—Ya, pero, no sé… No acabo de encajar en esas creatividades. ¿Qué pinto yo entre esos jovencitos? No hay famosos ahí, ¿no? —continúa insistiendo Rocío, con evidente enfado.

—Son gente joven y muy guapa Rocío…—asegura Álex.

—Sí, sí, sí, lo veo, pero, no son famosos, ¿no?

—No lo entendéis. Rocío solo aparece con *celebrities*, no puede aparecer de cualquier manera…—contesta Juan Luis haciendo un gesto negativo con la cabeza.

—Entendedme, que yo no soy clasista, ni racista ni nada de eso… Que yo puedo estar con esos chicos en cualquier fiesta del festival y soy una más…

—Es una más, Rocío es muy sociable y lo mismo habla con Steve Tyler que con un chaval del Puerto de Santa María, que no se trata de eso…—aclara Juan Luis.

—Claro, pero es un tema de ser coherentes con la comunicación…

—Son ya varios años de hacerlo así.

—Ana, como lleváis varios años conmigo pensé que lo tendrías en cuenta, querida…—recalca Rocío, dirigiéndose a mí personalmente.

Aguanto los continuos golpes de ambos con disciplina espartana y sin recular, como una buena fajadora que debe sufrir lo insufrible para ganar una pelea desequilibrada desde el principio.

—Bueno, siempre hay que cambiar… A Álex y a mí no nos parecía mal planteamiento y, hasta ahora, la parte audiovisual del festival era

mejorable claramente… —intento ganar tiempo, excusándome para relajar la tensión del momento.

—Sí, sí. Completamente de acuerdo contigo, pero no cargándose algo tan importante…—dice Rocío con desdén.

—Insisto en que introducir a Rocío en las creatividades no debería dar ningún problema…—atascado, Pere no consigue salir del bucle de su primera solución, sin ser capaz de darse cuenta de que esto ya no va del *spot,* ni del *claim*, ni siquiera de la campaña, va sobre clientes versus proveedores.

—Yo es que no me veo en estos *spots* con esa gente. Que sí, que es muy guapa y muy joven, y yo eso lo valoro mucho. Pero es que este festival se basa en los famosos. ¿Cómo es el *claim* nuevo que habéis traído? Juan Luis, ¿cómo es?

—"El festival de estrellas de la música donde acuden los famosos".

Obedeciendo servilmente, Juan Luis responde de inmediato. Ya si tuviera medio cerebro sería definitivamente peligroso.

—"El festival de estrellas de la música donde acuden los famosos". Pues no sé que deciros. ¿Donde están los famosos?

—Es que es un spot ambicioso, épico. Lo que describimos en él, es el *efecto Starshine*. Su *storytelling* te arrastra, te toca muy dentro, es visceral. Buscamos la identificación con la marca, ser una experiencia que el usuario necesite vivir —contesta Pere, esta vez bastante más atinado en su respuesta—. Por eso acabamos con la URL y la intención de llevarlos a la conversión. Se podría decir que aunamos el *branding* con el *performance*, por que queremos aumentar la apreciación por Starshine, pero también queremos vender entradas. Y no acaba aquí, Influence & Hype ya tiene ideada toda una estrategia de *growth hacking* para optimizar aún más la campaña.

—Ya. Si todo eso está muy bien. Pero en esas ideas ni estoy yo ni hay *celebrities*.

La obsesión de Rocío por sí misma es enfermiza y no hay más que entrar en su perfil de Instagram para constatarlo. La mayoría de sus *posts* son *selfies* de ella en diferentes lugares del mundo a cada cual más exótico: desde Dubai a las Seychelles, pasando por Catar o Bora Bora. Viajando en *jet* privado, cenando en restaurantes Michelin o de compras por varias capitales del mundo. Y sí, siempre acompañada de algún famoso o famosa de relumbrón. Si te fijas muy bien, solo en algunas fotos, a lo lejos o casi imperceptible en una esquina, puedes vislumbrar a su marido, llevando las bolsas o el equipaje.

—Quizás debamos rehacer las propuestas. Pero el eje creativo es interesante, ¿no? —pregunta Álex como si estuviera pensando en otra cosa, abstraído y ajeno a la batalla que estamos librando.

—Por supuesto, por supuesto, Álex. Está hecho con gusto y elegancia. Todo rezuma clase, pero no es lo que estamos buscando,

¿verdad, Juan Luis?

—Sí, sí, estoy de acuerdo. Son buenos *spots*, pero nos faltan cosas…

— … nos faltan cosas. Así que tenemos que darle una vuelta —digo sin mucho convencimiento.

—Y, queridos, vamos fatal. Esto lo queríamos poner en marcha para después de navidades, hay que organizar el plan de medios definitivo con la agencia, empezar a comunicar las confirmaciones de artistas del cartel… ¿Creéis que tendremos una reelaboración de todo para la semana que viene?

—Por supuesto —confirma Álex.

—Por supuesto. Si queréis, para ser más operativos, hacemos una presentación por videocall y, así, adelantamos mucho más y Pere puede hacerla desde Barcelona…—mascullo, haciéndome la despistada para intentar perder el tiempo lo menos posible.

—Si no os importa, prefiero tenerla presencial, ya me conocéis, soy más de vernos en persona y como ahora, ver juntos todo… Si no os importa, claro.

—De acuerdo, presencial entonces —contesto, resignada.

—Claro Rocío, si tengo que venir a Madrid, vengo —contesta Pere completamente rendido y ondeando la bandera blanca.

— ¿Pues cómo lo tenéis entonces? ¿Cerramos ya la cita para la semana que viene? ¿El mismo martes o el miércoles? ¿Misma hora? —propone Rocío.

—Mejor martes —confirma Pere.

—¿Mejor martes? Pues adelante. Juan Luis, apunta para la misma hora el martes.

—Ahora os presento yo el tema de las *celebrities* para el evento de presentación del festival. —anuncio, muy seria.

—Muy bien, querida. A ver si hay más suerte y está mejor trabajado —me dice Rocío, dedicándome un calculado gesto de desprecio.

—Pues os adelanto confirmaciones. Ya tenemos a Eva Longoria, Valeria Mazza, Naomi Campbell, Paula Echevarría, Mireia Lalaguna, Luján Arguelles, Nuria Fergó, Loles León, Ainhoa Arteta, Fiona Ferrer, Olivia Palermo, Rosanna Zanetti, Miriam Giovanelli, Vanesa Romero, María Casado, Eugenia Martínez de Irujo, Anne Igartiburu, Laura Pausini…

—¡Helena Christiansen! ¿Ha confirmado ya si va a venir? —pregunta Juan Luis.

—Mmmm… No, de ella no tenemos confirmación.

— Que raro, suele ser de las primeras en confirmar siempre.

—Pues le lleva la misma agencia de representación que a Naomi Campbell y no nos han asegurado que viniese —aclaro, mientras repaso los listados, no completamente segura de haber enunciado a

todos los que nos han escrito.

—¡Muchos famosos y sus representantes se nos quejan de que tu contestador no funciona! —estalla Juan Luis—. ¡Dicen que suenan treinta segundos de *It's the end of the world* de R.E.M. y luego sólo les quedan cinco para dejar el mensaje!

—Ya. Bueno, la pregunta no puede ser más fácil. Sólo tienen que contestar "sí" o "no". A mí me parece una pregunta bien sencilla. ¿Piensas venir a la gala de inauguración del festival, sí o no? ¿Tanto le cuesta entenderlo a toda esta gente? —contesto, malhumorada y perdiendo el control.

—Ana, estas *celebrities* no son "toda esta gente". Eva Longoria no es "toda esta gente". Naomi Campbell no es "toda esta gente" …—me censura Rocío con una vehemencia excesiva.

—Además ahí falta gente… No te he escuchado a Tamara Gorro… — Juan Luis también se crece en sus reclamaciones.

—Pero ella va con Garay…—aclaro.

—¿Pero no está en el listado? ¿Tampoco habéis hecho bien vuestro trabajo aquí?

—Además, nos has soltado unos nombres sin orden ni concierto… No están ni por orden alfabético…

—Es que Juan Luis tiene razón… El orden alfabético es una manera de controlar mucho mejor la gestión del evento. ¿Cómo andamos de aes? ¿Cuántas nos faltan de efes? Es por llevar un orden.

—Ana, Álex, si esto es así, estamos muy verdes aún. Insistimos en que tenemos la necesidad de cerrar el listado de confirmaciones cuanto antes. Y la primera batida debería estar ya concluida —comenta Juan Luis sin ocultar su enfado.

—Mierda, lo siento —le suelto, así. Sin anestesia. Como decía Marguerite Duras, "Esto es lo que pienso en este momento"—. Mmmm… mierda en el buen sentido, quiero decir —retrocedo de inmediato.

—O sea… mierda en plan bien, ¿no? —contesta anonadada Rocío.

—Esta historia del listado me ha matado, os lo digo en confianza. ¿Y sabéis por qué? —mascullo en voz baja.

—Cuéntanos.

—Sí, cuéntanos, Ana —reafirma Juan Luis.

—Porque soy una perfeccionista. Por eso. Y me gusta que cuando trabajamos para vosotros, el resultado sea de primera.

Se hace un silencio incómodo. Rocío demuestra su indiferencia con un gesto, se desentumece los hombros y vuelve a garabatear algo en unos folios que tiene al lado de su portátil.

—No podríamos estar más de acuerdo, pero quiero una contrapropuesta ya —comenta enérgica Rocío.

—Estas cosas pasan, Ana, pero debes comprendernos. Tenemos mil

agencias que contactan con nosotros todos los días para trabajar juntos. Y muchas veces nos dicen que probemos con ellas sin coste alguno, solo para conocerlas y ver sus resultados. Y eso, tú sabes que es muy tentador —insiste Juan Luis—. Estamos haciendo un esfuerzo para que tengáis la suerte de trabajar con nosotros y nos lo pagáis así… Pues mira, no lo entiendo.

—La última vez que nos vimos, te dijimos que buscaseis un propósito social para el festival. La gente se extraña de que no tuviéramos ya una… ¿Cómo se llama esto? —dice Rocío. Y, tras mucho chasquear los dedos, continúa—: Una causa.

—Álex, esto lo hablamos contigo, que necesitábamos una causa.

—¿Lo habéis hecho?

—¿Una causa? —protesto—. Pero es que no se nos ocurre una vinculación razonable. No os lo recomendamos.

—¿No? Una beca Starshine para niños maltratados. La creación de una ONG para la supervivencia del lince ibérico. O hacemos un documental que cuente el dramático paso del estrecho en patera narrado por Chenoa, o por Iván Sánchez, o que sé yo, por Constantino Romero…

—Constantino Romero está muerto, Rocío…—reacciono con demasiada energía.

—A ver, os ponía ejemplos. ¡Estaba pensando en voz alta, por Dios! ¡Os pago para que penséis, no para daros hecho el trabajo! ¡Para corregirme, para eso si que no tardáis ni un segundo! —grita con un desagradable cambio de tono.

—¿Seguro que no deberíamos tener una causa? —pregunta Juan Luis—. Algo así como el calentamiento global o el Amazonas… Pero en versión nuestra, de aquí, de nuestra tierra. ¿Me vais a decir que comunicativamente no nos merece la pena asociarnos con un movimiento civil? ¿El *marketing* social lo ha inventado Rocío?

—¿El sida? ¿El cáncer de mama? —Pere intenta ayudar, sin ser consciente de las arenas movedizas en las que nos movemos.

—Todos esos territorios ya están ocupados, ya los usan un montón de marcas… Hay que pensar un poco más. Vuelvo a lo mismo, os pagamos para que seáis vosotros los que penséis, no podemos dároslo todo hecho —insiste Rocío, resentida.

"Os pagamos", dice. Calculo mentalmente todo el dinero que aún nos deben y no puedo evitar una mueca de hartazgo. Aunque no me puedo quejar, al menos a nosotros nos pagan de vez en cuando, pero conozco una decena de proveedores con los que están enfrascados en juicios y reclamaciones. Aquí los Medici contemporáneos de Sancti Petri.

—Bueno, entonces ahora nos habéis entendido de sobra —insiste Juan Luis—. Nos falta un eslogan social. Una vinculación que nos abra

a mucho más público que reconozca nuestra labor y nos identifique. Algo así como "No más abusos en el cole" o "Acabar con la inmigración" o yo qué sé.

—Eso digo yo. Bueno, no, Juan Luis, cuidado. Hablamos de "Acabar con la inmigración ilegal", hay que añadir este último adjetivo porque hay mucha gente que nos tiene envidia, nos van a mirar con lupa y pueden atacarnos ante el más mínimo despiste —advierte Rocío, en su afán de llevar siempre la razón y quedar por encima de los demás, desacreditando incluso a su propia pareja delante de todos—. Una causa, queda claro, ¿ok?

—*Sí, sí.* Para Starshine es un patrimonio a largo plazo. Y para que la gente se conciencie —Juan Luis corrobora explícitamente la petición.

—Claro, claro. Para que la gente se conciencie —afirmo ya completamente frita—. Lo vamos a pensar y os damos varias opciones. Seguro que somos capaces de ofreceros diferentes posibilidades. Podríamos intentar incluso algún patrocinio por parte de alguna marca con las que ya trabajamos…

Juan Luis abre los ojos como platos, da una palmada y suelta:

—¡Ah! Eso me gusta… ¿Qué marcas podrían interesarse por patrocinar el festival? Hemos visto que Benicassim tiene a Heineken, pero a nosotros enredarnos con una marca de cerveza… Es muy poco aspiracional —apostilla, dirigiendo la mirada a Rocío, buscando su aprobación.

—Depende, Juan Luis, puede ser interesante, no hay que desechar ninguna posibilidad. Ana, cualquier oportunidad será bienvenida. Escucharemos vuestras recomendaciones —responde Rocío corrigiéndole de nuevo.

Él entonces se encoge de hombros y, mirándonos a los tres, nos alecciona.

—¡Venga, entonces! ¡A por la pasta!

14. LLUVIA

Empieza a llover en Madrid. Otra vez, me paso la noche entera despierta. Tras bajar la escalera desde el ático, sujetándome a la fría barandilla de acero, llego a la zona del comedor de la primera planta. Entro en la cocina y abro el frigorífico: decenas de yogures, varios quesos, una lata de salmón sin abrir, mucha agua mineral embotellada Evian —nunca bebo agua del grifo— y media docena de *tuppers* de emergencia de los que me prepara mi hermano para cuando me entra la depresión y no quiero levantarme de la cama para cocinar y comer algo. En un armario veo varias botellas de vino y me entra la tentación de abrir una, pero teniendo en cuenta el cargamento de somníferos que me he tomado esta noche, desisto por miedo a acabar como Marilyn. Hace tanto frío que me pongo a tiritar y desconecto el aire acondicionado.

Me dirijo al salón, donde suena *Music for airports* de Brian Eno en el altavoz Marshall Bluetooth, y me tumbo en el sofá color pistacho mientras contemplo la pantalla de televisión sin el sonido —en TCM emiten un maratón de Marlene Dietrich: *Fatalidad*, *La venus rubia*, *El diablo es una mujer* — junto a una máquina *pinball* de *Creature from the Black Lagoon* desconectada, que se halla a su vez junto a un largo bar de granito con dos taburetes diseñados por Philippe Starck.

Contemplo el Retiro desde los ventanales, mirando las luces de neón bajo el cielo púrpura de la noche y viendo pasar las nubes. Luego vuelvo a subir a mi dormitorio, me tumbo en la cama y trato de recordar cuántos días llevo sin dormir bien. Me levanto y paseo por la habitación. Pruebo a ponerme a leer, llevo días sin hacerlo. Repaso lo último que he comprado: Arriaga, Vuillard, Padura... Me decido por el último tomo de las memorias de Zenobia Camprubí: “La vida es vana, / Un poco de amor, / Un poco de odio, / Y luego buenos días, adiós y hasta nunca…”. Parece que escribió estos versos pensando en mí. Y no es la única coincidencia, también tenemos mucho en común en nuestra vida sentimental: la misma Zenobia albergaba serias dudas ante la personalidad oscura de su pareja, poco sociable y enfermizo, llegando incluso a decirle a una amiga que creía que no pertenecían “a la misma variedad humana”. Más aún, que resultaban “dañinos en la vida del otro”, y que le daba pena “quemar tanto corazón ante tanta frialdad”. Ando obsesionada últimamente con leer sobre mujeres en crisis, en estados de ansiedad, planteándose la vida. Busco encontrar en esas páginas un asidero, una clave, alguna señal a la que pueda agarrarme y avanzar. Comienzo a sentir cansancio y algo de sueño,

dejo el libro boca abajo, abierto, descuidadamente, con una hoja doblada por la esquina. Así son las noches cuando llueve.

Floto con los ojos cerrados mientras una corriente de aire se diluye suavemente por mi cuerpo, en una sensación inquietante pero muy agradable. Soy consciente de estar soñando y a pesar de la curiosidad por conocer el rumbo de mi extraño vuelo, no abro los ojos, concentrada en el placer del momento. Parece que empiezo a bajar y perder altura, como cuando un avión se aproxima a tomar tierra. Fundido a blanco, muy pausado y tranquilo. Aparezco en mi Mini con la capota desplegada, conduciendo por una autopista. Es verano y el cielo es de un azul intenso, completamente despejado y sin nubes en el horizonte. ÉL va a mi lado, sonriendo, guapísimo. "¿Has visto a qué sitios tan chulos te llevo?" Asiento con la cabeza, disfrutando de verle tan feliz, queriéndome, a mi lado. El enigma de la situación es que en todo momento sobrevuela sobre nosotros un ambiente de destrucción y muerte a pesar de la idílica situación. No tiene sentido que una persona tan afortunada como soy yo en ese instante, quiera matarse, pero existen razones por las que puedo intentarlo. El misterio está en c omo sucede. No creo en fantasmas y, sin embargo, me pregunto qué es con exactitud lo que ocurre para que, de pronto, alguien surgiendo del aire, de la nada, haga girar el volante de mi Mini, e imponiéndose sobre mi voluntad, haga que me estrelle contra el flanco de un enorme camión de transporte de mercancías que marcha a toda velocidad a mi lado izquierdo. Sucede en dos o tres segundos, pero lo vivo con los cinco sentidos, como una experiencia absolutamente real. Me encuentro dirigida, a merced de la fuerza de aquella mano, o lo que sea, que me arranca el control del volante del coche, hasta estrellarlo contra los bajos del camión. Vuelvo a un negro cósmico y escucho el ensordecedor estruendo del accidente, pero no siento nada, solo sé que ÉL ha muerto y que yo sigo viva, aunque solo sobrevive al accidente mi cuerpo f ísico, porque mi espíritu está devastado y aniquilado para siempre. Al fin, abro los ojos y arranco el día con un llanto doloroso y resignado, porque sé que nunca más le veré, pero prometiéndome que voy a poder con todo.

15. MENTIRAS EN PAPEL COUCHÉ

Ya en la oficina, experimento una sensación que me resulta una novedad: soy incapaz de concentrarme. Normalmente, tan pronto como entro en mi despacho y noto como la luz entra por el enorme ventanal que da a la calle Alcalá, todos los demás asuntos de mi vida se esfuman y el mundo queda reducido a las decenas de *emails* que consulto en la pantalla del Mac. Incluso el mismo día que recibí el primer anónimo amenazándome, incluso esa mañana, en cuanto entré en el despacho, de repente mi existencia se redujo a cerrar las citas pendientes con clientes para esa semana, a priorizar los nuevos *briefings* asignando roles entre los equipos y a preparar un rodaje que a última hora se retrasó. Hoy, en cambio, es como si tuviera el cerebro completamente bloqueado, apenas puedo concentrarme.

Comienzo completando una propuesta creativa de Nacho para enviar a un cliente, supervisando la parte *marketiniana* del planteamiento, y cuando llevo un par de páginas del Word, me paro y navego compulsivamente la página *web* de *El País.com*. Empiezo por la *home*, leyendo titulares mientras voy bajando el *scroll* hasta dar con una noticia que me llama la atención: "*Influencers* a las que ofrecen miles de dólares a cambio de sexo en redes sociales". Al parecer, un programa de la BBC revela que muchas *influencers* de Reino Unido reciben continuas proposiciones de extraños a través de privados por Instagram ofreciéndoles miles de dólares a cambio de sexo. La *influencer* más joven que cita el reportaje tenía sólo diecinueve años cuando recibió la primera propuesta, con una oferta de 25.000 dólares para ir a cenar y tomar una copa. Me quedo pensativa. ¿Pasará lo mismo aquí? Sin tener una respuesta clara, el sentimiento de culpa por no haber avanzado apenas en mi trabajo me hace retroceder y volver a la propuesta creativa.

Repaso lo escrito y redacto otro párrafo sobre la marcha. Como continúo bloqueada, me levanto nerviosa y enciendo la televisión de mi despacho. Ahora mismo hay un especial en Mezzo con el ciclo completo de las quince sinfonías de Shostakovich por la Royal Liverpool Philharmonic. Una vez más, me quedo embobada con la quinta y más o menos a la mitad, bajo el volumen y regreso a mi escritorio. Hago una batida rápida para ver si han llegado más correos, vuelvo a consultar el Slack interno de Influence & Hype por si hay alguna nueva notificación y acabo echando una ojeada al *WhatsApp*. Todo con tal de no seguir avanzando con el documento

de Word de la propuesta. Encargo un café a la recepcionista para intentar despejarme y definitivamente vuelvo a entrar en Internet, ahora en *El Mundo.es*. Navego de forma descuidada, leyendo un montón de banalidades y perdiendo el tiempo. "Conviértete en *influencer* : cinco claves para saber dónde destacar". Hago click sobre el artículo y lo releo por encima. "Para liderar hay que influir, por supuesto, pero se puede influir sin ser líder." Cargado de lugares comunes, con declaraciones de *influencers* que se definen como "proveedor de momentos felices", ni lo concluyo, aburrida de las mismas frivolidades de siempre, y salgo de la *web*.

En ese momento, entra Eva con el café y me incorporo, tomando la bandeja y colocándola en la mesita de centro del despacho. Aparto a un lado los periódicos del día y mientras le pongo sacarina a mi café, le echo un vistazo a los libros de encima de la mesita, que llegaron esta semana por Amazon: el último de Elena Ferrante, otro de Murakami con Seiji Ozawa y un par de tochazos preciosos de Taschen, uno de pintura de David Hockney y una antología de performances de Ai Weiwei. Así, sin darme cuenta, me dan casi las doce de la mañana y continúo completamente paralizada, sin capacidad alguna de abstraerme y avanzar. Soy consciente de que ahora la prioridad es dejar de tener miedo y recuperar la normalidad, pero el nerviosismo producido por la incertidumbre del último anónimo ha hecho mella en mí y no consigo apartarlo de la cabeza y concentrarme en el trabajo. Vuelvo a mi escritorio, y tras apoyarme en el sillón, decido darme un respiro para no ponerme más nerviosa y echarle un vistazo a los diarios digitales, prometiéndome una última ronda final antes de regresar definitivamente a mi trabajo inicial. ¿Habrá salido alguna información actualizada del asesinato de Diego Giménez? Repaso varios periódicos digitales con tal de encontrar alguna información puesta al día, alguna pista nueva que pueda ayudarme a desenmarañar el embrollo que tengo en la cabeza y que no me deja avanzar en nada.

El Mundo.es informa de que la policía científica busca pruebas en el escenario del crimen. *El País.com* se hace eco de que un desconocido asestó a Diego varios navajazos. Según el mismo medio digital, uno de los navajazos le provocó la muerte al destrozarle una vena cercana al corazón, lo que hizo que Diego se desangrase rápidamente. Se desconoce el móvil, apunta el diario. El resto de diarios digitales apenas detallan nada nuevo, que la policía científica prosigue las investigaciones para identificar al asesino y encontrar el arma del crimen, un arma blanca.

En mi cruzada por despejarme y buscar la manera de concentrarme, decido ordenar mi escritorio para, al menos, disponer de una mesa mucho más armónica y ordenada, a ver si así mi

nerviosismo va cediendo. Agrupo varias carpetas por cliente, llenas todas ellas de *briefings*, propuestas o simples anotaciones del día a día. Recoloco varias cartas que he abierto pero que no he archivado desde hace más de un mes, algunas de cierta importancia para la compañía pero que mi pereza me ha impedido ordenar hasta ahora. Hay montones de entradas para eventos, invitaciones a premieres, tarjetones para rebajas y ventas especiales de marcas… Aprovecho y recojo todo en una bolsa amarilla para la basura que dejo en la papelera metalizada a mi derecha, a los pies de la mesa.

De repente, tapadas por un bloc y un par de currículums abandonados entre otros papeles, descubro unas revistas del sector. En la portada de una de ellas, el rostro de Raquel Zuluaga con su melena rubia a lo Veronica Lake, me mira desde la cubierta, con una paloma posando sobre su hombro. Para mi es una sorpresa tremenda, así que la curiosidad me mueve a conocer más en su interior. Un reportaje de gran extensión, con una entrevista de más de cinco páginas, comienza con una declaración de intenciones que me desorienta: "Cuando una campaña crece por impulso de las personas y la publicidad demuestra todo su poder, es inevitable que el resultado sea brillante. La socia fundadora de Metrikx, Raquel Zuluaga, se confiesa y nos descubre su mundo interior".

Por supuesto, no puedo dejar de reconocer que es un personaje público de cierta popularidad en nuestro sector, pero tengo la impresión de que todo es pura fachada y que bajo ella está la persona particular, intacta e inaccesible a las miradas ajenas. Cuando observo su imagen con aquella ave, me parece una especie de invitación para que el mundo entero se acerque a ella lo suficiente para tocarla y admirarla, pero desde un punto de vista frío, inhumano y ególatra. Presa de mi inquina y animadversión a la niñata, y a pesar de que luego el psicólogo me regañará cuando le revele el episodio, decido dedicarle cinco minutos a la reseña, incapaz de dominar mi lado más tóxico.

En las imágenes se nota que las sesiones fotográficas han debido ser largas y laboriosas, la peluquerí a, el maquillaje y el estilismo son de primera. Las fotos rezuman naturalidad y buen gusto. A pesar de que es joven y atractiva, en persona no puede esconder un ramalazo vulgar que ella procura camuflar siempre, pero que en estas fotos está completamente disimulado. Se nota que cuando los fotógrafos le han dicho dónde tiene que sentarse, c ómo debe mirar al objetivo, qué debe hacer con las manos o cómo usar la respiración, ella ha accedido sin rechistar. Para eso es disciplinada y obediente. Su imagen, lo más importante para ella, está en juego. Además, seguro que se siente cómoda haciéndolo. Como todos los narcisistas, no tiene verdadera personalidad, su yo está formado por capas que va añadiendo de

forma artificial. Me viene a la cabeza la biografía de Elia Kazan. Decía que, cuando era joven, en el Group Theatre, y con el paso de los años, se había ido transformando en otro hombre, en base a todos los personajes que había ido interpretando.

La entrevista en sí es un despachado de lugares comunes, una especie de publirreportaje sobre Raquel lleno de elogios que ella, disfrutando de ser el centro de atención, se ocupa de agrandar. La periodista encargada de la charla le comenta que le llama la atención que una mujer que se define como tímida empedernida haya destacado siendo tan joven como socia fundadora y directora general de una compañía tan compleja y sofisticada. Y no solo "destacado", sino —como dice ella— "triunfado". Una periodista hiperbólica.

Raquel responde a esta pregunta y en general a todo el cuestionario con una falsa humildad estudiadísima, primero haciendo hincapié en su fe en el trabajo diario para luego destacar la enorme importancia de su equipo. Pero poco a poco su ego le delata y hace gala de una gran profusión de adjetivos admirativos para ensalzar su doctorado en comunicación o describir su ascenso meteórico en tan solo seis años… Y así todo. Carson McCullers decía que no hay espejo que refleje mejor la imagen de una persona que sus palabras, y en el caso de Raquel, en esta entrevista, cada una de ellas devuelve una versión de ella desmesuradamente egocéntrica.

En un determinado momento, la entrevistadora comparte con ella una carpeta llena de recortes que demuestran su "triunfo". Elogios de directores generales, clientes, compañeros de trabajo. Elogios desmesurados. Entonces, se deshace en gratitud fingida, en mostrar ternura y bonhomía, pero como todo en ella, de modo falso y artificial. Continúa detallando c omo le gustaría que fuera su futuro, y no duda en describir con todo detalle sus delirios de grandeza, confesando su convencimiento en atacar la primera división mundial de su sector, y soñar con ser CEO de una *startup* en Silicon Valley, que para eso es una experta en *lean startup*.

Luego regresa al planeta tierra y de nuevo, muestra su engañosa humanidad hablando de formar una familia, de la educación de las futuras generaciones y su complejo acceso al mundo digital y, en definitiva, de un catálogo de clichés absolutamente inverosímil, que solo sirve para agrandar y dar más brillo a su figura. Repugnante. No entiendo nada de nada. Ella carece de la suficiente inteligencia para darse cuenta de que está caminando sobre un alambre… y además profundamente dormida. ¿Debería despertarla alguien? ¿Deseo que caiga desde esa altura? Seguro que Álex me diría que no entiendo a los sonámbulos.

16. BUDDIES

Conozco a Alejandro desde que trabajamos juntos como profesores de *marketing* de influencia para el máster de *marketing* digital de una prestigiosa escuela de negocios. Él también fundó su propia compañía de *social media* especializada en acciones especiales para grandes agencias y centrales de compras. Y hace muy poco, ha puesto en marcha una nueva empresa basada en una plataforma de creación propia para acercar y poner en contacto a *influencers* con pymes y pequeños negocios.

Ingenioso, enormemente culto y muy divertido, nos hicimos muy amigos compartiendo anécdotas sobre el trabajo del día a día en nuestras respectivas agencias mientras tomábamos algo en la máquina de café de los pasillos del máster. Luego, hemos seguido manteniendo el contacto, coincidiendo en muchos coloquios, eventos y congresos o quedando directamente cada cierto tiempo para pasar un rato charlando.

Eso sí, Alejandro y yo tenemos opiniones muy distintas sobre nuestro trabajo. A pesar de que de vez en cuando (sobre todo jueves o viernes, cuando la semana se va poniendo especialmente cuesta arriba) nos intercambiamos desesperados mensajes de auxilio por *WhatsApp* clamando por abandonar la profesión y abrir el consabido chiringuito en la playa o, en su defecto, la inevitable casa rural, Alejandro consigue mantener una enorme pasión por su trabajo.

A diferencia de mí, que no puedo tener peor opinión de los *influencers*, él realmente cree en lo que hace, y, con el paso de los años, ha construido una enorme red de contactos que lo aprecian personal y profesionalmente, por lo que le llaman sin dudar para que les ayude a resolver con éxito cualquier acción con *influencers* y *marketing* asociado con la prescripción. Y él lo trabaja y lo disfruta, le entusiasma pelear con todas sus fuerzas para conseguir los mejores números posibles y poder mostrarle el resultado al cliente.

Nuestras conversaciones, en muchas ocasiones, parecen un remedo de las de Samuel L. Jackson y Travolta en *Pulp Fiction* adaptadas al mundo *influencer* : puro delirio e incredulidad ante situaciones fuera de lo normal. Esta vez, voy prevenida. Alejandro lleva semanas prometiéndome una historia de lo más sensacionalista: marcas, menores, ilegalidad… Todo suena muy divertido, y estando tan desanimada, lo que más necesito es distraerme.

Llego antes que Alejandro a un nuevo hotel muy chulo en el centro en el que le he propuesto quedar, y mientras el aparcacoches recoge

las llaves de mi Mini, me quedo en la puerta a esperarlo, pero el viento me hace cambiar de opinión y decido pasar. En el muro de espejos de la entrada, veo de pie junto a mí a un chico muy guapo, parecido a Henry Cavill, que me llamó la atención la semana pasada en el Círculo de Bellas Artes en la presentación del número uno de una nueva revista de moda. Me vuelvo rápidamente y le doy las buenas tardes, pero él parece molesto y hace ademán de alejarse, momento en el que aprovecho para entrar al bar.

No está muy concurrido, apenas distingo unas seis o siete personas que, cuando entro, hacen un comentario jocoso que no alcanzo a oír. Hay un fotógrafo molesto de verdad que no deja de hacerles fotos. Se dirige hacia alguien, le enfoca con la cámara y luego le saca dos o tres fotos. Lo curioso es que también se me acerca y el flash me deja ciega durante un segundo. Le increpo y me pide disculpas, aludiendo a que pensaba que pertenecía al grupo. Le pregunto qué está haciendo y me contesta que se trata de un *shooting* privado para una de las personas del grupo que luego usará en su perfil de Instagram, pero que ya está terminando.

Justo en ese momento llega Alejandro, que no puede parar de reír al enterarse de lo surrealista de la situación, mientras pide una Coca Cola. Yo pido mi acostumbrado Absolut con naranja y nos ponemos al día de nuestra agenda diaria.

—¿Qué tal va tu libro? ¿Sigues escribiendo tu novela pagada por la agencia para cargarte el *marketing* de *influencers* ?

—Que va. Completamente parada. No encuentro razón para escribir. A lo mejor necesito un motivo realmente tóxico para tener la rabia suficiente que me sirva de combustible. ¿Sabías que Lampedusa escribió *El Gatopardo* porque vio que su primo, de buenas a primeras, se había vuelto un poeta de éxito? Cómo no iba a poder él escribir una novela, se dijo, que no era más estúpido que él. Y entonces la escribió.

—Jajaja. No te desanimes. Piensa que Juan Rulfo con solo un librito y medio es una referencia literaria mundial…

—Sí, claro, tú ponme alto el listón… Siempre digo que como no me quede en el paro o me detengan y vaya a la cárcel, va a ser casi imposible terminarlo.

En ese momento, diviso a la espalda de Alejandro al doble de Henry Cavill con el que me topé antes de entrar en el bar del hotel. Cuando se da cuenta de que le estoy mirando como hipnotizada, me saluda inclinando brevemente la cabeza. Lleva una camiseta vintage de Champion, como la que lleva Brad Pitt en *Once upon a time in Hollywood*, unos *dad jeans* rectos, y unas botas Minnetonka, un *look* un tanto canalla, pero me da igual, porque es tremendamente guapo.

—¿Eres Ana? —pregunta, interrumpiendo mi conversación con Alejandro—. ¿Ana Portela, la directora de Influence & Hype?

—Sí, nos conocemos, ¿verdad? —respondo mirándole fijamente a los ojos.

—Claro, hice un *casting* en tu agencia para el *spot* de Piaget —comenta muy seguro de sí mismo.

—Vaya, claro, ahora te recuerdo —replico sin dejarme amedrentar —. Me sonaba tu cara y pensé que te había visto en alguna fiesta. Mi memoria es bastante caótica. ¿Qué te parece todo esto? —respondo sin saber de *qué* hablar.

—Me encantaría vivir aquí —contesta, con aire aburrido—. Y eso que esta tarde ni siquiera está lleno.

—Ha cambiado la definición del *after lunch*, ¿verdad?

—Lo has dicho igualito que mis seguidoras —me dice henchido, echando un vistazo a su alrededor —. Te invito a una copa. A ver si acierto… ¿Ron con naranja?

—Lo siento, pero estoy con este amigo, te lo agradezco.

—¡Hooolaaaa! ¡Estoy aquíiiiiiii! —exclama muy divertido Alejandro, usando el dedo índice para señalarse a sí mismo y hacerse notar.

—Ah, perdóname. No me había dado cuenta. Pues, bueno, no sé, si luego estás por aquí, búscame. Tengo una entrevista ahora y me quedaré en el hotel. Luego te veo. *Ciao*.

—Claro, si estoy por aquí lo haré. ¡Hasta luego! —le respondo sin saber c omo quitármelo de encima.

—¡Lo que hay que oír! —me dice riendo Alejandro, mientras mi admirador se aleja, dirigiéndose hacía el fondo del bar —. ¿Realmente no te acordabas de él?

—No, no le recordaba, pero cuando me ha mencionado el *spot* de Piaget, ya he caído. Era malísimo, para él repetir dos líneas de texto era como recitar completo *Ricardo III*. C ómo son estos tíos —comento, señalando con la cabeza al modelo—. ¡No, no mires! Que se está sentando en la barra y no quiero que vuelva—le digo a Alejandro mientras agacho la cabeza—. A estos modelos jovencitos les encanta jugar para que les persigas y les consigas buenos contratos. Se creen que soy tonta… Me gustaría decirle, mira bonito, eres la viva imagen de un chico con el que siempre quise darme un buen revolcón cuando estaba en el instituto. Pero por desgracia, hoy he quedado con mi amigo y no estoy para tonterías —para calmarme, le echo un sorbo a mi Absolut con naranja y toso—. A esta gente hay que cortarles así, en seco, si no se piensan que pueden hacer contigo lo que quieran.

—Mira, ya tienes algo que añadir a tu novela—contesta, encogiéndose de hombros—. Un flirteo en plan *Mrs Robinson* pero con modelo buenorro.

—No exageres, esto no llega ni a la categoría de flirteo —le tranquilizo.

—Sé que se te da muy bien interpretar la conducta de la gente —dice Alejandro—. Pero lo mismo el chaval no es solo un interesado y quiere iniciar contigo una amistad platónica. ¿Y si eres su *crush* ? —me dice mientras apura su bebida.

—Venga, ¿No tenías un montón de cosas que contarme?

—Tener, tengo muchas. Ya sabes que siempre te puedo surtir de anécdotas jugosas. La de hoy no tiene precio, ya verás…

—Dame un titular…

—Mmmm… *El cani de Wall Street*, ¿A que promete? —resuelve carcajeándose— Pues voy al grano, que es largo.

—Me encanta el avance. Cuando era pequeña me entusiasmaban las películas con niños, rollo *Solo en casa*, ¿sabes? Ya me imagino a Maculay Culkin invirtiendo en el Dow Jones, yendo a trabajar en limusina y comprando arte en el SoHo, ¿no?

—Bueno, es una historia más de aquí, mucho menos glamurosa. Todo empieza cuando recibo el *briefing* del cliente. Es de una marca que quiere impactar a niños desde once años a adolescentes de quince y nos piden ayuda porque ya no saben qué hacer para llegar a estos chavales. Lo han probado todo y no hay manera. Se han gastado un pastón en Boing y en Disney Channel y descubren con gran sorpresa que este *target* ya no ve la tele. ¡Vaya descubrimiento! —protesta sonriendo.

—¿No han probado Internet aún?

—Claro… ¡Si lo han probado todo! Pero tienen muchas dudas; Facebook y Twitter les parece que va dirigido a un *target* mucho mayor y los *youtubers* se les van de presupuesto, su *budget* no les llega. Así, de primeras, no sé qué contestarles, ya he trabajado para niños más mayores otras veces, pero no he tratado nunca con esa franja de edad tan baja en concreto, no obstante, me tiro a la piscina y me comprometo a trabajar en una propuesta.

—¿Qué vas a hacer? No te queda otra…

—Es que es muy buen cliente y no quiero perderlo. Por que, que te voy a contar, aquí el que no corre vuela y si dejo pasar un trabajo y prueban con otra agencia, corres el riesgo de perder de vista a la marca para siempre —dice con un gesto lleno de divertido desdén—. Total, me arremango y a trabajar. Obviamente lo primero en lo que pienso es en Tik Tok, el antiguo Musically, y veo que encaja perfectamente: por un lado, tengo millones de chavales subiendo coreografías de canciones, un montón de ellos con más de medio millón de seguidores y, por otro lado, cuento con un *spot* que tiene un *jingle* muy molón y superpegadizo. Así que, ya lo tengo —comenta soltando una palmada—, les propongo contratar a los *tiktokers* con más seguidores para que hagan su coreografía con la canción del *spot* y consigan hacerla mucho más conocida, buscando generar

mucho *branding* y conocimiento de marca.

—¿Y te lo compran?

— No lo conocían y les parece interesante, así que sigo avanzando. Como hoy en día ya queda muy poco inocente en redes sociales y todo está supercalculado, constato que muchos de los *tiktokers* tienen en sus *bios* correos de contacto para trabajar con marcas, tipo *business@xxxx.com*, así que escribo a varios de ellos el típico *mail* de propuesta de colaboración en la línea "trabajo para tal y tal y estamos interesados en hacer tal campaña de publicidad contigo subiendo contenido en tu perfil…", ya sabes. Descubro con sorpresa que da igual la edad que tengan, todos están s uperpuestos en esto, y me devuelven correos de contestación rapidísimo, perfectamente bien redactados y con todo tipo de materiales comerciales para valorar su contratación con toda la información disponible. Uno de ellos, con solo doce años y ya más de 200.000 seguidores, me envía un PDF superprofesional con todas sus tarifas y ejemplos de las marcas con las que ya ha trabajado, incluidos vídeos del canal de *You Tube* y de publicaciones con imágenes de su Instagram con todo lujo de detalles, métricas y resultados finales. El niño me llama muchísimo la atención, es muy divertido, es una especie de Antón Lofer o Jorge Cremades en pequeño, creando pequeñas píldoras de humor con sus colegas de clase que luego sube a su perfil de TikTok.

—Pues si lo encontraste… Eso es oro puro, porque mira que es difícil. Entender el humor de un grupo de edad al que sacas más de treinta años es muuuuuy complicado…

—Sí, sí, lo que te digo… Tiene más de un *gag* que me hace gracia, el chaval es muy divertido, aunque tampoco voy a presumir, la verdad es que no entiendo la mitad de las cosas que dice… Jajajaja —comenta, riéndose a carcajadas—. Bueno, el caso es que como tengo que pasar la propuesta cuanto antes porque la petición de la marca ha sido un aquí te pillo y aquí te mato, ya voy con la lengua fuera. Entre la búsqueda de nuevas tendencias y el contacto de los *influencers*, me he comido ya un par de días. El cliente me aprieta y le mando las primeras opciones de precios que me han llegado. A la marca le gusta la selección de chavales que he preparado, y en concreto, le encanta el estilo del de doce años y me da luz verde para contratarle. Esa misma tarde, le escribo un correo al chaval felicitándolo.

—Tú tan ingenuo…

—Sí, yo tan ingenuo, pensando que iba a entusiasmarse el chavalín… Y descubro que es el lobo de Wall Street en versión *junior*, como te comentaba antes. Pero no me adelanto, déjame contártelo bien —me dice, ensimismado, viviendo la anécdota—. Le escribo para pedirle los datos para poder hacer la orden de compra y que firme la propuesta cuanto antes. Al rato me los pasa y le reenvío el pdf final

con las pautas que tiene que seguir para hacer el vídeo y la publicación, y le añado los datos de facturación de nuestra agencia, todo preparado para que solo tenga que firmar. Puntualísimo, al cabo de dos o tres horas, ya tengo el vídeo, curradísimo, bien trabajado, divertido… impecable. Y me devuelve también la orden ya firmada. Le paso el vídeo al cliente para su aprobación. Mientras tanto, le vuelvo a escribir para remarcar que necesito la orden firmada, pero no por él, sino por un adulto, que aquello que me ha mandado no me sirve y, además, que me confirme sus datos de facturación y la cuenta bancaria, que supongo que querrá cobrar. Yo haci éndome cargo. Muy comprensivo. Con muy buen tono. Pero no contesta.

—Oh, ooooh. Esto se pone interesante —comento, mientras apuro un sorbo de mi bebida.

—S uperinteresante. Mientras, al cliente, de repente, le entra prisa. Que ha revisado el vídeo y me dice entusiasmado que es justo lo que llevaban buscando hace tiempo. Que es perfecto y que lo publiquemos cuanto antes. Empiezo a… No sabría decirte… Ponerme nervioso no es la palabra, pero intuyo que algo…

—Sí, intuyes que algo no va bien…

—Sí, mi instinto me dice que me estoy perdiendo algo, así que comienzo a jugar a la italiana. Le digo al cliente que no podemos publicar porque falta firmar la orden de compra, y que como ya es última hora de la tarde, que tenemos que esperar un poco hasta la mañana siguiente y bla, bla, bla…—dice mientras pone los ojos en blanco—, pero que no se preocupe…

—…qué es lo peor que puedes decirle a un cliente… Que no se preocupe… ¡Ya sabes, normalmente se suelen preocupar el doble!

—Claro, claro, es c omo emitir una señal de alarma… ¡Pero en ese momento no puedes evitar decírselo!

—Es como en *Aterriza como puedas* cuando Leslie Nielsen sale al pasillo de turista, pide tranquilidad y pregunta si alguien sabe pilotar un avión…—añado, cada vez más inmersa en la divertidísima anécdota.

—Jajajajajaja. ¡Exacto! Pues le pido paciencia al cliente y gano unas horas. A la mañana siguiente, recién me levanto, le vuelvo a escribir al niño para asegurarme de que le llega la petición con muchas horas por delante. Le confirmo el ok del cliente al vídeo, pero haciéndome el distraído y como el que no quiere la cosa, al final del *email* le vuelvo a repetir que necesito los datos de facturación y la cuenta bancaria, que ayer se le debió olvidar confirmarlos y que necesito también que algún adulto firme la orden de compra. Que con eso es suficiente. Y ya estaríamos. Silencio. —Pausa de un par de segundos—. No contesta.

—¿Silencio?

—Silencio. Total —Otra pausa de un par de segundos más—. Empiezo a pensar que tengo un marrón de tres pares de narices y que, como me temía, mi instinto me suele fallar poco. Le escribo un *WhatsApp* con la misma petición que el *email*. Pero nada. Nada de nada de nada.

—¿Ni por *WhatsApp* ?

—Ni por *WhatsApp*. Veo que me ha leído porque tiene la confirmación del doble *check* en azul. Lo intento más veces y durante dos días que se me hacen interminables no me dice absolutamente nada.

—Madre mía. ¿Y pudiste resistir la espera? Yo cojo el coche y me planto en su casa…

—¡Pero si no sé dónde vive! Tras mucho insistir, pero mucho, mucho, consigo que se ponga al móvil. Eso sí, me dice que le llame a partir de las 17:00, que le pillo en el cole y que no puede hablar en ese momento. Flipo —pone otra vez los ojos en blanco—. No me lo puedo creer. Yo pensando que había estado tratando la contratación de toda una señora campaña con un representante y resulta que, durante todo este tiempo, he estado escribiéndome con un chavalín de doce años.

—Jajajajaja… Un genio. Como dicen ahora los pedantes, el niño es un crack.

—Le llamo a la hora aconsejada. Consigo hablar con él un buen rato por primera vez. S upercontrariado, no me deja intervenir: me dice que siempre le pasa lo mismo, que no sabe c omo le ha vuelto a pasar, que es lo que tiene trabajar con clientes nuevos, que otra vez con los mismos problemas —comenta resoplando—. Hablando él solo, montándose unas películas…

—Jajajajaja… Y, además, tirano, mal acostumbrado…

—Como estoy en *shock* y sigo sin creerme lo que está pasando, escucho su monólogo de quejas y protestas completamente en silencio. Él, poco a poco se va recomponiendo y va entrando en razón. Bueno, aparentemente, porque acaba lanzándome un ultimátum. Que si quiero —me lo comenta apuntándome con el dedo índice, simulando la conversación con el chavalín— que publique la campaña, estas son sus condiciones: no factura, no firma de ningún adulto y que no se puede enterar su padre. Que esto es lo que hay.

—Increíble. Él solito imponiendo las condiciones.

—Te puedes imaginar mi reacción. Lo primero que se me ocurre es preguntarle si todo el tiempo he estado negociando solo y exclusivamente con él, cosa que me confirma. Entonces le pregunto cómo es posible que con doce años tenga un documento de tarifas tan exhaustivo y elaborado y me dice que lleva más de dos años trabajando y ha ido perfeccionando el modelo hasta dejarlo

completamente depurado. No acabo de creérmelo, y le digo que me parece imposible trabajar así, que podemos acabar todos en la cárcel —coloca las manos en paralelo, simulando unas esposas—. Vuelve a contrariarse y me grita que todas las marcas acaban pasando por el aro porque los resultados finales son acojonantes. Y me lo creo, porque si ves su perfil de TikTok, hay marcazas, algunas multinacionales. Insisto que si es consciente de la que se puede liar si se enteran en Hacienda, el defensor del menor o cualquier medio de comunicación. No te voy a engañar, en este momento casi en el que menos pienso es en su padre…

—Jajajajaja —ya no puedo parar de reír.

—Entonces le pregunto cómo vamos a solucionar las cosas, para empezar, c ómo puede cobrar si es menor de edad. Contesta que, por supuesto que no tiene cuenta bancaria, y que nunca saca dinero en efectivo, pero que podemos pagarle de dos formas: o bien comprando una tarjeta regalo de El Corte Inglés por el importe del presupuesto o bien haciendo una transferencia por Paypal. Abrió una cuenta con datos falsos y nunca ha tenido problemas. Luego, con lo ingresado, compra *online* lo que le apetece en Amazon, que acepta sin ningún inconveniente cualquier compra con su saldo de Paypal.

—Te voy a decir lo del famoso meme: "emosido engañado"… Jajaja…

—El niño es alucinante: frío, calculador, ya no pierde la compostura en la conversación en ningún momento más ¡y solo tiene doce años! El presupuesto de la campaña es superior a 1.000 €, así que hago un cálculo muy rápido y concluyo con que cobra más del doble de lo que yo cobro al mes. El chavalín de los doce años. Y no solo más que yo, me confirma que es consciente que cobra bastante más que su padre. Le pregunto si no se da cuenta de su ritmo de vida ganando lo que gana y me dice que todo está controlado, que el padre cree que todo son regalos que le hacen las marcas para que haga publicidad de ellas en sus redes sociales porque como es muy conocido en Internet… No entiendo cómo un padre no puede saber algo así de su hijo —dice, y endereza la espalda—. El niño es Hannibal Lecter en pequeño. Imagínate cuando crezca, es un manipulador en potencia…

—Si le das un ejército a un niño así, te monta el IV Reich pasado mañana…

— Demencial. Lo que te decía. Ya no pierde los nervios y de forma impasible me repite lo mismo: Esto es lo que hay, este mes ya han aceptado estas condiciones cuatro marcas y, si no quieres tú, otras lo harán. Yo casi no puedo ni pensar de los nervios— suspira, y se pone a hacer garabatos en una servilleta de cóctel—. Imagino la noticia: La marca X contrata a menores sin permiso de sus padres para

promocionar sus productos en redes sociales. Y cuanto más lo pienso, peor veo la cosa: casi puedo imaginarme como ejemplo en todos los cursos de *marketing* de *influencers* sobre c omo no hay que hacer las cosas. Así que hablo con el cliente y le cuento el panorama, le digo que no podemos permitirnos aceptar ese chantaje, que he consultado con el abogado de la agencia y que me ha confirmado que como nos pillen se nos cae el pelo a todos. Bueno, a todos menos al niño de los doce años. Joder, que contratar a un menor sin que lo sepan los padres suena tan feo como lo que es —confiesa un poco enojado—. Pero ya no es solo un tema profesional, es que no me parece ético que un chaval de doce años esté currando y que su padre no sepa nada y le esté engañando.

—¿Qué te dice el abogado?

—Que aquello es un suicidio, que es preferible perder al cliente antes que ir

todos a chirona. Me cuenta que con la que está cayendo en los medios de comunicación, todos en contra de que niños sean *influencers*, si salta algún caso tan irregular como el nuestro, puede usarse políticamente para recibir un castigo ejemplar que sirva como escarmiento para todos los demás…

—Eso es así. Es que es muy arriesgado…

—Pues para empeorar la cosa, el cliente me responde que es una pena porque el vídeo les ha encantado. Yo, a punto del suicidio —se lleva la mano a la sien semejando una pistola cargada—. Me hago el tonto con la marca, pero al día siguiente recibo una llamada bomba del cliente: Tenemos que salir con esa publicación sí o sí. El director general insiste en que el vídeo les ha encantado y que como no publiquemos por ese motivo, puedo perder la cuenta, lo que me imaginaba.

—¡Dios! ¿Y qué has hecho? —pregunto asustada.

—¿Qué voy a hacer? Pues jugármela, acabo mirando para otro lado y que sea lo que dios quiera… Y hasta hoy. Publicamos, todo ha funcionado fenomenal y nadie ha detectado nada —suspira aliviado—. Pero bueno… Hasta la siguiente. Cada vez más, parecemos cirujanos operando a corazón abierto, la presión de las marcas es brutal.

—No soy capaz de imaginarme que hubiese hecho el padre de haberse enterado. Puede que al conocer el pastón que manejaba su hijo se hubiese vuelto loco, dejase su trabajo y quisiera explotar la gallina de los huevos de oro…

—…qué es lo que hacen muchos…

—Mmmm… No todos…

—No todos, pero muchos…

—O a lo mejor le desmontaría el chiringuito al chaval de doce años… Vete a saber.

—Y tú, ¿qué harías?

17. FUNDIDO A NEGRO

A la gente le da pánico circular a estas horas de la tarde. Es siempre lo primero que oigo cuando entro en un taxi. Pruebo suerte en Gran Vía y doy el alto a un taxista para que pare y me recoja. Abro la puerta, entro y saludo, mientras me acomodo el cinturón. Le menciono la dirección y al poco de comenzar el recorrido, me dice: "A la gente le da pánico circular a estas horas de la tarde, es que es la hora de la vuelta a casa". No me lo puedo creer. Aunque escuchar otra vez la frase no debería haberme extrañado, se me queda una media sonrisa durante un buen rato.

En la radio suena una canción que me gusta mucho, *Waterloo* de ABBA. Cómo es posible que algo tan triste como el desamor pueda resultar tan alegre: "Sabiendo que mi destino era vivir contigo, al dejarte, yo fui derrotada, tú ganaste la guerra". Está muy alta, pero como la carrera es corta, aunque me duele la cabeza, prefiero no protestar y espero a que termine para abrir los ojos. Casi llegando a mi destino, el taxista para porque la calle está cortada: hay cinco obreros retirando los restos de unos árboles que el viento ha derribado y cargando en un camión rojo muy grande las hojas y los trozos de corteza seca. Mientras damos la vuelta y acortamos por una bocacalle, el taxista, actuando de portavoz del ayuntamiento, me confirma que se ha cerrado el Retiro y otros ocho parques de la ciudad por las fuertes rachas de viento, como prevención para evitar males mayores. Nos detenemos, y tras pagar y salir del taxi, me sorprendo al notar la violencia del viento y lo desapacible que se ha vuelto la tarde.

El asesinato de Diego ha conmocionado a todo el mundo *influencer*. Son ya las siete y media, y en su funeral, un par de decenas de compañeros del gremio lloriquean en la entrada de la iglesia. Sé que suena muy feo decir esto por mi parte, pero qué queréis que os diga, para describir lo que están viendo mis ojos, se ha usado toda la vida la expresión "lágrimas de cocodrilo". Creo que sirve mucho mejor para definir el momento que clichés como "mostrando su profundo dolor" o "visiblemente afectados".

Varios taxis van llegando a las proximidades de la iglesia provocando un pequeño caos en sus aledaños. La circulación de la calle se ve perjudicada además por la incesante lluvia que cae desde primeras horas de la mañana. Decenas de curiosos se paran en la acera, interesados ante las decenas de periodistas y cámaras que cubren el desgraciado evento, sin saber exactamente el motivo. Así se va acumulando cada vez más gente, ocasionando aún un mayor

desorden en las cercanías del templo.

Mientras van bajando de los vehículos, nuestras estrellonas de las redes sociales pretenden ser, como siempre, el centro de atención, a cada cual más excéntrico: veo a un conocido *youtuber* con una discreta americana negra, pero al bajarse del taxi, descubro fascinada c omo la combina con unos pantalones negros muy por encima del tobillo con unos calcetines de dinosaurios de Parque Jurásico. O una famosa *influencer* con programa de televisión propio en *prime time* con un traje negro… ¡de noche! Seguramente los afiladisimos tacones que lleva influyen mucho para que el resto de su indumentaria me deje con muchas dudas de lo apropiado de la elección. A ver, amigos, que hablamos de auténticos exhibicionistas que necesitan reafirmarse buscando la aprobación de los demás a base de retransmitir su vida con fotos y *stories* de prácticamente todo lo que hacen, incluido un funeral, un entierro, o una muerte, por supuesto.

Aún recuerdo c omo el año pasado un *influencer* de veinte años retransmitió la agonía de su abuelo. El viejo murió sujeto de la mano izquierda de su nieto, porque con la derecha, este sujetaba el móvil para subirlo todo a sus *stories* de Instagram. Y sus 200.000 seguidores fueron testigos de ello en riguroso directo. Inmerso en su delirio, el chaval titulaba sus *stories* con *copies* tan descriptivos como “No te me vayas, por favor”, o “No sabéis lo duro que es esto”, para seguir con un vídeo donde lloraba dando las gracias por el apoyo recibido en los comentarios del *post* y concluyendo con un vídeo en el que bailaba sin camiseta una canción de reguetón con la letra “que tengo que hacer pa' que vuelvas conmigo”. Sí, sé que pensaréis que esto es ficción, pero podéis buscarlo en *Youtube* y veréis el vídeo completo del rito funerario de este angelito.

Y aquí siguen llegando un montón de estos especímenes, muchos de los que incluso odiaban a Diego y que deseaban su muerte desde hacía tantísimo tiempo. Bien que se sienten culpables por haberse cumplido sus deseos, en estado de *shock* se preguntarán a quién tendrán que odiar de ahora en adelante. Es muy tentador escalar en el egocéntrico mundo de la influencia a base de fomentar amistades artificiales basadas en *likes* diarios en cualquier *post,* para luego retirarles el saludo virtual dejando de seguirles o directamente, bloquearles. Para algunos perfiles trepas, esta especie de muerte civil en redes, tener un enemigo al que machacar, es indispensable, por lo que debe ser muy desconcertante verse privado repentinamente de tan irreemplazable motor.

¿Y qué hago yo aquí? Os preguntaréis… Es verdad, es una locura, sobre todo porque seguramente soy la sospechosa número uno de la muerte de Diego. O como mínimo soy la última persona que lo vio con vida. Pero algo me dice que el autor de los anónimos puede andar

cerca y no puedo dejar de escuchar mi instinto. Para asegurarme de no morir linchada por hordas de millennials y salir en todos los *headlines* de Internet esta noche, intento pasar desapercibida camuflada de riguroso luto: un traje pantalón gris y un abrigo negro, además de unas enormes gafas de sol oscuras que aseguran mi anonimato y mi integridad física.

Como he llegado media hora antes y no quiero participar en los corrillos de amigos/conocidos/familiares del difunto ni contestar a ningún medio de comunicación que por despiste me entre, me dirijo al Starbucks que hay al lado de la iglesia y pido un *Frappuccino*. Me siento en un taburete elevado con una mesita circular frente al escaparate de la cafetería, coloco el bolso y el abrigo mientras espero a que me nombren para recoger el pedido.

Levanto la vista y observo el lugar abarrotado de personas relacionadas con el luctuoso evento: varias parejas de rubias mechadas y ejecutivos de traje caro (el padre de Diego es un prestigioso empresario madrileño y toda la corte del consejo de dirección al completo se dispone a acompañar a su jefe), grupos de pijos en edad de instituto con melenas a lo Taburete e incluso varias abuelas momificadas con sus visones.

En todo caso, me aseguro de que no haya nadie que me reconozca, y mientras bebo el primer sorbo de mi café, deslizo mi mano izquierda sobre el iPhone para consultar primero los correos electrónicos de la tarde y luego los *WhatsApp* de después de comer. Sobresaltada, veo el mensaje de un número desconocido y pincho sobre él. Aparece la imagen de una mujer con la cabeza ensangrentada y la boca tapada con cinta aislante de color gris, con los ojos cerrados y muy apretados, mientras una enorme escopeta recortada se apoya violentamente sobre su mejilla derecha. Debajo, un texto muy escueto: “La próxima serás tú, zorra.”

Aturdida por el nuevo anónimo, y sin recordar c omo he salido de la cafetería y he llegado hasta aquí, estoy sentada en la parte de atrás de las filas de bancos de la iglesia, asistiendo ya a la ceremonia funeraria de Diego. A mi lado, una señora de mediana edad vestida de negro de pies a la cabeza, incluyendo un llamativo sombrero oscuro, le comenta a otra en voz baja: “Es una tragedia. Lo apreciábamos mucho, hay que buscar al culpable”.

Mientras, sigo en estado de *shock*, mirando de vez en cuando el móvil. Consulto las redes sociales y compruebo como los hashtags *#Diegoconnosotros*, *#funeralDiego* y *#justiciaparaDiego* son trending topic. Y adivinad quienes están compartiendo *tweets*, vídeos e imágenes del funeral: los *influencers* que lloraban desconsolados al llegar a la iglesia, compitiendo entre ellos para ver quién alza más alta su voz digital, quién se destapa más trágico en menos de ciento

cuarenta caracteres.

“Me dejas solo, Diego: Una gran injusticia, un gran dolor. Buscaré personalmente al que lo hizo”. “Tuve la suerte de conocerte en tu breve estancia en este planeta, nos llenaste de amor y felicidad a nosotros y a tus padres, solo por eso ha merecido la pena”. “Te echaré de menos, pobre Diego. Tan joven y lleno de vida, la alimaña que te quitó la vida lo pagará caro”. “Cuando alguien tan joven se va, siento un dolor insoportable, lo siento mucho”. Aún así, a estas horas de la tarde, compruebo que muchos de estos comentarios no son del todo bien recibidos por la comunidad tuitera, que empieza a criticar la falta de decoro de los autores de estas perlas del melodrama.

Presa de la ansiedad y distraída con el móvil, apenas escucho en un segundo plano la selección musical para el funeral que en otro momento me hubiera provocado sonrojo: desde el *Tears in heaven* de Eric Clapton, al *Gabriel’s Oboe* de Morricone, dejando lo mejor para el final, el *Circle of life* de la banda sonora de *El rey león* . “Soy creyente y seguro que Diego nos guiará desde arriba. Sé que en esta nueva etapa no me faltará vuestra ayuda, que os agradezco de antemano. Dieguito, no te defraudaremos. Siempre serás nuestro referente.” Así termina el discurso su padre, acompañado en el banco delantero de su madre y sus hermanos, muy unidos en el dolor y dándose apoyo entre ellos.

Definitivamente, yo tampoco me siento bien. Soy una persona sensible y me parece estar viviendo una auténtica pesadilla. Diego no era para nada un mal chico, no merecía un final así y siento muchísimo su muerte. Ahora mismo, mi instinto de conservación me mantiene más preocupada por encontrar al autor de las amenazas que por dejarme llevar definitivamente por el dolor del momento. Es extraño, por un lado, hay una parte de mí que desea morir y dejar atrás todo, pero hay otra parte que me pide darle otra oportunidad al futuro. Sigo presa de la angustia y me fijo meticulosamente en cuantas personas me permite la vista, pero no consigo dar con nadie que pueda darme una pista que encaje en toda esta sinrazón. Además, el momento de emoción de la ceremonia es tal que casi todos se tapan la cara al enjugarse las lágrimas con un pañuelo o con sus propias manos, lo que me dificulta enormemente la tarea. Salgo de la iglesia deprisa y sin mirar atrás.

18. EN TERAPIA

Comienzo el día con la cita con mi psicólogo a primera hora, para una consulta de seguimiento. Hoy lo encuentro especialmente atractivo. Me recibe vestido como un calco de Steve Jobs, con jersey negro de cuello vuelto y vaqueros oscuros. La sala de terapia es minimalista, despojada de muebles y objetos. Lo único que rompe la armonía es la reproducción de un cuadro en el que siempre me fijo al entrar en la sala, uno especialmente turbador pero cuyo autor desconozco.

Para despejar mis dudas, esta vez venzo mi timidez y me atrevo a preguntar por él. El vienés me comenta que es de un pintor rumano de la vanguardia de entreguerras, Victor Brauner. Mientras dejo el abrigo en el perchero, sigo rompiendo el hielo preguntando qué representa y mi psicólogo me describe con todo detalle como el psicoanálisis influye en la temática del lienzo, distorsionando las líneas a base de sinuosidades, afilándolas hasta conseguir cargarlas de rabia, tristeza, miedo, melancolía, muerte… El personaje principal, un ser humano monstruoso, libra una batalla en su fuero interno entre el subconsciente, representado por un terrorífico animal deforme, y su yo freudiano, manifestado por una especie de inquietante ave que surge de la boca hacia fuera. Interesada al verle tan hablador, escuchó con atención como se enreda con *La interpretación de los sueños* de Freud, y me describe como el libro acabó convirtiéndose en una fuente de referencia inagotable para infinidad de obras artísticas de la época.

Mientras continúa detallando la teoría existente entre el sueño y la obra artística, poso, distraída, la mirada en el resto de la sala: como siempre, ningún diván, ningún mueble ni ninguna mesita u objeto que obstaculice la visión del paciente. Para mi psicólogo es fundamental la postura, dice que el cuerpo expresa cosas que las palabras no cuentan. La estancia es toda luz, los enormes ventanales a nuestro lado izquierdo no tienen cortinas y el espléndido día de sol nos recompensa con unas bonitas vistas del Retiro.

Justo enfrente hay un hotel, el Juan de Mena. La calle de la consulta es tan estrecha que el hotel está ahí mismo, a poco más de cincuenta metros. Y yo, en muchas ocasiones, mientras me pierdo contando mis problemas, contemplo las habitaciones de enfrente como si fuera un decorado de fondo, un poco como *La ventana indiscreta* de Hitchcock. Incluso hay veces en que, dependiendo de la hora, puedo ver lo que ocurre en dos o tres habitaciones, y un poco como James Stewart, me gusta imaginarme pequeños retazos de la vida de sus inquilinos.

Tras más de diez minutos de preámbulo, me pregunta como me encuentro. Le respondo que bien. Bien tirando a regular. Bueno, mal. Ahí ando, sumergida en mi angustia, incapaz de ser feliz. Le cito a Pascal, "Los hombres, al no poder evitar la angustia de su vida, se ponen de acuerdo para ser felices a costa de no pensar mucho en ello". Así, recién cumplidos los cuarenta, esta crisis personal que sufro me ha hecho escoger cualquier camino, personal o profesional, que me evite pensar en *mí* misma lo menos posible. Para ello, cada día saturo de citas la agenda de mi iPad y evito así el reconocer mi angustia, a través de cualquier distracción o cualquier obligación que yo misma me busco, ya sea escribir mi novela, dirigir la agencia o lo que sea.

Porque lo que pretendo con todas esas distracciones y esas obligaciones, no es otra cosa que conseguir que pase el tiempo. Elijo la inconsciencia, el ruido y la lucha del día a día para aplacar cualquier sensación de infelicidad. Y ahora le cito a Erich Fromm cuando decía que naces solo y mueres solo, y entre medias, la soledad es tan grande que necesitas compartir la vida con algo o con alguien para olvidarlo. La soledad es el gran miedo de nuestra época; quizás por eso nos enganchamos a las condenadas redes sociales que tanto odio. Como solución momentánea para establecer relaciones instantáneas en cualquier momento y evitar sentirnos solos, eludiendo mirarnos interiormente y admitir nuestra angustia ante la infelicidad.

Pausa silenciosa. Tras escucharme atentamente y mientras se acaricia el lóbulo de la oreja izquierda, el vienés, haciendo un juego de palabras, me comenta que lo importante no me impida ocuparme de lo urgente, y pide que intente pormenorizar, con el máximo detalle posible, como me siento después de haber recibido ayer el último anónimo.

Lo hago, y le detallo el ataque de ansiedad. Primero la sensación de mareo, luego la opresión en el pecho y finalmente la taquicardia de órdago. Le comento que nunca he pensado que fuesen síntomas que tuvieran relación entre ellos. La sensación de mareo la atribuía al hecho de que tengo la tensión baja. Y la opresión en el pecho y la taquicardia, a los nervios. Es ahora cuando forman un todo y se manifiestan a la vez. Se han multiplicado por diez, por cien. Con los primeros anónimos, mi sensación era más razonable y menos convulsa. Es ahora, después de tantos, cuando me siento realmente intimidada.

Es razonable, me dice. La lectura de los anónimos ha sido un desencadenante, como el catalizador de una reacción química. Me confirma que tendremos que trabajarlo.

Sin darme cuenta de como, fortuitamente, retomo el discurso sobre mi angustia. Aludo a que no debemos culparnos a nosotros mismos. El desencanto es global: la cultura actual es narcisista y hedonista y nos

obliga a ser felices y divertirnos, y si no lo hacemos, entramos en crisis. Y para evitar esa crisis, para esquivar esa angustia que todos sentimos, volvemos a entregarnos a nuevas obligaciones, o a cualquier otra cosa que nos haga olvidar. Soy consciente de que no soy la única… ¿Cuánta gente estará igual o peor que yo?

Mi psicólogo me responde que son cifras conocidas y absolutamente contrastadas, mientras las busca entre sus papeles. Encuentra el apunte y me señala que las cifras las localizó en un anuario de psicología: la depresión afecta a más de trescientos millones de personas en el mundo. Y nos gastamos más de ciento treinta mil millones de euros al año en antidepresivos. Solo en nuestro país, ya se consumen más psicofármacos que aspirinas.

Asombrada por la magnitud de los números, le contesto que por mucho que forcemos el olvido con fármacos, la angustia permanece, aguarda agazapada, y en cualquier momento aparecerá. Y cuando se dice eso de que "los ricos también lloran" se refiere precisamente a esto, a que de esta angustia no se libra nadie, por mucho éxito o riqueza material que acumulemos. Le explico que yo misma siento ese desasosiego. Ni los premios, el éxito o el dinero obtenido en mi profesión, ninguno de esos reconocimientos materiales, me han salvado de esta angustia existencial. Chesterton definía esa misma sensación como "la falacia del éxito". También es cierto que creo que no me han llegado por méritos propios sino por suerte, o incluso por errores de criterio de quien juzgaba, por lo que desde hace tiempo tengo serias dificultades para pensar que soy realmente merecedora de lo que consigo. No digo que siempre, pero sí muchas veces.

Lo curioso es que cuando le cuento esto, en vez de ayudarme a abordar el tema de la angustia, me aclara que mi bajísima autoestima me juega muy malas pasadas y que mi problema real es que sufro un síndrome del impostor —en este caso, impostora— de manual. Es verdad que siento constantemente que no merezco el status que tengo, y que creo que en cualquier momento alguien va a desenmascararme y descubrir que soy un fraude. El vienés aboga como solución el reconocer los sentimientos negativos que me llevan a sentir esa inseguridad y conseguir controlar mis pensamientos hasta superarlos. Le respondo que a él le parecerá fácil, pero que, si lo fuera para mí, no estaría allí sentada pagándole noventa euros a la hora.

Cuando más discutimos es cuando abordamos el tema de como nos entretenemos en diferentes ocupaciones con tal de no pensar en lo que debemos. A mi me parece que perder el tiempo en Instagram o Facebook quizás nos sirve para evadirnos de la soledad una tarde o incluso un fin de semana, pero no podremos evitar la angustia a medio plazo, y eso es incomparable con otras posibilidades como el arte, la ciencia o la filosofía. Él confiesa que el arte, la misma ciencia, o

incluso la filosofía, no pasan de ser otra forma de distracción, quizás más elevadas que las redes sociales o la televisión, pero distracciones al fin y al cabo. Como todo juego, sirve, dice el vienés, para matar el tiempo y para engañarnos acerca de nuestra condición, a lo mejor más aún que ningún otro tipo de distracción. Pero al final, nuestra miseria es nuestra sombra, y no podemos hacer nada para escaparnos de ella, es inútil zafarnos, nos seguirá a todas partes.

A estas alturas de la mañana, ya hemos hablado mucho de la angustia, y me queda poco más que añadir por hoy. El vienés me pide renunciar a más conjeturas y mientras deja de tener las manos una sobre otra, en el regazo, con los dedos de la mano derecha se vuelve a acariciar el lóbulo de la oreja, como hace siempre que quiere cambiar de tema. Me pregunta por mi disponibilidad de horario para la semana que viene y al sacar el iPad de mi bolso y repasar juntos la apretadísima agenda de los próximos días, no podemos evitar reír al unísono al concluir que mi vida diaria da poco espacio a la angustia, pero a base de no dejarle sitio.

19. DIOSAS Y MONSTRUAS

Ahora mismo, la ciudad es el colmo del ruido: martillos neumáticos, cláxones, sirenas, cristales rotos, camiones de reciclado, silbatos y toda clase de ruidos desagradables que me persiguen mientras me dirijo al Caixabank de al lado de la agencia y me sumo a la cola de los que esperan frente al cajero automático; la mayoría me miran y un par de extranjeros se apartan, dos de ellos incluso se inclinan para intercambiar comentarios al oído.

Mientras espero, me veo obligada a contemplar mi imagen reflejada en los paneles de acero que recubren los pilares donde está empotrado el cajero: llevo un blazer gris marengo de Saint Laurent, con unos pantalones a juego de Cucinelli. Debajo llevo una camisa blanca de seda de Max Mara y para combinar con todo, unos comodísimos zapatos de cuero de Balenciaga que estreno hoy. Andaba como loca buscando una excusa para ponérmelos, y qué mejor momento para lucirlos que ir a casa de Cayetana Bermejo Rivera. De repente caigo en que se me ha olvidado cuál es la dirección exacta de su chalet, así que me propongo escribirle a Nacho para preguntárselo y justo en estas me salta una notificación del *WhatsApp*. Es Rocío San Román de Starshine, avisándome de que va a llamarme. Sin tiempo apenas, el móvil vibra y dudo en coger la llamada, consciente de que aún no hemos avanzado nada con su campaña y que a poco que me sonsaque, se dará cuenta y me montará el lío, pero, por otro lado, decido arriesgarme y jugar al rol de proveedor pendiente de su cliente las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana, como el 7 Eleven. Abro el iPhone y, sin dejarle reaccionar, le contesto.

—¡Te tengo en mis pensamientos, te lo juro!

—No te preocupes, Ana, que no te llamaba por lo de las confirmaciones de la gala de inauguración. Que tengo una cosa superimportante que contarte, querida… ¿Puedes hablar? ¿Te pillo en buen momento?

—Estoy en la calle, esperando en un cajero, así que mejor momento imposible. Cuéntame en qué podemos ayudarte.

—Te acuerdas que os pedimos una reformulación de la propuesta creativa del spot, ¿verdad? Resulta que estamos en conversaciones con un fondo catarí y puedo asegurarte al 90% que vamos a tener una inyección de capital tan importante, que a lo mejor podemos plantearnos un nuevo *spot*, muchísimo más ambicioso…

—¡Bueno, eso son muy buenas noticias! Si hay algo que siempre puede venir bien para la estrategia de conversión, es un *spot* más llamativo y espectacular, que llegue a muchísima más gente…—

contesto de forma animada pero un poco fingida.

—Con esta negociación, nuestra idea es ampliar exponencialmente el presupuesto destinado a la campaña de tele… Así que deberíamos aspirar a mucho más en la creación del *spot* … Anoche, Juan Luis y yo estuvimos dándole vueltas y habíamos pensado en crear un *spot* solo con *influencers*.

—¿Solo con *influencers* ?

—Si, por supuesto, creemos que el público más *senior* ya tiene conocimiento de nuestra marca, pero quizás debamos pensar en nuevos públicos, y seguramente que a los jóvenes y a los adolescentes les suene nuestro nombre, pero nunca han pensado en comprar el abono como hacen en el festival de Benicassim, el Festimad o el Primavera Sound.

—Si buscáis ese *targe* t, teóricamente podría funcionar un *spot* creado con *influencers*. ¿En *qué* habéis pensado exactamente?

—Hemos hecho una lista…—se entrecorta la voz, mientras se escucha una conversación a lo lejos—. Espera, que voy a poner el manos libres y te leo la lista…—tras un breve silencio, vuelve a la carga—. ¿Puedes seguir hablando?

—Claro, Rocío, la cola avanza a paso de tortuga —respondo mientras me fijo en un chico de unos veinticinco o veintiséis años, que está en la fila delante de mí. Es muy guapo, con un corte de pelo bastante favorecedor, y fuma con aire de llevar un buen rato esperando.

—Ya la tengo, te la leo a ver que te parece: HolaSoyGerman, Elrubius, Yuya, Luisito comunica, Werevertumorro, CaElike, Kimberly Loaiza, Willyrex, Juan de Dios Pantoja, Mariale, AuronPlay, Makiman131, DebRyan Show, Juanpa Zurita, Dalas Review, YosStoP, Wismichu, Ami Rodríguez, Pautips, LA DIVAZA, Katie Angel, Patty Dragona, Patri Jordan, Lizy P, Killadamente, Dulceida, Yellow Mellow, Jorge Cremades, Malena Pichot y Soy una pringada. ¿Cómo lo ves? —pregunta, desorientada.

—¿Cómo lo veo?

—Sí, ¿Te parece que faltan muchos?

—Perdona Rocío, no te entiendo…—respondo incrédula.

—Que si faltan nombres importantes. ¿Nos hemos comido algún *influencer* que debería estar en esta lista?

—Pero, esta lista… ¿Es para el *spot* ?

—Sí, sí, para rodar el *spot*.

—¿Te refieres a que saldrían todos estos? —contesto, intentando no perder la mesura.

—Cuantos más de ellos, mejor, ¿no?

—Pero ¿qué quieres que salga de ellos? ¿Una foto? ¿Un mensaje? ¿O una prescripción mirando a cámara? ¿O los vais a llevar a Sancti

Petri y les vais a filmar allí? No te molestes, Rocío, es para poder valorar las opciones con más elementos de juicio. —cuento hasta tres y le respondo lo más amable que puedo.

—Es que no hemos planeado nada más. Por eso te llamaba, para ver con este listado qué podríais hacer.

—Este listado es como contratar a todos los ganadores del Premio Nobel de los últimos cuarenta años… Miento, esa lista nos saldría bastante más barata. ¿Tú sabes lo que puede costarte contratar a todos los que me has mencionado?

—No sé, claro. Bueno, pensad qué podríamos hacer. Como decías, lo mismo es que nos graben solo una mención con su móvil o como decías, solo pagamos por los derechos de colocar una imagen estática y un mensaje de audio… Primero, creadnos una estrategia creativa con estos personajes que sea espectacular y nos la presentáis. La estudiamos y, si os damos el visto bueno, vemos el tema presupuestario y a continuación, a ponernos día y noche con las contrataciones, el rodaje y la *pospro*. Y luego, a reventar el recinto con la avalancha de nuevos públicos.

—¿Qué oferta musical tenéis para ese *target* ?

—La mejor: Jason Derulo, Maluma, Juan Magán, Don Omar, Morat, DJ Nano, Jessie J…

—No sé, ahí me pillas, quizás estos *influencers* son para gente más joven, esos artistas me parecen para gente un poquito más mayor…—contesto mientras abro el navegador del iPhone y comienzo a buscar información de algunos de los artistas para confirmar su *target*.

—Para gente más mayor tenemos ya contratados a Luis Miguel, Bisbal, Pablo Alborán, Taburete, Pablo López, Estopa, Melendi…

Pausa larga.

—¿Estás ahí?

—Sí, sí, sigo aquí…

—Parece que se ha cortado…

—No, no, Rocío, es que estaba pensando…—balbuceo, bloqueada, sin capacidad de respuesta.

—Es muy buena oportunidad para que trabajéis una propuesta echando toda la carne en el asador. Confío en vosotros, me consta que sois los mejores para gestionar estos perfiles. Todos os conocen por crear aquel *spot* de la ONG. Sí, aquel en que ganasteis tantos premios, en el que había como medio centenar de famosos… ¡Pues queremos exactamente eso!

La falta de imaginación de los clientes se vuelve a poner de manifiesto una vez más. Desde que hicimos aquella campaña, nos habrán llegado más de un centenar de encargos cuyo *briefing* se reducía literalmente a eso: quiero una campaña igual que esta, pero con mi marca.

—Rocío, la cola avanza y me toca, te tengo que dejar. Cuenta con nuestra ayuda. Aunque sea viernes, hoy mismo comparto con el equipo tus noticias y preparamos la estrategia creativa con vuestras nuevas indicaciones.

—Muchas gracias, querida, que pases buen fin de semana. ¿Te toca ya?

—Hay solo una persona delante de mí, ya casi.

—Vale, vale, vale. No te quito más tiempo, solo un segundo… ¿Tenéis alguna confirmación nueva para la gala?

—Pues te digo de memoria: Fiona Ferrer, Almudena Fernández, Jessica Goicoechea y deja que me acuerde… creo que Laura Sánchez, también. Las cuatro han dicho que sí. En cambio, no sabemos nada de Eugenia Silva ni de Tamara Falcó, excepto que por lo visto la pobre anda desquiciada por culpa de un tarado que la persigue; ni de Blanca Cuesta ni de Borja Thyssen…

—Tranquila —me dice relajada—. Mañana hablo yo con Tita, anda por Cádiz este fin de semana. Pero, oye, ¿qué es eso de que Cayetana Prat sí viene, pero su hermano puede que no? Imposible, querida.

—Pues es lo que tenemos ahora mismo, pero seguro que se anima, solo hemos contactado con él una vez. Te dejo, Rocío.

—Vale, pero acuérdate de que este año quiero a Amaia Salamanca en mi mesa, que a Rosauro le acaban de nombrar consejero en un grupo empresarial muy importante.

—De acuerdo. Amaia Salamanca en tu mesa. Subrayo en rojo y en negrita.

—Vale, Ana, el lunes a primera hora, sin falta, tenemos que repasar las listas largas: las emes y las eses.

—Claro Rocío, todo saldrá bien. Te noto preocupada. Tranquila, estamos a tiempo. Ya me toca: oye, cuelgo…

—¡Espera, espera! Penélope Cruz está en la ciudad y…

—Pensé que no íbamos a ponernos en contacto con ella este año.

—Ponla en la C, pero que venga a cenar. A no ser que venga con Javier Bardem. En ese caso, les invitáis solo a la gala.

—Rocío, ¿tú tienes idea de lo que es entenderse con la representante de Penélope? Trabajar con Kuranda es un dolor de muelas…—le respondo. Odio tener que ir al chalet de Arturo Soria de Katrina Bayonas a hacerle la pelota. No permite negociaciones con nadie que no sea la directora general de la agencia, es dura como el granito.

—Llama y mira a ver qué puedes hacer. Deberíamos cerrarla. Con esta llegada de nuevo capital y la subida de presupuesto, os jugáis mucho, y lo sabes, Ana. Este año os vamos a mirar con lupa. Apostamos por vosotros, el budget con tu agencia es considerable y queremos resultados. Bueno, te dejo, querida. Lo dicho, buen fin de

semana.

—Buen fin de semana, Rocío — cuelgo y guardo el teléfono en el bolso, mientras avanzo y, por fin, puedo sacar el efectivo del cajero.

Introduzco la tarjeta, tecleo la clave secreta y, durante la espera, sigo dando vueltas mentalmente a la distribución de los invitados a la gala de Starshine de las mesas uno y tres. De repente el monitor del cajero me informa de que la cuenta de esta tarjeta está en número rojos (saldo negativo de 143 euros) y que, por lo tanto, no se puede efectuar ningún reembolso. Como la tarjeta es de débito, decido probar entonces con la de crédito y repito la operación. Esta vez no hay contratiempos y tras recoger trescientos euros, salgo del banco y me dirijo a Caballero de Gracia, a coger un taxi en Gran Vía.

Andando tranquilamente mientras voy echando un vistazo a los escaparates, me quedo anonadada al encontrarme sucesivamente en menos de cien metros con varias chicas haciéndose fotos para sus perfiles de Instagram. Una de ellas, incluso se encuentra en plena mediana, poniendo morritos (o *duck face* como dice Kim Kardashian) y preocupada entretanto vigila con el rabillo del ojo para que ningún coche se la lleve por delante. Como dice Jabois, hay que empezar a pedir permisos al ayuntamiento y cortar la calle para esta plaga del siglo XXI.

Decido escribir a Nacho por *WhatsApp* para asegurarme de confirmar la dirección del domicilio de Cayetana Bermejo Rivera. Levanto la vista del iPhone y, por suerte, hay un taxi parado a menos de diez metros. En su interior, distingo una discusión entre el taxista y su cliente, un asiático de lo más estrafalario, aproximadamente de mi edad, delgado, con el pelo rubio teñido y gafas de sol. Vuelvo a echar una rápida ojeada al móvil, pero como Nacho no me ha asegurado aún la dirección, decido esperar a que terminen la pelea el taxista y su pasajero, que, por lo airado de sus gestos, no parece estar muy de acuerdo con el importe de la carrera. De pronto, este sale del taxi, y gritando toda clase de insultos al conductor, le tira furioso un billete de diez euros por la ventanilla con gestos de desprecio.

Una vez este ha bajado del taxi y ya en la acera, no puedo evitar una sonrisa al contemplar el *look* de cuerpo entero de esta especie de Mickey Rourke de Pekín: vaqueros muy ceñidos, una camiseta con estampado geométrico, un abrigo largo de Armani y botas de motero: todo ello en menos de un metro sesenta.

En ese mismo instante, vibra mi iPhone y consulto la notificación del *WhatsApp* de contestación de Nacho: la dirección final de la casa de Cayetana Bermejo no es Paseo de la Habana como yo presuponía, sino que es una calle mucho más cercana, en pleno barrio de Chamberí. Le respondo todo lo rápido que puedo para anunciarle que quedamos en vernos en menos de diez minutos, acuciada por el taxista

malhumorado, que me pregunta si voy a entrar al taxi.

Una vez dentro, aprovecho para repasar los correos y comprobar los asuntos pendientes: Juan Luis de Starshine nos envía un correo con el *attachment* del listado de los *influencers* que me acaba de adelantar Rocío por teléfono, una de las asistentes de Sole nos enumera unos cambios en las propuestas que les presentamos el lunes y reviso dos nuevas peticiones: una estrategia *online* para el lanzamiento de una nueva leche de soja para B2B en canal HORECA y un *email* de Álex ilusionado, adelantándome un bombazo que luego promete ampliarme.

Distraída con los correos y casi sin darme cuenta, llego a mi destino, donde puedo observar a Nacho ya esperando, mientras habla por el móvil. Como hoy visitamos a toda una *celebritie*, viste un poco menos informal que de costumbre: jersey gris de cachemir, una camisa blanca de algodón y unos pantalones negros.

—¿Dónde llevas la tortuga? —le digo en voz alta desde el taxi, mientras revuelvo en mi bolso y saco la tarjeta para pagar la carrera.

—Aquí debajo —me responde, mientras me señala el suelo y observo a sus pies un pequeño transportín de plástico, de esos que se utilizan para llevar peces, con la tortuga acurrucada al fondo.

Subimos en un ascensor modelo ataúd, en el que apenas cabemos los dos y casi, casi, no cabe la tortuga, y tras salir, al final del pasillo nos detenemos ante una puerta de color verde con un adorno mexicano multicolor en el tirador. Llamamos al timbre y escuchamos unas voces a lo lejos y ruido de pasos que se acercan, hasta que oímos insertar unas llaves en las diversas cerraduras de la puerta que se acaba abriendo. Nos recibe una mujer morena de piel y cabello, con unos ojos negros que revelan sus orígenes latinoamericanos y que nos invita a pasar. Cruzamos la entrada y nos quedamos junto a un recibidor mientras cierra la puerta, echa la llave y nos acompaña a la siguiente estancia, que, curiosamente, es una enorme cocina.

Advertida ya de la visita, nos confirma que va a avisar a Cayetana de nuestra llegada, lo que aprovechamos para hojear con más libertad el luminoso y amplio piso. Nacho se ha adelantado y ya ha colocado el transportín con la tortuga en la mesa de la isla central de la cocina. Mientras lo coloca todo y saca el *briefing* impreso para no olvidarse de nada, yo prosigo admirando la casa.

Advierto en la cocina una encimera de mármol, dos pilas, dos neveras, varios hornos e incontables utensilios. Al otro lado se divisa una despensa abierta y acristalada con todo tipo de alimentos. Al fondo, se vislumbra un comedor, que reconozco por una alargada mesa de madera de pino con sillas del mismo estilo y un banquete en color verde. El tablero está decorado con regaderas y plantas y toda la estancia está repleta de varias vajillas divididas en dos muebles y

muchos álbumes de fotos en sus estanterías.

De pronto, vemos asomarse a una niña que nos saluda desde el interior del comedor. Enormemente fea, llama la atención por tener un cuerpecito que, *a priori,* parece propio de su edad, pero coronado por un enorme cabezón completamente desproporcionado. Nos sonríe con unos dientes especialmente grandes y separados y emite una repulsiva risa nerviosa mientras juega a manipular sus gafitas azules, arriba y abajo, revelando su estrabismo. Intentando ser agradable, Nacho prueba con un par de interacciones básicas en estos casos.

—Pero bueno… ¿Y esta niña, quien es? —le dice, hablando en voz alta y usando el típico tono de voz infantil adaptado a la edad de su interlocutor—. ¿No vienes a conocernos? Mira lo que tenemos aquí… Mira, mira, mira… ¿Pero, qué es esto? Uyyyyy… Pero si es una tortuguita…

A la niña, la invitación de Nacho le importa un bledo. Es más, continúa emitiendo la misma risa repulsiva ahora corregida y aumentada. Se tumba en un sofá de color crudo que hay en la izquierda del salón y comienza a pegarle patadas a unos cojines con motivos mexicanos sin hacernos el más mínimo caso.

Su *performance* continúa, cuando una vez encima del sofá, comienza a saltar arriba y abajo empleando toda la fuerza posible. Al cuarto o quinto salto, empieza a escupirnos. Al principio nos saca la lengua, pero siendo consciente de nuestra incredulidad y al ver que no reaccionamos, prosigue su escalada lanzándonos varios cojines, proponiendo claramente una contienda doméstica. En uno de sus lanzamientos, yerra y derriba un candelabro que hay en la estantería de la entrada del salón, armando un estruendo enorme que llama la atención de Cayetana Bermejo Rivera, a la que oímos maldecir a lo lejos…

—¡Caterina, por favor! —grita Cayetana como una posesa.

Un poco incómoda con la situación, echo un vistazo al iPhone para cerciorarme de la hora de nuestra llegada. Llevamos ya más de quince minutos esperando, entretenidos, eso sí, con el espectáculo de *la divina Caterina*, que después de haberse cargado un candelabro que, desde donde estoy, casi puedo apostar a que es una antigüedad de calidad, prosigue ahora con su particular *show* poniéndose unos sombreros que están colgados en un perchero de madera a la entrada de la estancia. Primero prueba con un par de mexicanos, pero a continuación se prueba un sombrero de *cowboy* y luego un salacot. Lo curioso es que a pesar de que todos los sombreros son de adulto, a la niña le quedan especialmente estrechos, algunos hasta ridículamente pequeños.

—¡Caterinaaaaaaaaaa! —vuelve a gritar Cayetana desde la distancia.

Superada por la situación y sin tener muy claro qu*é* hacer, le

pregunto a Nacho, mucho más sensato y prudente que yo en estos casos. Estoy tan poco acostumbrada a lidiar con los caprichos de los famosos, que no tardo mucho en tener los nervios a flor de piel y sentirme culpable por perder la compostura.

—A ver, a ver. A ver —digo con los brazos en alto—. ¿Sería mucho pedir que saliera alguien a decirnos si vamos a hacer la acción o no? —Avanzo unos pasos hacia el comedor—. Porque empiezo a tener la sensación de que es pedir un imposible. ¿*Capito* ?

—Tranquila, Ana, piensa que no debe faltar mucho. De todos modos, hacer la foto no nos va a llevar más de diez o quince minutos. Tú relájate. ¿Tienes que volver a la agencia? ¿Tienes alguna reunión luego?

—No, no, tengo cosas pendientes, pero puedo hacerlas desde casa. Es que esta situación me está volviendo loca. Esta pequeña Cruella de Vil, entiendo que será la hija de Cayetana, ¿verdad? —digo señalando a la cría con un gesto de irritación.

—Mmmmm… Me imagino, mucho me temo, que el derecho a destruir el salón de la casa en menos de cinco minutos no puede tenerlo más que alguien del clan Bermejo Rivera…—advierte Nacho, que, a pesar de cierto nerviosismo, no puede evitar estar muerto de risa ante la situación tan surrealista que estamos viviendo.

La empleada del hogar que nos ha abierto la puerta de entrada se acerca de nuevo por el pasillo lentamente, observándonos a pocos pasos de distancia. Este remedo del ama de llaves de *Rebeca,* en versión latina, no parece nada impresionada viéndonos allí, esperando, completamente desesperados. En realidad, en su mirada hay indiferencia y condescendencia a partes iguales.

—La señorita Cayetana me dice que les comunique que estará con ustedes en diez minutos. Mientras tanto, me pide que preparen todo lo necesario para hacer la foto lo más rápido posible. La señorita tiene una grabación en plató en San Sebastián de los Reyes en media horita, por lo que no podrá platicar mucho con ustedes y tendrá que salir de inmediato —nos advierte sin perder la calma.

—Por supuesto, enseguida lo preparamos todo y procuramos que la foto salga lo más rápido posible —responde Nacho, absolutamente servicial.

Después, se produce un largo silencio interrumpido sólo por un breve comentario mío acompañado de un bostezo:

—Bueno, si conseguimos no morirnos del aburrimiento, claro…—contesto, desquiciada.

Nacho vuelve a iniciar el ritual de colocación del *mini set* de grabación, aunque en realidad ya está todo preparado hace un buen rato. No se trata de colocar veintitrés focos en el plató de la Metro Goldywn Mayer para crear luces y sombras e iluminar correctamente a

Greta Garbo, solo de hacer una instantánea con el móvil a una tortuga para subir a un perfil de Instagram, pero vivimos tiempos muy bizarros y es lo que hay. Como dice mi amiga María, la dueña del estudio de diseño Lemonsophy: "Siempre ha habido tontos, pero ahora tienen cámara e Instagram".

Como cualquier niña, la atención es su combustible, de modo que al vernos pendientes de la aparición de su madre y no obnubilados con su *performance*, la cría ha dejado en suspenso el *show* por unos minutos, lo que le sirve para recargar las pilas y prepararse para una segunda parte del inspirado circo.

Mientras comentamos sobre el *copie* que va a tener la *storie* y el post, y Nacho me enseña en su móvil el perfil de Instagram de Cayetana, repasando sus carpetas y las *captions*, suena la cortinilla de un canal de You Tube en la enorme televisión del salón. La niña ha encendido la tele para ver a los Crazy Haacks, una familia de tres niños *you tubers* que comparten sus aventuras con sus padres. La última vez que miré las estadísticas de su canal, tenía tres millones de suscriptores. Y la semana pasada, cuando compraba unos libros en La Central, me encontré con la sorpresa de que estaban arrasando con la publicación de libros infantiles.

Es de las pocas veces que me alegro del éxito del modelo *influencer*. La mamá, Mónica Vicente, es buena amiga desde hace años. Es fundadora y CEO de "Hoy no hay cole", una de las plataformas "Family Friendly" más grandes de España, y las dos hemos coincidido en numerosas charlas, mesas redondas y másters. Lo que es evidente es que gustan. La fiera corrupia de la hija de Cayetana permanece inmóvil, completamente hipnotizada ante las aventuras de la familia, que en el vídeo que está reproduciendo hacen una visita a Barcelona. Se trata de una especie de *gymkana* en el Parque Güell, pasando luego por unas tomas falsas que vuelven loca a la niña.

En ese preciso momento, oímos por el pasillo los tacones de Cayetana, vislumbrando mientras llega a la cocina lo que debió de ser una mujer hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana. Nariz, boca, ojos, frente, pómulos totalmente rellenos de colágeno. El resto del cuerpo parece una patata arrugada vestida muy informal, con un maxicárdigan de punto de color turquesa, una camiseta de color blanco debajo, unos pantalones de cuadros y unos zapatos de terciopelo con un poquito de cuña. Detrás, la empleada del hogar le comenta que su representante la está esperando ya delante del portal en un taxi, y que debe hacer la foto lo más rápido posible, usando las mismas palabras con las que nos ha advertido antes.

—¿Qué tal? Soy Ana Portela, la CEO de Influence & Hype, y este es mi compañero, Nacho Suárez, mi mano derecha en labores de *social media* y estrategia digital —me presento y alargo el brazo para acercar

también a Nacho.

Después, se produce un silencio incómodo, interrumpido por el desagradable tono de voz de Cayetana, el reconocible tono de voz de una *niña bien* pasados ya los cincuenta.

—Encantada, yo soy Cayetana. Mira, Nelly, tráeme a Caterina que vamos a hacer la foto —dice girando la cabeza hacia la empleada doméstica y señalándole con la mano a la niña que continúa distraída con las aventuras de los Crazy Haaks en el salón—. Me vais a perdonar, pero tengo una grabación en plató dentro de quince minutos y ya voy tarde, así que si no os importa vamos a toda pastilla, ¿ok?

—Sí, claro, si por nosotros, son solo cinco minutos…—vuelve a responder Nacho servicial.

—Es lo de la tortuguita, ¿no? —pregunta con voz infantil Cayetana.

—Sí, aquí está la pillina…—contesta Nacho mientras mete la mano en el transportín de plástico y coge la tortuga con la mano derecha.

—Ayyyy que mooonaaaa…— continúa con voz aniñada Cayetana, ahora con una sonrisa forzada.

—Sí, es muy bonita. Teníamos otra para la foto, pero se nos murió ayer. Creemos que ya venía enferma del acuario en el que la compramos. No se movió en todo el día…

—Pero Nacho, ¡no le cuentes a Cayetana esas cosas! —le regaño de inmediato ante tal transparencia innecesaria. A un cliente, cuanto menos le cuentes, mejor.

—Pobrecitaaaaaaa… —agacha la cabeza y coloca la tortuga en su mano derecha, que indiferente ante todo el manoseo, apenas mueve las patas delanteras — ¡Mira Cate, mira, ven, mira la tortuga! —le indica a la cabezona mientras la toma por la nuca para acercarla—. Le encantan las tortugas, está como loca por tener una, me la pide constantemente. Bueno, ella y sus hermanos, sus hermanos son tres, no te creas, que cuatro voces al unísono gritándote que les compres unas tortuguitas… Hay que tener mucha sangre fría, ¿verdad? —nos pregunta mientras levanta la cabeza para preguntarnos.

—Pues estas son muy baratas, solo nos ha costado…

—Y dale, Nacho, que esas cosas no le importan a Cayetana…— Nacho no da una, es el mejor estratega que tengo, pero cuando está delante de una famosa, se convierte en miembro del *fandom* de la *celebritie*.

—Que sí, mujer, que sí me interesa, es para saber si al final me decido a comprarla…—Cayetana le quita importancia al comentario de Nacho, mientras coloca delante de ella a la niña terrorista, peinándole con la mano el flequillo que reposa sobre sus gafas azules — ¿Tiene nombre?

—La hemos llamado Tugui. A la muer… A la otra la habíamos

llamado Lula, como en la película de David Lynch…

—¡Tugui, me encanta! —dice sonriendo Cayetana, hasta que se pone seria y nos advierte—: ¿Hacemos ya la foto?

—Es una foto y un *storie* …—le apunta Nacho.

—A ver, que mi representante me lo puso en el móvil…—busca en su Samsung Galaxy plateado, deslizando *emails* en la aplicación durante medio minuto—. Bueno, ahora no lo encuentro, da igual, hacemos lo que me digáis, esta foto es para la nueva *peli* que promociona Sole, ¿verdad?

—Sí, para una película infantil de superhéroes pero con tortugas...

—A ver, Caterina, no te hagas la remolona y te me descoloques… —le dice a la niña sujetándola fuerte. Pero parece imposible que pueda permanecer quieta. Además ahora mira con aprensión a la tortuga—. ¿Aquí se nos ve? Anda, ponte aquí, hija.

—Sí, se ve perfecto, ahí da la luz bien —confirma Nacho.

—Cógela con cuidado, Cate… Caterina, hija, ¡que no te va a comer! — refunfuña con desdén, comprobando el reloj.

—Ahí va a quedar perfecta.

—Sí, ya puedes… Cate, no te muevas…

—¡Adelante, vamos con ella! —digo animando, viendo por fin la luz al final del túnel.

—Venga, chicos, que ya estamos…

—¡¡¡Patata!!!!

Tras unos segundos de silencio, e inmediatamente después de realizar la foto, Nacho agacha la cabeza de forma automática y mira el iPhone para confirmar que la imagen es correcta. En ese instante, entra en el salón la empleada doméstica y advierte a Cayetana, mientras nos fulmina a Nacho y a mi con la mirada:

—Por favor, señorita Cayetana, su representante, que por favor baje…

—Bueno, chicos, no nos da tiempo para hacer otra foto, colgad la misma también en *stories* y listo, ¿vale? Siento mucho no haber tomado algo con vosotros y conocernos mejor, pero ya veis, tengo una agenda apretadísima. ¡Muchas gracias!

En menos de un segundo, abandona el piso y nos quedamos a solas con un cuadro digno del esperpento: la divina Caterina y la asistenta tremenda. Esta, mal encarada y antipática, nos invita con un tono de voz especialmente molesto a recoger nuestras cosas y marcharnos.

Lo curioso de la situación, es que no sabe el megapastón que va a arramblar su jefa, la modista de la tele. Casi la mitad de lo que cobrará por todo el mes, su jefa lo ha ganado por diez segundos escasos de, si se le puede llamar así, trabajo.

Por este tipo de publicación, con un perfil de Instagram de 150 mil seguidores como tiene ella, cobrará 600 euros. Si al final, además de

compartir la imagen y dejarla posteada en el *feed*, sube una *storie*, se paga aún más. Se suele comprar un *pack* de foto más historia por entre 1200 y 1500 euros. En esta ocasión no le pagaremos más porque vamos a emplear la misma foto en el *post* y en la *storie*, una pena, porque Nacho había negociado fenomenal con la representante de Cayetana y habíamos conseguido 800 por los dos, pero no ha habido suerte. Por lo menos, hemos tenido la fortuna de contratar la acción a primeros de noviembre, porque en cuanto llega diciembre se hace imposible pagar cantidades razonables. Cuando hay mucha demanda, el precio sube. Y es que en esa época del año llega a haber *influencers* de lujo que no bajan de los 3.500 euros por publicación.

20. COMING SOON

"La caverna de los *influencers* " será un programa de telerrealidad que partirá de la más célebre alegoría de la historia de la filosofía creada por Platón, para actualizarla y llevar la cultura a nuestros jóvenes del siglo XXI. De este modo, Splendour Iberia Television apuesta por una televisión didáctica, donde el entretenimiento se convierte en el vehículo clave para disfrutar de ella.

Al igual que Platón explica su teoría de la existencia de dos mundos, "La caverna de los *influencers* " presenta dos cavernas diferentes con cinco parejas de *influencers* que conviven durante unas semanas. A lo largo del programa, los componentes de cada pareja son puestos a prueba continuamente, resistiéndose a los encantos de las marcas que les proponen colaboraciones a cada cual más tentadora y manteniendo el buen rollo con su pareja *influencer* para repartirse los *briefings* y competir por sus resultados. También existe una "hoguera de confrontación" donde los *influencers* pueden reencontrarse para hablar sobre lo ocurrido con sus acuerdos con las marcas, sus seguidores y sus *haters,* una especie de diario de bitácora del concurso. Asimismo, es posible que en la convivencia se produzcan cambios, ya que, en ocasiones, los *influencers* podrán proteger a sus amigos *influencers* favoritos y expulsar o incluso sustituir a aquellos con los que tienen menos afinidad. Así, al finalizar el programa, deben decidir si quieren seguir siendo amigos y hacer *joint ventures* en sus canales, o no volver a verse en la vida.

¿Os imagináis píldoras de vídeos en el *timeline* o en *stories*, así como "Miraditas y risas nerviosas: así ha sido el reencuentro de Wismichu y Dalas Review en un plató" o "ElRubius se pelea con Windy Girk una vez más tras su cómplice reencuentro con Vegetta777: "Estoy esperando a que llegue para largarme a casa"?

Los egos, los celos y la traición atraen, y mucho, a la audiencia, Splendour Iberia quiere seguir los pasos de gigantes televisivos como 'Gran Hermano' y 'Supervivientes', por lo que además de desarrollar noticias y *clips* en el resto de la parrilla del canal que nutran de interés la emisión del propio programa, se creará un debate para fomentar lo que los *culturetas* denominan un "placer culpable". En definitiva, el interés de "La cueva de los *influencers* " será lograr ser el *reality* más adictivo del momento.

Álex tiene razón: esto de "La caverna de los *influencers* " será un bombazo. Termino de leer por encima en mi iPhone el PDF de esta exquisita montaña de basura que será todo un éxito, de vuelta de casa de Cayetana Bermejo Rivera a la agencia en un taxi. Repaso el dossier

del proyecto y no le falta de nada. En la propuesta creativa enumeran desde la sinopsis al *logline*, el *tagline*, el enfoque, las referencias, el género y el formato. Además, detallan perfectamente la propuesta con el número de programas, su duración y la frecuencia de emisión, las posibilidades extra si el programa fuese en directo o diferido, el lenguaje narrativo o las ubicaciones propuestas.

Así mismo, se describe la estructura del programa, un ejemplo de escaleta y el *planning* de invitados. Todo se completa con el plan de *marketing* y una propuesta operativa con el presupuesto y el plan de trabajo. Parece muy adelantado y el planteamiento tan serio que mi olfato me dice que aquí hay programa a la vista. Sin poder aguantarme la curiosidad, marco el número de Álex para conocer mejor el contexto de la propuesta de trabajo para nosotros.

—¡Hello! —responde rapidísimo Álex al segundo tono.

—¡Visto! —exclamo eufórica—. Es increíble, esto va a ser un pelotazo… ¿Quién nos lo envía?

—Marga Reis, la CEO de Splendour Iberia.

—¿De qué la conocemos?

—Era *country manager* en Zurich Seguros cuando le hicimos la campaña de *influencers* con Pilar Rubio. Luego se fue a Sanitas y volvió a llevarnos como proveedor. Le hicimos la selección de *influencers* pero no la contratación. ¿No te acuerdas?

—Ah, sí —le miento porque no sé de quien me habla, hasta que de pronto recuerdo algo vagamente—. ¿Esta fue la del concurso que perdimos?

—No, a ver, no perdimos. Ganamos el concurso de agencias para llevar el *marketing* de influencia de todo el grupo. El problema fue cuando se notificó en el consejo de dirección y uno de los casposos de allí, cuando vio la pasta que nos iban a pagar, dijo que su mujer tenía una agencia de *influencers* mucho más barata…

—…ah, vale, ahora ya me acuerdo…

—…y entonces, a los quince días nos llamó Marga para decirnos que, sintiéndolo mucho, nos quedábamos sin el premio gordo. La tía fue tan *polite* que nos contrató para hacer la primera selección y así amortizar el trabajo realizado para el concurso…

—…y de paso quitarse el cargo de conciencia…—digo mientras me encojo de hombros.

—Ya, pero perder, no perdimos —aclara—. Además, Ana, ¿cuántos clientes tienen ese tipo de detalles?

—Que sí, que sí, que es verdad —asiento dándole la razón—. Que se portó fenomenal. Y esto es otro detallazo. ¿Es concurso? ¿Ya sabes con cuantas agencias tenemos que competir?

—Sí, claro, es concurso y las otras agencias… Espera que mire el *email*, porque sí, me lo ha enviado…— La comunicación se queda

en silencio durante unos segundos.

—Mientras lo buscas —pregunto para no sentirme incómoda durante ese silencio—. ¿Hay t*iming* ?

—Esperaaaaa… —Álex suspira y hojea la documentación—. Sí, aquí está. Influ2audience y We are brandbassadors.

—¿Esas dos?

—Eso es, esas dos y nosotros.

—Bueno, tres es un buen número. Te preguntaba por el *timing* …

—Nos dan quince días. No es mucho, pero es solo la selección y meter paja en la propuesta, porque como ves en el PDF, está todo ya planteado, el trabajo de campo está ya casi hecho. Habrá que verlo con Nacho y el equipo y a lo mejor en diez días lo tenemos…

—Sería el primer concurso de la historia al que conseguimos llegar sin la lengua fuera —digo como si tal cosa.

—Sí, sería el primero…

—No lo creo…—gruño.

—¡Yo tampoco! —repite riéndose Álex—. ¿Vas con Nacho? ¿Estáis volviendo a la agencia?

—Sí, vamos en el taxi de vuelta —respondo girando la cabeza hacia mi derecha, donde va sentado Nacho—. Venimos de hacer la foto con Cayetana y su terrorífica hija para Sole… ¿Tú estás ya en la *ofi* ?

—Sí, acabo de llegar hace quince minutos de la marca de muebles de diseño suiza, Luhrmann. Teníamos reunión con la responsable de compras.

—¿Con la responsable de compras? ¿Nosotros? —respondo incrédula.

—Sí, bueno, otra historia surrealista de esas que puedes colocar en tu libro. Por cierto, ¿cómo vas con la novela?

—No me hables —intento hacerme la despistada, no me apetece dar muchas explicaciones de mi vaguería y mi falta de talento—. Como no me quede en el paro o me metan en la cárcel, no voy a poder terminarla nunca. Bueno, ni siquiera avanzarla, llevo cuatro páginas en un mes…

—Pues lo que te decía, la historia es de no creértela —se apresura a explicar—. La tipa esta viene de Ferrovial, y allí ya era la responsable de compras, pero claro, estaba acostumbrada a apretar proveedores de la forma más lógica del mundo: comparar tornillos de un proveedor con tornillos de otro proveedor. Aquí llega y, la primera semana, se propone justificar el sueldazo que le darán. Y la tía comienza por los proveedores de *marketing*. Échale narices. De manera que hoy íbamos a hacerle la presentación de agencia y a enseñarle nuestras tarifas. Lo que no sé es como va a poder compararnos con otras agencias…

—De locos…

—De locos… Ya me dirás. Cada una somos de nuestro padre y de nuestra madre, hacemos las cosas con nuestras metodologías propias, con equipos diferentes… Yo de veras que gente como esta, es que alucino con como consiguen trabajar en algo…

—Pero ¿cómo es ella?

—Vas a alucinar…

—¿Por? Venga, cuéntamelo…

—Creo que es la mejor parte… ¡es un putón!

—¿Un putón? —pregunto, ligeramente impresionada—. ¡¡¡Mmmmeeeeeckkkk!!! ¡¡¡Micromachismo!!! Álex, qué te avisé que estas cosas no me molan nada…

—Tú, escúchame. Según he llegado, pregunto por ella y me dicen que espere en la recepción, que enseguida me recibe. Total, me quedo allí, esperando y matando el rato mientras echo un vistazo a las revistas que tienen en la entrada, las típicas de sala de espera. De repente sale una chavalita, así muy mona ella, un poco llamativa para trabajar en…

—Ya salen otra vez los micromachismos…—interrumpo.

—Joder, Ana, que no son micromachismos, que la tía iba demasiado… demasiado…—duda—. A ver como empleo las palabras, que no quiero meter la pata…

—Conmigo hay confianza, vamos, dímelo como te salga, machista —le contesto pinchándole, pero sin perder el sentido del humor.

—Pues parecía una gogó, no una empleada de oficina… Pero bueno, ella misma. Total, como te decía, sale la chavalita y me dice que la acompañe. Yo la sigo y, de repente, me abre una sala de reuniones acristalada y entramos los dos dentro. La cierra, se sienta y…

—¿Y?

—Ya está. Que era ELLA. La gogó era la directora de compras.

—Mmmmm… ¡Sigue! —exclamo intrigada.

—Pues nada, yo en *shock*, no sabía si enseñarle nuestra presentación o empezar por la carta de chupitos…

—¡¡¡Micromachismo!!! —digo con las manos en alto—. Bueno, no. Esta es machista completamente, sin el micro, Álex.

—Jajajaja. Está bien. Pues aquí viene el plato fuerte. No hay monitor de televisión y solo tienen proyector, así que cuando vamos a enchufar mi Mac Book para proyectarlo en la pantalla de la sala, el cable está demasiado corto porque está enredado en un cajetín que hay en el techo. Vemos que se puede alargar desenredándolo, pero está muy alto, así que le pido una escalera. La tía, muy campechana ella, me suelta que subiéndose a la mesa se puede hacer sin pedir la escalera, que tardarán mucho rato en traerla. Y sin darme tiempo a ofrecerme, se me sube a la mesa ella solita en menos de un segundo y

tendrías que verlo, una jaca de 1,80m con el culo delante de mi cara desenredando un cable…

—¡¡¡Machismooooooooo!!! ¡Pero cómo te pasas!

—¡Ana, que no exagero nada! —exclama medio indignado—. La situación era de película de Almodóvar.

—¿Y luego?

—Nada, luego le enseñé nuestra presentación, me estuvo preguntando por procesos de trabajo, cómo facturábamos, cosas muy de su departamento y ya… Pero como salgo de la reunión desconcertado, quiero saber más, esta historia no puede acabar aquí…

—¿A qué te refieres?

—Pues a que me huelo que esto no es normal. Ana, que ya son muchos años en esto… ¡Y no es machismo! —justificándose—. Y sí, ha trabajado en compras en Ferrovial y en otra compañía inmobiliaria pequeñita. Pero no viene foto, así que pongo su nombre en Google para encontrar una foto suya…

—¿Y tú para qué querías una foto suya? —le interrumpo otra vez en mitad de su explicación.

—Yo creo que esta historia se ilustra mejor con una foto de la gachí, ¿no?

—¡¡¡Machismooooooooo!!!

—Sí, ahí me has dado…—dice riendo, consciente de salirse del tiesto—. Pues busco su nombre y ¡*voilá* ! El angelito había sido Miss Castilla León hacía seis años. Jajajajajaja.

—¿Y?

—A ver, Ana, que esto no es machismo. Que la tipa no tenía ni idea de nada, si apenas articulaba palabra y, además, era una exhibicionista —explica en un tono un poco despreciativo—. Yo no me creo que lo que hizo no fuera a posta… Créeme, ¡Si tenía su culo en mi cara mientras desenredaba el cable! Ay, la Miss Castilla León… Que rápido y bien ha escalado…

—¿Y qué tendrá que ver eso? ¿O es que la chiquilla no puede tener un buen puesto por haber sido Miss?

—Bueno, dejemos los temas mundanos y centrémonos en la propuesta de "La caverna de los *influencers* ", basta ya de micromachismos —concluye definitivamente—. ¿Tú a quién crees que tenemos que contactar?

—Puff, esto es muy fácil, los mejores *influencers* que haya en España y tira millas. A lo mejor podemos afinar más aún y presentar además un grupo muy elegido de *celebrities*, y si no sale y nos lo tiran, podemos reciclar la presentación y usarla para Starshine —concluyo rápidamente.

—Quizás deberíamos presentar más cosas para tener más nota en el concurso, eso sí. Podríamos hablar con el director de arte y diseñar un

arte final para el programa, un *tráiler teaser* para la presentación…

—Álex, si ves que para ganar hay que hacer propuesta de *marketing online* que no venga en el *briefing* …Vamos con ello.

—Es que las otras agencias no lo van a hacer, y el presupuesto va a ser una morterada. Creo que merece la pena que nos dejemos la piel, ¿no?

—Mmmmm… —de pronto, varías ideas cruzan mi mente—. Podemos preparar ejemplos de *banners* de *display* en HTML5 con Rich Media, un *microsite* especial de campaña para la noche de inauguración del programa con encuestas de Typeform y, por supuesto, una estrategia de redes sociales supertrabajada para Facebook, Instagram, Twitter y, para esta ocasión, añadiría TikTok.

—A mí se me había ocurrido además algo que también puede ser muuuuy ganador. ¿Recuerdas la acción que hizo Rihanna con Puma? Cerró la Biblioteca Nacional de París y presentó su propia colección de moda en una pasarela ambientada en las universidades estadounidenses, entre las mesas de la propia biblioteca, con lámparas verdes y taquillas. La parte más mediática la cubrió de sobra llevando al evento a sus amigas Cara Delevingne y Chiara Ferragni que, entre las dos, te juntan una audiencia de muchos millones de seguidores… Pues podríamos hacer algo parecido: cerramos el Teatro Real y hacemos allí la gala de inauguración del programa, con *celebrities* muy *fashion* y potentes y le damos una cobertura de redes brutal.

—Me parece interesante. ¿Pero a quién podríamos reclutar para la causa?

—Najwa Nimri, Carmen Lomana, Úrsula Corberó, Tamara Falcó, Laura Sánchez, Amaia Salamanca, Adriana Ugarte…

—¿Solo mujeres? ¿Otro machismo?

—Bueno, ellos podrían ser Velencoso, Xabi Alonso, Jon Kortajarena, José María Manzanares… No sé, estoy tirando demasiado por *senior*, supongo que hay que llegar a más *targets* … Voy a hablar con Raquel de Metrikx para que nos haga un reporte, así rápido…

—Ni se te ocurra pedirle una consultoría a Raquel de esto —digo, y respiro hondo—. No hagas ruido ni llames la atención. Tiremos de nuestro equipo y, si ganamos la cuenta, a lo mejor con un presupuesto mejor definido podemos permitirnos contratarla y ver las posibilidades reales de colaboración.

—Solo había pensado en preguntarle, sin ningún compromiso…

—Pues insisto, no la preguntes…

—¿Qué te pasa con Raquel? Ana, ¿estás celosa? Nunca te había visto tan reacia con una persona…

—Me asusta mucho —cuento hasta tres, procuro controlarme y prosigo—. Creo que es una persona muy tóxica, que destruye por donde va, y me da miedo que esté a nuestro alrededor, me gustaría

verla muy lejos. Ya sé que tú te llevas bien con ella, y trabajáis muy a gusto, pero cuanto menos sepa de Raquel, mucho mejor. ¿Harás eso por mí?

21. DE LO VIRTUAL

Esta mañana he decidido no acercarme a la agencia y trabajar desde casa. He estado deambulando por la cocina mientras me preparo el desayuno, un café muy cargado y, como no tengo mucho apetito, un par de minibarritas energéticas de yogurt de limón. Luego me dirijo a la habitación de trabajo, que huele a Flower by Kenzo, mi fragancia favorita. Completamente a oscuras salvo por el destello del salvapantallas con un grafiti de Jean-Michel Basquiat en el iMac, subo las persianas y abro la ventana que da al Retiro.

Continúo esbozando las líneas generales de la primera parte de mi novela y todo parece ir bastante avanzado hasta que pierdo más de media hora en Instagram, TikTok y otras tonterías. A esas distracciones, habrá que sumar mi obsesión por comprobar compulsivamente cada diez minutos el correo electrónico, el *WhatsApp* y el Slack de la agencia.

Por si fuera poco, me empecino en dar con una cita especialmente llamativa para abrir el libro. La que acabo empleando, tengo que reconocer que está metida con calzador. Es insustancial y hueca, de Alma Mahler, una sarta de palabras tan poco concretas que podrían aplicarse prácticamente a cualquier libro: "La independencia es solo una palabra si mi alma no es libre". Siempre he querido escribir una novela rindiéndole homenaje, a pesar de que varios de mis ídolos —Canetti o Strauss— la detestaban. En vista de la poca inspiración de hoy, me centro un par de horas en hacer trabajo de mantenimiento: sustituir palabras, subrayar frases, y corregir la gramática de una decena de páginas.

Antes de volver a retomar el trabajo de escritura, reviso de nuevo el correo electrónico. Solo hay dos *emails* a estas horas de la mañana. Uno es del director general de una marca de apuestas deportivas, muy irritado con una nueva norma que perjudica la utilización de influencers si no viene señalada como publicidad y que me pide soluciones inmediatas para sus próximas campañas, y el otro es de mi amiga Emma, que antes trabajaba en Twitter y que ahora lo hace en la compañía que comercializa la aplicación Stereo, una especie de ChatRoulette de audio que usan muchos youtubers famosos para comunicarse con sus seguidores. Molesta por mi incapacidad para mantenerme escribiendo más de veinte minutos sin desconectar, retomo con avidez el archivo word de mi novela.

El título provisional de *La vida privada de los influencers* había sido al inicio, *La vida sexual de los influencers*, pero Elena Balasko, mi amiga editora, me aseguró que era demasiado explícito y pensaba que la

inclusión de la palabra “privada” podía hacer el título más comercial al abrirlo a más públicos sin resultar tan evidente. Hacía tiempo incluso consideré brevemente la opción de titular la novela *#Influencers escandalosos*, pero al final Elena lo juzgó de “muy extraño”, “demasiado técnico” por el uso del hashtag y un “poco amarillo”.

Elena califica el libro de “cuadro de sátira sobre las costumbres secretas y de poder de la sociedad marketiniana digital” en el catálogo de su editorial, algo que me asusta sobremanera, porque nunca ha entrado en mis planes narrar de forma expresa ninguna escena de carácter privado, secreto o sexual, aunque es obvio que manejo un montón de anécdotas de esa clase.

Consciente de que debo ser tenaz y perseverante en escribir todos los días, mi ataque de bloqueo creativo me ha impedido trabajar en el libro a diario, incluso a pesar de encontrarme todavía en la fase de planificación en la que no es necesario escribir como tal y en la que se trata más de pensar. Lo que sí he adelantado es que la novela narrará la historia de Miriam, la fundadora de una agencia de *marketing* de influencia de éxito y contará su vida de soltera joven y moderna en el mundo de las agencias de publicidad. Tengo prevista una narrativa elegantemente chismosa salpicada de muestras desenfadadas del humor sarcástico que solo puede darse en un sector tan frívolo y narcisista como este.

La novela contendrá al menos cien escenas de anécdotas reales con influencers —“¿ y por qué no?”, le solté entre carcajadas a mi editora durante una comida en un reservado de La Ancha mientras ella se preocupaba por la posibilidad de demandas millonarias por parte de muchos influencers— y podrá leerse como una sátira sobre “la nueva hiperrealidad” que está generando Instagram o simplemente como la historia de una chica normal que se divierte conociendo centenares de famosos en fiestas y eventos.

Su estilo abarcará escenas muy breves escritas como una especie de haiku cinematográfico, un libro corto y fácil de leer y con un tipo de letra grande, con la intención de ser devorado en menos de dos horas. La idea es divertir al público y hacerles pensar y reír. En conjunto puede resumirse así. Humor cáustico, algo en la línea de Noel Coward. Ese es el plan. Sobredimensionado, claro, con el hype muy alto, pero creo que es un buen plan.

La vida privada de los influencers contendrá transcripciones de tensas conversaciones por el móvil siguiendo a los principales influencers de actualidad, un sinfín de episodios sobre historias reales que jamás creerías y apariciones estelares de muchos famosos de la vida social del universo del *marketing* digital y de influencia. Me gustaría conseguir que “La hoguera de las vanidades” pareciera

“Sonrisas y lágrimas” a su lado. Los capítulos podrían titularse “Nada se parece tanto a un caniche como otro caniche, y eso vale también para los influencers”, “Sólo quedamos nosotros, todo el mundo es tonto o moderno”, “Los *influencers* o los hombres-anuncio de toda la vida”, “Salseología digital”, “No te preguntes qué puede hacer un *influencer* por ti, pregúntate qué puedes hacer tú por un *influencer* ”, “Momentos estelares de las *startups* ”, “¿El *influencer* nace o se hace?”…

De hecho, voy a repasar la lista y a añadir algunos títulos más, pero en ese momento suena la vibración del iPhone con nuevos mensajes en *WhatsApp*, esta vez de la recepcionista de la agencia. “Ana, ha telefoneado un tipo que se llama Funes. No sé qué y luego Funes, me ha dicho varias veces el nombre, pero he sido incapaz de cogerlo. Ha dicho que quiere que te encontraras con él en el bar del Hotel Urban sobre las ocho de la tarde.” Me quedo dudando, no me muestro muy lúcida y se lo hago saber. “No sé de quién me hablas. Creo que no lo conozco. ¿Puedes buscar en mi agenda y mirar de quién se trata?” Casi sin tiempo a terminar de teclear mi mensaje, llega de vuelta el suyo: “Dijo que sabías quién era.”. Insisto: “*Please*, busca en mi agenda.”

Después de estar un rato ensimismada mientras finalizo un capítulo, noto cómo experimento un nuevo ataque de ansiedad. He aprendido a respirar hondo y esperar. La ansiedad debe de estar provocada seguramente por el tal Funes, la cita con alguien desconocido despierta mis cavilaciones más desconfiadas. No debería aceptar, no me veo con fuerzas para ir. Hace días mi psicólogo me dijo que, estando en casa, si tuviera el ordenador a mano, abriese un documento Word y expresase todo lo que siento cuando se me enrede la cabeza en ramificaciones extrañas, cuando mi pensamiento lo complica todo. Aún no es demasiado tarde para acudir a la policía. ¿Qué hago?

Estaciono el Mini en un *parking* cerca del Congreso, en la calle trasera del hotel donde he sido citada. Camino hasta la entrada del Urban, abriéndome paso entre varios turistas recién bajados de sus taxis cargando con varias maletas y obstruyendo el vestíbulo. Son más o menos las siete y media y a pesar de ser entre semana, el bar del hotel está hasta los topes. Entro directamente por la puerta lateral. Está oscuro y parece una cueva donde grupos de personas charlan en la oscuridad mientras beben.

Cuando entro, el encargado, que parece un *friki* del *fitness*, fibrado, muy bronceado y con el pelo cortado a cepillo con mechas rubias, está conversando con un grupo de turistas muy jóvenes que tratan de entrar. Antes de que pueda distinguir las caras de la gente, tengo que

esperar a que mis ojos se acostumbren a la oscuridad.

Hoy el bar está de bote en bote, suena *Rock N' Roll Nigger* de Patti Smith, muy alto. Echo un vistazo y no reparo en nadie conocido. La mayor parte son parejas de hombres de negocios, en su mayoría callados y bastante aburridos. Hay unos cuantos chicos un poco más jóvenes sentados en las mesas de delante y en el centro hay un grupo de chicas, sentadas en taburetes alrededor de una mesa en alto, con aire de indiferencia y aburrimiento, sin parar de consultar el móvil. Todas ellas, o al menos la mayoría, miran de vez en cuando a un chico de pelo moreno que está sentado solo al fondo con las gafas de sol puestas. Lo observo con detenimiento hasta que acabo reconociéndole. Es Hugo Silva, que echa un vistazo a su iPhone mientras apura su bebida, casi a punto de marcharse.

Atisbo una mesa vacía para dos al fondo y decido sentarme en ella. Casi al instante y mientras me acomodo, se acerca el encargado y le pregunto poco más que a gritos por Funes, mientras suena *Once in a lifetime* de Talking Heads a todo volumen. Le comento que me ha citado en el bar, pero me contesta, también casi gritando, que nadie se ha dirigido a él con ese nombre ni ha recibido recado alguno para mi llegada. Pido entonces el Absolut con naranja de siempre y le pregunto cortésmente si puede bajar el volumen de los altavoces, que ahora atacan con *Heart of glass* de Blondie: "Una vez tuve un amor y resultó que tenía el corazón de hielo. Parecía real, pero no era amor, solo adorable ilusión", canta Debbie Harry, como si cantara mi propia vida.

Entretanto saco el móvil del bolsillo de mi abrigo, pero se me caen las gafas de sol al suelo. Mientras me agacho a recogerlas, noto una mano en el hombro y, por un segundo, siento un escalofrío, asustada al intuir que por fin voy a conocer a la persona causante de mis preocupaciones de los últimos días.

—¡Ana! ¡Soy yo!

—¿Qué? Por dios… ¡Vaya susto me has dado!

Tras ese instante de infinito pavor, reconozco la cara de Alicia Huberman, una amiga de hace muchos años. Vamos a ver como os lo resumo: Alicia es un *cocazo*. Muy jovencita, con solo veinte años y para pagarse los estudios de economía y diseño de interiores, acompañaba a su padre, un famosísimo entrenador de los mejores equipos de fútbol del mundo, como traductora. Como además de ser inteligentísima, es enormemente simpática, consiguió hacerse amiga de muchísimas modelos, parejas de jugadores de los equipos a los que entrenaba su padre.

Al principio, a cambio de su amistad, comenzó a enseñarles los rincones más apetecibles de las ciudades. Pero más tarde, gracias a su amplísimo conocimiento del mundo de la moda, estas modelos

comenzaron a contar con ella como *personal shopper* primero y como estilista exclusiva después, hasta que finalmente decidió abrir su propia asesoría estilística, convirtiéndose en la artífice del giro *fashionista* del armario de muchas *celebrities*, *influencers*, estrellas del pop o *top models* internacionales. Lo dicho, una profesional deslumbrante y una muy buena amiga.

—Perdóname, perdóname, Ana.

Por como se disculpa Alicia, comprendo que mi cara debe de ser la pura imagen del terror. Completamente atemorizada, el corazón me late con tal fuerza que parece que va a salirse del pecho.

—¿Te he asustado?

Respondo con la voz de una actriz que finge despreocupación, una voz que apenas reconozco como mía.

—No, no. Discúlpame, Alicia, pero no puedo tomar nada contigo, tengo una cita muy importante ahora y me va a ser imposible.

Le contesto muy apurada, mientras miro a un lado y otro. Tímidamente, echo un vistazo al resto de mesas, todos sus miembros están con la cabeza gacha, mirando al suelo, ojeando el móvil o apurando sus copas, nadie parece haber reparado en mi instante de pánico.

—¿Que tienes una cita? —Me dice Alicia sonriendo—¡Claro! ¡La cita es conmigo! ¡Tenemos asuntos pendientes!

—¿Tú? —respondo muy confundida y desorientada.

—¡Claro! ¿Por qué no conmigo? Tengo una propuesta superinteresante y quiero que la escuches, seguro que lo que te voy a proponer le puede interesar a alguna de tus marcas…—dice mientras se sienta y se acomoda definitivamente a mi lado

—Pero, entonces, ¿la cita es contigo? —ahora mismo, no sé que pensar. ¿Al final todo el tema de las amenazas es solo una broma? Mi enfado es tan descomunal que apenas puedo tranquilizarme—. ¿Y crees que es divertido? ¿Crees que me divierten estas citas?

—Pero ¿de qué estás hablando? ¿Por qué te pones así?

—O sea que… ¿no has sido tú la persona que ha llamado a la agencia y me ha citado aquí a las ocho? —Intento rebajar mi nerviosismo, disminuir un poco la tensión, pero no puedo evitar parecer muy preocupada—. ¿No eres Funes, entonces?

—¡Noooo! ¡Yo no te he llamado! Ya sabes que muchas veces me vengo aquí si tengo algún evento por el centro. He estado con una clienta y me iba ya para casa cuando has entrado. Y si pretendiera quedar contigo para hablar de un tema de trabajo tan serio como el que quiero presentarte… ¿Qué sentido tiene gastarte una broma y usar otro nombre? No es mi estilo…

—Vale. Vale. Lo siento, realmente lo siento —asumo que Alicia no es la persona que me envía mensajes de amenaza y que tan solo

pretende charlar conmigo—. Escucha, si no eres tú, significa que estoy citada con otra persona, así que me va a ser difícil oír ninguna propuesta ahora. Llámame mañana, prometo escucharte y ocuparme de la propuesta personalmente.

—Nooooo, no puedo hacerlo mañana. Tengo una cita con Paula de Territorio Prescriptor y luego otra con Nieves de Mister Flux. Y son por la mañana. Si no la escuchas ahora, la perderás… Y cuando te enteres de qué va, no querrás haber perdido esta oportunidad. Créeme.

—Pues entonces la pierdo… Ya te he dicho que estoy citada con alguien…

—Venga, Ana, son treinta segundos… ¡Hasta que llegue tu amigo!

—¿Qué amigo? ¿De qué hablas? —por un instante, vuelvo a sentir intensamente la ansiedad de mi paranoia —¿Quién?

—¡Con quien estés citada! ¿No me has hablado de un tal Funes?

—Ah, vale. Está bien, está bien. Pero solo un minuto.

—¡Por supuesto, no te quito más tiempo! A ver, disparo y voy al grano, ¿Ok?

—Dale. —Asiento con la cabeza mientras repaso nerviosamente una uña que me he partido involuntariamente esta mañana.

—¿Recuerdas que, hace tiempo, charlamos sobre Miquela, *la influencer* virtual de Instagram que habían creado en un estudio de 3D? Todo fue porque en una fiesta me contabas lo desilusionada que estabas con el desgaste que te suponía el roce diario con los *influencers* y sus representantes.

—Sí. Lo recuerdo. Me contaste que habías oído hablar del inicio de la fiebre por los *influencers* virtuales y que, tarde o temprano, llegarían para convertirse en masivos. Hice los deberes y estuve echando un vistazo al perfil de Instagram de *esa influencer* CGI que me dijiste.

—¿Y qué te pareció?

—Está muy bien, es muy interesante. La chica no me gusta mucho. Aunque decían que se parece a Rihanna, yo no le veo ningún parecido…

—Creo que la comparación era más un señuelo publicitario que otra cosa.

—Es que el diseño de la cara no me gusta, no es muy realista, las facciones, la piel, los ojos…Parecen de videojuego… Pero… ¡tiene casi tres millones de usuarios! Me quito el sombrero. Luego busqué en HypeAuditor y los datos que me salían eran espectaculares. Más de la tercera parte de sus seguidores son mujeres de entre dieciocho y veinticuatro años, con poder adquisitivo alto o medio-alto. Una mina para las marcas…

—Sí, sí, y va como un tiro. Ya ha trabajado con Chanel, Prada, Calvin Klein, con Givenchy, Vans, Samsung... Se me olvidan varias

marcazas más. Ahora está en la lista de las personas más importantes de la revista *Time*. ¡Y es de mentira, no existe!

—Es increíble.

—En OnBuy estiman que han facturado con ella diez millones este año… ¡Diez millones, Ana! ¿Te imaginas? Vale, es verdad que hay muchos *influencers* que ganan más, pero aquí no hay malas caras, ni envidias, ni caprichos de última hora… Se acabó el vedetismo y las *prima donne*. Tú eres la responsable de la estrategia, de la ejecución del plan de *marketing*, en definitiva, de toda la toma de decisiones al completo, sin que nadie más se inmiscuya. ¿No te parece todo un invento?

—Por supuesto, claro. La verdad es que nunca pensé que fuera a explotar de esta manera. Pensé que a la gente le resultaría tan artificial que nadie se engancharía.

—¡Artificial…Ja! Aquí, la *instagramer fake* ya ha publicado un *single* en Spotify con casi un millón de usuarios únicos al mes y más de cuarenta y cinco millones de reproducciones. Es que todo lo de este caso es mareante, Ana. Ya tiene ofertas para trabajar en cine. Esto no ha hecho más que empezar.

—Hay tantas cosas que me gustaría conocer…—aparto mentalmente un escaso minuto mi preocupación por la cita que me ha traído aquí, sorprendida ante otra apasionante vuelta de tuerca profesional que me promete nuevas posibilidades—. ¿Sabes a cuánto se cotiza la publicación en el *feed* de Instagram?

—Agárrate: 7.000 dólares. Eso sin negociar acuerdos más amplios de colaboración dependiendo del rango temporal de las campañas. *Partnerships*, *stories* y *reels* aparte… Es una mina de oro.

—Es alucinante. Lo que te decía. Para quitarse el sombrero. Y la penetración que tiene cada vez es mayor. El otro día, hablando con mi hermano, me preguntó por ella. Había visto una publicación que había hecho con…

—¿Rosalía?

—Eso es, con Rosalía en el Coachella. Todo el planeta Tierra parece haber compartido esa publicación.

En ese momento, Alicia coge su móvil, abre la aplicación de Instagram, y busca el *post* entre sus guardados, hasta acercármelo para que pueda comprobarlo. La publicación es una imagen de ambas entre equipos, cajas de luces y sonido en la que Miquela aparece apoyada en la pierna de Rosalía.

—Mírala. Casi 400.000 *likes*. Es lo que dices, ya ha sobrepasado el techo de su *fandom* en Instagram y está llegando a todos los segmentos de mercado. Llega a los *millennials* y a la generación Z, como tu hermano. Bueno, como ves, todo son ventajas, ¿verdad?

—Sí, sí, es obvio, pero a mi el CGI me canta tanto... Me recuerda

mucho a una serie de cuando tenía veinte años que se llamaba *Max Headroom*. —Sin poder evitarlo inconscientemente, vuelvo a mi angustia por el tal Funes, así que le meto prisa a Alicia para conocer su propósito cuanto antes—. ¿Y cuál es tu propuesta entonces? Llevamos más de un minuto, Alicia, recuerda, mi cita…

—Vale, tienes razón. Esta parte es un poco más…larga, pero voy a intentar resumírtela.

—Alicia, no quiero resultar maleducada, veámoslo mañana, te invito a comer y seguimos…

—Está bien, está bien, pero deja que, mientras, te lo resuma muy rápido. Si llega tu cita, seguimos mañana donde me quede, ¿ok? El motivo por el que te pedí que le echases un vistazo un poquito más a fondo a esta *influencer* virtual, es debido a una de esas casualidades que se dan en la vida y que tienes que aprovechar. Ya te conté que mi hermano Hans vive en San Francisco, en un suburbio de las afueras. Pues bien, se ha hecho enseguida un montón de amigos donde tiene la casa. Todos los niños de la urbanización van al mismo colegio y, como los padres se pasan el día juntos, acaban charlando de todo un poco, y se entera de que uno de sus vecinos trabaja de animador 3D en una *startup* que se llama Brud. Poco a poco se van haciendo cada vez más amigos, y charlando sobre el trabajo más en detalle, se entera de que este animador trabaja en el equipo que se encarga de Miquela. ¡Imagínate, Ana! Según me lo contaba por Zoom, se me enciende la bombilla y le pido información para atacarles.

—¿Para atacarles?

—Claro, por eso quería que le echases un ojo al perfil de la *influencer* y que nos viésemos cuanto antes. Les he preguntado por el coste del proyecto para crear otro *influencer* virtual que sea completamente nuestro. En esta *startup* ya han creado otros dos además de Miquela: Bermuda y Blawko. Te paso los enlaces de sus perfiles por privado de IG.

—Mmmmm. ¿No te parece que el efecto novedad ya está amortizado?

—Para nada. Investigando, he encontrado ya cinco o seis más: un tal Noonoouri, Laila Blue, Imma Gram y una pareja heterosexual, Shudu y Koffi. Esto es solo el principio. Y todos tienen unos números de escándalo. Échales un vistazo y me das tu opinión. A mí me parece que hay todavía muchísimo por hacer y muchísimo dinero que ganar.

—Ya veo por dónde vas… ¿Y ya te han contestado con lo que costaría crear otro CGI?

—Lo moví la semana pasada. Han prometido estudiar mi propuesta y contestarme en diez días. Primero quieren asegurarse de que la creación de un nuevo avatar no canibalice los que ya poseen, pero en ese sentido creo que tenemos las de ganar porque nuestro mercado es

aún muy pequeño para ellos. Ellos lo miran todo a efectos globales, no parece que les suponga un riesgo ni a corto ni a medio plazo. Además, no dejan de ser una *startup*, su *core* es crecer y crecer para luego vender la compañía y este no deja de ser un proyecto con un cliente europeo. Sinceramente, pienso que no deben verlo con malos ojos. Lo que quiero es cerrar contigo y otras personas de mi confianza una mini ronda de *friends, fools and family* y, con lo recaudado, s opesar cuál sería nuestro techo económicamente hablando para arrancar.

—¿Tienes algún borrador de *business* plan?

—Aún no, mi idea es que elaboremos juntas un listado de marcas de nuestra total confianza y presentarles una propuesta de colaboración con nuestros nuevos posibles servicios en este campo. Si entre las dos conseguimos el interés real de varias de ellas, confirmándonos jugosas partidas presupuestarias, quizás podamos seguir avanzando, crear una SL y encarar el presupuesto que nos propongan, que ya te adelanto que no va a ser poca cosa.

—¿Y el tema jurídico? Si creas un avatar de este tipo… ¿A quién le pertenecerá legalmente?

—No hay ningún tipo de duda, será nuestro. Tú pagas por su creación y mantenimiento, todo queda estipulado en un contrato donde queda regulado hasta el último detalle quién es el titular. Estos avatares son creaciones digitales de la agencia desarrolladora de diseño gráfico 3D y de efectos especiales, pero a partir de ahí están sujetos a derechos de propiedad intelectual e industrial, como en cualquier otro desarrollo de los que puedas hacer tú en tu agencia.

—Mmmm… Suena muy bien. Sinceramente, desde el punto de vista de *marketing*, no veo ninguna diferencia entre elaborar planes estratégicos de *social media* para Kim Kardashian o Paris Hilton que para esta Miquela. Y como tú decías, resulta una tentación olvidarte de toda la parte molesta de la gestión de egos.

—Shudu y Koffi, la pareja CGI de la que te hablaba antes, ha sido creada por una agencia montada específicamente para representar modelos virtuales en redes sociales. ¿Quién sabe, Ana? Lo mismo esto nos sale tan bien que podemos lanzarnos y no acabar solo trabajando con un único *influencer* virtual. Aquí nadie está cubriendo este campo… ¡Nadie!

En ese instante, dirijo la mirada a mi móvil, que está vibrando y se ilumina, mostrando una notificación de *WhatsApp* en el frontal. Ante el silencio provocado por mi distracción momentánea, Alicia aprovecha para rematar su bebida, mientras busca algo afanosamente en el bolso. Una pareja se acaba de sentar en la mesa de al lado junto al ventanal que da a la Carrera de San Jerónimo y una camarera se pone a limpiarles la mesa y tomarles nota mientras ahora suena en los altavoces el *Marque moon* de Television.

Me apoyo en el respaldo de mi asiento y me entra un sudor frío al leer el mensaje: “Pero qué zorra eres. La conversación que debíamos tener era solo entre tú y yo, no en compañía de nadie. Vigila bien tu espalda los próximos días, porque te voy a machacar y nadie va a poder salvarte, vividora hija de puta”. Entretanto hago una seña al camarero para pedirle la cuenta, pagar y marcharnos, Alicia vislumbra mi gesto de desasosiego y pregunta preocupada por mi nerviosismo.

—¿Trabajo?

—Es de la persona con la que estaba citada, no va a venir.

—Pues te ha cambiado la cara. Parece como si hubieras visto aparecer por la puerta a un asesino. Bueno, ¿cuál es tu veredicto?

—Que hagas caso de tus intuiciones, Alicia. La idea es muy interesante, llámame en cuanto tengas más novedades. Yo me pondré en marcha con los clientes para sondear el interés en el formato.

—No me has contado nada de tu novela… ¿Por dónde vas ya?

—Avanzando poco a poco. Precisamente ahora estoy en la parte en la que un asesino persigue a la protagonista.

22. EN COMISARÍA

Me han llamado a declarar —según le han dicho a Eva, "una declaración rutinaria", cuando tomó nota esta mañana a primera hora — a la comisaría de la calle Leganitos, relativamente cerca de la agencia, por lo que decido adelantar trabajo y acercarme a media mañana. Agobiada por la cita fallida de ayer, no hago más que darle vueltas a la identidad del tal Funes. Asediada además por el trabajo, ando acorralada por mil frentes, así que decido priorizar las propuestas pendientes; acabo de recibir una nueva idea para la película de las tortugas superhéroes. Nacho me avanza en su *email* que, antes de nada, lea el racional y solo lo juzgue una vez terminada su lectura. No está mal el aviso para generar curiosidad.

PROPUESTA CREATIVA EVENTO PROMOCIONAL

"Nuestras simpáticas protagonistas no se nutren de lechuga, manzanas o zanahorias como el resto de su especie. Ellas prefieren la auténtica *pizza*. ¿Y qué mejor oportunidad para que los *fans* conozcan a sus héroes mientras saborean el sabroso manjar italiano?

Proponemos cerrar la Puerta del Sol y llenarlo de figurantes, atracciones, espectáculos y una mesa de comedor gigante en la que se organice la mayor merienda de *pizza* de la historia. Para amplificar el evento, tendremos que ponernos en contacto con alguien del Libro Guinness que venga a hacernos cumplir las reglas para alcanzar el título de récord. Para avalar el éxito mediático del acontecimiento, sería conveniente que sea inaugurado por el alcalde y… ¡Y a comer *pizza* ! Podemos incentivar que los niños vengan con sus mascotas y asegurarnos así que nos ganamos a los más pequeños de la casa.

Además de garantizarnos este *target*, atraemos el de los papás que estarán obligados a acudir para traer a los niños, lo que nos abre muchísimo las posibilidades de patrocinio del evento: desde detergentes a marcas de embutidos, bebidas isotónicas o telecos *low cost*. Mientras los niños se atiborran de *pizza* y los papás los vigilan, podemos alternarlo todo con un espectáculo de música en vivo y amenizar la tarde.

Hemos pensado en artistas que puedan ser compatibles con esas edades y que además luego en amplificación en medios (PR) puedan ser muy noticiables: como creemos que los Cantajuegos se nos quedan para muy pequeños, hemos pensado en David Bisbal (que ya ha

grabado canciones para varias películas de animación), o algunos de los cantantes favoritos de "Operación Triunfo" de esta franja de edad: Aitana, Ana Guerra, Cepeda, Amaia o Alfred García. Aquí en el equipo, para no saturar mucho con los mismos, mencionaban a Andy y Lucas o alguna artista tipo Xuxa. Estos realmente no los vemos, pero hay que tener reservas por si se caen los otros o su *caché* es demasiado elevado.

Muchos de los que gustan a este *target* son internacionales y están fuera de nuestras posibilidades presupuestarias: Selena Gómez, Justin Bieber, Taylor Swift… También podemos traer a otros artistas no estrictamente musicales, pensamos en El Mago Pop o algunos de los niños que concursan en Master Chef Junior, que también tienen mucho tirón. Todos comiendo *pizza*, eso sí. Y, por supuesto, habría que cubrir la pata de *influencers*.

Para los más pequeños del *target*, proponemos *kidinfluencers* : Las Ratitas, que son dos hermanas con veintidós millones de seguidores, MikelTube con cuatro millones y que además es muy fan de nuestras tortugas, y Clodett para un poco más mayores, que cuenta con dos millones. Para la parte del público objetivo de la acción de más edad, barajamos varias opciones: Martina, con tres millones de seguidores, Pino, con casi dos millones o los Crazy Haacks, con cuatro millones, todos nos aseguran una cobertura perfecta.

Termino de leer el documento y, presa de la confusión, decido leerlo de nuevo por si lo he juzgado de forma precipitada. En esta segunda ocasión, su lectura me irrita aún más y, sin dudarlo, decido escribirle un *email* de vuelta a Nacho. Soy consciente de estar más nerviosa de lo habitual y no quiero pagarla con él, pero la propuesta me parece más una fiesta de Telepizza en Villarriba y Villabajo que un evento de superhéroes para niños.

A pesar de que en parte me viene bien tener la cabeza ocupada con tortugas y *pizza*, un tema que hoy no puede estar más alejado de mi realidad, acabo por perder la paciencia presa de la angustia. Hasta ahora había oído hablar de la ansiedad, como todo el mundo, pero la relacionaba con personas nerviosas e inestables. Y como yo tengo un temperamento relativamente tranquilo, nunca pensé que acabaría padeciéndola.

Siempre creí que la ansiedad era el nudo en el estómago al presentar a un cliente, el miedo a perder una cuenta o la aprensión al despedir a alguien. Yo, que me veía a mí misma como una mujer equilibrada y con los pies en la tierra, soy consciente de que he perdido el equilibrio. No solo mental, también físico, no sé exactamente si tengo mareos o vértigo, si soy yo la que da vueltas o qué me pasa.

Según mi psicólogo, mi sistema nervioso primitivo se ha vuelto

hipersensible: intuyo peligros donde no los hay. En la calle, mientras voy andando, tengo miedo de que la persona que me escribe los anónimos se abalance sobre mí y me ataque. No obstante, entiendo que todo esto es debido a que es la primera vez que me relaciono con una muerte violenta. Hasta el día de hoy, para mí el asesinato solo había formado parte del argumento de películas, novelas o de la sección de sucesos de los periódicos.

Presa de mi nerviosismo, echo un vistazo a las agujas de mi reloj de pulsera para conocer la hora: 10:30. Preocupada, le pido a Eva una tila para calmarme, y mientras espero, pierdo el tiempo curioseando la programación de Mezzo de esta semana en la televisión de mi despacho: ahora mismo emite un documental de la Callas sobre la mítica *Traviata* que interpretó en La Scala de Milán a las órdenes de Visconti.

Desconcentrada, apenas aguanto diez minutos, así que luego me entretengo yendo de canal en canal hasta dar con uno de una tele local en el que hay dos especies de curas, tal vez predicadores, con traje de hombres de negocios, hablando de mensajes satánicos en todo tipo de canciones de la cultura popular infantil, diciendo que si se escuchan al revés "contienen alarmantes pasajes para la niñez".

Uno de los tipos se levanta y rompe por la mitad un disco de "Campeones", la serie de dibujos animados japonesa protagonizada por Oliver y Benji, ya que, por lo visto, poniéndola al revés, se puede escuchar "Viva Hitler". "Y créanme, como cristianos temerosos de Dios, ¡no lo vamos a permitir!" Luego uno de los dos alucinados, con el pelo blanco recogido en una larguísima coleta, se pone a hablar de lo mucho que le preocupa que este tipo de mensajes perjudiquen a los niños. "Porque los niños son el futuro de este país", grita, y luego rompe otro disco.

En otro canal, me quedo embobada viendo el tráiler de una película de Scarlett Johansson en la que hace de extraterrestre devorahombres. Y en la MTV están emitiendo un vídeoclip de Jay-Z y Beyoncé, vestidos exótica y grandilocuentemente, luciendo cadenas de oro, ropa exuberante y poderosa, paseando por los pasillos del Louvre, contemplando con desprecio sus cuadros. En algunos momentos y frente a obras consagradas, Beyoncé y sus bailarinas semidesnudas desafían a los cuadros, dedicándoles enérgicos *twerkings*, buscando el escándalo perfectamente calculado.

Aparece de repente Eva y me acerca la tila humeante, avisándome de que tenga cuidado con la taza porque quema. Me pregunta preocupada por mi estado y le respondo que solo es una de mis habituales migrañas. Me ofrece entonces un Enantyum, pero le

comento que tomé esta mañana un Zolpidem y que en un rato me acercaré a la comisaría y después me retiraré a casa, por lo que le pido que anule todas mis reuniones de la tarde.

Vuelvo a repasar los correos de la mañana antes de marcharme. Además de los habituales *emails* de proveedores que ofrecen mil plataformas tecnológicas para poder localizar y evaluar *influencers*, me llegan un par de nuevas propuestas de trabajo muy interesantes: una marca de cava catalán que ha reunido a última hora una buena partida presupuestaria para hacer una campaña en navidad y pide un proyecto llave en mano, con estrategia de *social media* y de *marketing* digital más contratación de *influencers* y otra petición de presupuesto de una fragancia de la compañía Puig, que también necesita una estrategia de *marketing* de influencia para las próximas fiestas.

Como vamos justísimos de tiempo para las dos, decido enviar de inmediato los correos a Nacho, avisándole que lo ponga todo en marcha hoy mismo contestando los *emails* A.S.A.P., para comenzar a elaborar la propuesta de modo inminente y poder contratar ambas campañas.

Aún con los nervios de punta, vuelvo a consultar el reloj, que marca las 11.30. Le echo un vistazo al iPhone y, casi sin darme cuenta, navego por las noticias del sector en un *feed* privado que me programaron los chicos del departamento de tecnología. En el frontal superior, la noticia más destacada describe las denuncias por "interacciones inapropiadas" de algunos *influencers* de TikTok, que han llegado a pedir a sus seguidoras fotos de ellas desnudas. El escándalo partió de un *tiktokero* francés que acosaba a sus usuarias de manera constante y con el mismo *modus operandi*.

Con la denuncia pública de una de ellas, empezó el carrusel de acusaciones del resto de agredidas, por lo que la red explotó de indignación este fin de semana, hasta llegar a la ministra de Igualdad de Francia. El escándalo es mayúsculo y lo cierto es que no me sorprende nada, Internet está lleno de salidos y TikTok es una red llena de chicas muy jóvenes, casi niñas. Era solo cuestión de tiempo que conociéramos algo así.

La propia red social TikTok anima a las jóvenes que hayan sufrido comportamientos así a "ponerse en contacto con las autoridades competentes" y a "señalar estas cuentas". Por supuesto, faltaría más, hay mucho dinero en juego como para no colaborar y hacer un lavado de imagen público.

Junto a esa noticia, otras de corte inquietante: las peticiones más locas a los cirujanos plásticos, que incluyen joyas como "Quíteme el ombligo, que quiero tener la tripa como un extraterrestre", "Póngame los labios como los de Kim Kardashian" o el caso de Valeria Lukyanova, una *influencer* ucraniana que lleva decenas de operaciones

para asemejarse lo máximo posible a una “Barbie humana”. Y otras noticias en la línea del amarillismo y el *clickbait* mal entendido: Paula Gonu “estalla” en redes tras descubrir que reventaron su coche, la historia detrás de la película en bucle que Wismichu ha presentado en Sitges o *Dalas Review* ataca a El Rubius y asegura que “tiene actitud de acosador” cuando liga.

Cierro el Chrome mareada, y ordeno el escritorio antes de marcharme. Mientras busco el bolso y la gabardina, desconecto mi ordenador y oteo el cielo tras los ventanales del despacho para asegurarme que no llueve y no necesito paraguas, así que decido acercarme a la comisaría andando para que me de el aire y despejarme un poco. Aunque al poco de bajar hacía Sol, apenas tardo unos minutos en retomar el runrún de los anónimos en mi cabeza.

Llego a la comisaría y atravieso el estrecho arco de seguridad de la entrada. Una agente armada que controla el acceso me dirige cortésmente hacia la sala de espera del fondo. Atravieso un pasillo estrecho hasta desembocar en una habitación cuadrada con banquetas de pared que recuerda la sala de espera de una cárcel turca, aunque esta da mucho más miedo. Una decena de personas de todas las razas, edades y nacionalidades aguardan allí impacientes su turno. Dos colombianos, hartos de esperar, me ceden su número, el 223, y se van.

—Llevamos aquí desde las ocho y son ya son más de las doce y media. Para qué voy a seguir aquí, doy por perdida la cartera.

Una familia de franceses, a mi derecha, consultan obsesivamente el móvil cada cinco minutos para confirmar si alguien ha usado la tarjeta de crédito que había en la cartera que les acaban de robar mientras desayunaban. Un matrimonio situado frente a m*í*, que parecen españoles, se queja del calor de la sala y se plantea volver por la tarde-noche.

—No aguanto más en este horno. Voy a preguntar hasta qué hora podemos acercarnos, porque si esta comisaría está abierta las veinticuatro horas, podríamos venirnos esta noche sobre las diez… Total, lo nuestro no es un asesinato, no corre prisa —le contesta a su mujer en alto, sonriéndome mientras lo dice, sin saber que ese es precisamente el motivo por el que yo estoy aquí.

Hay quien acaba perdiendo los nervios. En el momento de mayor confusión, aparece una traductora que consigue calmar los ánimos de unos turistas chinos que no hablan español.

A los cinco minutos, una de las policías que vigilan la sala me nombra en alto, y tras identificarme, me hace una seña para indicarme la puerta del despacho del fondo. Luego, me hacen pasar a un anexo de la comisaría sin luz natural. Me recibe un agente al que no conozco, que se presenta educadamente, estrechándome la mano con cordialidad fingida. Trata de tranquilizarme, recordándome que esta

declaración es solo un trámite para repasar algunos puntos que pueden ayudar en la investigación.

—¿Había tenido, señora Portela, alguna relación con la víctima, Diego Gímenez? —me pregunta el agente con aire indiferente y depresivo. Un retrato perfecto del funcionariado policial español.

Comienza con esta cuestión y prosigue con otras que ya contesté en su momento a los inspectores que vinieron a la agencia. Yo había sido la última persona que había hablado con el asesinado, en teoría, podía ayudarles a identificar a la persona que acabó con la vida de Diego con cualquier pista o indicio: desde el recuerdo de alguien que salía del ascensor en ese momento o que andaba a lo lejos, hasta cualquiera que acabara de entrar en la planta…

Precisamente estos días, Álex me contaba que cree que ya deben de tener medio identificado al asesino gracias a las cámaras de seguridad del aparcamiento. Al tener certificada la hora de la muerte de Diego, pueden consultar lo sucedido en ese momento exacto con el material obtenido de todas las cámaras del *parking*. En algún momento el asesino entró e interactuó con Diego; el camino desde su llegada hasta su huida habrá quedado registrado seguro, ya solo hace falta un poco de suerte en su identificación.

Con la intención de ayudar y y que la visita no resulte infructuosa, describo a un par de personas con las que me crucé aquella noche mientras entraba al aparcamiento. Desde entonces, he procurado no olvidarlas obligándome durante estas semanas a recordarlo constantemente. En ese momento, el agente abre un cajón de su mesa y coloca sobre el escritorio una carpeta con varias fotografías. Saca de la carpeta solo un par de ellas y me las muestra, señalándomelas con un gesto para provocar mi reacción. Al principio, me llama la atención la foto de un tipo, pero enseguida me doy cuenta de que no le conozco y se lo hago saber.

—No me suena la cara, no. No he visto esa cara en mi vida.

—¿No ha dicho que le sonaba?

—Ha sido el primer vistazo. Solo un segundo. Me pasa siempre.

—¿De qué le sonaba?

—Ni idea. Quizá de la agencia, del trabajo, puede ser un cliente, un proveedor, pero no, falsa alarma. Los nervios me han jugado una mala pasada. Estoy un poco nerviosa y me he equivocado. Procuraré contestar de forma más reflexiva y cuidadosa.

—Y no la recuerda.

—No.

—¿No recuerda nada de nada?

—No, no. De veras, mil disculpas —la insistencia del agente hace que durante un buen rato me suden las manos, algo que siempre me pasa cuando me pongo muy nerviosa—. Nada de nada. Igual que si

más adelante me encontrase con usted por la calle, vestido de paisano, no lo reconocería hasta que no me dijese: “Soy el agente que le tomó declaración”. Desgraciadamente, soy cero fisonomista.

—Le atendió un psicólogo, ¿verdad?

—Sí, mi psicólogo de cabecera, Hans Meyer —le contesto, mientras le confirmo los datos completos, incluidos la dirección de la consulta, su número de móvil y la dirección de correo electrónico del “vienés”.

Ahí lo dejamos. Una declaración sin importancia. Y, en cuanto a la última pregunta —la relativa a mi psicólogo—, el agente se la debe hacer a todo el mundo, seguro que es un puro trámite. Según me dijo Álex, después de un asesinato, siempre llaman a declarar a los psicólogos de los sospechosos o de los testigos clave de una investigación, así que no debo preocuparme.

23. NIGHT GLOW

Delante del restaurante donde me han invitado se ha formado tal aglomeración que me veo obligada a rodear una limusina estacionada enfrente de la acera, no ya para entrar en el local, sino para empezar a abrirme paso a empujones entre el gentío. Los *paparazzi* que no han podido colarse intentan desesperadamente llamar la atención a gritos a los *influencers* invitados que van llegando para sacarles una buena foto desde fuera.

Yo me uno a Andrea Belver, Miguel Carrizo y Gala González hasta llegar donde están Miranda Makaroff y Ares Aixalà, con cuya ayuda logro acceder al interior del restaurante. Extraigo de mi clutch de Emporio Armani la invitación al evento y mientras la presento en la entrada, nos recibe el *Runaway* de Kanye West, justo después de la *intro* de piano, en el momento más oportuno de la letra —"brindemos por los gilipollas"—, lo que hace que no pueda evitar sonreír.

El bar está a tope: cachorros de la jet, cuerpazos de gimnasio, niñas bien peinadas a la última, ejecutivos modernos, mucha *mocatriz* —modelo/cantante/actriz— espléndida pero agotada, *millennials* con silicona y *centennials* con extensiones, *microinfluencers* trepas a lo Eva Harrington, *instagramers* uniformados de *streetwear*, esforzadas de moda Chicfy, populares de la tele con miedo a perder el tren, y mucha, mucha falsedad por todos lados.

Saludo de lejos a Álvaro Naïve y a Stuart Rudnik —ataviado para la ocasión con unos joyones enormes, una camisa con transparencias y pantalones ajustados—, que están bebiendo gimlets con Armin Heinemann y una lesbiana guapísima de nombre Susana, que luce un sombrero Fedora de ala ancha. A su lado hay dos chicas que podrían pasar por ser las componentes de Sonia y Selena —un dúo femenino de pop petardo de finales de los 90— pero con más años, más kilos y más operaciones. Es una noche que me recuerda a Nietzsche cuando hablaba del eterno retorno, con lo que debía referirse a la moda de los años noventa redivivos.

Mientras inspecciono el comedor de la planta baja en busca de mi amiga Sandra, la encargada de relaciones públicas del evento, me doy cuenta de que estoy al lado de Juancho Navas —el CEO de Territorio Prescriptor, una agencia de la competencia con la que hemos concursado infinidad de veces, sufriendo en nuestras carnes sus trampas y zancadillas— que también anda buscando a alguien junto con su hermano y un chico que no medirá más de metro cincuenta con

unas Wayfarer de Rayban, por lo que antes de saludarle, me doy la vuelta lo más rápido que puedo para que no se dé cuenta de mi presencia.

Roser X —una representante de *influencers* con la que he trabajado en muchísimas ocasiones— aparece abriéndose paso entre la multitud y gritando "¡Woo-hoo! ¡Woo-hoo!" mientras suenan atronadores los primeros acordes del "Song #2" de Blur. Ahora, buena parte de los asistentes se suman y corean el estribillo por el que mucha gente conoce la canción, aunque ni siquiera sepa su nombre real. De pronto me ve, sube el tono algo así como ochenta octavas, exclama "¡Aaaannnnaaaaa!" y me besa escandalosamente en la cara.

En estas, diviso a Gerard Estadella, "el fotógrafo de los *influencers* ", con el que hace mucho tiempo que no coincido. Viste una camiseta de 11 Degrees, un pantalón pitillo ajustado casi como si fuera una malla del Bolshoi, el pinkie y unas Vans negras. Y por supuesto, un tupé alto, muy alto. Cuando me dispongo a pedir algo de beber y saludarle, ya es demasiado tarde. Un par de chicos, uno con una gorra de béisbol y vestido con un peto ceñido, y el otro con la cabeza rapada al cero, una camiseta de gimnasio sin mangas y unos vaqueros rotos, se le acercan y le presentan a una chica muy joven, con aretes y una coleta, con estética hip-hop y una camiseta con el lema "Lo hago de escándalo".

Muy cerca de allí, Bea Santana, una *blogger* chiflada y sin talento, flacucha, de media melena mustia y lacia y que trabajó brevemente en la agencia, presencia la escena, me ve y, sonriendo, me saluda con la mano, pero yo le respondo con un desganado gesto de fingida cortesía.

Luego esquivo un cargamento de confeti blanco y negro, y subo las escaleras del restaurante al segundo piso, mientras a mi lado, un equipo de un programa del corazón está entrevistando al chef titular, una *celebritie* del mundo gastronómico, que luce una descomunal y cuidadísima barba a lo *hipster*. "Peter, ¿cómo vas?", le saludo al pasar junto a él.

Sin perder de vista a los periodistas, y consciente de que encontrar a Sandra va a resultar imposible, pregunto por mis amigos a un excéntrico encargado con pinta de Tim Burton. Este consulta una lista y me indica un reservado situado al fondo, a donde no sé cómo voy a poder llegar, porque la planta está abarrotada, no queda ni un metro libre. Continúo como puedo hasta el final del pasillo, donde paso junto a una mesa de billar de anticuario que ocupa el centro de una gran sala con una iluminación tenue y actual. Los fríos destellos de los focos del evento situados fuera de la calle atraviesan los cristales, recorren la sala, desaparecen y vuelven a aparecer al cabo de pocos segundos, inundándolo todo de luz metálica.

Mientras atruena *Toosie slide* de Drake, atravieso despistada la zona de salas exclusivas para los VIPS, en dirección al reservado donde me

esperan, por lo que pruebo a entrar disimuladamente en cada uno de ellos con la esperanza de encontrarlos.

—¡Hola, Ana! —de pronto, escucho una voz a gritos, a pesar del barullo.

La llamada de atención proviene de Gonzalo Poletti, director creativo de ADC Studio, un argentino delgado y atractivo, con aires de triunfador y traje Hugo Boss azul marino que ocupa el segundo reservado. Debería aparentar mediana edad, pero gracias al *lifting* que se hizo hace ya un tiempo y a las dosis de Prozac que —según datos confidenciales que me contó una antigua novia despechada y amiga común, una tarde de desahogo, mientras apurábamos un café—, toma regularmente desde hace meses, sigue dando el pego.

Además de eso, me contó otras *frivolités* del angelito: un astrólogo —para conocer moderadamente el futuro y obrar en consecuencia—, pádel —para hacer *networking* en el Reebok Sports Club de La Finca y no perderse ninguna posibilidad de negocio— y una dietista —que le recomienda comer mucho pescado crudo y arroz integral y abstenerse de probar la tempura, aunque obviamente le consiente el sashimi.

Gonzalo vive en la zona de Fuente del Berro, y es vecino de Blanca Suárez. Y Blanca Suárez de Aitana de OT. Y Aitana de varios *influencers*. Es un poco como la edad de oro de las *celebrities*, ¿verdad? Me recuerda —irónicamente—, a esos grandes espíritus que convivieron en otra época: Schubert era vecino de Beethoven. Beethoven lo fue de Mozart. Y Schumann lo fue de Brahms. Y Brahms de Grieg. Y Grieg de Tchaikovsky.

Gonzalo me saluda con una deslumbrante sonrisa, algo poco habitual en él, lo que me hace sospechar que ya anda colocado.

—Pero, Ana, ¿qué haces por aquí?

—Lo que sea por conseguir un nuevo cliente, Gonzalo, jajajaja —le contesto automáticamente—. Perdona, pero me he perdido. Busco a Álex y a Nora, pensé que estaban en este reservado.

De pronto, un tipo algo despistado, entra mirando a izquierda y derecha del pasillo e interrumpe nuestra conversación.

—¿Una foto? —pregunta—. ¿Una… foto?

—¿Conoces a este tío? ¿Va contigo? —me dice Gonzalo.

—No lo he visto en mi vida.

—¿Pero tú cómo has engañado a los gorilas de la puerta y has conseguido llegar hasta aquí? —le pregunta irritado y visiblemente molesto.

El tipo, sin prestar mucha atención a Gonzalo, no responde y se da media vuelta, perdiéndose de nuevo por el pasillo.

—Estás más delgado —le digo retomando la conversación.

—Es que las drogas me dejan hecho polvo —bromea mientras se vuelve a relajar.

—No le veo la gracia —le replico con tono marital.

—Oye, que no me drogo. Es broma, estoy en plena forma.

—Ya, claro, el pádel, ¿no? En serio, ¿cómo estás? ¿Cuántos kilos has adelgazado?

—Casi treinta kilos. Estoy como nunca. De verdad. Estoy que me como el mundo. La cosa empieza a moverse y lo tengo todo controlado. Ríete, ríete, pero estoy *on fire*.

—Ah, ¿sí?

—Acabo de adentrarme en un territorio desconocido.

—¿Y cuál es?

—El futuro.

Gonzalo se restriega sospechosamente la nariz y echa una mirada a dos veinteañeras que están sentadas a su lado en la mesa del reservado, ambas con el pelo teñido de naranja y los labios pintados de azul como dos *cosplays* japonesas, y me dedica una sonrisa forzada.

—Veo que has progresado mucho a la hora de expresar tus ambiciones.

—Ya lo creo. Ahora soy un tipo directo y decidido que sabe lo que quiere.

—Me alegro, por lo menos no engañas a nadie.

—Oye, ¿pides tu Absolut con naranja y hablamos de *business* ? Así te presento a mis dos ayudantes —me dice, mientras señala con un gesto de cabeza a las dos veinteañeras, que siguen completamente herméticas, mudas, sin parpadear siquiera, completamente indiferentes ante nuestra conversación.

—Me esperan para cenar. Pero si vas a quedarte luego a tomar unas copas, nos vemos seguro —le digo, intentando escabullirme.

—No sé cómo llegaré a esas horas —me responde, guiñándome un ojo—. Si ando por aquí, te busco y charlamos más tranquilamente, ¿ok?

—Claro, cuenta con ello —le respondo mientras me alejo ofreciéndole una breve despedida con la mano sin volverme, al divisar al final del pasillo de los reservados a mi amiga Nora.

Esta, aunque me ve, tiene centrada su atención en un periodista que está entrevistando a un *influencer* guapísimo, así que antes de saludarnos, hace las presentaciones de rigor.

—Ana, de Influence & Hype. Manu, de la revista *Icon* —y nos anuncia con un gesto.

—Qué hay. Me encantan tus artículos —le digo al periodista.

—Manu está preparando un reportaje sobre *influencers* de moda —me interrumpe Nora para aclararme sin mucho entusiasmo, a gritos, sorda ante el volumen del equipo de sonido del local que ahora escupe el *Lightswitch* de Chaii.

—Jajajaja… ¡Ya era hora que alguien se decidiera! —le respondo

en modo ironía *on*.

—¡No sé qué me dices porque no oigo nada con esta música, por llamarla de alguna forma! Ven —me coge Nora de la mano mientras continúa hablándome a gritos—, es aquel reservado de allí, ya están Álex y Ari esperándonos.

Nora Guttmann tiene poco más de sesenta, castaña de pelo rizado, la cara ancha, los dientes grandes y unos ojos verdes inmensos, viste con cierto aire de clase alta, esta noche lleva un elegante traje de chaqueta de Max Mara a lo Katherine Hepburn. Durante varios años, directora de comunicación del Thyssen y de la Biblioteca Nacional, nos conocimos cuando trabajamos para ella en el Teatro Real. Periodista inteligente, culta y sin pelos en la lengua, su personalidad poco sumisa con sus jefes le granjeaba enemigos allá por donde iba, por lo que decidió montárselo por su cuenta y dedicarse a la asesoría de imagen, comunicación y relaciones públicas.

—¿Qué hay, Nora? —le saludo con un suspiro mientras me inclino para besarla y nos dirigimos pasillo arriba hacia el reservado.

A pesar de que necesito desesperadamente contarle a Nora todo sobre los anónimos intimidatorios, no consigo encontrar la excusa para hacerlo, rodeadas de este alboroto de luces y ruido.

—Anda, vamos. Dábamos por hecho que tendríamos que enviar una patrulla de los GEO para que pudieras llegar hasta aquí —me dice algo enfurruñada. Conociéndola, sé que odia todo este circo y que le supone un gran inconveniente.

—Perdona, cariño, me he perdido —le digo a Álex mientras entro en el reservado y le doy un beso.

—Mi heroína… —me responde muy cariñoso Álex con otro sonoro beso en la mejilla.

—Dios Santo, qué frío hace aquí… —sentencio mientras repaso su *look* de esta noche con el pelo engominado y un esmoquin impecable de Comme des Garçons.

—Oye… ¡Te has puesto guapísima! —Álex me devuelve el escaneo. Esta noche llevo una camisa oscura de mangas abullonadas combinada con unos pantalones negros de vestir de cintura alta, todo de Carolina Hererra, y unos Manolo Blahnik de vinilo.

Me siento de cara al resto de la sala, con la mirada fija en la gran mesa del centro donde se agrupa un arreglo floral un tanto exagerado e inútil, mientras Nora y Álex discuten cómo quitar el aire acondicionado.

Como estoy sentada de espaldas a la puerta del reservado, no veo entrar a Ari. Pero en cuanto aparece y se sienta frente a mí, me quedo impactada. La chica está que rompe, y se la ve muy metida, sin ningún esfuerzo aparente, en el papel que la convertirá en estrella.

Lleva su melena negra azabache en un recogido sofisticado y

elegante que resalta las facciones de un rostro perfecto en el que destacan unos enormes ojos tan azules que parece que lleve lentillas. Tiene una piel sin mácula. Es verdad que se le notan los labios hinchados por las inyecciones de colágeno aún recientes, que presume de busto, claramente de silicona, y que su perfecta nariz recta y afilada y la altura de sus llamativos pómulos solo pueden conseguirse pasando por un quirófano. Pero si a eso le sumamos sus veinticuatro años, su casi metro ochenta de estatura, un cuerpo delgado y definido que quita el hipo y una sonrisa franca, es obvio que estamos frente a un diamante en bruto. Para su puesta de largo en el mundo *influencer* de esta noche, lleva un vestido largo de Prada de color negro con la espalda al aire y unas preciosas sandalias oscuras de charol.

Nora la descubrió en unas pruebas de acceso al coro del Real y desde entonces le ha ido consiguiendo trabajos que le han supuesto subir poco a poco varios peldaños en su carrera: que si un vídeo con Pablo Alborán, que si una portada en el número especial de navidad de *Elle* en España o muchos papeles pequeñitos en películas de Julio Medem o Juanma Bajo Ulloa. Últimamente, Nora se pasa todo el día al móvil negociando propuestas con marcas que empiezan a querer firmar contratos en exclusiva y con jugosas condiciones. Así que aunque Nora se lleva el quince por ciento de sus ingresos, piensa que ha llegado el momento de ser ambiciosa y dar un salto más en la carrera de su representada. Quizás debamos compartir su representación ampliando el negocio en redes sociales, teniendo en cuenta que en los últimos meses ha negociado con Lancôme, Banana Republic, Benetton, Kenzo, The Gap, Guess, Mango, Pepe Jeans, Calvin Klein o Diesel. Casi nada.

En estas aparece nuestro camarero y Álex propone que pidamos la cena. Ari se hace la remolona, asegurando que no tiene apetito, pero yo sé que miente porque Nora me lo ha contado. Tiene rigurosamente racionados los bombones, la única comida de la que disfruta mínimamente. No toma arroz, ni patatas, ni grasas de ninguna clase, ni pan, sólo verduras al vapor, algunas frutas, pescado sin salsas y pollo hervido.

Afortunadamente, el *catering* de la fiesta es de primera y no le pongo peros a la elección del menú. Primer plato: *lobster rolls*. Segundo: patatas bravas con mojo picón. Tercero: *gyozas* rellenas de cerdo ibérico y gamba roja. Álex pide al sumiller una botella de Ribera del Duero gran reserva. El hombre lo mira impresionado por sus conocimientos sobre el particular. Al rato, el sumiller regresa con la botella y la descorcha después de que Álex la haya catado, escanciándola en una frasca, mientras que un camarero se acerca con un carrito en el que transporta los *lobster rolls*.

Mientras el maître nos sirve los sándwiches rellenos de la carne

recién cocida de langosta, el fotógrafo de antes, que anda espiando los reservados en busca de algún famoso, nos interrumpe para preguntarnos si queremos que nos saque una foto.

—Oye, aquí, como ves no hay *influencers*, no hay famosos, los cuatro somos gente normal —contesto, dándole toda clase de explicaciones.

El fotógrafo se agacha junto a la mesa y espera a que nos decidamos.

—No, no, no queremos fotos —protesta Nora, negando con la cabeza tajante.

—Quizá después de cenar —dice Ari.

—Venga, animaos —dice Álex—. Así la subo a Instagram.

—¿Desde cuándo tienes Instagram? —pregunto extrañada.

—Mujer, ni que tener Instagram fuera como tener el carné del partido nazi —contesta Álex irónicamente.

—Esta noche no me siento muy fotogénica, Álex —protesta Nora.

—Pues yo estoy más que dispuesto para que me inmortalicen —replica él—. Dispara de una vez, hombre.

En el preciso momento en que dispara el *flash* me inclino hacia Nora, que se aparta un poco y en ésas le da un cabezazo al maître justo cuando el tipo se retiraba para esperar pacientemente el momento de seguir sirviendo más *lobster rolls*.

—¡Será posible! ¡Mira lo que he hecho! ¿Pero no te hemos dicho que no queríamos que nos hicieras una foto? Venga, puerta…—prosigue Nora enfurruñadísima.

—Si ya está... ¿a dónde os la mando? —zanja sin perder los nervios el fotógrafo.

—Nora, tranquila. Anda, envíamela a mi IG, alex_pascal. Y muchas gracias.

Pasado el incidente del fotógrafo y mientras el resto de la mesa comparte comentarios sobre como hemos quedado cada uno de nosotros en la imagen, aprovecho que Álex menciona su IG para entrar en mi iPhone y comprobar su canal, ya que me han sonado todas las alarmas. Tras abrir la aplicación, tecleo su usuario y ahí está, con un *selfie* en su coche de foto de perfil, y por ahora con 58 seguidores y tan solo un *post* de presentación. Entro en el perfil, tiene 29 likes, y me da por examinar uno por uno a todos sus usuarios. A muchos los conozco: compañeros de la agencia, amigos del gimnasio, varios familiares y… ¡voilà.!. Raquel Zuluaga. Decía Ayn Rand que tener miedo a enfrentarse a un hecho es temer que lo peor sea verdad. El miedo ante esta relación es descubrir que la lealtad de Álex hacia mí se resquebraje por las manipulaciones tóxicas de esa alimaña, cuyo único interés es destruir.

Varias *It Girls* pasan revoloteando junto a nuestro reservado de

camino a la escalera que comunica con el primer piso y lanzan miradas nerviosas a Ari. Para romper el hielo con ella, que apenas ha hablado, le pregunto qué tal le va con su nuevo *spitz* canadiense, Dolan, sin apartar la vista de mi sándwich de langosta.

—Bueno, como dice mi hermana pequeña, *regulinchi* —contesta Ari, sonriendo contrariada con la mandíbula apretada.

—Sí, bueno, con un perro nunca se sabe, ¿no? —le respondo.

—¿De dónde viene el nombre de Dolan? —pregunta Álex sin mucho entusiasmo.

—He sido yo, chicos. Ya me conocéis, mi maldita obsesión por los detalles —responde Nora sin darle tiempo a Ari a contestar—. La raza del perro es canadiense y como no hay nada conocido en ese país... caí en que Xavier Dolan nació allí, y como adoro sus películas…

—No sé quién es. Ana, ¿he visto alguna de sus películas? —me pregunta Álex mirándome fijamente.

—No, Álex, no sale en ninguna de los *X-Men* …— le devuelvo la mirada muerta de risa hasta que me veo obligado a apartar los ojos.

—Yo tampoco sabía quién era —responde sin disimulo Ari—, pero desde que tengo el perro, y Nora me habló de él, he visto varias de sus películas en Filmin.

—¿Y a que te gustaron? —pregunta Nora, encantada con su rol de Pigmalion moderna de futuras *influencers*.

—Sí, te las recomiendo, Álex. Un poco largas, eso sí, duran cerca de tres horas. —advierte Ari, muy natural, sin ser pretenciosa.

—Puff, tostones de esos para intelectuales que se hacen eternos… Seguro que me duermo, no hay películas tan largas que no me hagan caer en los brazos de Morfeo…—contesta Álex sin cortarse, con confianza.

—¿Sabéis lo que uso yo para dormirme? —dice Nora mientras saca su móvil del bolso—. Esperad que lo encuentre, que anoche lo usé para trabajar y luego lo dejé puesto, estará en el historial. Sí, aquí… El vídeo se titula *Calming Seas -11 Hours - Ocean Waves Nature Sounds Relaxation Meditation Sleep*. Y sí, son once horas ininterrumpidas de sonido de olas rompiendo en la orilla de una playa.

—¿Once horas? ¿Qué es eso, You Tube? —pregunto extrañada.

—Sí, toma, échale un vistazo…—me responde Nora mientras me cede su *smartphone* para constatarlo.

—¡Tremendo! Tiene casi cincuenta y tres millones de visualizaciones y el canal casi setecientos mil suscriptores…—exclamo admirada ante semejante demostración de autoridad.

—Lo que demuestra que la gente está muy estresada y que necesita ayuda para dormir…—sentencia Álex.

—¿Y para eso es necesario que esté en 4K? —cuestiono desconcertada al comprobar la calidad del vídeo en las preferencias

del *interface*.

—Bueno, hay gente que lo pone en la pantalla de 70" de su dormitorio —me confirma Álex, que esta noche tiene respuesta para todo.

—¿Y necesitan verlo en alta definición? ¿Pero la gente no usa el sonido para dormirse?

—Supongo que también lo mira mientras le vence el sueño, ¿no? —ahora responde Nora, que al ver que no sonrío, rebaja el tono inmediatamente—. Era una broma, cielo. Una broma. Te he entendido perfectamente.

—A ver, yo sí creo a Nora. Funcionar, funciona. Cuando nacieron mis mellizos, en muchas ocasiones lloraban sin parar y nada les consolaba, así que un día probé una cinta de *cassette* antigua que tenía con el sonido de las olas del mar, y al cabo de un buen rato, uno estaba dormido y el otro mucho más tranquilo. Desde entonces, lo usé en infinitas ocasiones. Empirismo puro sin una sólida evidencia científica, eso sí...

—¿Ari, tú no dices nada? —digo, intentando integrarla en la conversación.

—¿Qué quieres que te diga? Es que yo no tengo problemas de sueño.

—¿De dónde viene tu nombre? —pregunto de forma curiosa.

—Ari es de Ariel. Un día, buscando en Internet, descubrí que su significado es "el león de Dios", "la criatura de Dios" o "el que está en el altar de Dios".

—¿Pero sabes por qué te lo pusieron?

—No. Mi madre es muy espiritual, es Escorpio, y supongo que cuando me puso este nombre, tenía en la mente su significado.

—Pensé que a lo mejor provenía de que a tus padres les gustaba Shakespeare.

—No sé. Podría ser también. La realidad es que nunca le he preguntado a mi madre porqué eligieron mi nombre. ¿Por qué Shakespeare?

—Pensé que Ari venía de Ariel, que es un personaje de *La tempestad*, el ayudante de Próspero, protagonista de la obra, una especie de hechicero, que vive en una isla con su hija y que quiere vengarse de su hermano, que lo aparta del poder.

—Creo que a mi madre no le gustan mucho los libros, ni leer, pero se lo preguntaré la próxima vez que la vea. ¿A ti te gusta Shakespeare?

—Claro. Me gusta tanto que mi gata se llama Titania, como un personaje de *El sueño de una noche de verano*. Es la Reina de las Hadas.

—¿Tu gata se llama Titania? Me encanta.

—Las *gyozas* están riquísimas, pero el sésamo se me mete entre los

dientes y me hace polvo —interrumpe Álex—. Rápido, que alguien pida una botella de agua. O una cerveza.

—¿Y el vino?

—Nora, no voy a hacer un buche con Ribera del Duero, ¿no?

—Bueno, ¿qué os parece Ari? Guapa, ¿verdad? —comenta Nora con admiración, cambiando de tema. Ari baja la mirada de inmediato y se concentra en sus *gyozas*, esperando que todas nuestras miradas cesen de examinarla al mismo tiempo—

—Ahora su estilista nos ha recomendado un cambio de *look* y propone dejarle media melena.

—¿Cómo Natalie Portman? —pregunta Álex.

—Algo así. Está de moda, lo que antes llamábamos *long bob*, la llevan muchas chicas del *street style*.

—Seguro que te quedaría fenomenal. Si confiáis en el estilista, adelante —contesto mientras pido más vino y mastico un bocado del segundo plato.

—Yo es que no estoy muy convencida.

—Y eso, ¿por qué? —interpela Álex, con la mirada concentrada en mi copa, mientras me sirve más Ribera del Duero.

—Como os decía, mi madre es muy espiritual, muy esotérica, y cree en cosas intangibles. Energías y cosas así.

En ese momento noto una patada debajo de la mesa. Instintivamente, bajo la cabeza para descubrir quién ha sido, pero es subir cuidadosamente la mirada y darme cuenta de inmediato de que ha sido Álex.

—Para ella, el pelo es una parte más del sistema nervioso. Cada pelo es una antena capaz de llevar al cerebro muchísima información. Y cuanto más largo el pelo, mayor la capacidad de las antenas. Esto significa que el largo del pelo influye en lo que llamamos intuición.

—Nunca lo había escuchado —contesto.

—Yo tampoco. Primera noticia —dice Nora.

—¿Y eso cómo lo sabes? ¿Es de "Cuarto Milenio"? —ironiza Álex.

—Ya os digo que es la opinión de mi madre. De todos modos, ella dice que se ha probado en imágenes tomadas con cámaras Kirlian. Yo no lo tengo tan claro. Es verdad que cuando era más pequeña y me cortaban mucho el pelo, las primeras semanas estaba mucho más espesa y apenas podía estudiar bien. Creo que algo tendrá que ver…

—No sé, no sé. Suena raro. ¿Y el resto del pelo del cuerpo?

—Sí, cada parte de cuerpo tiene pelo con un trabajo muy sensitivo que realizar para el cuerpo en general. En otra escala, claro.

—Mmmmmm… No sé. ¡No te lo cortes! No creo mucho en el pensamiento mágico —continúa irónico Álex, después de respirar hondo.

Transcurren unos segundos sin tema de conversación,

escuchando *The runner* de FOALS a volumen ensordecedor, hasta que Álex vuelve a retomar la iniciativa de la conversación.

—Ana me contó que la semana pasada publicaron una foto de Ari en *Vogue*.

—No tenía ni idea. ¿En qué número? ¿Quién salía en la portada?

—No lo sé —contesto, mientras intento recordar—. Me la enseñó una de mis *assistants*, era una foto que abría la sección de belleza de la revista.

—¡Mierda! —Nora aporrea la mesa, de forma irritada pero divertida a la vez—. No me entero de nada. Hablaré con Condé Nast, me dijeron que saldría en el número de navidad, coño, no en noviembre.

—Bueno, lo importante es salir.

—Sí, por supuesto, es salir, pero si la represento, tengo que saberlo, ¿no te parece?

—¿Una foto mía en un hotel de Miami?

—Ni idea, es un primer plano, no se aprecia dónde está hecha.

—Mira, voy a buscarte mi Instagram y me dices cuál es —dice Ari mientras coge su móvil y abre la aplicación, deslizando con el dedo índice el *feed*.

—Ari, aprovechando que mencionas tu canal de Instagram, Álex y yo queríamos conocer cuántos seguidores tienes.

—Espera… ¿Es esta la foto?

—No, no es esa. Seguro, esta es más oscura.

—Pues entonces, no sé cuál será… Me da un poco de vergüenza daros mi número de seguidores. Solo tengo doce mil. Bueno, un poco más, doce mil trescientos y pico.

—¿En Instagram?

—Sí, en Instagram. No tengo Facebook. En realidad, solo tengo Instagram como *book* de trabajo y Twitter como cuenta privada. Ah, y ahora también me he abierto cuenta en TikTok, pero solo la utilizo para pasar el rato mirando vídeos.

—¿Cuántas horas al día pasas en las redes sociales? —pregunta Álex.

—Muchas. Cinco o seis, dependiendo del día. Hay veces que más. Si no estoy en el gimnasio haciendo aparatos, estoy consultando mis redes. Siempre que puedo hacer algo al mismo tiempo que estar mirando el móvil, no dejo pasar la oportunidad de ponerme al día.

—¿Y qué haces tantas horas ahí metida?

—Mirar de todo. Me gusta mucho la moda, los consejos de belleza. Pero también la música, el cine…Sigo a muchas *celebrities* …

—¿A qué *celebrities* sigues? —pregunto con curiosidad.

—A Rosalía, Chiara Ferragni, a Edurne, Alexa Chung…

—¿Sabes que Mattel hizo una Barbie especial Chiara Ferragni? —

interrumpo para comentar.

—No… ¡Me encantaría tenerla! Soy superfan. Me gustaría ser como ella.

—Bueno, es un buen referente, pero tú tienes otras cualidades. Ella estudió empresariales, fue pionera en monetizar sus contenidos… Su estrategia se estudia en escuelas de negocio —intento relativizar y rebajar un tanto sus expectativas.

—Paciencia, Ari. ¿Te gustaría ser famosa? —pregunta Álex, dando con la clave.

—Sí. Siempre he querido ser famosa. Me encantaría tener un millón de seguidores. Conozco a una chica con 1,3 millones de seguidores y es como una estrella del pop, todas las marcas la buscan. Es una pasada.

—Por curiosidad —interrumpe Álex—, ¿qué tipo de seguidores tienes en tu Instagram?

—Mucho salido. Me escriben un montón de privados, me piden fotos mías en bikini o directamente desnuda. Y me tiran la caña constantemente.

—¿Y te gustaría tener un millón de salidos en tu cuenta?

—Nooooo, claro que no, pero bueno, al final suman. Tampoco quiero que se borren. Cuando digo que quiero que me sigan un millón de personas, es porqué sé que con un millón de seguidores seré famosa y la mayoría serán fans que me admiran, me siguen y me apoyan, aunque sé que una pequeña parte irá a lo que irá…

—La fama es rara, Ari. Es invisible, pero otorga más poder que nada en el mundo. Y una vez que la consigues, no puedes prescindir de ella, eres incapaz de controlarla, te haces adicta —afirmo mientras saboreo las *gyozas*.

—Llevamos muchos años trabajando con famosos y, créenos, no es para envidiarlos. A la mayoría, la fama les ha traído más quebraderos de cabeza que satisfacciones. Muchos de ellos, si pudieran volver hacia atrás, disfrutarían siendo invisibles… —le confirma Álex.

—…lo que ocurre es que los famosos son como bebés, todo el mundo les dice lo maravillosos que son, les ríen las gracias… Quien quiere ser famoso, lo que busca es recibir atención, sentirse querido… —termino la explicación.

—Yo me siento querida, no tengo ningún problema. Solo quiero trabajar mucho, tener propuestas de grandes marcas, viajar, conocer gente interesante…

—Sí, todo parece muy razonable, pero siempre lo comento —le interrumpe Álex—. Hay casi cuatros mil millones de personas pasando millones de horas al día en Instagram, Facebook, Twitter o TikTok. Y este abuso de las redes sociales tendrá consecuencias psicológicas imprevistas, entre ellas, la obsesión con la fama. No tengo ninguna

duda.

—Yo no sé tanto del tema como vosotros, pero la fama parece algo positivo. Todo el mundo quiere ser famoso y si todo mundo lo quiere, debe ser bueno, ¿no?

—No es tan sencillo, Ari, de veras. Vemos cómo las redes sociales, además de minar la autoestima y generar mucho estrés, están propiciando diariamente situaciones de acoso, abuso y muchos otros comportamientos tóxicos. Y no es solo nuestra opinión subjetiva, mira cómo las más grandes, Dulceida o Laura Escanes, están denunciando lo mucho que sufren con los *haters* de sus redes sociales. Cuando entras en este mundo, todo es utópico, ilusionante, crees que a ti no te va a pasar, y que, si te pasa, no te afectará tanto, pero luego llega la realidad y es supercruel —comento, mirándola fijamente a los ojos, muy seria.

—Si quieres ser famosa y que te hagan el mismo caso que a ellos, nunca tendrás suficiente. Si caes en eso, podrías acabar muy mal —puntualiza Álex, reafirmando mi explicación.

Ari asiente, dando a entender que agradece nuestros consejos y que comprende la complejidad de los peligros que la profesión de *influencer* entraña. Degusta el segundo plato, prueba el vino, y mientras se despereza y mira su reloj, vuelve a la carga y pregunta:

—¿Y cuánto puedo llegar a ganar?

24. LOVE LIFE

Elena Balasko, mi amiga editora, me cita a comer en un restaurante que no conozco al principio de la Gran Vía, en la primera planta del edificio Grassy. Llegar y que suene el *Ombra mai fu* de Händel cantado por Jaroussky, así, de entrada, he de reconocer que me pone en un *mood* perfecto para disfrutar de la comida. Y bien que lo necesito, sobrepasada por las amenazas casi diarias, el asesinato de Diego y hoy, además, la aparición de ÉL, esta mañana temprano.

Nada más acceder hay que subir una escalinata, momento que aprovecho para sacar el iPhone del bolso, que no para de lanzar notificaciones desde el *WhatsApp*. Entro en un salón espectacular, dividido en dos espacios principales, uno de ellos con una gran barra, y quedo sorprendida por la decoración con plantas por todos lados, ventiladores de aspas, suelos de mármol, y unos amplísimos ventanales. Es martes, dos de la tarde, y el comedor está completamente lleno, inaccesible sin reserva. Abogados, empresarios, jóvenes emprendedores y mucha gente "guapa". El aire distinguido y acogedor del local promete una comida envidiable.

Espero unos segundos en la entrada hasta divisar a Elena, que me hace una seña con la mano, ya sentada esperando en la que será nuestra mesa. Mientras me voy acercando, me parece muy elegante. Hoy viste un traje de chaqueta azul muy moderno de Michael Kors y lleva el pelo en un recogido tan sofisticado y original que me llama la atención. Elena y yo nos conocemos desde hace quince años más o menos, desde que nos contrataron para llevar la estrategia digital de nuevos lanzamientos de su editorial. Allí coincidimos trabajando para varias estrellas del firmamento literario patrio y aún hoy, en muchas ocasiones y tras haber tomado un par de copas, no paramos de reír recordando anécdotas de lo mezquina y miserable que es la vanidad humana de algunos de esos elegidos.

—Pareces nerviosa —me comenta, mientras se incorpora para darme un beso.

—¿Y cansada? —pregunto mientras hago una mueca de agotamiento.

—No…, cansada, no. Intranquila.

—Qué rara soy, cuanto peor duermo, más descansada parezco. Aunque la verdad es que anoche tampoco dormí tanto —digo encogiéndome de hombros—. Cómo me conoces y qué rápido te das cuenta. Sí, estoy nerviosa. Muy nerviosa. Adivina quién ha venido a verme esta mañana a casa…

—¿Cuándo?

—¡Buenos días! ¿Les han tomado nota para beber? —nos

interrumpe un camarero.

—No, acabamos de sentarnos… ¿Qué te apetece, Ana? —me pregunta Elena, señalándome con el dedo índice la carta de vinos.

—Pues un vino blanco, ¿te parece?

—Claro, un vino blanco, perfecto. ¿Cómo ves un León Beyer? —me sugiere, mientras le echa un vistazo a la carta.

—Tú eres la experta, adelante —le confirmo sin abrir la mía siquiera.

—Pues un León Beyer 2015 y también nos trae una botella de agua grande. Del tiempo, por favor.

—Perfecto, gracias —contesta el camarero tras apuntar la petición.

—Ya verás qué bueno está. Es uno de los mejores vinos de Alsacia. A mí es uno de los que más me gusta de los blancos franceses. Es de una bodega del siglo XVI, la estuvimos visitando hace ocho o nueve años cuando fuimos a Estrasburgo en un puente de octubre. Lo divertido de allí es que te hablan en alsaciano, en alemán, en francés… Han sido un reino independiente, han pertenecido a Alemania y ahora a Francia.

Elena habla como una ametralladora, con una verborrea tan divertida que engancha, lo sabe todo de casi todo. Me recuerda a lo que se cuenta de Tallulah Bankhead, una actriz americana de los años cincuenta, que tenía fama de eclipsar cualquier conversación con su palabrería. Dicen que una amiga suya se dedicó a contar las palabras que decía por minuto y calculó que al día emitía unas 60.000. Otra amiga fue mucho más tajante: “Vengo de estar una hora hablando con Tallulah durante cinco minutos”.

—Bueno, venga, adivínalo. Vamos, quién crees que ha venido a verme esta mañana a las siete…

—¿A las siete? Madre mía, qué ganas de despertar a alguien a saber para qué…

—Si, a las siete. Casi, casi, con nocturnidad y alevosía.

—¿Y ha subido a tu casa?

—Sí. ¿Quién crees? —callo durante unos segundos—. ÉL.

—¿ÉL?

—ÉL. Sergio.

—¿Sergio?

—Sí.

Fue Elena la que me presentó a Sergio, así que siempre que nos vemos, resulta inevitable que salga el tema de nuestra relación.

—¿Le esperabas? —me pregunta incrédula.

—Qué va, no le esperaba. Para nada.

—¿Y qué ha hecho?

—Pues ha llamado a la puerta y yo estaba medio dormida, porque anoche estuve en una fiesta hasta las tantas para conocer a una

chiquilla que aspira a ser *superinfluencer* y me había acostado apenas hacía tres o cuatro horas. Aunque he salido como una sonámbula, le he abierto, por supuesto.

—¿Pero está en Madrid? La última vez que comimos juntas me comentaste que seguía por Barcelona.

—No, hoy estaba en Madrid, pero volvía a Barcelona esta tarde. Volverá dentro de un mes y ya se instalará aquí definitivamente.

—Estarás contenta entonces, ¿no? —me dice muy alegre, como celebrando la noticia—. Ves, con el miedo que tenías.

—Tenía miedo, con razón. Eso ha venido a decirme. Que no viene a Madrid para vivir conmigo, viene a vivir con su mujer —le digo, arrojando un jarro de agua helada a la conversación.

—¿Con su mujer? Querrá vigilarle, ¿no?

—Qué va. No es cosa de ella, es él que quiere que vivan juntos definitivamente. Está embarazada, así que soy yo la que tiene que ser comprensiva con todos esos rollos: la fidelidad, el amor conyugal… —me freno, incapaz de seguir contando esta parte—. Mejor, si ya no le quiero. No sé si le he querido alguna vez…

Pausa incómoda.

—¿Cómo estás?

—Esta mañana, hablando con ÉL, casi me echo a llorar. En serio, estaba casi dormida y al decírmelo y verle tan entero, parecía que se alegraba y todo —vuelvo a quedarme en silencio—. Pero bueno, da igual, yo también me he alegrado, así que adiós muy buenas.

—¿Pensabas que iba a dejar a su mujer?

—No. Yo creo que nunca pensó en irse conmigo. Me decía que sí, pero al final nunca se decidía.

—¿Miramos un momento y pedimos? —Elena me interrumpe visiblemente incómoda por hacerlo—. Es que noto cómo nos quieren abordar los camareros para tomarnos nota, pero no se atreven. ¿Qué quieres?

—Pues si te parece, algo ligero. ¿Una ensalada y compartimos un par de cosas de segundo? —le respondo decidida.

—Me parece bien.

—Estoy viendo la merluza Meunière y una ensalada cherry de primero —dispongo, sin darle muchas vueltas a la carta, saltándome el miedo a mi anisakis.

—Vale. Y si te parece compartimos un plato de buñuelos de bacalao. Vienen dos, son pequeños.

—¿Saben ya qué quieren para cenar? —nos pregunta por fin un camarero que, pendiente de tomarnos nuestra cena, ha divisado nuestra disposición a hacerlo.

—Si, por favor. Ensalada cherry, buñuelos de bacalao y la merluza Meunière. ¿Y pueden traernos el vino y una botella de agua? Pedimos

hace un rato y tengo sed.

—Claro, en un minuto. Perdonen, por favor —se disculpa educadamente el camarero.

—No hay problema, gracias —le contesta Elena mientras vuelve a nuestra conversación—: ¿Y seguir viéndole a pesar de que siga con su mujer? No parece muy entusiasmado con ella, tarde o temprano, eso acabará.

—No sé. Yo abandono. He gastado muchas energías en esto y no he avanzado en nada.

—La verdad es que a veces no te entiendo. Siempre te estás quejando de que estás sola, pero luego no quieres luchar por alguien que quieres. La vida es así de complicada a veces, Ana.

—¿Que no lucho? Pero si llevo casi tres años ya…

—¿Tú crees que te encuentras hombres de los que enamorarse, así como así, todos los días? Pregúntanos al resto y ya verás lo que te contestamos.

—Buenas noches, aquí tienen el León Beyer 2015 y su botella de agua. ¿Van a probar el vino?

—Sí, por favor —contesta Elena al camarero, que ha vuelto a interrumpirnos, mientras le sirve el vino blanco en su copa—. Perfecto, está perfecto —le contesta tras saborearlo.

—Me decías lo de seguir insistiendo con Sergio —vuelvo a la carga —. Para mí, querer a alguien y vivir con él son dos cosas distintas.

—A veces me pregunto si crees lo que dices. Aunque sí, te entiendo. Tienes razón en que, seguramente, ya has quemado todas tus naves. Al que no entiendo es a Sergio. No comprendo a esta clase de hombres que dicen que se mueren de amor por tí, pero siguen viviendo con sus mujeres y, además, dejándolas embarazadas. Mira, por eso me casé con Carlos, para no ser víctima de este tipo de decepciones. Está muy bien ser libre, ir con unos, ir con otros, es divertido durante un tiempo, pero llegó una edad en que eso ya me cansaba…

—Elena, yo no soy tan mayor, tengo cuarenta y tres años. Si tu estás fuera de la circulación, yo no…—le digo sonriendo y haciendo un gesto de brindis con mi copa de León Beyer.

—Es que yo creo que el matrimonio no es el final… ¡Es un principio! —me responde sonriéndome también.

—Menudo principio tan emocionante… ¿Has visto tu Carlos? Jajajaja… ¡Pero si no paras de echar pestes de él cada vez que quedamos juntas!

—Bueno, es verdad, pero lo hago de forma cariñosa... ¿Y tu Sergio? ¡Anda que no hablas mal de él!

—Ya, pero te aseguro que no voy a casarme con él. Lo que sé es que con Sergio se ha acabado todo.

—¿Le quieres?

—No —respondo tajante.

—¿Le querías, entonces?

—No —insisto, mintiéndome a mí misma.

—¿De verdad? Tienes todo el derecho a quererle, a pesar de que sea un cabrón. Decía Muriel Spark que es imposible arrepentirse de amor. Que no existe el pecado de amor.

—No me gusta que me digas eso. Pero, sí, estaba enamorada de él y me hice ilusiones tontas. Cuando ha llamado a la puerta esta mañana y le he abierto, me he imaginado que venía a buscarme. Como si fuera un príncipe azul. Me ilusioné pensando eso. Aunque en el fondo no me lo creyera ni tampoco lo deseara de verdad. Pero hoy, cuando ha venido, mi cuento de hadas parecía hacerse realidad. Primero ha sonado el timbre de la puerta y luego él aparecía en carne y hueso. Y al final, todo para decirme "Quiero a mi mujer".

En ese momento, llega el camarero con la ensalada de tomate cherry y los buñuelos de bacalao y paramos de hablar, mientras colocamos los platos a lo largo de la mesa.

—Esta ensalada tiene buena pinta, pero va con queso, cómete tú esta parte que no lo lleva, ¿vale? —me dice señalando el plato con el dedo índice, mientras retoma nuestra conversación—. Tampoco entiendo por qué ha esperado tanto para decírtelo.

—No lo sé… Además, entiendo que no lo ha decidido todo esta semana. Uno no se reconcilia con su mujer de un día para otro. Dentro de un mes seguirá su habitual servicio de vuelo desde Barajas, pero ya haciendo la ida y vuelta desde Madrid. Y su mujer va a vivir con él aquí. Y claro, no puede estar con dos mujeres a la vez en la misma ciudad. Lo que hacíamos era posible porque yo vivía en Madrid y ella en Barcelona. Además, no puedo competir con ella, es muy guapa…

—¿Su mujer?

—Sí.

—¿La conoces?

—Tengo su IG…—abro la aplicación de Instagram en el móvil y busco el perfil hasta encontrarlo. Luego, deslizo con el dedo hasta encontrar una foto en la que la encuentro especialmente atractiva. Es de julio, hecha en Ronda, cenando en la terraza de verano de un restaurante. Lleva un vestido morado precioso, y le dedica una sonrisa a cámara que desarmaría a cualquiera—. Mira, aquí me reconocerás que es realmente guapa.

—Bueno, es guapa, pero no me parece más guapa que tú. Diferente. Rubia. Es que no os parecéis en nada.

—¿Tú crees? Bueno, a mí que me más me da… Me ha dejado, y el motivo es lo de menos. Hasta creo que ha sido demasiado sincero. Siempre dice todo sin rodeos, de sopetón, sin delicadeza. Podría

haberme dicho que ya no le gustaba, para prepararme. Pero, cambiemos de tema, hablemos de nosotras, ¿no? Por cierto, estos buñuelos están riquísimos, el bacalao está buenísimo —comento para zanjar el asunto, un poco agobiada.

—Sí, aquí está todo muy bueno. Cambio de tema, entonces. Cuéntame, ¿qué tal vas con la novela? ¿Cuándo te ayudo a publicar?

—Pues no te puedo engañar, "editora". Voy fatal, apenas he avanzado, creo que he escrito cuatro páginas en el último mes. No me sale nada. Eric Rohmer decía de Rossellini que su genio residía "en su falta de imaginación". Pues yo soy igual, pero sin talento ninguno, no soy capaz de copiar ni de la misma realidad, como hacía él.

—Qué depresiva te noto. Así poco te voy a poder ayudar. Hay que ser más optimista, Ana. Si no nos animamos entre nosotras, ¿quién va a hacerlo?

—Mmmmm… Para esas cosas soy muy rara. No me considero especialmente negativa. Soy una *optirealista*, que es una definición que le leí a Steven Pinker en una entrevista hace tiempo. Nunca digo que me van a suceder cosas buenas en el futuro, sino que digo que hay posibilidades de que me sucedan cosas buenas en el futuro. Y lo digo porque los hechos corroboran que es posible. Pero para nada te responsabilizo de mi estado, Elena. Soy yo, que estoy a mil frentes. Además, creo que mi autoestima no pasa por el mejor momento y me veo muy mayor para escribir un buen primer libro —le respondo describiendo mi ensalada mental.

—¡Qué tontería! ¿Quieres que te cuente la de escritoras que han comenzado con tu edad?

—Anda, no me mientas…—le imploro para animarme un poco.

—Anda, Ana, pero si las hay a patadas. Mira, que yo conozca, Julia Navarro. Editó *La hermandad de la sábana santa* con cincuenta o por ahí, no recuerdo la edad exacta. Una de mis mejores amigas llevó el lanzamiento de la novela en Plaza y Janés. O Karen Blixen, que publicó *Memorias de África* con cuarenta y muchos años. O Toni Morrison, que empieza con cuarenta y tantos con *Ojos azules*. Luego viene *Beloved*, que, en la película, Oprah hacía de protagonista. Y después *Paraíso*, *Amor*, *Una bendición*, *Volver* y *La noche de los niños*, que termina con ochenta y cinco años. Mira si te queda tiempo para escribir. Se me olvidaba —cierra los ojos y parece esforzarse por recordar algo—, *La isla de los caballeros*, que me parece de sus mejores novelas, la había dejado fuera.

—¿A ti como te caben en la cabeza tantas cosas? Siempre me dejas abrumada con tu memoria…

—Hija, me dedico a esto y me paso todo el día con ello, normal. De Toni Morrison te tengo que contar un anecdotón de hace años ya, pero es de esos que nos encantan a las dos.

—Dale, este vino se me está empezando a subir y tengo ganas de pasarlo bien —digo, animándome un poco.

—No es divertida realmente, es curiosa. Me contaron en la editorial que Toni Morrison vino a España en una gira por Europa para promocionar su última novela, y después de presentarla en Crisol… ¿Te acuerdas de Crisol?

—Sí, estaba ahí en Juan Bravo, ¿no?

—Sí, en el 38. Pues estuvo allí presentando la novela con Elvira Lindo y, después del acto, se fue por la zona de compras, para dar una vuelta por Madrid y relajarse. El caso es que entra en una tienda de lujo de esas que hay por Serrano, y ya sabes cómo era ella, así, grande —dice, mientras simula una figura considerable con las manos —, muy americana, bohemia y extravagante, con sus rastas…

—Y negra…

—Sí, negra y ya vieja… Pues, eso, que era como muy llamativa…

—…para mal…—añado.

—…sí, llamativa para mal en esas tiendas que te miran de arriba abajo y exigen que vayas como un pincel, si no te miran raro. Pues la tipa entra en la tienda, comienza a echar un vistazo, así, por encima, y, de inmediato, a las chavalitas que atienden allí les salta el radar.

—Jajajaja… Como si lo viera.

—Jajajaja, claro. Lo que hemos dicho: negra, vieja y desaliñada. Creo que, además, ese día llevaba una túnica superestrafalaria de color rojo con motivos africanos que podías divisar a un kilómetro de distancia —menciona, poniendo mirada de desconcierto.

—Desde la sabana…

—Jajajajaja… Sí. Pues lo que te decía, se pone a mirar en la tienda y se coloca una dependienta detrás, haciéndole un marcaje la mar de incómodo. Como era de esperar, allí nadie la reconoce ni sabe que es premio Nobel y premio Pulitzer y que en su cartera tendrá más dinero que el que ganan todos los que están en la tienda en un año. Ella, que se da cuenta, pregunta muy molesta qué sucede, y la del marcaje le pregunta, con muy malos modos, si está buscando algo, que no se puede estar echando la tarde sin comprar nada.

—Jajajajaja… No me lo creo…

—Créetelo. Pero bueno, para mí lo peor es que iba cogida del brazo de Elvira Lindo, que coño, no es premio Nobel, pero aquí en España es superconocida. A lo mejor no saben que escribe y tal, pero podrían haberla reconocido con un poco de vista y preguntarle… ¡Qué va!¡A por la negra de las rastas y el saco africano! Pues la Morrison se agarra un cabreo de padre y muy señor mío, monta un follón *in english* que allí entienden regular y muy por encima por su acento cerrado de Ohio, y se pira…

—Vaya tela, Elena…

—No acaba aquí la cosa. Cabreada como una mona, Elvira Lindo llama inmediatamente a su periódico y les pregunta si está a tiempo de sustituir la columna que había mandado para el domingo. Le confirman que puede hacerlo y después de pasar la tarde con Toni Morrison y despedirse de ella, se queda por la noche redactando una nueva, que envía ya de madrugada y que ese domingo leerán millones de lectores, describiendo el incidente en la tienda, dando pelos y señales de la situación y poniendo a caldo a la marca.

—¡Dios! Eso sí que es una venganza en frío.

—A veces en tu carrera profesional es más útil haber leído la revista del Círculo de Lectores que haber hecho un curso de formación de dependienta en una tienda de lujo.

25. HANUMANASANA

A pesar de que llevo unos meses yendo a clases de yoga todos los martes después del trabajo, sigo sin conseguir el Hanumanasana completo. Es verdad que mi profesora me avisó de que no es un reto al que se llegue de inmediato. "Se llega, como en todas las posturas de yoga, cuando el cuerpo y la mente están preparados". No sé mi cuerpo, pero es obvio que mi mente, con todo el desorden de mi caótica vida personal, ahora aumentado con la preocupación de las amenazas anónimas, no está para muchos trotes.

Siempre que voy a clase de yoga, me siento muy extraña. Completamente desmaquillada y vestida con ropa informal, me siento desprovista de toda la armadura que me sirve para afrontar con más seguridad el relacionarme con el mundo. Hoy llevo una camiseta blanca de algodón y unos pantalones holgados de color gris con cintura alta comprados en Zalando que no le gustan a mi profesora, que me pide que los lleve ajustados para corregirme las asanas.

Afortunadamente, esta inseguridad de las que os hablo solo me suele durar hasta que llego allí con mi zafu negro y antes de empezar la clase, empiezo a charlar con mis compañeras, con las que he entablado muy buena amistad y confianza, sobre todo con Delia, la dueña de la academia.

Delia era directora comercial de un diario de información general y distribución gratuita muy conocido, pero después de una reconversión a online debido a los cada vez peores resultados de la edición impresa, la compañía prescindió de los perfiles más *seniors* y le ofreció a Delia una baja incentivada tan generosa que no pudo rechazarla. Harta del mundo de los anunciantes, la publicidad y la OJD, que juzgaban su trabajo casi minuto a minuto, decidió usar el finiquito para montar su propia academia de yoga. Al principio daba las clases ella misma, pero poco a poco la clientela ha ido creciendo hasta tener dos profesoras más.

Hermanadas en nuestro hartazgo del sector publicitario, y tras charlar mil veces sobre las contradicciones del sector, últimamente hemos ido un paso más allá y hemos comenzado a tener conversaciones con un tono mucho más confidencial e íntimo. Hoy me pregunta por mi vida sentimental. Sabe que me apunté a las clases siguiendo el consejo de mi primer psicólogo, que me recomendó buscar actividades que me regeneraran después de mi dolorosísima ruptura con ÉL. Como cada vez confío más en Delia y necesito abrirme a alguien, decido contarle los detalles de mi mustia vida amorosa mientras tomamos un café después de clase.

Para hacerlo, nos decidimos por una cafetería que hay justo al lado de la academia a pesar de que no nos gusta mucho. Fría e impersonal, con sus paredes blancas y sus incómodas sillas, aunque son ya más de las ocho, está llena de turistas extranjeros y de otras despistadas como nosotras.

—Pues, Sergio tenía cincuenta y dos años cuando le conocí. Yo era doce años más joven, pero eso no fue impedimento para que me enamorase de ÉL. Tampoco que estuviera casado y tuviera un hijo pequeño. No era guapo, físicamente era muy normal, pero me gustaban mucho sus ojos, los tenía como Ray Liotta. Sin embargo, era educado, divertido, inteligente… Trabajaba de piloto en Iberia y era de Barcelona, aunque como hacía la ruta del puente aéreo, pasaba más de la mitad de la semana en Madrid.

—Piloto. Guau. ¿Os conocisteis en algún viaje? ¿Te llevó a visitar la cabina? —pregunta Delia con una enorme sonrisa, mientras da un primer sorbo a su café.

—Que va. Algo absolutamente convencional —respondo de forma muy seria, rebajando el hype de la conversación. No quiero que sea una charla de cotilleo, para mi es un tema tan delicado y difícil que no se lo he contado ni a mi propio hermano. Delia es la primera persona aparte de mi psicólogo con la que comparto la historia—. Nos conocimos un sábado de noviembre, hace ya casi tres años, en la fiesta de una amiga común, Elena, una cliente mía que trabaja en un sello editorial al que le llevábamos todo el *marketing* digital desde hacía bastante tiempo.

En ese momento, nos interrumpe un camarero, que me trae un té después de que haya cambiado de opinión tras darme cuenta de que no era buena idea pedirme un café con los problemas de sueño que tengo últimamente. Retomo la conversación mientras soplo para enfriar el té ardiendo.

—Recuerdo que no tenía muchas ganas de ir a la fiesta. Había terminado una relación hacía un par de años y estaba muy apagada. Pero Elena me animó a salir y divertirme, así que no pude decirle que no. La fiesta era en un enorme estudio del hermano de Elena, que es pintor y lo usaba para trabajar, situado en la calle Augusto Figueroa. Llevaba ya un par de horas cuando nos presentaron. De hecho, lo hicieron justo cuando ya pensaba marcharme a casa. Al rato de estar charlando con ÉL y conocerle, ya no quise hablar con nadie más esa noche. Y según pasaron las horas, me convencí de que no quería volver a hablar con nadie más el resto de mi vida…

—O sea, que fue un flechazo. A mí nunca me ha pasado, pero no eres la primera que me cuenta algo parecido. Que suerte.

—Bueno, no sé si es suerte. La subida es increíble, pero la bajada… no sé si compensa.

—¿De que hablasteis? Por que esos primeros momentos en los que te gusta alguien, yo sigo comportándome como una niña de dieciséis años, me quedo atontada, como bloqueada…

—Bueno, la verdad es que bebí mucho y eso me sirvió, ya me vas conociendo y sabes que soy muy tímida.

—¿Pediste Absolut con naranja?

—¿Ves lo que te digo? Ya me vas conociendo. Seguramente…

—Soy buena escuchando, ¿a que sí? Al menos, eso dicen todos mis ex. Pero continúa, no quería interrumpirte.

—Te comentaba como iniciamos la conversación. Con la excusa de que los dos éramos asiduos al Real, rompí el hielo y le propuse jugar a adivinar cuál era la ópera favorita de cada uno. Para la suya, me dio una pista. Comentó que era de Mozart y yo probé suerte con *Don Giovanni*. Como no acerté a la primera, probé una segunda con *Cosi fan tutte*, pero tampoco atiné. Nunca lo hubiese conseguido averiguar. Su ópera favorita de Mozart era *La clemenza di Tito*. Lo curioso es que, charlando sobre la obra, descubrimos que los dos habíamos ido a verla al Teatro Real un par de años antes, el mismo día y a la misma hora, en un montaje de los hermanos Herrmann.

—Suena tan romántico —contesta Delia, asintiendo con la cabeza —. No te culpes, todas caeríamos ante tantas señales.

—¿Verdad? Aquella casualidad despertó en mí una especie de obsesión, como si aquella coincidencia fuera cósmica, y el universo hubiera conspirado para traerme al hombre de mi vida. ÉL pareció entenderme y me confirmó que yo también era su alma gemela, de forma que aquello comenzó como una montaña rusa, pero ya en la cima.

—¿Y luego?

—Luego hablamos de sus escritoras favoritas. Aquí no hubo juegos de predicción, y directamente me confirmó que sus autoras preferidas eran Susan Sontag y Joan Didion. De la primera yo lo había leído absolutamente todo y estuvimos hablando de muchas de sus obras, incluso de un ensayo sobre Leni Riefenstahl en el que la Sontag la acusaba de mentirosa y manipuladora. Venía a cuento porque yo acababa de leer sus memorias, en las que cínicamente trataba de lavar su figura pública, exculpándose por su amistad con Hitler y Goebbels. A pesar de conocer a Joan Didion —curiosamente había leído una novela de su marido, John Gregory Dunne—, aún no había leído nada de esta escritora, lo que supuso una excusa perfecta para que nuestra historia no se redujese a esa noche. A la mañana siguiente, llegó un mensajero a la agencia con un paquete cuidadosamente envuelto con una edición de *El año del pensamiento mágico* de Joan Didion. Así que puede decirse que fue un libro lo que hizo que cayese rendida a sus pies. Quien iba a decir que sería precisamente un puñetero libro el que

marcaría los últimos minutos de nuestra relación… ¿Conoces *La broma infinita* ?

26. LA BROMA INFINITA

—¿Has dormido bien? —le digo, mientras me acerco a la cama y le beso la frente.

—Bueno, regular, me ha despertado un camión esta mañana sobre las cinco y me ha costado dormirme otra vez —me dice, desperezándose—. Me tenías que haber despertado, ya sabes lo que me cuesta levantarme —se incorpora de la cama y se sienta sobre la almohada, comprobando el reloj despertador de su mesilla de noche, en el lado derecho de la cama—. ¿Qué hora es?

—No te preocupes, solo son las ocho y cuarto —le contesto de pie, en albornoz, justo en frente de la cama.

—Ah, vale, creí que me había dormido más.

—Si quieres puedes entrar a la ducha, yo ya lo he hecho, me estoy secando el pelo —le digo, señalándome con el dedo índice la toalla enredada en la cabeza.

—Voy a ver… No me apetece levantarme aún…

—Bueno, pues no lo hagas… ¡Es lo que tiene trabajar solo tres días por semana! Quédate en la cama.

—Voy a leer un poco. Estoy por el final y así ya acabo el libro. ¿Tú como vas con *La broma infinita* ?

—Lo tengo un poco parado…—le contesto, mientras ando buscando en el armario del vestidor la ropa para ponerme hoy.

—¿Un poco? —noto cierto resquemor en su tono de voz. Es indudable que se ha levantado de mal humor y está irascible—. ¿Cuánto tiempo llevas sin cogerlo?

—Pues desde la semana pasada. Yo creo que el viernes leí algo…

—El viernes salimos.

—Entonces fue el jueves, es verdad.

—El jueves vimos la tele.

—Ah, es cierto.

Silencio incómodo.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué?

—¿Que desde cuándo no lo lees?

—Pues, yo que sé… ¡Cómo te pones! Es un libro superárido y no se puede coger como quien lee un libro cualquiera —le contesto, quitando importancia al comentario, intentando rebajar la tensión del momento.

—Ya.

—¿Ya qué?

—Con suerte algún día lo terminas. Un libro de mil doscientas páginas. ¿Cuántas llevas? —estira la mano derecha y alcanza el libro que esta sobre mi mesilla de noche, al otro lado de la cama—. A ver, llevas… 73. 73 páginas de 1.212 exactamente. Mira, voy a coger el móvil, usar la calculadora y vamos a ver —ahora rebusca en su mesilla y coge el iPhone, abre una aplicación, efectúa un par de operaciones y contesta—. Me sale que has leído ya un 6% del libro. ¡Bravo! ¡Bravo! —se pone a aplaudir de forma ofensiva y estridente —. Te queda un 94% del libro para terminar. Porque estoy medio dormido aún y no me apetece, pero seguro que se puede prever el tiempo invertido para leer esas 73 páginas y hacer un cálculo de cuánto tiempo te puede llevar acabarlo. Lo que es seguro es que sale más de un año…

—Pero…—bloqueada, no sé que contestar.

—Pero ¿qué? —me contesta, alzando la voz.

—¿Por qué te pones así? Es un libro. ¿Cuál es el problema?

—El problema es que te compro mil libros y no te lees ni uno…

—¿Qué? ¡Me he leído un montón!

—¡No te has acabado ni uno! —vuelve a gritarme.

—¡No es verdad!

—¡Sí es verdad! Te regalé *El poder del perro* y aquí sigue —se levanta de la cama y se acerca a la estantería de al lado, en la que reposan amontonados los últimos libros que hemos comprado—. Mira, el señalador por la página 121 —me lo muestra con un gesto despectivo, para arrojarlo después violentamente sobre la cama—. Te lo compré porque me dijiste que querías leer algo que te enganchara. Pues como todo, te lo empezaste un sábado y no volviste a cogerlo.

—No me puedo creer que te enfades conmigo porque no termino un libro.

—No es porque no te acabes un libro, es que no te acabas ninguno. Miento. No te acabas ninguno de los que te compro yo. Si te los compra tu hermano o tu socio Álex, entonces sí que te los lees, y los subrayas y hablas de ellos cuando vamos a cenar. Pero con los que yo te regalo, nada.

—¡No es verdad!

—¡No me lleves la contraria! ¡No te lees ni un puto libro! —grita, completamente fuera de sí—. Mira, mira tu mesa. Mira estos de aquí, son los últimos que te he regalado. Están sin abrir. Mira, y aquí está el *Maus*, que te compré cuando fuimos a aquella exposición. Ni siquiera te lees un cómic. ¡Un puto tebeo! ¡Sin abrir! —Este lo lanza al aire y cae violentamente al suelo—. ¡No te lees ninguno! ¡Me desprecias!

—Sergio, ¿hay que ponerse así porque tengamos gustos distintos?

—¡No son gustos distintos! ¡Me humillas! ¡Cualquier cosa que te

recomiendo la desprecias!

—Vamos a tranquilizarnos, Sergio. Hablamos de un libro muy complicado y que no todo el mundo consigue leer así como así. Vamos a ver, ¿cuánto tardaste en leerlo tú, por ejemplo? —ya está, tiro la toalla, sé que esta discusión no nos va a llevar a ninguna parte, así que procuro desactivarle, rebajando la tensión, dándole la razón, pero también haciéndole entender mi punto de vista.

—Creo que un poco menos de un año, no recuerdo bien, puede que diez, puede que once meses…

—¿Ves? No se lee tan rápido.

—Ya, pero yo conseguí leerlo en ese tiempo, siendo firme y constante. Es un libro que te pone a prueba. El autor te enfrenta a tu capacidad de resistencia, lo hace a posta. Lo hemos hablado otras veces. Es un ocho mil. Las páginas se alargan, los renglones se empinan. A veces encontrarás un respiro, un párrafo más agradable o un pasaje con diálogos interesantes. Pero la mayoría del tiempo, sientes la tentación de rendirte, de abandonar la lectura y ponerte en la tele cualquier serie facilona de Netflix. Con este tipo de libros, nos enfrentamos a nuestros propios límites como lectores y, si los superamos, salimos reforzados y preparados para cualquier cosa. Los ocho mil son libros que nos cuestan un esfuerzo extraordinario acabar. Pero vale la pena. Pensé que lo harías por mí. Que no te arredrarías ante nada y, por fuerte y dura que fuera la ascensión, seguirías hasta el final.

—Puf. A lo mejor por eso no avanzo, Sergio, un libro no debería ser eso, ¿no? Leemos para disfrutar, no para sufrir.

—Yo no sufro leyéndolo. Volvería a leerlo mañana mismo. Pero hay tanto que leer…

—Bueno, no sé, puede ser que deba darle otra oportunidad. Pero a mí, leer sobre una academia de tenis, me da tanta pereza…

—Seguro que, si te lo hubiera recomendado tu hermano, ya irías por la mitad —dice volviendo a la carga, intentando hacerme sentir culpable.

—No. No y no. ¿Cuántas notas tiene? Pásamelo —le indico con un gesto—. Déjamelo, ya verás…—cojo el libro y busco el apéndice de anotaciones—. Casi ciento y pico páginas de notas. ¡De notas! Y no es una biografía, es una novela de ficción. Me dijiste que habías usado dos señaladores para leerlo, uno para la parte de la novela y otro para las notas. ¡Es una locura! Si es que lo cojo y me dobla la mano, no puedo leerlo por la noche porque si se me cae en la cabeza, me mata.

—¡Oh vaya! La señorita no puede terminar una de las obras maestras de la literatura contemporánea porque se le puede caer en la cabeza —me dice usando un despectivo tono de voz de burla—. ¡La próxima vez te regalo El *puto Principito* ! ¡Ese lo puedes leer en la

cama! —responde, volviendo a gritar mientras pega un puñetazo al colchón con la mano derecha.

—No hace falta que me hables así —le contesto asustada, en voz baja.

—Vale —Pausa. Cinco segundos de silencio—. Pero es que me cabreas. Te dije que no te frenases al principio. Te di una pista que ni yo mismo sabía cuando lo leí, las cincuenta primeras páginas son el final, por eso cuando comienzas no entiendes nada, pero hay que seguir, seguir, seguir… Hay premio a la constancia, una maravillosa obra maestra.

—Vaaaleeeee… Te prometo que lo voy a leer —ya atemorizada, uso cualquier argumento para tranquilizarlo—. De verdad. Es cierto que nunca he leído ningún ocho mil, que me cuestan mucho. Obviamente no he leído *Ulises* ni el *Finnegans Wake*. Ni se me ocurriría leer *La montaña mágica*. Me aterran estos libros tan poco abarcables.

—Que bien mientes. ¿Y el *2666* de Bolaño? ¡Ese te lo recomendó el maravilloso y culto de tu hermanito! —grita, lleno de ira.

—Sí, ese me lo leí… ¡Pero me enganché, que te puedo decir! Joder, esto es una locura, estoy aquí, justificándome con alguien por haber leído un libro… ¿Es razonable? —su acusación me parece tan injusta, que no puedo reprimir el impulso de contestar, pero enseguida me doy cuenta de lo inconveniente de mi gesto y retrocedo, volviendo a responder en un tono de voz mucho más sumiso.

—Claro que es razonable. Ya es hora de que te leas alguno de los libros que te recomiendo. No me gusta ser segundo plato en tu vida. Se supone que soy tu pareja, ¿no?

—¿Pero me lo estás diciendo en serio? ¿De verdad que por no leerme un libro te relego a ser un segundo plato en mi vida? ¿Estás bien de la cabeza?

—Podrías tener un poco de empatía y hacer un pequeño sacrificio por mí. Demostrarme que todo el interés que he puesto por compartir contigo un libro que significa tanto para mí no ha caído en saco roto. Pero, sinceramente, ya no espero nada de ti… Me decepcionas constantemente —dice, mientras reconozco una vez más como me devalúa para hacerme sentir culpable y provocar que le pida disculpas y poder quedar por encima de mí. Esto ya lo hemos vivido infinidad de veces.

—¡Sergio, no digas eso! Te prometo que lo voy a leer.

—Mira, lo he pensado mucho —contesta, metiéndose otra vez en la cama y tapándose con la sábana—. Vete a trabajar. Cuando vuelvas, me habré llevado mis cosas y no volverás a verme. Hay comportamientos que hacen que la cabeza haga clic, y esta ha sido una de ellas.

27. HANUMANASANA II

—Y no hay más. No mucho más. Ese día estuve trabajando como cualquier otra jornada, sin darle más importancia. Ya estaba acostumbrada a este constante tira y afloja. Y como ya me había montado otras escenas muy similares llenas de gritos y lágrimas y nunca pasaba nada, pensé que cuando volviera, cenaríamos, veríamos una serie y nos iríamos a dormir, hasta la siguiente.

Silencio.

—No sé, estas cosas desde fuera son difíciles de juzgar —Delia intenta encarrilar de nuevo la conversación, confusa ante la naturaleza del momento—. Pero lo que cuentas es muy doloroso. Entiendo que quisieras mirar a otro lado e intentar que la relación marchara.

—Justo, era como ponerse una venda en los ojos constantemente y no querer mirar. Incluso esa tarde salí de la agencia y se me ocurrió una idea que me pareció divertida para romper el hielo aquella noche: fui a La Central y busqué un libro en concreto para regalarle. Se trataba de *Mi lucha*, un proyecto literario editado por Anagrama, del que había oído hablar en un podcast de libros que suelo escuchar cada semana. Es una historia escrita por un tipo noruego, no recuerdo el nombre ahora mismo, que hace diez años decidió crear una obra autobiográfica compuesta por seis novelas, la última de las cuales había sido publicada hacía unos meses. Como no vendían las seis en un único volumen, decidí comprarlas todas una a una y envolverlas como regalo, para pincharle un poco por la discusión de esa misma mañana, ya que entre las seis juntaban más de ocho mil páginas. Pero no pudo ser.

—¿Ni te abrió el regalo?

—No volví a verlo. Cuando llegué, solo me recibió mi gata, la casa estaba en completo silencio y no había ni rastro de ÉL ni de ninguna de sus cosas. Había recogido todo de forma escrupulosa y no quedaba absolutamente nada. El baño estaba inmaculado y cualquiera que hubiera entrado allí habría jurado que vivía una mujer sola. En el vestidor no había ninguna señal que llevara a creer que allí había residido un hombre, no había dejado ni perchas. En nuestra habitación, ni vestigio de libros, papeles o cualquier otra cosa. Su mesilla de noche estaba completamente vacía e incluso no había nada en la cocina, se había llevado hasta su propio café. Enseguida entendí que aquel vacío generalizado tan minucioso era su forma más rápida y cruel de vengarse de mí. Como me conocía, sabía que aquella ley del hielo aplicada de modo tan radical me reventaría y supondría mi rendición inmediata, provocando mi llamada instantánea rogándole su

regreso, para volver al círculo vicioso del abuso constante.

En aquel momento de inmenso dolor, recordé cómo me amenazaba: “Nadie es importante para mí. Por lo que a mí concierne, tú y el resto del mundo sois como esos granos de polvo flotando en la luz del sol. De un escobazo os echo fuera”.

28. COMERCIO DEL SIGLO XXI

—No fuméis, *please* —exclamo en cuanto huelo el humo de cigarrillo.

—Es que según hemos salido del *finger*, sacamos la maleta y nos has recogido en la misma puerta. No hemos tenido ni un minuto para fumar y llevamos sin hacerlo desde que salimos de El Prat hace tres horas.

Suspiro y sigo conduciendo, pero enseguida les contesto.

—Abrid la ventanilla y sacad el cigarrillo, para que entre el menor humo posible, anda —les pido resignada. Como exfumadora, me pongo en su lugar.

Salgo de Barajas tras recoger a Eric González y a su acompañante, Sylvia, para llevarles al evento de presentación del nuevo modelo de *smartphone* de una conocidísima marca en el Palacio de Congresos de la Castellana. Eric es un *youtuber* de moda, ahora mismo tiene cerca de ocho millones de suscriptores en su canal. Aún lejos de los grandes (Elrubius, Veggeta, AuronPlay, Willyrex o TheGrefg), sin embargo ha conseguido estos números en muchísimo menos tiempo, lo que le augura una carrera muy prometedora. Eric va vestido con una camiseta de rugby, chaleco acolchado, unos Levi's oscuros por encima del tobillo y unas zapatillas Golden Goose blancas. De pronto sonríe y me dice algo sobre cambiar a otra emisora. "Se unen en París, se aman y los dioses les bendicen" canta el gran Serge. Definitivamente, Gainsbourg no les gusta a los *millennials*, así que conecto Spotify con el Bluetooth y les pregunto por sus preferencias musicales para ir a tiro hecho.

—Yo escucho siempre listas de reproducción, no me gusta escuchar un artista mucho rato, me cansa —afirma Eric mientras apura su cigarrillo.

—A mí me pasa lo mismo. Mira, pon cualquiera de estas: *West Coast Rap* o *K-Pop Daebak* … —me pide Sylvia, mientras se quita la gorra negra de Adidas que llevaba al entrar en el coche y la guarda en su bolso.

—Si os gusta el K-Pop, tengo entradas de sobra para ir a ver el concierto de Seventeen en Madrid en zona VIP, con barra libre y *catering* por la patilla.

—Gracias, Eric, pero no sé ni quiénes son —le contesto, agradecida pero un poco avergonzada al no haber escuchado el nombre de ese grupo en mi vida—. ¿Dónde tocan?

—En el WiZink Center. Me contrataron para hablar sobre ellos en mi canal y publicitar sus conciertos en España. Me han dado diez

entradas, pero si lo necesitáis, puedo conseguir más. Están ahora en promoción y les vendrá bien cualquier publicación extra.

—Pues yo me apunto. He oído que el espectáculo es guapísimo. Son trece tíos que cantan y bailan sin parar durante más de dos horas. Además, hacen unos vídeos muy cañeros. Voy a compartir uno que vi el otro día y que flipé con él, curradísimo —dice ella mientras rebusca en el móvil. Tras un silencio prolongado, cambia de tema de forma poco disimulada—. Oye tío, confírmame este rumor: ¿estás saliendo con Bárbara?

—¿Bárbara?

—Bárbara Montoliú.

—Lo que hay que oír —gruñe Eric—. ¿Dónde has escuchado eso?

—Espera. Antes dime que no es verdad.

—No, ya sabes que ahora mismo no tengo novia —contesta tajante.

—Pues corre el rumor de que estás saliendo con Bárbara. Hay gente en redes diciendo que os vieron la semana pasada cenando en un reservado del Zuka.

—Mentiras sin sentido.

—A mí me ha llegado que hay fotos —insiste Sylvia.

—¿Fotos? Fotos mías en restaurantes las hay a patadas.

—No, ya. Yo me refiero a una foto en particular.

—¿A qué cierta foto en particular? No caigo. —Eric intenta defenderse.

—Pues a una foto tuya con Bárbara en el Zuka. —Sylvia insiste.

—¿Bárbara y yo? ¿Cenando?

—Tomando un tataki tú y un sashimi ella.

—¿Pero en una foto se puede llegar a ver eso? ¿Cómo de cerca se supone que está tomada? —responde Eric desquiciado.

—Pero confiésalo, capullo —contesta Sylvia, acosándolo.

—¿Pero desde cuando cenar con alguien es salir y ser pareja?

—Chico malo. Siempre al límite. Mal, mal, mal. Empezamos diciendo que no y ya vamos por quizás o puede ser.

Miro a Sylvia por el retrovisor, sorprendida ante la energía con la que está dirigiendo el interrogatorio con el que acorrala al *youtuber*, que anda a puntito de perder la paciencia. Me inclino hacia adelante y me ajusto el cinturón para no arrugarme más la camisa, mientras no pierdo detalle de la batalla dialéctica. Ríanse ustedes de las disputas domésticas entre Virgina Woolf y su marido, ahora actualizadas en una versión *millennial versus centennial*.

—Supongo, mi querido canalla sin escrúpulos, que la foto en cuestión fue tomada sin vuestro permiso por alguien del personal del Zuka.

—¡Serán cabrones! —exclama Eric con los nervios a flor de piel—. ¿Pero la tienes por ahí?

—Tío, que yo no la he visto. Voy a escribir a una colega que sí que la ha visto y se la pido. Así la vemos y ya me cuentas toda la historia.

—A ver cómo la pides, que no parezca nada raro. Recuerda que vamos camino de un evento y es tu primera oportunidad de salir en medios nacionales, gusana desagradecida —ataca irónico Eric, como quien no quiere la cosa.

Sylvia es una jovencísima *microinfluencer* con casi veinte mil seguidores en Instagram. Perfilador de ojos en abundancia, bisutería floral de plástico, wonderbra y muchas horas de gimnasio. Como Alexa Chung con veinte centímetros menos y cara de sueño, vaya. Lo que más me llama la atención son sus larguísimas uñas, pintadas con esmalte de color blanco.

—Joder, pero que esta tía es muy, muy, muy colega.

—Oye, que no lo decía con ánimo de crítica, ¿eh? Lo decía para que te des cuenta de que en la vida hay que guardar discreción.

—Eric, gracias a mí y a otras como yo, tú no sales todo lo que deberías salir en Twitter con las burradas que vemos y luego nos callamos y no contamos.

—Sí, señora. Las cosas claras. Ese es mi lema. Resumiendo, ¿qué quieres a cambio de que yo pueda ver esa foto?

—Pues no sé, por ejemplo, que me digas si estás saliendo con Bárbara y si te montarías alguna clase de trío.

—Que no, coño. ¿Cómo hay que decir las cosas? —refunfuña—: Que no estoy saliendo con Bárbara.

—Bueno, yo le he dejado a mi amiga un mensaje por privado en Insta y un *whatsApp* para que me pase lo que tenga.

—Pero… ¿Qué es lo que te va a pasar?

—¡La foto, coño, la puta foto! —ahora es Sylvia la que pierde los nervios.

—Ah… ¡Vale! Joder, estás consiguiendo rayarme.

En un principio, nuestra propuesta solo se negoció con Eric, pero él exigió como condición trabajar con Sylvia. Después del cabreo inicial del cliente, y tras fallarnos otras alternativas, no hubo más remedio que aceptar. En un principio pensé que eran pareja, pero escuchándolos, ya no sé qué pensar.

Llegados ya al centro de Madrid, en muchas marquesinas de autobuses por las que pasamos hay un póster de Dulceida anunciando una nueva gama de maquillaje para Mac Cosmetics. Los destellos del sol a esta hora de la mañana me deslumbran mientras conduzco, lo que me obliga a ponerme las gafas de sol. Después de un largo silencio, Eric intenta entablar conversación conmigo.

—Oye, vaya atascazo que hay hoy por aquí, ¿no?

—Bueno, es que los viernes siempre son así —le respondo—. Este trayecto lo haces por la noche en veinte minutos, pero a estas horas

nos podemos ir a los tres cuartos de hora fácil.

—¿Estos son muy puntuales?

—Es un evento que ya tiene una hora programada. Pero no te preocupes, que llegamos. Fuimos muy precavidos y os buscamos un billete con mucha antelación... Tranquilo.

—Genial, porque hace un par de semanas fuimos a un evento a Córdoba y como íbamos en AVE y se tardaba muy poco, nos relajamos y llegamos tarde. Y luego no nos querían pagar.

—¿Sí? ¿Y qué pasó?

—Pues no sé en qué ha quedado, lo estaba luchando mi representante, pero no se echaban atrás, que no nos pagaban…

—A mí mientras me paguen… Como si no aparezco —responde Sylvia, sobradísima.

—Tía, tienes que aprender cómo va esto, hay que ser responsable, si empiezas con mierdas de estas, en un año no te llama nadie. Se corre la voz de que eres una inconsciente y ni las marcas ni las agencias se acuerdan de ti.

—A mí me la suda. A quien le debo algo es a mis seguidores. A los demás, que me coman el coño —dice con voz de niñata pretenciosa.

—Joder, Sylvia, que los que te pagan no son tus seguidores, hostias —gruñe Eric—. Que la pasta viene de las marcas. ¡No me jodas, tía!

No sé cómo, cada vez que nos detenemos ante un semáforo, Eric suelta una retahíla de tacos. Tengo que esperar a que el semáforo se ponga verde para acelerar y avanzar hasta la rotonda de incorporación a la M30, donde los vehículos que vienen detrás me obligan a esperar de nuevo para poder girar a la izquierda y continuar.

—Pues me voy a París a pasar el *finde* mañana, ¿te apetece venirte? —anuncia Eric con voz decidida.

—Joder, me encantaría… ¿Cuántos días irías? —replica Sylvia sin perder ni un segundo la oportunidad de sabe Dios qué…

—Cinco días, tengo cuatro *collabs* allí.

—¿Cuatro? ¡Qué cabrón! ¿Pero cómo coño lo haces? —exclama impresionada.

—Yo lo llamo “Matroska Collab”. Realmente parto de una colaboración con una primera marca, y a partir de ahí, organizo todo para hacer otras tres o cuatro más relacionadas entre ellas, sin que las marcas lo sepan. Al final saco mucha más pasta y amortizo mejor mi tiempo. Para que te hagas una idea, aquí voy invitado por una cadena de hoteles española, para promocionar la apertura de su nuevo hotel en el centro de París. De paso —continúa explicando—, mi representante ha cerrado otra collab con una marca de plantillas, vendiéndole que podíamos promover su uso para cuando andas más de la cuenta, como cuando viajas al extranjero y visitas una ciudad.

Pero, además —agrega tras una pausa—, ya tengo contratadas

otras dos: una para dar difusión a un nuevo *ecommerce* y dirigirle tráfico, y otra de una marca de café, en el que tengo que hacer una publicación y un *storie* tomando una taza de su café en mi sitio favorito. Y qué mejor que hacerlo en París y compartirlo, ¿no? —dice, encogiéndose de hombros—. Y aún estamos negociando con otra marca más.

—¿Otra? ¿De qué?

—Es para una cerveza española que patrocina la Eurocopa de fútbol en Francia. Esta idea se le ocurrió a mi representante, que es superlista y de forma proactiva les propuso la collab. Aprovechando que estoy allí, y teniendo en cuenta el lanzamiento de su nueva cerveza premium, podríamos prescribirla en un contexto real. Todavía no está confirmado, pero les hemos pasado una acción cerrada, llave en mano, desde la creatividad hasta los *copies*, y se lo están pensando. Tiene toda la pinta de que saldrá.

—Joder, qué cabrón. Qué envidia me das, la de cosas que me tienes que enseñar.

—Venga, anímate, vente —insiste Eric.

—Me *ape* mucho, pero me acabo de cambiar de piso de alquiler otra vez y después de la mudanza no tengo mucha pasta, me he quedado a dos velas…

—No te preocupes, mi representante me envió los contactos de todas las marcas por email. Ahora mismo llamamos, lo organizamos, y sin pagar nada, ya verás.

—¿Pero nos da tiempo?

—Ana, ¿cuánto nos queda para llegar? —me pregunta Eric acelerado.

—Mmmmm… No creo que menos de quince minutos —contesto tras calcular lo que nos puede suponer el atasco en el que estamos inmersos.

—¿Ves? Tiempo de sobra para llamar y dejarlo todo cerrado. ¿Te vienes, entonces?

—¡Ah, entonces, sí, claro!

Sylvia sonríe y se deja llevar. Eric parece eufórico con su decisión y yo sigo sin entender a qué pasatiempo juegan estos dos. Cosas de las nuevas generaciones. Yo pensaba que serían más directos y que se olvidarían de juegos florales y prolegómenos de cortesía.

Mientras sigo abstraída en mis teorías generacionales, Eric ya ha accedido a su agenda para no dejar ni un cabo suelto e iniciar el mercadeo sin sonrojo.

—Hola! soy el *influencer* Eric González, ¿cómo estás? ¿Quién eres? —Eric dialoga con el interlocutor de la marca con muchísima desenvoltura—. Te llamaba para consultarte si es posible que para mi viaje de pasado mañana se venga conmigo mi amiga Sylvia Marant,

que también es *microinfluencer* —Eric se detiene y escucha durante unos segundos, por lo que deduzco que preguntan por las cualidades de Sylvia—. Sí, tiene veinte mil seguidores en Instagram. Por supuesto, espera —le hace señas a Sylvia y parece pedirle algo, entonces veo como ella le señala algo en su móvil—. Su Instagram es sylvia, la s en minúscula, la primera con i griega, guion bajo, Marant, ¿ok? Sí, una foto en el avión y un par de *stories* … Os paso enseguida sus datos por correo para que nos mandéis los billetes. Muchas gracias. Claro, fenomenal. Muchas gracias. Un saludo.

Sin solución de continuidad, Eric cuelga y hace otra llamada. Decidido y enérgico, ataca ahora a una marca de hoteles.

—¡Buenos días, Mauro! Soy Eric González, el *influencer* que va pasado mañana a la inauguración de vuestro nuevo hotel en París. ¿Podríais darme otra habitación para los mismos días? Es que una amiga se ha animado y viene conmigo. Ella también es *microinfluencer*. Tiene más de veinte mil seguidores. Sí claro, su Instagram es sylvia, la s minúscula, la primera con i griega, guion bajo, Marant. Sylvia, guion bajo, Marant. Sí, publicamos los dos sin problemas. ¿Nos enviáis las pautas para la publicación por *email* ? Fenomenal, estaré pendiente del correo. Muchas gracias, Mauro.

En apenas unos diez minutos, el nene ha conseguido otro asiento extra en un vuelo internacional y otra habitación de hotel en pleno centro de París a cambio solo de unas fotos hechas con su móvil para subir a Instagram. Y ya. Estoy delante del pago en especie del siglo XXI. Él, orgulloso, su amiga, entusiasmada y yo intentando concentrarme para no estamparme con el Mini, completamente atónita.

Mientras, Eric y Sylvia siguen a lo suyo, charlando y haciendo planes de futuro, por primera vez, soy consciente del enorme choque generacional que nos separa. O al menos eso creo. Anaïs Nin decía que no vemos nunca las cosas como son, las vemos como somos. Y yo soy casi veinticinco años mayor que estos dos chicos.

—Lo que tenemos que pensar es en algo para hacer juntos. Una especie de colaboración de la que podamos sacar tajada los dos…— propone Sylvia.

—Pues si quieres, podemos hacer un *brainstorming*, pero a mí me gustaría que lo hiciésemos con mi representante también, que es superespabilada para estas cosas y tiene muy buena cabeza —contesta asintiendo Eric—. Siempre está vigilando cuentas de gente del extranjero para ver qué hacen por ahí. Fue la primera persona que me habló de Snapchat, de TikTok y ahora de Clubhouse. Se entera de todo.

—Con quien quieras, pero que sea algo interesante…

—Tú que sabes un montón de este mundo, Ana, ¿se te ocurre algo

que podamos hacer los dos? —me pregunta Eric, mientras se acerca a mi respaldo.

—Puf, este mundo se reinventa constantemente. Conozco cosas que pueden parecer interesantes, pero no sé…—respondo con conocimiento de causa, pero dudando de su idoneidad—. ¿Conocéis la cuenta de Positravelty?

—No me suena —niega con la cabeza Eric de inmediato.

—A mí tampoco. Nada. —responde Sylvia.

—Son una pareja de americanos que tenían más de 200.000 seguidores en Instagram la última vez que miré su perfil. Son famosos porque hacen fotos de sus viajes en situaciones muy peligrosas. Su foto más conocida —si la buscáis os sorprenderá—, está hecha en Bali y la muestra a ella, colgando sobre el borde de una piscina, a punto de caer por un precipicio, sostenida por él, mientras se besan.

—Creo que esa foto me suena. Pero tiene ya varios años, ¿no? —responde Eric intentando recordar.

—Sí, tiene varios años. La imagen fue tan viral, que llegó a medio mundo. Y a mil marcas, que luego se pelearon por trabajar con la pareja. A partir de aquí, estos se dedicaron en cuerpo y alma a viajar. Y a ganar mucho dinero. Fue tal el éxito que se picaron y a partir de entonces, cada vez son más retorcidos y ya no saben qué inventar para que todo el mundo hable de ellos.

—Jajajaja… Mira, ya la he encontrado —contesta Eric casi al instante, compartiendo el móvil con Sylvia.

—¡Es muy chula! No la conocía. ¡Algo así, Eric! —responde entusiasmada—Algo así que nos asegure la atención y el interés de las marcas, para generar muchas más propuestas de trabajo y más pasta…

—No tan rápido, Sylvia —digo, rebajando su euforia.

No tengo ninguna duda que que si lo intentasen, la esperanza de vida de esta parejita sería la misma que si hubieran nacido en Burkina Faso y que en cualquier momento recibiría una notificación de Twitter con su obituario.

—Después han llegado infinidad de parejas que los imitan—prosigo —. Hay unos belgas, que se llaman “backpackdiariez” en Instagram, que llevaron la idea de Positravelty un paso más allá, con mucho más riesgo. Hicieron una foto que seguro que habréis visto, en la que aparecen colgando de uno de los famosos trenes azules de Sri Lanka con la mitad del cuerpo fuera, por encima de la selva mientras se besan.

—Esa no la he visto. No la recuerdo —señala Eric.

—¿Sri Lanka? ¿Eso está en India? —pregunta Sylvia dudando.

—Bueno, cerca. Es una isla enfrente de India. A lo que íbamos, lo gracioso de esta foto es que, desde entonces, esos trenes están llenos de occidentales que intentan capturar la misma imagen, jugándose

literalmente la vida… ¿La habéis encontrado?

—¿"Back" qué? —pregunta Eric.

—Backpackdiariez —le aclaro.

—Sí, joder, encontrada. Esta foto es genial. ¿Pero es real?

—¿Qué quiere decir real?

—¿No está hecha en *pospro* ? —vuelve a preguntar Eric, desconcertado.

—Qué va —contesto sin dudar un ápice—. Creo que llegué a leer un *post* en un blog de fotografía digital en el que se demostraba su veracidad, echando mano de diferentes tipos de información que daba la imagen: grado de inclinación de las sombras, reflejo de la luz a lo largo de la composición… Vamos, alguien muy profesional aseguraba que era real.

—Pues esto es imposible recrearlo a nuestra manera. Yo no me veo arriesgándome así… —contesta desalentado Eric.

—Es que innovar a estas alturas es muy difícil. Bueno, hay muchas parejas que deciden juntarse para compartir contenidos comunes en Instagram de manera menos efectista pero que también funcionan. Tampoco os desaniméis —concluyo sin demasiado convencimiento.

—Si yo no me desanimo. Lo que intento es animar a este —confiesa Sylvia sonriendo.

—Recuerdo a una pareja menos espectacular —respiro hondo, mientras hago memoria—. A ver, los recuerdo a ellos, pero no la cuenta de Instagram en concreto, aunque luego cuando aparquemos, la busco en el *iPhone*. Siempre comparten fotos con el *hashtag "Follow Me"*. En todas las imágenes aparece ella de espaldas a la cámara, extendiendo hacia atrás su brazo hacia él, para ir juntos de la mano— recreo el gesto con la mano derecha, mientras sostengo el volante con la izquierda—. Cuando recorres el *feed* entero, el efecto queda muy bien, realmente merece la pena. Es muy romántico, en un contexto de *lifestyle* de viajes funciona estupendamente.

—¡Qué buena idea! Suena muy bien. ¿Y no recuerdas la cuenta? —pregunta Sylvia.

—Una pena, no —le confirmo con una mueca de fastidio—. La tengo seguro porque de vez en cuando me aparecen sus publicaciones y les doy mi *like*, pero se me ha olvidado cuál es.

—Me la apunto para buscarla luego en el hotel —dice Eric sin mucho convencimiento.

—De lo que hay muchas parejas es del rollo *fitness* …— comento sonriendo.

—Sí, de esas hay muchas… Las conocemos, pero nosotros…—dice ella por decir algo.

—… nosotros odiamos el deporte —termina la frase Eric con brusquedad.

—Odiamos el deporte y amamos la pasta —advierte a su vez Sylvia.

29. CARNE DE INFLUENCER

—Otra posible acción, que creemos que sería muy viralizable, consistiría en contratar una modelo o actriz muy famosa para ser la presentadora del programa, no sé, alguna en la línea de las que Álex propuso, por ejemplo, una Úrsula Corberó o una Ester Expósito, y sentarla en una silla, durante una semana, cuatro horas diarias en una sala de algún edificio especialmente representativo, el Prado o el Reina Sofía.

Después de pasar la mañana en el evento de presentación con el *influencer* y su amiga la trepa, he comido algo rápido en la agencia y me he venido con Álex a presentarle a Marga Reis, *la capo de tutti i capi* de Splendour Iberia, la productora encargada del nuevo formato de "La caverna de los *influencers* ", más ideas y propuestas para hacernos definitivamente con la cuenta del programa. Intentando saltarnos el concurso con las otras dos agencias. Como Marga nos ha dado esta oportunidad sin tiempo para preparar nada en condiciones, hemos tirado de oficio y picardía. Por un rato, mi mente aparta automáticamente cualquier referencia a las amenazas y al asesinato de Diego, completamente abstraída en el vértigo de la presentación.

—El espacio recordaría una cueva en la que entras y hay el típico cubo blanco de exhibición, donde se disponen grandes obras de arte. Y alrededor de la sala, una larguísima cola de personas esperando su turno para poder llegar al centro del cuarto —como quien espera horas para poder ver la Mona Lisa en el Louvre—, sentarse y observar de frente a la Expósito. Los resultados serían inesperados: llanto, risas, emoción y, todo ello, reforzado con cientos y cientos de *selfies* compartidos en la red, participaciones que podríamos incentivar, resaltando para la acción el uso de un *hashtag* determinado, algo así como *#lacavernaesarte*, *#lacavernaesemoción* … Ahí ya el equipo de Nacho prepararía un listado de posibilidades para que pudierais elegir. El propósito de la acción es crear un evento asociado a la presentación y puesta en marcha de "La caverna de los *influencers* " en el que introducir a los seguidores de nuestro programa en un ambiente de vulnerabilidad provocado ante el encuentro con una persona tan famosa y popular. El efecto que podemos causar en los que vengan será innegable, pero también lo será el aire de espectáculo que rodeará al evento, ya que su efecto se amplificará en redes. Imaginaos el ruido que crearíamos y aún no habríamos comenzado la emisión del primer programa. El efecto "bola de nieve" sería imponente. Colapsamos Internet seguro.

Marga escucha el relato de la acción cada vez más interesada, acompasando con sutiles gestos en su rostro la idoneidad de cada paso, certificando el acierto y finalmente asintiendo y dando su visto bueno. Lo que no sabe es que todas estas ideas, son refritos de acciones ya presentadas a otras marcas y que estas han desechado previamente. En concreto esta misma ya se la presentamos a un canal de televisión por cable, a una urbanización de lujo en Marbella y a una compañía de productos lácteos.

—¡Me encanta! ¿Pero cómo se os ocurren estas ideas?

—Bueno, esta es del director creativo en concreto, nosotros solo te las presentamos…

Mentira. La idea no es del director creativo, y por supuesto que tampoco es nuestra, es una fusilada sin piedad de una acción que hizo hace años Marina Abramovic en el MOMA y que fue un pelotazo. El vídeo en el que, sin prepararlo, aparece Ulay, su pareja de varias décadas, después de años de no verse y se miran inmóviles y emocionados, tiene millones de visualizaciones en You Tube. Las que estéis leyendo esto, por favor, buscadlo.

Viendo el nivel, me atrevo a dar un paso más y presentar otra idea que Nacho me avisó que tenía un encaje complicado porque ya la habíamos empleado, pero como en este caso el fin justifica los medios, me atrevo a describirla, ya que con casi toda seguridad la desconocen y podría servir para disparar más munición creativa efectiva.

—Tenemos más posibilidades, Marga. Obviamente nosotros os presentamos todas las opciones posibles, y luego vosotros sopesáis la conveniencia o no, si se ajustan a presupuesto… Pero lo importante es la abundancia, tener donde elegir para no errar el tiro, ¿verdad?

—¡Me parece perfecto! Pues... ¡Adelante! Siguiente opción creativa. Soy toda oídos.

—La siguiente bajada es crear una canción de música Trap que sirva de cabecera para el programa. Una canción completamente orientada al que será nuestro *target* principal en "La caverna". Recurriríamos a algún grande del Trap, por ejemplo, a Bad Bunny o a Anuel AA para que nos compusiera el tema. A partir de ahí, elegiríamos a alguna figura con mucho tirón, tipo Ozuna, Becky G, Drake… Alguien en ese estilo para que la interpretara y la grabara. Luego, tendríamos que quemar Internet con ella: un videoclip cañero, rodado con los*influencers* del programa y una estrategia digital sin piedad, saturando las redes con imágenes del rodaje, varios clips *teasers* con la canción… Que "La caverna de los *influencers* " sea tendencia en redes y *trending topic* en Twitter antes de estrenar el programa. Y, por supuesto, habría que intentar que la canción tuviese una campaña que fuese *cross-media* : el *single* debería escucharse en todas las emisoras de radio, *podcast*, etc. Crear una coreografía

concreta para la canción y retar a los usuarios de TikTok para que la imiten y generar una viralidad que garantice un mejor conocimiento del programa. Trabajar con Spotify para asegurarnos la inclusión de la canción en las listas de reproducción más escuchadas del momento… Como ves, no solo es crear un programa apetecible, sino que el envoltorio tiene que ser de primera y venderse solo.

Y seguimos echándole cara. Esta idea ya se la presentamos al *lobby* español de la ganadería porcina de España. Con la intención de incrementar el interés de los jóvenes por la carne de cerdo, ahora que no resulta especialmente *cool* entre ellos, con toda esa profusión de verdes, veganos y demás fauna votante del PACMA, diseñamos una campaña de You Tube con *influencers*, creando toda un batería de acciones de *marketing* relacionadas con la música Trap a partir de un single en Spotify de Becky G con melodías persuasivas a favor de hincarle el diente a los pobres cerditos.

Para presentarla, solo hemos tenido que cambiar el nombre de la marca en el *Power Point* y tirar millas. Al final, no resulta muy diferente vender la carne de cerdo o vender la carne de los jóvenes *influencers* de este concurso.

—¡Fantástico! No sé que idea me gusta más, chicos. Excelente trabajo. Adoro el trap, también me gusta mucho el reggaetón. Soy *superfan* de Bryant Myers y me encanta cuando lo hacen Maluma, J Balvin, Daddy Yankee, Nicky Jam… ¡Hay tantos! No os creáis, que ya tengo mi edad, pero todo el mundo me dice que tengo gustos de veinteañera… Me parece una idea muy, muy buena. Y realizable, claro. ¡Lo que nos vamos a divertir!

Pues… ¡Voilà! Objetivo cumplido. Ni siquiera he tenido que usar como comodín de última hora el *pendrive* de 128 Gb que siempre guardo en mi bolso con más ideas para el caso de que el resultado de la presentación "oficial" no sea el deseado o haya sido más tibio de lo esperado.

Entre algunas de esas ideas, planteábamos una línea creativa resultante entre un cruce de Mad Max y Cirque du Soleil: un desfile de carrozas que deambularía por el desierto y lodazales, con los *influencers* y un montón de chicas guapas. Sangre, venganza y una rivalidad incesante, todo remozado en una estética grotesca. En esta propuesta habría más acción y aventura… Todo repleto de gasolina, humo, fuego y trucos para el espectador a través de un bombardeo continuo de imágenes, explosiones espectaculares y música de orquesta sinfónica para que el programa pareciese épico, además de crear concursos en toda la parrilla de la programación de la cadena con *meets & greets* con los *influencers* que tengan más tirón a lo largo del espacio. Luego, dependiendo de la blandura del ejecutivo de la cadena de tele donde lo emitieran definitivamente, podríamos virar a

un contenido un poco más gore o bien a uno con una pizca de humor para rebajarlo.

30. WILD PARTY

—Fíjate en esos, Ana, pero si van sin ropa y solo llevan los calcetines puestos —murmura Álex.

Llegamos los dos al hotel Eurobuilding alertados por la llamada de un empleado de nuestra confianza, que se ha puesto urgentemente en contacto con nosotros hace media hora. Por lo visto, nuestros queridos *influlerders* han organizado una fiesta subida de tono en la habitación de uno de ellos, y no paran de molestar a los clientes de las habitaciones de al lado. Nuestra "garganta profunda" nos cuenta alarmado cómo, tras intentar hacerles entrar en razón un par de veces sin éxito, la dirección del hotel tiene ya decidido llamar a la policía si no cesa de inmediato el escándalo.

—Espera un momento —grita Eric González, al fondo, junto a la ventana, completamente colocado—. Creo que conozco a esos dos, déjales entrar.

Mientras el desconocido que nos ha abierto la puerta de la suite obedece y permite que entremos en el recibidor, Álex me da un toque en el hombro. Muy serio, me guiña un ojo y me hace un gesto de incredulidad con la cabeza, indicándome el fondo de la habitación. Nos adentramos en ella y, desde dentro, el *hall* se aprecia mucho más abarrotado de que lo que sospechábamos. Parece que se han colado un montón de universitarios —o lo que sea, ilusa de mí, imagino que muchos de ellos apenas sabrán escribir más que con *emojis* — y empiezo a preocuparme por la dimensión de este botellón de alto *standing*.

El pasillo que da al dormitorio está también tan abarrotado que no puedo evitar sentir mi nerviosismo en aumento. Me vuelvo y observo la cara de preocupación de Álex, inquieto y angustiado. En ese momento, suena el *riff* de Jack White en *Seven Nation Army* a todo volumen. Todos empiezan a corearlo tocando como maníacos con guitarras inexistentes.

Vuelvo a divisar a lo lejos a Eric, quien, obviamente, parece divertirse. El aroma de la marihuana denota su presencia en el salón. Hay un grupo de niñatos sentados en el suelo ante un plasma enorme, fumando un porro gigante y bebiendo alcohol mientras contemplan un episodio de *Friends* en el que Joey consigue un papel importante en una película bélica y le toca compartir escenas con Gary Oldman, que no para de escupirle cuando dice sus líneas.

Ahora suena David Guetta a un volumen ensordecedor. Algunos protestan y lo sustituyen por un k-pop melódico más suave. De pronto

veo a Sylvia paseándose y dando saltos con una mini camiseta negra de Mickey Mouse y en tanga. La agarro como puedo por el cuello y la acerco a nosotros.

—¿Pero, qué haces así? ¿Sois conscientes de esta locura? —le grito para asegurarme de que se me oiga entre tanto ruido.

Sylvia se encoge de hombros y me ofrece uno de los dos margaritas que lleva en la mano, pero justo en ese momento pasa un tipo desnudo y con sombrero de *cowboy* delante de nosotros, que lo acepta de mala gana mientras Sylvia le da unas palmaditas juguetonas para animarlo a bebérselo. Pongo los ojos en blanco y maldigo entre dientes, sobrepasada por este enorme caos, incapaz de manejarlo.

Llegamos con mucha dificultad hasta donde se encuentra Eric, que al vernos tan cerca, tuerce el gesto y se vuelve, limpiándose la nariz de coca y bebiendo un generoso trago de lo que parece un cubata cargadísimo de alcohol. El tipo que nos ha abierto la puerta se acerca a toda prisa y antes de que podamos decir nada, conversa con Eric.

—Necesito las llaves del Corvette de Juancho. Voy por más alcohol. ¿Sabes dónde están las tarjetas de crédito?

—Que lo carguen a mi cuenta —dice Eric con voz aburrida—. Y trae más tónicas, ¿vale, Waldo?

—¿Y las llaves?

—En el baño, me las ha dado antes. Si no están en el lavabo, mira en mi pantalón. Unos vaqueros que andan por ahí. Ya no recuerdo si detrás de la puerta. O en el suelo…

—… no los veo…

—…unos vaqueros Dolce & Gabbana. Llevan un cinturón negro…

—¡Ya están! Aquí tengo las llaves.

—¡Pues ándele, mi cuate!

Eric no tiene demasiado buen aspecto. Está muy pálido, ojeroso y absolutamente desencajado. Va vestido de forma diferente a esta mañana, con una camisa surfera desabotonada hasta el ombligo, unos vaqueros blancos y unas sneakers. Y va cargado de accesorios: un Patek Philippe y varios collares. Cuando le digo algo, repite parte de lo que le digo y luego asiente. Le pregunto si es consciente de la que están armando y que, si esto continúa, el hotel va a llamar a la policía, le denunciarán y todo ello puede repercutir en su reputación. Sigue frotándose la boca, y cuando comprendo que no me va a responder, le pregunto qué ha estado haciendo durante el día.

—¿Que qué he estado haciendo?

—Sí.

—Anduve por ahí.

—¿No te ibas a París?

—¿París? Eso es mañana. Esta noche estoy disfrutando después de una dura jornada de trabajo. Pásame el porro que está en la mesilla.

No le hago caso, pero un niñato completamente desnudo con una gorra de béisbol que hay a mi lado le da el porro y luego una caja de cerillas. Enciende el canuto y se relaja, apoyando la cabeza a los pies de la cama.

—Gracias, Xavi —dice, exhalando el humo—. ¿Pero qué queréis? Relajaos y divertíos. Me encanta Madrid. No recordaba lo divertido que es.

—Y qué ambientazo, oye —responde Álex, visiblemente cabreado.

—Sabía que te gustaría —suspira Eric—. ¿Y tú qué opinas de la suite? —me pregunta, dirigiéndome una mirada suspicaz—. Se parece demasiado a un nuevo hotel diseñado por Philippe Starck en Los Ángeles que he visto en Instagram.

—Dejemos el tema del interiorismo, Eric, no hemos venido para hablar de gilipolleces —contesta Álex, a punto de perder los nervios.

—¿Y de qué quieres hablar? —pregunta—. Que no sea de tu maravilloso negocio, claro. Todo el puto día hablando de *engagement*, de KPI's, de ROI, de Bots, de CPM… Sois un coñazo.

—Pues ese *engagement*, esos KPI's, ese ROI o esos CPM… Son los que te dan de comer. Bueno, o de lo que sea —dice Álex mientras mira alrededor—. Todo esto no se paga con un trabajo de nueve a cinco en una oficina…

—Eric, lo que queremos es hablar contigo —le digo muy seria, y hago una pausa de unos segundos—. Terminad ya y mandad a todo el mundo a casa. —Otra pausa—. Si no lo haces en un rato, el hotel va a tomar medidas drásticas y no vamos a poder ayudarte.

Eric no me escucha, se levanta, se dirige a una de las mesillas de noche y da unas cuantas esnifadas. Luego muestra la nariz para que sus colegas le den el visto bueno. El tal Xavi asiente con la cabeza dándole el ok, y Eric se vuelve a sentar a los pies de la cama mientras saluda con la mano a un tipo que hay sentado en el sofá enfrente del plasma, que ahora emite un videoclip de Dua Lipa en el que interpreta a la cantante de la orquesta del Titanic. El tipo del sofá le devuelve el saludo con los ojos entornados, completamente colocado.

—¿Quién es ese? —pregunto.

—Es amigo mío. Sale en el nuevo *spot* de Tommy Hilfiger en España—responde Eric, balbuceando apenas.

—Qué ambientazo —repito con los brazos en jarra, un tanto desesperada, mientras miro a izquierda y derecha, sin saber qué decir, aún alucinada con semejante espectáculo.

—Te sientes genial, ¿verdad? —le incordia Álex.

—No me agobiéis. ¿A eso habéis venido? Desde donde estoy ahora, no importa el cómo me siento —afirma Eric.

—¿Y tú qué opinas? —nos interrumpe Xavi, el niñato encargado de repartir la grifa entre los asistentes al evento.

—¿Qué opino de qué? —gruñe Álex.

—¿Qué opinas de la fiesta?

—Me parece bastante mal —le grita Álex, aproximando su cara a la del jovenzuelo.

—¿No os parece una buena idea para un guion de cine?

—¿Para un guion de cine?

—Sí, para un guion de cine.

—No estoy demasiado seguro. Preferiría estar en el dormitorio de mi casa, echando un sueño reparador, después-de-una-jornada-de-trabajo-de-verdad.

—No sé —Eric calla y vuelve a encender un canuto—. Nunca había estado en una fiesta en una suite —se encoge de hombros y da una chupada al porro—. Me parece que quiero quedarme aquí para siempre. Hay dos por ahí que hablan de tirar el sofá de la entrada por el balcón para intentar que aterrice en la piscina. Esta es la fiesta de mi vida, la que le contaré a mis nietos cuando envejezca.

Digo que no con la cabeza. Miro a Álex, que ya apenas puede resistir más esta locura, desquiciado.

—Álex, te juro que voy a escribir este guion, voy a hacer una peli y la voy a presentar en Sitges, como Wismichu —insiste el niñato, gritando para hacerse oír.

En plena conversación, me llevo una enorme sorpresa al reconocer entre el tumulto a Joel OMG, un *youtuber* al que representábamos y que nos abandonó para irse a otra agencia de la competencia. Lleva *un look* totalmente negro, combinado con una chaqueta muy Glam. Se está fumando un porro y bebiendo un cubata de tequila.

Finge reconocerme de repente y grita con voz de borracho:

—¡Hola, Ana!

Yo fuerzo una sonrisa y le tiendo la mano.

—Eh, tía —dice, apartándome la mano—. Hacía mucho tiempo que no nos veíamos, ¿no? —ahora me abraza con fuerza, sin tiempo para apartarme—. ¿Qué te parece la fiestecita que ha organizado esta panda? —pregunta, al tiempo que retrocede y me ofrece un porro. Yo declino su invitación con un gesto de la cabeza.

—Pues qué quieres que te diga —respondo, mordiéndome los labios—. Alucinante. Adiós. —Y me alejo de esta alimaña recalcitrante al que ojalá no hubiera vuelto a ver.

—Genial —dice este, echando un vistazo a su móvil para disimular su sorpresa ante mi inesperada reacción.

En ese momento llega el horror, como diría Conrad. Hasta ahora no nos habíamos dado cuenta de que detrás de nosotros hay varios niñatos tirados en la alfombra, alrededor de un tragabolas. Sí, el famoso tragabolas, el juego en el que eliges un hipopótamo con tu color preferido y comes el mayor número posible de bolas. Álex y yo

nos quedamos de piedra al observar que aquí los que ganan son los que comen otras cosas.

Cuatro veinteañeros, completamente desnudos y solo con los calcetines puestos, están cada uno a un lado del tablero de juego, y uno a horcajadas, coloca su pene erecto en el medio, mientras los otros, de una forma violenta y combativa, intentan mordisquear el falo con los muñecos de plástico.

El cretino del centro, enfarlopado hasta las cejas, hace equilibrios para no caerse, pero está tan colocado que no puede evitar hacerlo de forma aparatosa, causando las risas de todos los que le contemplan a su alrededor. El resto de los jugadores aprovecha el traspiés del cretino para accionar las fauces de los hipopótamos de manera frenética, lo que hacen sin parar de reír con la mandíbula completamente rígida y la mirada perdida.

El miembro del atontado que ha caído sobre el tablero va tornándose rojo debido a la constante agresión por parte los otros jugadores, y uno en concreto —el hipopótamo amarillo—, acaba engulléndole el pene definitivamente, dejando una buena parte de su parte superior en el interior de su hocico.

Yo ya no sé a dónde mirar y me tapo los ojos con ambas manos. Tengo que reconocer que, escuchando tal cantidad de ruido, risas y griterío, soy incapaz de mantenerme así más de diez segundos. Así que vuelvo a echar un vistazo a este momento estelar de la humanidad, parafraseando a Stefan Zweig.

—Vámonos de aquí, Ana. Este Eric que se joda, no somos sus padres—concluye Álex, perdiendo la paciencia.

—Pero Álex, quedamos fatal con la marca…

—¿Y qué culpa tenemos nosotros de que este tipo sea un niñato de mierda?

—Te juro que esta mañana me pareció un chico responsable y sensato. No me esperaba esta reacción. Incluso le leía la cartilla a su acompañante, la chiquilla esa del tanga…

—Pues ya ves los resultados. Encima de poco íntegro, perdonavidas con los demás.

De pronto oímos gritar a Eric, que está detrás de nosotros hablando con Sylvia, pero no alcanzamos a escuchar la conversación por culpa de la música. Los dos nos miran con expresión airada, y cuando nos damos la vuelta, dispuestos a volver a hablar con ellos, Sylvia nos fulmina con la mirada. Va aumentando mi impresión de que la fiesta está descontrolándose y de que cada vez somos más. La habitación está tan saturada de gente que prácticamente estamos hacinados, de pie unos contra otros.

—¿Estás bien? —le pregunto a Eric.

—Claro, ¿por qué no iba a estarlo? —dice mientras se sorbe la

nariz con fuerza—. Lo que os decía antes, esta fiesta es la leche. Y a cada hora que pasa es mejor…

—Veo que estás sorbiéndote mucho la nariz. Y además, sudando.

—Porque me estoy divirtiendo.

—Pero mira alrededor, aquí ya hay mucha gente al borde de la inconsciencia…

—¡La gente solo se queja de que la música está un poco baja!

—Piérdete, niñato —le escupe Álex, desbordado por la impaciencia.

Empiezo a oír unas risitas nerviosas por detrás, mientras Álex se abre camino hacia la semioscuridad del pasillo del hotel, y no coge el ascensor, baja la escalera a toda velocidad, sin mirar atrás, enojado como hace tiempo que no le veía.

—No te quedes ahí pasmada —murmura Eric mirándome a los ojos, con la mandíbula desencajada—. Venga, piérdete tú también.

31. LEGAL AFFAIRS

—Preséntate en los calabozos de la comisaria de Leganitos dentro de tres horas, sobre las doce de la mañana.

No comienza nada bien el fin de semana. Me había despertado agobiada y temerosa, pero me obligué a salir de la cama e iniciar el día con renovados propósitos empezando por el desayuno: un bagel casero, yogurt natural desnatado con moras y medio pomelo. Para beber, una taza de café con leche desnatada. La llamada trastoca mis planes y me muestro especialmente irritada, enconándome con Edu, mi abogado.

—¿Para qué?

—Para una identificación. Para eso. Al parecer tienen un testigo que vio algo la tarde-noche del asesinato de Diego Giménez. Tú no hables con nadie, solo vete para allá y preséntate.

Ayer viernes, la calle parecía más bien un lunes. La ciudad tenía un aspecto demasiado resacoso. Debía de estar muy animada, media humanidad esperando a que llegase el viernes, tanta gente anunciando en Facebook sus planes del fin de semana. Sin embargo, apenas había circulación y las aceras estaban más vacías de lo habitual, seguramente debido al mal tiempo. Como Leo que soy, lo interpreté todo como un mal presagio y mi angustia aumentó. No estaba tan equivocada.

—¿Pero estoy acusada de algo?

—No, por lo visto hay una persona que vive enfrente del aparcamiento y que vio a alguien sospechoso salir a toda prisa justo a la misma hora en la que se produjo el incidente. Ha dado un testimonio fiable y ahora quieren hacer sus comprobaciones. No te preocupes, tu asistencia es un mero trámite —me transmite con tono tranquilizador.

—¿Y si me niego?

—Es una obligación legal. Si te niegas, mandan un coche a buscarte mañana a casa o el lunes a la agencia, y al calabozo. No te conviene buscarte problemas por algo tan nimio. Solo quieren una identificación, es imposible que haya algún imprevisto.

—¿Seguro, Eduardo? —pregunto, claramente preocupada.

—Joder, tú no fuiste, solo andabas por ahí. El suceso ocurrió a última hora de la tarde y principios de la noche… Nos podemos agarrar a mil incorrecciones legales. O cargarnos directamente la fiabilidad del testigo, vete a saber el elemento que nos vamos a encontrar, que en ese barrio no te puedes fiar de casi nadie. Además, habiendo invalidado al testigo, tendríamos otra serie de criterios para

alegar en caso de que hubiera cualquier otra circunstancia en contra nuestra—expresa con tono tranquilizador—. No le des más vueltas a la cabeza, Ana.

—Pero tienes que entenderme. Todo esto me queda muy grande —insisto.

—Es comprensible, me pongo en tu lugar. Créeme cuando te digo que una rueda de reconocimiento es una parte más de una diligencia sin ninguna relevancia definitiva. He estado en cientos y sé de lo que hablo.

—Ya, es que las personas que no hemos estado en ninguna, estamos acostumbradas a las películas y a ese rollo del "falso culpable".

—Pues no hay que preocuparse, la transparencia es máxima. Siempre existen leyendas urbanas sobre estos procedimientos, pero no hay nada que temer, de veras.

No te van a endosar el muerto a ti porque sí.

Pausa.

—Ya veo que no me crees —afirma Edu, un tanto sorprendido—. No te rayes, sólo una identificación sin reservas se considera prueba de la autoría. Vamos, que tiene que estar seguro al 100%. Si el testigo reconoce solo de modo parcial o duda un poco, todo queda completamente anulado y para casa.

—¿Y si solo me vio de espaldas? ¿Me puede reconocer por el color de mi pelo o por el bolso que llevaba?

—¡Por supuesto que no! La identificación tiene que ser completa, total. Yo solo he vivido dos casos en los que se realizó una rueda parcial para identificar un elemento preciso: un caso en el que había que reconocer un tatuaje en concreto en un caso de asesinato, y en otra ocasión, una rueda de voces, para reproducir las palabras que el testigo había escuchado en boca del autor de un robo en un banco.

Otra vez pausa.

—¿Puedo ir acompañada? —murmuro, aún preocupada.

—Vente con quien quieras, yo estaré allí esperándote. Si vas a estar más tranquila… Pero vamos, que es una pura formalidad.

—Estoy pensando en ir con mi hermano. Voy a llamar y confirmar si puede acompañarme. Lo prefiero.

32. RUEDA DE RECONOCIMIENTO

—Señora Portela, gracias por haber venido y colaborar con la investigación.

Por fin, después de estar sentada con Eduardo en la sala de espera de la comisaría durante un rato que se me ha hecho eterno, entran un par de policías y uno de ellos se dirige a nosotros.

—Bien, abogado —le dice un policía a Eduardo—. A partir de ahora tiene que dejarla en nuestras manos.

Le dirijo una mirada suplicante a Edu, que intento enmascarar de dominio de la situación pero que en realidad está suplicando "Te lo ruego… ¡entra conmigo!" Le estoy muy agradecida, me ha acompañado y ha hecho todo lo posible por sosegarme hasta ahora en ausencia de mi hermano, al que no he podido localizar, como de costumbre.

—Estaré detrás del cristal cuando ya estés dentro de la sala de identificación —me dice Eduardo para tranquilizarme—. No te preocupes. Recuerda: no hables de nada, silencio absoluto, ni siquiera a la gente con la que coincidas ahí dentro.

—¿Cuánto tiempo va a durar todo esto? —pregunto.

—No lo sé con exactitud. Este tipo de ruedas de identificación no suelen durar más de quince o veinte minutos, pero es que como acostumbran a ser un caos, nunca se sabe cuánto puede llevarte.

De repente, llega a la sala Luis Osorio, uno de los inspectores que me interrogó en la agencia, y comienza a tirar del brazo de Eduardo. Afuera debe seguir diluviando, porque lleva la corbata y los hombros de la americana completamente empapados. No ha parado de llover desde ayer por la tarde. He pasado buena parte de la noche despierta, leyendo y viendo la tele, tratando de ignorar el insomnio y la lluvia.

—No te preocupes —insiste Eduardo, mientras se retira—. Todo irá bien.

Por la forma en que se dirige a mí, mi cara debe de ser la imagen de la pura desesperación. Luego se cierra la puerta y quedo aislada del mundo. Vuelvo a estar muy asustada. El corazón comienza a latirme con fuerza. En cuanto se cierra la puerta, me encuentro inmersa en un mundo en el que nunca pensé que estaría.

Ahora me siento en una silla de oficina muy avejentada, en una habitación de techo bajo y dividida en pequeños departamentos, algunos con ventanas de cristales gruesos, como los de los estudios de grabación. No hay, en cambio, ventanas que den al exterior. Una deslumbrante luminosidad eléctrica reina en todas partes. Gente uniformada anda de un lado para otro. No todos llevan, sin embargo, el mismo uniforme.

Hay dos hombres con las manos a la espalda, esposados, delante de un gran escritorio. Junto a ellos se encuentran dos chicos muy jóvenes, que, por la conversación, deduzco que son policías de paisano. Uno de los detenidos se vuelve a mirar por encima de su hombro, y se fija en mí, le da un codazo al otro, que también se vuelve y me da un repaso con la mirada. Le dice algo en un idioma que identifico como rumano o turco y rompe a reír a coro con su compañero. Sentado junto al escritorio se encuentra un policía enorme, guapo, con el mentón muy cincelado y una mata de pelo negro peinada hacia atrás, algo así como Channing Tatum, pero no tan joven y mucho más bruto.

Inquieta y nerviosa, echo un vistazo a mi reloj de pulsera, deseando pasar el mal trago cuanto antes. Luego miro a través de una ventana de cristal grueso. Veo archivadores y montones de papeles. El centro de la sala está ocupado por una mesa con dos ordenadores de torre y un fax *antediluviano*. Todo tecnología con al menos diez años de antigüedad.

Ahora, los policías de paisano están quitándoles las esposas a los detenidos. Uno de los dos policías lleva una riñonera y un chaleco acolchado encima de una camiseta roja con algunos desgarrones, que reza "Ozuna" en letras enormes y más pequeño debajo, "El negrito ojos claros". Calza unas zapatillas deportivas New Balance granates y lleva unos pantalones de camuflaje muy sucios, ajustados a la altura de los tobillos.

Luego me fijo en que el otro joven policía de paisano también lleva una sudadera de color negro de Ozuna, pero esta solo con el nombre en grande y el icono de un osito de peluche debajo. Me pregunto cómo lo harán, ¿comprarán todo el *merchandising* en conciertos o lo harán entrando directamente en la *web* del artista? ¿Les gustará su música realmente o no sabrán quién es y lo harán solo para parecer enrollados y camuflarse mejor entre la gente joven?

Parece una especie de *método Stanislavski* policial, aludiendo a la célebre disciplina de interpretación teatral que obliga a importar el juego de apariencias de un personaje, incluyendo su manera de vestir. De pronto, me viene a la cabeza cómo es posible que los detenidos no hayan sospechado nada al ver que se les acercaban dos tipos con ropa del mismo artista. Pensarían que eran amigos a los que les gustaba la misma música o que eran novios y se habían conocido en el concierto de Ozuna… Yo que sé, sigo muy nerviosa.

Transcurridos algunos minutos sin producirse ningún avance, pregunto por mi situación y si hay algún inconveniente que retrase la rueda de reconocimiento a la que he venido.

—No —me dice muy seco un policía que pasa por ahí y se sienta en la mesa del centro de la estancia—, ya puede dar las gracias de que

sean la una y media de la tarde en lugar de las cuatro y media. Si fuese a esa hora, probablemente tendría que pasarse la noche de hoy aquí, o incluso en los calabozos de los juzgados. Los fines de semana somos muy pocos y no damos abasto.

—¿Qué me está diciendo? Entonces, ¿no voy a hacer la rueda de reconocimiento hoy? — pregunto. Me sale la voz afónica. Apenas si puedo articular las palabras.

—Ah, ¿está usted para una rueda de reconocimiento? Creí que estaba aquí por otra cosa —contesta el policía sin mirarme a los ojos, pendiente de revisar algo en la pantalla de uno de los dos ordenadores antediluvianos—. Entonces seguramente ya está organizada y se hará en breve, no se preocupe. El testigo, que no habrá llegado, o alguno de los inspectores que lleve el procedimiento que está con otro tema… Puede surgir un retraso por cualquier cosa.

—¿Puedo hablar con mi abogado? Esto no es lo previsto. Me dijeron que entraba ya, y que en quince o veinte minutos acabábamos con este trámite.

—No le puedo decir nada más, estese ahí unos minutos, quédese tranquilaaaaa. —me responde el policía alargando las sílabas, con un tono de voz un tanto condescendiente, tratándome como si fuera tontita—. Por mucho retraso que haya, la rueda de reconocimiento ya habrá sido programada y se celebrará hoy sí o sí. Mire, la sala de identificaciones es esa de ahí —me señala con el dedo índice hacia el pasillo—. Al no estar acusada, no pueden retenerla aquí esta noche, la enviarían a casa.

—Que suerte tengo…

No entiendo nada de lo que me está diciendo el policía, aparte de que hay algún fallo, o algo que está retrasando todo. Me siento intensamente asustada.

—¡Quién ha sido el cabrón que ha vomitado aquí, joder! —aúlla una voz a lo lejos, al fondo del pasillo.

Sigo los ojos del policía que me ha intentado tranquilizar, alertado por el chillido. Saco la cabeza y, a un lado, en un pasillo, llego a distinguir dos celdas a lo lejos. Azulejos blancos y barrotes; parece que todas las celdas están hechas de azulejos blancos, como los lavabos públicos. Dos policías se encuentran delante de ellas.

Uno de ellos grita hacia el interior:

—¡Qué coño te pasa a ti! ¿Por qué has vomitado?

En ese momento, noto la presión de la mano del inspector Osorio sobre mi hombro, forzándome a levantarme y a dirigirme a un despacho pequeño justo al lado de la que creo que es la sala donde se va a producir la identificación. Ahora me siento junto a un escritorio viejo y gris, mirando de frente al inspector, que lleva unos papeles en la mano y se pone a manejar el teclado de otro ordenador *vintage*.

—¿Nombre? —me pregunta con un tono huraño y funcionarial.

Intento hablar, pero no puedo. Tengo la boca completamente seca. Parece como si la lengua se me hubiese pegado al paladar.

—¿Nombre?

—Ana Portela Fernández —apenas emito un susurro.

—¿Dirección?

—Calle de Alfonso XII, 50. 6º. Es el sexto. Aunque también compré el séptimo. Y los uní. —Me doy cuenta de que los nervios me traicionan y acabo diciendo estupideces sin sentido, como si al inspector le importase mucho la disposición arquitectónica de mi vivienda.

—Calle de Alfonso XII, 50. 6º. Listo. ¿Edad?

—Cuarenta y tres años.

Sigue transcribiendo otros datos personales que le proporciono, como el teléfono, la profesión o la dirección de trabajo… En ese momento, pasa por aquí otro policía, que, por la forma de dirigirse a él, parece ser un superior.

—Oye, Luis —le dice el policía—. La señora Portela ha colaborado en todo momento, y lo suyo parece poca cosa, ¿terminas eso de una vez y que pase cuanto antes?

Me siento invadida por una oleada de profunda y emocionada gratitud. En el mismo momento de experimentar ese sentimiento sé que es irracional, pero eso no me impide sentirlo. El inspector Osorio hincha los carrillos, desvía la mirada, como si meditase algo, y finalmente dice:

—Sí, estamos acabando. Vamos a hacer todo lo posible para dejar cerrado esto cuanto antes —entorna los ojos, alza la mandíbula y arquea las cejas, como diciendo: "Retraso por cosas de arriba", mientras el otro policía asiente con la cabeza y se encamina hacia otra parte de la comisaría —. Señora Portela, vacíe el bolso, por favor. Páseme lo que contenga y terminamos ya.

De acuerdo con los consejos de Eduardo, apenas llevo nada encima. El iPhone, la cartera con mi DNI, tres euros en monedas, las llaves de casa, un pañuelo y un bolígrafo… Mientras voy entregando cada cosa, el inspector los describe en voz alta —"un teléfono móvil de la marca Apple", "una cartera de la marca Loewe", "tres euros en monedas", "un juego de llaves con un llavero de Menorca", "un pañuelo de la marca Hermès", "un bolígrafo" — y lo va tecleando, mirando fijamente la pantalla del ordenador.

—¿Puedo… —digo susurrando— quedarme el pañuelo?

—Déjeme verlo.

Se lo tiendo. La mano me tiembla espantosamente.

—Sí, quédeselo. Pero ahora que lo veo, tiene que dejar durante la identificación el reloj de pulsera también.

Estiro el brazo, desabrocho la correa y le entrego el reloj. Una nueva oleada de ansiedad me recorre de pies a cabeza.

—Por favor —digo. En cuanto pronuncio esa palabra sé que no he de hacerlo. Estoy suplicando—. ¿Vamos a empezar entonces?

—¿Qué pasa? ¿Tiene alguna cita? —el inspector Osorio me sonríe, como diciendo que solo es una broma. Me habla en tono coloquial, de buen vecino, como si acabáramos de encontrarnos por la calle. No parece ser consciente de mi enorme nerviosismo. Luego añade—: Le doy esta documentación a mis compañeros y procedemos con la identificación, voy a confirmar que ha llegado el testigo y ya estamos.

Me quedo mirándole boquiabierta. Oigo el ruido que hace la puerta de otra sala al lado del pasillo, mientras se abre deslizándose lateralmente. Al fondo hay tres agentes que acompañan a varias personas. Veo que todas son mujeres, en la estancia contigua que el policía de antes me indicó que era la sala de identificaciones. Reconozco a un par de ellas, que estaban esperando en la entrada de la comisaría junto a mí.

—Por favor, entren en esta sala —indican a las posibles sospechosas.

Otra de las que va a entrar conmigo en la rueda de reconocimiento permanece en el pasillo, al lado de un policía. Es muy baja, con poco pelo, unas gafas con cristales muy gruesos y la cabeza le va de un lado para otro. Parece estar también muy preocupada. Murmura algo para sí. De repente alza los ojos y dice:

—¿Empezamos ya? Quiero hablar con mi abogada…

El policía la observa, suelta un gruñido ininteligible y mete a la tipa en la sala sin darle tiempo a responderle. Justo en la puerta se encuentra otro policía, enorme y pecoso, de cara ancha y pelo rubio cortado a cepillo, que la mira de los pies a la cabeza. Veo entonces aparecer al inspector Osorio sosteniendo el documento que hemos rellenado con mis datos personales, con un bolígrafo para que firme en una mano y llevando la americana colgando de la otra. Después de haber firmado, una agente muy joven me hace una seña indicándome que entre definitivamente en la sala.

—Por favor —dice la policía—, pase a la sala por esta puerta.

La puerta está atestada de artilugios metálicos. Uno de ellos recuerda el de la detección de metales que hay en los aeropuertos. Paso y suena un intenso *beeeep*.

—Vale. Vuelva a pasar por la puerta.

Vuelvo a pasar por la puerta, andando muy lentamente, y la alarma suena de nuevo.

—Mierda —dice la agente—. Pruébelo otra vez.

La alarma se dispara por tercera vez.

—No entiendo nada, joder —exclama la agente—. Espere. Déjeme

ver. ¿Lleva algo metálico?

—Que yo sepa no —contesto, atónita, sin saber qué decir.

—Puede ser un chivato antirrobo dentro de la ropa… Alto ahí, vuélvase hacia este lado. ¿Puede pasarme su chaqueta, por favor? —me dice mientras tira de mí hacía afuera a pesar de que ya había atravesado completamente la puerta—. ¡Será...! —se sorprende mientras manipula una alarma diminuta dentro de un pequeño bolsillo de mi chaqueta— ¡Pero si este antirrobo está sin desactivar! ¿Sabe lo que vamos a hacer? Déjeme la chaqueta aquí, así. Bien doblada. En cuanto salga, se la devuelvo y ya se la lleva a casa.

—Sí, ahora que lo pienso es verdad que de vez en cuando me pita al entrar en algunos sitios, pero pensé que era el bolso —contesto mientras doblo la chaqueta como me indica, desorientada y sin saber qué decir.

—Ahora vuelva a entrar despacio, por favor.

Esta vez, consigo pasar la puerta sin ningún contratiempo. La sala es diáfana, con una iluminación marcada por un intenso resplandor y un enorme cristal opaco y espejado a un lado, que entiendo que se comunica con otra sala donde estará el testigo. También veo una cámara montada sobre un trípode.

—¿Qué tengo que hacer? —le digo muy nerviosa a la policía.

—Tranquila, no tiene que hacer nada. Es igual que en televisión. Sitúese erguida debajo de su número… ¿Cuál es su número?

—Mi abogado me ha dicho que el tres.

—El tres, pues sitúese erguida y mirando al frente debajo del número tres y espere instrucciones que le iremos dando según vayan transcurriendo las necesidades que nos comunicará la gente que hay detrás del cristal.

—¿Detrás del cristal? —contesto aterrada a la agente, que se da cuenta de mi creciente ansiedad.

—Sí, no se preocupe. Además del testigo y los inspectores, está su abogado para que toda la identificación se realice con las máximas garantías.

Mientras me coloco debajo del tres, observo desde donde estoy, a mi derecha, debajo del número uno, a una tipa larguirucha de mediana edad, con una enorme mata de pelo gris rizado revuelto. Viste muy excéntrica, con una camisa blanca, una falda gris y unas medias informales decoradas con paréntesis, signos de interrogación y puntos suspensivos. Poco a poco se coloca junto a ella, debajo del dos, una chica mucho más joven, con el pelo muy cardado, teñido de rubio claro, vestida con una camisa granate y unos pantalones vaqueros con unos zapatos planos. Su aire frío recuerda ligeramente al de Tippi Hedren.

Todas ocupamos nuestro espacio asignado esperando una señal. Yo

estoy apoyada contra un lugar de la pared que está cerca del extremo del reborde de la tarima. La pared me hace daño en la espalda, así que me adelanto un poco.

Sin saber qué hacer, el tiempo se me hace eterno, así que vuelvo la cabeza a mi izquierda y me fijo en las otras dos que hay en la sala. Una lleva unos pantalones de franela blanca, suéter de cachemir blanco, y una especie de cazadora punk de color negro, con gruesas hombreras. Está muy nerviosa y no hace más que atusarse su pelo castaño, como si le fueran a hacer una foto. No sabe dónde mirar y mueve constantemente la cabeza. Debajo del cinco está la bajita de gafas que protestaba a la entrada, que discute con la agente de policía que me ayudó con mi chaqueta. Aún va vestida de verano, con un simple pantalón corto y una camiseta de algodón. Cruza los brazos para protegerse del frío y no hace más que refunfuñar después de discutir, aunque habla tan bajo que no la entiendo.

El agente grande y pecoso contempla la escena a través de la puerta de entrada a la sala, intranquilo, esperando alguna señal desde dentro. De pronto, alguien le avisa y él se retira dejando el acceso despejado. Oigo el ruido que hace la puerta corredera de la sala de enfrente al abrirse, y se oye una conversación a lo lejos. No sé qué hacer ni adónde mirar, de modo que elijo un hueco desocupado de la pared de enfrente, e intento concentrarme en ese punto y rogar porque esto acabe cuanto antes.

—Bien, podemos empezar —dicta una voz metálica emitida por un altavoz de la sala—. Por favor, señoras, sitúense erguidas y mirando al frente debajo del número que se les ha asignado, vamos a comenzar la identificación.

Al escuchar de forma oficial la confirmación del inicio del proceso, me entra un pánico enorme imaginándome que aquella gente pueda tomarme por una chiflada, por una asesina. Bajo la cabeza, como si estuviera adormilada, y miro de soslayo. Pero no debo ser la única que lo hace porque un policía nos advierte muy enérgicamente de que hagamos un esfuerzo por mantener la postura erguida por unos minutos. ¡Están mirándome fijamente! La larguirucha de mi derecha sigue con la cabeza hundida y el policía le llama la atención directamente.

—Número uno, dé un paso adelante —ordena la voz metálica desde el interior de la sala, guiada por las dudas del posible testigo.

—Dé una vuelta a la izquierda, por favor.

La larguirucha enarca las cejas, asiente con la cabeza y se despega de la pared. Luego se da la vuelta y sonríe, haciendo que su expresión se convierta en más enloquecida incluso. Escucho cómo el policía grandón y pecoso que ha regresado a la puerta de la sala le murmura a la agente que hay a su lado “que el testigo se tome todo el tiempo

que necesite” y un par de frases más que no consigo entender.

La sospechosa es avisada para volver a su posición original debajo del número uno y, poco a poco, van transcurriendo los minutos. La misma operación se repite con la número dos, pero esta vez mucho más lentamente, y voy notando que mi miedo inicial es reemplazado por el aburrimiento. Incluso con el paso del tiempo, de permanecer recta y erguida, empieza a molestarme la cadera. De pronto, llega la tan temida orden emitida por una voz metálica a través del altavoz de la sala:

—Número tres, dé un paso adelante, por favor.

Miro al suelo y trato de no pensar en el nudo que siento en el estómago. El corazón me late agitado, mucho más acelerado que antes. Escucho estas palabras como si fueran a ser las últimas de mi vida y me dispongo a dar un paso al frente.

UN AÑO MÁS TARDE

33. LA MANO QUE MECE LA CUNA

Estamos sentados en una sala de reuniones tan siniestra como las que existen en todos los edificios de oficinas del mundo, alrededor de una enorme mesa rectangular con botellas de agua mineral del tiempo. Una secretaria nos trae café a Álex y a mí mientras esperamos a Daniela Pérez-Viaña, directora de *marketing* de la marca de pañales Cutie, a la que venimos a presentar una estrategia con mamás *influencers* para una campaña que conmemora el cincuenta aniversario de la marca.

Es indispensable que esta campaña en la que estamos inmersos funcione estratégicamente y que además de cumplir objetivos, destaque creativamente sobre todas las demás y llame la atención del sector. Y es imprescindible porque va a ser el vehículo de lucimiento de Daniela, inmersa en la lucha por la dirección general de la compañía, ya que el actual CEO se jubila a principios de verano. Ya antes entraba en muchas quinielas, pero últimamente en rumores de pasillo y cuchicheos de las máquinas de café de la compañía la consideran en la terna final de los posibles sucesores. Este año, como está de moda el #metoo y el empoderamiento de la mujer en la sociedad actual, parece ser el momento ideal para que tome las riendas de esta empresa tan tradicional sin que nadie se queje. Es ahora o nunca.

Sinceramente, a nosotros nos vendría fenomenal su nombramiento, porque, aunque no nos trate precisamente bien, es cierto que desde hace años pertenecemos al *pull* de agencias de su confianza y, así, aseguraremos nuestra continuidad. Pero eso no quita para que Daniela sea una *elementa* de cuidado y tenga aterrorizado a todo su departamento.

Engreída, egocéntrica y caprichosa, empieza todas sus reuniones con la misma frase: “No estamos aquí para satisfacernos a nosotros mismos sino para satisfacer a nuestros consumidores”, consigna muy discutible, porque como dice mi psicólogo, a los narcisistas no hay que hacerles caso por lo que dicen y lo que tenemos que hacer es fijarnos en lo que hacen, y sus hechos demuestran que siempre se satisface a sí misma y pone su persona por encima de cualquier hecho o circunstancia.

Tiene dos ayudantes en su departamento que se encargan de crear continuamente artículos de opinión con su firma para medios del sector, con últimos ejemplos como “Las 10 claves para sacar el máximo partido a Twitch de una empresa tradicional” o “Monetiza tu

marca en Instagram". También tiene contratada una empresa de comunicación para promover su marca personal, siendo consultada en cualquier programa de radio o televisión en directo para dar su opinión sobre cualquier tema relacionado con la publicidad, *tweets*, *posts*, entradas en *blogs*, artículos en revistas especializadas o medios generalistas, *podcasts* …

Lo que más desea es *googlear* "Daniela Pérez-Viaña" y encontrar centenares de páginas de resultados con contenidos que la encumbren como una gurú del *marketing* en España, la mujer más poderosa de su sector, una especie de Anna Wintour del *marketing*. *Wired* hace años denominó a este corriente "Ego *surfing* ". Parece que es un síntoma común entre todos los egocéntricos del mundo de Internet.

Hay gente que tiene de modelo a Gandhi, a Luther King o a Mandela. Para ella, su ídolo es Marcos de Quinto, un mediático ex alto directivo de Coca Cola en España. Un elitista sin escrúpulos, charlatán y populista, que se exhibe constantemente en todas las tertulias de la tele y que es *trending topic* de manera frecuente.

Pero no todo es oro lo que reluce. Ya bien entrada en la cincuentena, la retención de líquidos la trae por la calle de la amargura. Me la imagino por la mañana, recién levantada, con la cara abotargada y con las bolsas de los ojos hinchadas, eligiendo qué ponerse en su enorme vestidor: la trágica decisión entre ir embutida cual MILF paródica o bien ir más suelta cual mesa camilla.

Mientras la empleada doméstica prepara el desayuno a sus hijos, les traumatizará al darles el beso de buenos días con su mal aliento y correrá a la cocina a tomarse deprisa el café con leche mientras lee *Expansion.com* en su Samsung Galaxy Z negro.

Luego se irá al trabajo a contaminar a lo bestia en su Porsche Cayenne, mientras escucha a todo volumen en KISS FM canciones que le recuerdan su juventud de modo melancólico, siendo impactada entre medias por cuñas de radio de Las Rozas Village con descuentos en Loewe, Boss o Gucci, L'Oreal "Porque yo lo valgo" o el lanzamiento de la nueva crema de noche de Mercadona, que está provocando colas de hasta veinte minutos en todos sus centros.

Desde hace años no toca a su marido y ni siquiera se le ha pasado por la cabeza engañarlo (él a ella, sí). Solo lee dos o tres libros al año, el de Pérez Reverte, el de María Dueñas o el premio Planeta de esa temporada.

Está convencida de que el período actual de desarrollo económico es una buena noticia, aunque el desarrollo económico sólo signifique una montaña de pañales desechables bajo los cuales quedar sepultados. Tiene fe en el futuro, se lo enseñó su *coach*.

Cree en el desarrollo económico, lo aprendió en el máster de una prestigiosa escuela de negocios que acaba de finalizar hace muy pocas

semanas. ¡Produzcamos millones de pañales amontonados y seremos felices! ¡Gloria a la expansión, que hace funcionar las empresas que, a su vez, hacen crecer la expansión! ¡Y abajo esas modernas *jipiosas* que defienden en sus perfiles de Instagram los pañales de tela con mensajes optimistas y medioambientales!

Va pasando el tiempo y la espera se hace larga, lo que aprovecho para echar un vistazo al iPhone. Navegando me encuentro con un artículo que me arranca una sonrisa de inmediato. "Un caro frutero chino se pone de moda entre los *influencers* y resulta que es una escupidera-orinal de cuatro euros". El artículo es una sucesión surrealista de despropósitos en la era de las redes sociales.

Por lo visto, se ha vuelto viral una serie de fotos sacadas de redes sociales occidentales y el anuncio de Amazon en el que se recomienda la adquisición de un frutero chino, "no sólo como artículo decorativo", sino como "un regalo de bodas elegante" o como "accesorio *fashion* para cocinas", a la venta por treinta euros, sin que los que lo compran sepan que este hermoso frutero tradicional, en realidad es una escupidera o un orinal con un valor de menos de cuatro euros en China.

Mientras, los chinos se mueren de risa viendo como muchos influencers occidentales han subido fotos con este artículo que en su país sirve para depositar escupitajos o aguas menores. Según voy leyendo más, no puedo parar de sonreír y lo comparto de inmediato por *WhatsApp* con mi hermano y con Álex, que, sorprendido, suelta una carcajada y levanta la vista para guiñarme un ojo.

Me impaciento y vuelvo a mirar mi reloj. Pasan más de veinticinco minutos de la hora a la que estábamos citados, pero estamos acostumbrados a la legendaria impuntualidad de Daniela. Porque una directora de *marketing* puntual carece de credibilidad. Al entrar en la sala en la que debemos llevar esperándola como mínimo tres cuartos de hora, no pedirá disculpas, sino que, muy probablemente, dirá: "Buenos días, vamos al grano, hoy no podemos perder tiempo".

No hay que olvidar jamás que las marcas acuden a las agencias porque son incapaces de tener ideas propias. Eso les hace sufrir y nos odian por ello. Esta es la razón por la cual Daniela y muchos responsables de *marketing* nos tratan de manera despreciativa y vejatoria. Son sádicos y envidiosos y necesitan quedar por encima de los proveedores. Por regla general, a las agencias nos pagan para que nos dejemos humillar. Esto, Daniela lo disfruta enormemente.

Álex, aburrido también, se pone a trastear con su *smartphone* y, al rato, comparte conmigo una publicación en Instagram de Raquel Zuluaga en Silicon Valley. Se trata de la imagen de un enorme despacho con un bonito ventanal al fondo. Debajo, un texto reza: "San Francisco, *here I am* !".

—¿Qué te parece? —me interpela, sonriendo.

—¿Y qué quieres que te diga? A enemiga que huye, puente de plata.

—¡Qué exagerada eres para todo! ¿Enemiga? Cuando lo de Diego, bien que te ayudó avisándote de la visita de aquellos inspectores a la agencia…

Me quedo en silencio, sorprendida al recordar la enorme presión que sufrí en aquellos días y como aquella nube negra puso mi mundo patas arriba. Por primera vez en mucho tiempo, soy consciente de haber conseguido superar una de las etapas más difíciles de mi vida.

De pronto, entra en la sala la recepcionista y nos comunica que Daniela estará enseguida con nosotros. Se disculpa explicando que se le ha presentado un contratiempo que le ha impedido acudir a la cita a la hora fijada. Álex, sonriendo muy amable, le contesta con una respuesta de cortesía típica de proveedor. Y ambos volvemos casi automáticamente a consultar nuestros móviles para seguir matando el tiempo.

Como no sé cuánto va a tardar, me entretengo en navegar por páginas del corazón, secciones de sociedad, confidenciales del salseo *influencer* … Me dejo llevar y pincho en titulares *clickbait* con fórmulas como "no creerás lo que pasó" o "lo que sucedió a continuación te sorprenderá". Con el asesinato de Diego que Álex acaba de mencionar, la curiosidad me hace buscar referencias al suceso en las noticias de Google.

Enmarcada en uno de esos típicos titulares sensacionalistas, reconozco la foto de la plaza de aparcamiento en la que fue asesinado Diego. Una foto en la que se distingue claramente la mancha de sangre en el suelo de la primera planta. Echo un vistazo al titular y, de pronto, el corazón me va a mil por hora: "Asesinato de *influencer* en el aparcamiento". Cierro de inmediato el navegador de forma casi instintiva. Quizás era muy optimista y no lo tengo todo tan superado como presumía. Respiro hondo, tal y como me enseñó mi psicólogo. Me siento un pelín nerviosa, pero enseguida consigo hacerme dueña de la situación, ya hace más de un año que pasó todo y he aprendido a controlar mi ansiedad.

Con intención de probarme, vuelvo a entrar al Chrome de mi *iPhone* y busco activamente noticias relacionadas con el crimen. Al cabo de un mes detuvieron al principal sospechoso, de nacionalidad rumana. A pesar de que hubo varias pistas erróneas –entre ellas, la que me condujo a una rueda de identificación junto con otras mujeres–, el visionado de los vídeos de las cámaras del aparcamiento "fue la clave" definitiva. En el momento de la detención, según informaba la policía nacional, el presunto agresor iba armado. El *Mundo.es*, el único que tiene sección de sucesos, publica una

exclusiva, firmada por la periodista Lucía Orusco.

La misma foto distribuida por la agencia Europa Press en la que se distingue claramente la mancha de sangre en el suelo, enmarca la noticia en la que se cita por primera vez el nombre del detenido, Cosmin Iancolescu, y el móvil del asesinato: un asunto de drogas, una venganza. Según las primeras investigaciones, la que tendría que haber sido la víctima debía decenas de miles de euros al jefe de una organización de tráfico de drogas que operaba en el centro de Madrid a la cual pertenecía Iancolescu. El texto destaca las contradicciones de este al ser interrogado por la policía. Fuera como fuese, Iancolescu había sido el encargado de ejecutar el asesinato. Pero una serie de "coincidencias fatales" entre Diego y el que debía ser la víctima (ambos eran físicamente muy parecidos y llevaban, tanto uno como el otro, el tatuaje de una lágrima en el ojo derecho) había confundido al rumano.

El resto de los diarios digitales no le dedicaron mucho espacio a la fatal coincidencia. Hay varias teorías al respecto, como lo que significa el tatuaje. Por lo visto, en lenguaje carcelario, algunos individuos se tatúan una lágrima por cada asesinato que han cometido. Otras personas utilizan la lágrima para expresar el sentimiento de dolor por el asesinato de un amigo o de un ser querido. En cualquier caso, creo que Diego no era consciente de este significado, ojalá lo hubiera sido.

El asesinato empezó a dejar de ser noticia a los dos meses y pico de producirse, tras dedicarle horas y horas de las tertulias de los programas del corazón y ser asunto diario de muchos titulares de la prensa sensacionalista de Internet. Cuando el día a día se fue haciendo más urgente y la noticia fue perdiendo protagonismo por antigua, el padre de Diego hizo llegar a las redacciones una nota de prensa en la que informaba que denunciaría al aparcamiento por desatención y negligencia.

Repasando, todos los diarios digitales cuentan lo mismo: el padre de Diego contaba con el testimonio de un médico de reconocido prestigio, quien aseguraba que, contrariamente a lo que se había dicho, el navajazo no había sido "mortal de necesidad", y que, si a Diego le hubieran atendido inmediatamente, habría sobrevivido. También dejaba claro que su hijo nunca había tenido relación con el presunto asesino, ni con sus asuntos de drogas ni con la banda a la cual pertenecía, cosa que se rumoreó mucho, sobre todo al principio de conocerse la relación con la mafia rumana, en mucha prensa amarilla.

Dos digitales, *Abc.es* y *El Confidencial.com*, publican fotos de él, de archivo. Un hombre ya mayor, con el pelo gris peinado hacia atrás, impecable en su traje de ejecutivo. Me imagino su vida de empresario con una discreción llevada hasta extremos enfermizos. Le debió costar

mucho hacer la nota de prensa, aunque menos que ofrecer una rueda de prensa, con cámaras, focos y toda esa parafernalia.

Un poco aturdida por recordar el asunto, pero animada por ser capaz de volver al asesinato sin aparente sacudida de emociones negativas, reprendo a Álex, irritada por seguir esperando a la directora de *marketing* más impuntual de la historia. Me levanto y me acerco a recepción, con intención de hacerme escuchar ante tal abuso. La recepcionista ni me rechista, consciente de lo embarazoso de la situación. Descuelga el teléfono y se pone en contacto con el despacho de Daniela de inmediato. Tras intercambiar un par de frases con ella y hacerle conocedora de mi súplica, me comenta que son incapaces de saber cuánto más van a tardar. Se ha producido un contratiempo serio en el departamento y nos ruega esperar solo media hora más.

—¿Solo? —respondo mientras me paro, cuento hasta tres y luego doy media vuelta.

Indignada, vuelvo a la sala de reuniones y se lo comento a Álex, completamente fuera de mí. Álex, también contrariado, pero más disciplinado con sus emociones, intenta tranquilizarme y me pide paciencia. Propone esperar hasta las doce y si continúa sin aparecer, no habrá más remedio que volvernos a la agencia. Dócil ante lo inevitable del trance, saca el portátil de su mochila y abre el *Power Point* para concluir un trabajo de *benchmarking* para el lanzamiento de una nueva marca de cuyo retraso lleva advirtiéndome desde la semana pasada.

Resignada ante lo absurdo de la situación, reviso el Slack de la agencia, echo un vistazo al *WhatsApp* y decido entrar en mi correo electrónico para comprobar cómo va la mañana. Entre la habitual acumulación de *spam*, hilos de conversaciones con trabajos en marcha y varias peticiones de presupuestos, me llama especialmente la atención un *email* con el *subject* "Congratulations" desde la dirección de correo electrónico "awards@canneslions.com".

Un tanto intrigada, decido pinchar en él y conocer su contenido cuanto antes. Ante mi sorpresa, lo leo varias veces: nos comunican que hemos ganado un León de Cannes por la pieza que hicimos para promocionar la última edición de Starshine en la categoría de "Social and Influencer Lions".

Escrito en inglés por Karuna Mehra, miembro del festival, nos explica en un par de párrafos que hemos resultado ganadores porque "Influence & Hype ha demostrado cómo el uso de las nuevas plataformas digitales, el alcance y *engagement* logrado por los *influencers* protagonistas de la pieza, ha logrado conseguir un éxito diferencial para la marca".

Continúa destacando que "el usuario de hoy busca activamente contenido y para los anunciantes es un reto hallar nuevas formas

atractivas de ofrecérselo. Por eso, en esta categoría ha destacado la estrategia creativa de Influence & Hype para su cliente Starshine, en la que el uso de *influencers* para la creación y difusión de diversos contenidos a través de innovadores productos audiovisuales y cocreación con los usuarios, ha democratizado la creatividad en el universo digital".

Aunque apenas he entendido nada de la cascaruja conceptual por la que nos alaban, la doy por buena y continúo repasando el resto del *email*, que básicamente describe la fecha del evento —el próximo 26 de junio — y que pone a nuestra disposición hasta cinco entradas para altos directivos de la agencia y los principales directores creativos responsables de la pieza, cada uno al módico precio de 3.249 euros.

Estas entradas incluyen vuelo de ida a Cannes con primera noche en hotel, el evento de entrega de premios, la posterior cena de gala y su correspondiente segunda noche en hotel al día siguiente, y un tercer día disponible para descansar y reponer fuerzas después de la previsible resaca de la noche de celebración, que se puede aprovechar para acceder a conferencias y charlas del sector y tomar el vuelo a última hora de la tarde.

Asimismo, nos confirma que en caso de que por cortesía queramos invitar a alguno de los clientes de la pieza ganadora, deberemos comunicarlo de forma urgente a un *email* genérico o a un teléfono del festival en el que nos aseguran que solo nos contestarán en francés y en inglés. Piden confirmación lo antes posible, pero con una fecha límite de dos semanas. Además, adjuntan el número de cuenta para hacer las transferencias necesarias para bloquear las invitaciones que finalmente necesitemos.

Álex se percata casi automáticamente de mi instante de alegría pasajera, de este fugaz momento de satisfacción. Me mira fijamente, esboza una sonrisa y me pregunta:

—¿Qué ha pasado? Te ha cambiado el gesto. ¿Buenas noticias?

—Recoge tu portátil y agarra la mochila, volvemos a la agencia.

—¿De qué va esto?

—¿No querías ir al *Coque* de Mario Sandoval? Pues vete llamando y reserva. Hay mucho que celebrar.

34. EPÍLOGO

"Y no digas que no te quise porque intenté entenderte hasta cuando más me lastimaste" está garabateado con letras rojo sangre en el lateral de un Ibercaja en la calle Almagro, recién pasada la Glorieta de Rubén Darío. Los caracteres son lo bastante grandes como para verse desde dentro del coche, mientras avanzo a trompicones entre la circulación que sube Castellana atascada a la peor hora del día. Se detiene un autobús a mi lado, con una campaña de turismo de París en el costado, tapándome la vista. Me fijo en su *claim* : "*Paris, je t'aime* ".

Aburrida por el atascazo, subo el volumen de la radio al reconocer el estribillo de *Living Thing* de la ELO, para continuar con la lista de canciones-subidón que mejoran mi ánimo: "Estoy navegando en la cresta de una ola, es como magia, me llevaste a lo más alto". Mi psicólogo me advirtió que durante un tiempo me vendría bien escuchar solo canciones gozosas: prohibido escuchar más veces *El Idilio de Sigfrido* de Wagner por Lang Lang o la Quinta de Mahler que lo único que hacen es activar directamente mi melancolía y evocar automáticamente mi última relación fallida. Y por supuesto, dejar de escuchar discos de artistas de rock que se suicidaron: fuera Nirvana, Joy Division, Nick Drake, Soundgarden o Elliott Smith. Bromas aparte, no es que me haya obligado a escuchar día y noche solo Mötley Crüe o los Kiss, pero sí que merecía la pena hacer un esfuerzo por superar la nostalgia y concentrarse en el futuro. Y tengo que reconocer que funciona.

Mientras silbo y tarareo a Jeff Lynne como una loca, suena mi iPhone conectado al *bluetooth* del Mini, pero espero unos segundos a que termine la canción para no romper mi momento de euforia y contesto a continuación.

—¿Sí? —pregunto, consultando de un vistazo el número de la llamada.

—Soy yo. —Es Elena Balasko, pero apenas se la oye.

—¿Dónde estás? —gimoteo—. Joder, Elena, eres una cabronaza.

—¿Qué quieres decir con que dónde estoy?

—Suena como si estuvieras en una fiesta —Hago una pausa—. No me digas que el murmullo que se oye por detrás es el de la gente que ha acudido a un evento de presentación de un libro. En este país, no me lo creo.

—Bueno, pues sí, créetelo. Es época de presentaciones, hace buen tiempo y la gente se anima.

—¿Y dónde ha sido?

—En una de las salas del Teatro Español. Ahora iremos a comer aquí al lado, en la Plaza de Santa Ana.

—Oh. No me hables ahora de comer, que ando muerta de hambre —le comento desesperada—. Se me pasa mi hora.

—¿Andas en el coche? —me pregunta de forma casi inaudible por el ruido de fondo.

—Completamente parada. Vuelvo de firmar con un nueva *microinfluencer*. Desayuné con ella y luego hemos estado viendo un par de *briefings* y se me ha echado la hora encima, no he podido evitarlo.

—Te llamaba para darte buenas noticias. Tenemos espacio para la presentación de tu libro. Ya hay trato.

—¡Noooooooo! ¿De verdad? *Dime cómo era el trato* —canto —, *bendito trato*. ¿Al final podemos hacerlo en el Lyceum Club Femenino?

—Jajajajajaja… ¡Ana, el Lyceum Club Femenino ya no existe! Solo hay una placa en la Plaza del Rey, que te recuerda que existió allí en el 26. Pero es que además ya no están ni Victoria Kent, ni Clara Campoamor, ni Elena Fortún para disfrutarlo.

—Qué pena… ¡Reconoce que el lugar era perfecto!

—Sí, claro, pero hace cien años que no existe… ¡Cómo eres! ¡Me paso todo el tiempo bajándote de las nubes!

—Bueno, pero ya en la triste y cruda realidad. Cuéntame, ¿te gusta el sitio?

—Sí, ha costado mucho, pero merecerá la pena —me responde suspirando.

—Uauuu, no tenía ni idea, no me lo esperaba hoy.

—El sitio elegido es Espacio Downtown, ya te hablé de él, está en la calle de la Paloma, por el Rastro.

—¡Me gusta mucho la zona! Hace años viví por allí. Ya me habías hablado de él, me dijiste que lo conocías bien, ¿no? ¿Cómo es?

—Sí, ya hemos organizado varias presentaciones allí antes. Está muy bien, son casi seiscientos metros, todo diáfano, con luz natural… Te estoy enviando por *WhatsApp* la URL del sitio y unas fotos que saqué del último evento que hicimos allí.

—¡Estoy deseando verlo! ¿Qué pasó con el resto?

—Estuvimos entre este y el Cloudworks Cibeles. Este último está mejor situado, muy céntrico, pero a mí me parece más impersonal, menos cálido que el Downtown. Lo que me tiraron los de arriba fue El Jardín de Arzabal y el Haciendas Club, pero se iban de precio. Y no veas como están estos con la pela.

—Bueno, seguro que el sitio me parece bien. Recuerda, Elena, eres mi billete a la fama —le contesto agradecida, ablandando mi tono de voz.

—Esperemos que pueda forrarme a tu costa —me contesta cariñosa, tirando de socarronería norteña para destensar mi sentimentalismo.

—Para mí esto ya está fuera de mis expectativas. Todo lo que venga ahora, bienvenido sea. Yo solo quería ser capaz de terminar la novela.

—Pues esa parte ya la pasaste. Ahora vamos a ver si *La vida privada de los influencers* funciona bien y puedes escribir y publicar una segunda. El libro es comercial y aquí hemos apostado por él, vamos a echar toda la carne en el asador. ¿Y qué se sabe de la secuela? —pregunta realmente intrigada—. Porque hay mucho material que se queda en el aire. ¿Qué me cuentas? Venga.

—¿Que qué te cuento? —repito sin alterarme—. Pues cuento básicamente lo siguiente: esta mañana he hecho una primera escaleta de la segunda parte. El taller de escritura me ha ayudado mucho y muchas noches cuando llego de la agencia, ceno y le dedico un par de horas al proyecto de fin de curso. Lo estoy intentando estructurar bien, busco que sea fácil de seguir y que tenga mucho ritmo. Estoy enredada con los giros, con las perchas, los *cliffhangers* …

—¿Y cómo la vas a llamar?

—Aún no tiene título —respondo en voz baja—. En mi cabeza es algo a medio camino entre *Dogville* y *Mad Men*.

—Suena bien… ¡Cómo ha cambiado todo, Ana! Hace un año estabas deprimida, enredada en una relación tóxica, declarando en un asunto relacionado con un asesinato…—noto como deja lo más importante para el final—. Y perseguida por aquel maníaco…

—… o maníaca. Que como siempre digo, estas cosas de la psicopatía no tienen género. Que al final no he podido saber si era hombre o mujer.

—¿No has vuelto a saber nada?

—Nada de nada. Mi psicólogo me dijo, después de leer todos los mensajes, que se trataba claramente de una persona trastornada, que estaba completamente seguro. Lo que no sabía decirme con seguridad es si volverá o no. Por lo visto, las personalidades psicopáticas compartimentan en su cabeza a sus víctimas y las dejan congeladas o inactivas, para usarlas cuando las necesiten. Si ahora mismo esta persona está enredada con otro asunto, me dejará tranquila. Eso sí, si vuelvo a entrar en su foco de atención por lo que sea y en ese momento no tiene nada mejor que hacer, volverá a perseguirme e intentar hacerme daño.

—¿Tú psicólogo te ha dicho eso? —pregunta Elena, sorprendida.

—Sí.

—Joder.

—Bueno, llevo sin recibir amenazas más de un año —respondo

intentando serenarla—. Y, en la cabeza, es inevitable que vaya pasando a un segundo plano. Además, mi "vienés" me comentaba que los psicópatas son impredecibles y no tienen un *timing* definido. Pueden volver en un año, en cinco o no volver nunca. Así que yo tengo que hacer mi vida sin tener miedo, ¿verdad?

—Bueno, sí, después de más de un año, ya se puede decir que acabó todo. Por cierto, no te he preguntado, ¿tu hermano, qué tal?

—Bien, estuve ayer con él, en casa —comento mirando al frente, con la cabeza pendiente del atasco—. Se quedó a dormir conmigo, se nos hizo muy tarde y le daba mucha pereza coger el coche y volverse a casa.

—Pero ¿qué hicisteis?

—Nada en especial. Nos pusimos a ver *El rey león* en el canal Disney y se nos pasó el tiempo volando.

Table of Contents

- LA VIDA PRIVADA DE LOS INFLUENCERS
  - 1. LA PRIMERA AMENAZA
  - 2. SALSEO & HOLLYWOOD
  - 3. MI PSICOLÓGO
  - 4. SEGUNDA ADVERTENCIA
  - 5. CONFESIONES DE UNA MANAGER
  - 6. CÓDIGO CHUECA
  - 7. SAL DE MIS SUEÑOS
  - 8. SHOCK MUST GO ON
  - 9. EL DIABLO ANDA SUELTO
  - 10. EL INTERROGATORIO
  - 11. CASA. INTERIOR. NOCHE.
  - 12. ENGLISH CLASS
  - 13. EL EFECTO STARSHINE
  - 14. LLUVIA
  - 15. MENTIRAS EN PAPEL COUCHÉ
  - 16. BUDDIES
  - 17. FUNDIDO A NEGRO
  - 18. EN TERAPIA
  - 19. DIOSAS Y MONSTRUAS
  - 20. COMING SOON
  - 21. DE LO VIRTUAL
  - 22. EN COMISARÍA
  - 23. NIGHT GLOW
  - 24. LOVE LIFE
  - 25. HANUMANASANA
  - 26. LA BROMA INFINITA
  - 27. HANUMANASANA II
  - 28. COMERCIO DEL SIGLO XXI
  - 29. CARNE DE INFLUENCER
  - 30. WILD PARTY
  - 31. LEGAL AFFAIRS
  - 32. RUEDA DE RECONOCIMIENTO
  - UN AÑO MÁS TARDE
  - 33. LA MANO QUE MECE LA CUNA
  - 34. EPÍLOGO

Table of Contents

LA VIDA PRIVADA DE LOS INFLUENCERS

1. LA PRIMERA AMENAZA
2. SALSEO & HOLLYWOOD
3. MI PSICOLÓGO
4. SEGUNDA ADVERTENCIA
5. CONFESIONES DE UNA MANAGER
6. CÓDIGO CHUECA
7. SAL DE MIS SUEÑOS
8. SHOCK MUST GO ON
9. EL DIABLO ANDA SUELTO
10. EL INTERROGATORIO
11. CASA. INTERIOR. NOCHE.
12. ENGLISH CLASS
13. EL EFECTO STARSHINE
14. LLUVIA
15. MENTIRAS EN PAPEL COUCHÉ
16. BUDDIES
17. FUNDIDO A NEGRO
18. EN TERAPIA
19. DIOSAS Y MONSTRUAS
20. COMING SOON
21. DE LO VIRTUAL
22. EN COMISARÍA
23. NIGHT GLOW
24. LOVE LIFE
25. HANUMANASANA
26. LA BROMA INFINITA
27. HANUMANASANA II
28. COMERCIO DEL SIGLO XXI
29. CARNE DE INFLUENCER
30. WILD PARTY
31. LEGAL AFFAIRS
32. RUEDA DE RECONOCIMIENTO

UN AÑO MÁS TARDE

33. LA MANO QUE MECE LA CUNA
34. EPÍLOGO